LA FLORIDA

LA FLORIDA EN EL AÑO 1591

Facsimile de un mapa de la obra *Indorum Floridam Provinciam inhabitantium eicones*, de Lemoyne, in De Bry.

EUGENIO RUIDÍAZ Y CARAVIA

LA FLORIDA

SU CONQUISTA Y COLONIZACIÓN

POR

PEDRO MENÉNDEZ DE AVILÉS

Obra premiada por la Real Academia de la Historia

TOMO I



MADRID
Imp., Fund. y Fáb. de tintas de los Hijos de J. A. García,
Calle de Campomanes, núm. 6.

MDCCCXCIII

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Nuestro propósito, al escribir esta obra, ha sido principalmente esclarecer algunos puntos obscuros de la historia de la Florida, vindicando, al propio tiempo, la buena memoria de Pedro Menéndez de Avilés, mancillada por algunos historiadores extranjeros; propósito á cuya realización ha contribuído en gran manera el manuscrito original—impreso ahora por primera vez—del Dr. Solís de Merás, quien acompañó como cronista al Adelantado, en la famosa expedición de este gran marino á la Florida.

Y antes de seguir adelante, nos apresuramos á cumplir con una obligación de hombres bien nacidos, manifestando públicamente nuestra gratitud al Sr. Conde de Revilla-Gigedo, á quien debemos la copia de esa interesante relación y, además, las de otros documentos de gran importancia histórica que en las páginas de este libro hallará el lector curioso y estimará el discreto.

Debemos también agradecimiento, por el concurso que nos han prestado, al distinguido Catedrático de la Universidad de Oviedo, D. Fermín Canella y Secades; á D. Cesáreo Fernández Duro, Académico y escritor erudito, y á los Jefes de los Archivos de Indias, Simancas y Dirección de Hidrografía.

Acerca del «Memorial» del Dr. Solís de Merás, poco tenemos que decir, habiéndose limitado nuestra tarea á copiar textualmente su contenido; si bien hemos considerado oportuno, para facilitar su lectura, dividirle en capítulos y párrafos. En el texto van indicados, con puntos suspensivos, aquellos trozos que las injurias del tiempo han dejado ilegibles; y cuando esos trozos son demasiado extensos, han sido sustituídas las palabras de Solís con las de Cárdenas en su «Ensayo Cronológico para la Historia general de la Florida.»

La colección diplomática que compone el tomo segundo hubiera podido ser más extensa; pero nos limitamos, para no dar excesivas proporciones á nuestro libro, á insertar los documentos más interesantes, en su mayor parte inéditos, y á reunir en los dos últimos «Apéndices» importantes y numerosas noticias bibliográficas.

Á título de curiosidad histórica, publicamos también datos biográficos de los Adelantados de

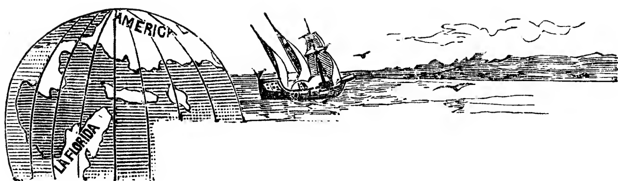
la Florida, desde Pedro Menéndez de Avilés hasta nuestros días.

Para el resto del libro que hoy ofrecemos al público, hemos consultado, con el detenimiento y el verdadero interés de quien busca la verdad sin reparar en obstáculos ni en sacrificios, multitud de libros, documentos, códices, etc., que existen en el Depósito Hidrográfico, en el Archivo de Indias, en la sala de manuscritos de la Biblioteca Nacional, en el Archivo de Simancas y, finalmente, en el del Sr. Conde de Revilla-Gigedo.

Á pesar de todo, desconfiamos de haber dado cima á la honrosa empresa que con entusiasmo acometimos, y la cual, según llevamos dicho, es principalmente sacar del injusto olvido, en que hoy yace, la nobilísima figura del primer Adelantado de la Florida.

MADRID, OCTUBRE, 1893.

DESCRIPCIÓN DE LA FLORIDA



I

DESCRIPCIÓN DE LA FLORIDA

El país de la Florida, que recibió de los españoles ese nombre por haber sido descubierto en uno de los días de *Pascua Florida*, y del que tantas veces y con tanta insistencia se habla en este libro, pertenece, desde 1821, á los Estados Unidos; pero por españoles fué descubierto, por españoles conquistado, y España lo poseyó durante muchos años.

Como parece natural el deseo de conocer los lugares en que se verificaron escenas que nos han interesado, y donde sobrevinieron, se desarrollaron y tuvieron término y acabamiento sucesos cuyos principales actores fueron asturianos, antepasados de muchos nobles de hoy y fundadores de linajes aristocráticos, juzgamos oportuno incluir aquí la descripción de aquella parte de América, no tan conocida como de-

biera serlo. A este que podríamos nombrar injusto olvido de la generación presente, contribuyeron, por lo que á los españoles respecta, la ingratitud de algunos pueblos, que, debiéndonoslo todo, cuando llegaron al sumo grado de cultura y de prosperidad (con relación á la época, se entiende), se separaron de nosotros y renegaron de la madre patria; pues si bien la Florida dejó de pertenecer á España por cesión de nuestro Gobierno, es cierto asimismo que á reclamar esta cesión contribuyó, entre otras causas, el desvío evidente de aquellos pueblos hacia los españoles. Alegres y satisfechos fueron á formar parte de una República, la de los Estados Unidos angloamericanos, con la que no les unía ninguna clase de relaciones, ni de origen, ni de idioma, ni de amistad, ni de parentesco. Por lo que se refiere al resto del mundo, justifica el olvido la circunstancia de ser la Florida uno de los Estados menos cultos de la gran República norteamericana.

Pero la descripción del país de la Florida, tal cual hoy se halla constituído, no satisfaría seguramente el deseo de que antes hablábamos. Ese pueblo, esa región autónoma, adhe-

rida á los Estados Unidos; región que, por otra parte, está perfecta y circunstanciadamente descrita en cualquier tratado de Geografía, no es, ni con mucho, el marco del cuadro que la historia accidentada de Pedro Menéndez de Avilés nos presenta. La Florida de hoy, con su Gobernador, con su Consejo legislativo, con sus Tribunales independientes, y sus Condados ó regiones, se parece muy poco al país agreste é inexplorado en que ocurrieron las hazañas del heroico Menéndez de Avilés y de sus soldados. Por consiguiente, sin perjuicio de reproducir lo que algunos viajeros dicen de la Florida actual, comenzarémos por copiar lo que se ha dicho de la Florida de otros tiempos: de los tiempos de la conquista.

Véase cuán incompletamente la describe el Inca Garcilaso de la Vega, tal como era conocida en los comienzos del siglo XVI:

«La descripción de la gran tierra *Florida*, será cosa dificultosa poderla pintar tan cumplida como la quisiéramos dar pintada; porque como ella por todas partes sea tan ancha como larga, y no está ganada, ni aun descubierta del todo, no se sabe qué confines tenga.

Lo más cierto y lo que no se ignora, es que al Mediodía tiene el mar Océano y la gran Isla de Cuba; al Septentrión (aunque quieren decir que Hernando de Soto entró mil leguas adentro, como adelante tocarémos), no se sabe dónde vaya á parar, si confina con la mar ó con otras tierras.

Al Levante, viene á descabezar con la tierra que llaman de los Bacallaos; aunque cierto cosmógrafo francés pone otra grandísima provincia en medio, que llama Nueva Francia, por tener en ella siquier el nombre.

Al Poniente, confina con las provincias de las Siete Ciudades, que llamaron así sus descubridores de aquellas tierras; los cuales, habiendo salido de Méjico por orden del Visorrey D. Antonio de Mendoza, las descubrieron año de mil y quinientos y treinta y nueve, llevando por Capitán á Juan Vázquez Coronado, vecino (*) de la dicha ciudad.»

Como se advierte, las descripciones de aque-

(*) Por vecino entendíase entonces en las Indias el que tenía repartimiento de indios; el cual, por ese privilegio, estaba obligado á residir donde tenía aquellos, y no podia regresar á España sin licencia del Rey, so pena de perder el repartimiento.

lla época resultan muy incompletas; y no podía ser de otro modo, dado que, como ya manifiesta el Inca Garcilaso, el país no estaba entonces conquistado, ni aun completamente descubierto. Algunos años después, podían ya los viajeros mismos, no sólo los geógrafos, dar muchos más pormenores sobre aquellas tierras, como puede verse por las siguientes noticias de un escritor también contemporáneo (*) de Pedro Menéndez de Avilés:

«La tierra de la Florida—dice—se cuenta desde Panucu, puerto de Nueva España, hasta la Tierra-Nova, que serán mill é trecientas leguas de costa: es tierra firme. Al luengo de la marina, hay muchas islas é cayos é muy buenos puertos, porque el Adelantado ha descubierto en término de trecientas leguas cuatro puertos, que cada uno tiene cuatro brazas de agua de pleamar, y algunos más; y de dos brazas é media é tres, ha descubierto diez; y todo esto lo anduvo y estuvo dentro con su persona y con cuatro é cinco é seis bergantines á descubrirlos, á

(*) Ms. existente en el Archivo del Excmo. Sr. Conde de Revilla-Gigedo.

sondarlos é marcar las entradas, tres veces; y otros pilotos, con bergantines suyos, más; y en todas estas trecientas leguas de costa, son los caciques é los indios sus amigos. Sólo donde los franceses luteranos estaban, en 40 leguas de costa y hasta 50 leguas la tierra adentro, son los caciques é indios enemigos del Adelantado é de los españoles, á causa que, como había tres años, cuando el Adelantado allí llegó, que los franceses luteranos habitaban en aquella tierra y tenían un fuerte, cuando el Adelantado llegó, tenían mucha amistad con las indias, hermanas, hijas é mujeres de los caciques, é algunos hijos en ellas; y cuando les ganó el fuerte el Adelantado, acogiéronse al monte algunos de estos franceses, é fuéronse á los pueblos para con los caciques, é fueron de ellos bien acogidos é recebidos. Estuvieron admirados los indios que unos cristianos con otros peleásemos é matasen los que habían ido á los que estaban, con tanta facilidad: dijéronles los franceses que éramos españoles que los íbamos á matar, y los que no matásemos, que habían de ser nuestros esclavos é tomarles las mujeres é los hijos é las casas: con esto juntáronse los caciques de aquel dis-

trito é concertáronse que ellos ni sus indios no habían de ser amigos de los españoles; fué de esto avisado el Adelantado; procuró hacerles mucho bien é hacer de ellos gran confianza, para que entendiesen que los franceses habían mentido, é que éramos mejores hombres que ellos y de más verdad; dióles á entender, lo mejor que supo, cómo los franceses eran cristianos de mentira, según ya lo tenía dicho; dábales muchos presentes é de lo que tenía; no consentía que se les hiciese ningún mal; desta manera atrajo á muchos caciques de ellos á su voluntad, y venían al fuerte con sus indios mejores, é hijos; y después, haciendo ausencia de allí el Adelantado, á buscar bastimento, entendido ellos lo poco que tenían los que allí quedaron, fueron muy traidores, é por engaños y ardides mataron en veces más de ciento é veinte soldados.

La más de esta costa de la marina es ruin tierra, porque como hay tantos puertos é ríos, é la mar hinche y vacía mucho, é la tierra es llana, sube la marea 15 ó 20 leguas por los ríos adentro, y estos ríos echan ramos á los lados, los unos contra los otros; de manera que, sin

salir á la mar, se navegan en canoas é bateles, haciendo islas la mesma costa; y donde quiera que esta marea llega, ó los ríos vienen crecidos, al tiempo que vacía todo aquello, queda hecho ciénaga, que los hombres é caballos se sumirán sin poderse pasar; y las islas que quedan á la marina son muy buenas florestas de muy buena arboleda, de enanas, robles é pinos, nogales é morales, árboles de liquidambar, muy buenos cedros é sabinas; hay muy buen agua dulce en todas ellas y sábanas para el ganado; tienen todas muchos venados, conejos y liebres, y en derredor de ellas mucho marisco, ostras y gran cantidad de pescado; están algunas pobladas, é todo en ocho pueblos é fuertes que el Adelantado tiene poblados; son ocho estas islas: dará en ellas mucho vino y trigo y todo género de agricultura y mucha caña para azúcares; habrá muchos ganados. Son, por la mayor parte, islas de 6 á 8 leguas de luengo.»

Mucho más extensa y mucho más circunstanciada que la del Inca Garcilaso y la del historiador cuyo manuscrito hemos copiado, es la relación escrita por Juan Menéndez Marqués (sobrino del Adelantado). Dicha relación, es-

crita en el fuerte de San Agustín en el año 1606, se inserta en el *Apéndice séptimo* del tomo II (*).

Está claro que tales descripciones, en las que aparecen mezclados datos geográficos y sucesos históricos, pormenores de localidad y circunstancias de tiempo, no son la noticia del cosmógrafo, ni siquiera ensayos del aficionado á la geografía, sino simples apuntes de viajero; apuntes que tienen el atractivo de la sinceridad y la garantía de exactitud que les presta el estar tomados sobre el terreno mismo por testigos presenciales de los hechos que se relatan y habitantes en las comarcas que se describen.

* * *

Más metodizada y menos confusa, más precisa, aunque acaso menos exacta, es la descripción que, ya en nuestro siglo, cuando la Florida había dejado de pertenecernos, publicaban varios libros de geografía.

Para los geógrafos de 1831, era la Florida

(*) Relación escrita en el fuerte de San Agustín por el Tesorero Juan Menéndez Marqués, sobrino de Pedro Menéndez, al P. Comisario General de Indias Fr. Miguel Avengoçar, en la que describe las provincias de la Florida, distancias, etc.

un territorio de los Estados Unidos, comprendido entre los 24° 50′ y los 31° de latitud N., y entre los 76° 13′ y los 83° 38′ de longitud O. Confinaba al N. con el Estado de Georgia y con el de San Mary's y con el de Alabama; al O. con el mismo Estado de Alabama, del cual le separaba el río Perdido; al S. con el Golfo de México y al E. con el Canal de Bahama (nuevo entonces) y el Atlántico. Tenía 108 leguas de largo de NO. á SE.; 32 de anchura media y 3.374 leguas cuadradas de extensión superficial. El territorio de la Florida se dividía entonces en dos partes: Florida Oriental y Florida Occidental, divididas entre sí por el Suwanneey. Antes de esta época, cuando los Estados Unidos de hoy eran colonias inglesas, estas dos Floridas se extendían hasta el Mississipí, y estaban separadas por el río Appalachicola; pero los terrenos comprendidos por los ríos Mississipí y Perdido se repartieron entre los Estados de Luisiana, Mississipí y Alabama.

La Florida oriental era, en la época á que nos referimos (1831), una península, á la cual bañaban: por el Oeste, el golfo de México, y por el Este, el Atlántico; y se consideraba divi-

dida físicamente en dos vertientes generales por colinas y quebraduras de terreno casi imperceptibles. Por la vertiente oriental, corría el San Juan, río caudaloso, cuyas fuentes, aún no conocidas entonces, se presumía que podrían hallarse en el lago Mayaco. Por la vertiente occidental, tenían sus cauces respectivos el Young's-River, el North-River y el Deleware, todos los cuales desaguaban en la bahía Chattam; el Charlotter, que desembocaba en el Charlotte-Harbour, y el Hillsborough que iba á parar á la bahía del Espíritu Santo.

La Florida occidental hallábase completamente contenida en la cuenca del Golfo de México; cruzábanla, en la dirección Norte á Sur, los ríos: San Marko, Okelock-house y el Appalachicola, que afluye á la bahía de Apalache; el San Andrés, que desaguaba en la bahía del mismo nombre; los ríos Almirante y Cinmacaya, que desembocaban en la bahía de Panzacola.

Muchos cabos notables forman, por su actual disposición, la costa de la Florida: en la extremidad mencionada, el cabo Sable; al Oeste de la bahía Apalache, el cabo de San Blas; en la costa oriental, los cabos nombrados Cañaveral

y Florida. Abundan también en las costas de la Florida islas bajas, y de ordinario arenosas, mereciendo ser citadas, entre ellas, las de San Jorge, Talbot y Amelia. Por la extremidad Sur, y en dirección del Nordeste al Sudoeste, preséntase una extensa cadena de islotes, de bancos de arena y de escollos, á los cuales han dado los prácticos en aquellos mares el nombre de Arrecifes de la Florida.

Además de los ríos que hemos mentado y de algunos otros, todos los cuales son navegables en una gran extensión, hay en aquellas vastas y hermosas comarcas americanas muchos lagos verdaderamente notables; por ejemplo, el Orange, unido al río San Juan por medio del Chocta Whatchee; el Macayo y el Jorge, cuyo contorno mide poco menos de *setenta kilómetros*.

La formación de la Florida oriental redúcese, en cambio, á llanuras arenosas, eriales extensos, en los cuales no se ve ni un árbol, ni un matorral siquiera; de grandes pantanos, que se extienden paralelamente á las costas, y también de bosques frondosísimos, siempre verdes, á los cuales dan los habitantes el pintoresco nombre de *hammocks*.

En las orillas de los ríos, los terrenos son muy feraces; sus colinas, de formación calcárea y silícea, con capas de conchas; pero hacia el Sur de la extensa península, hay muchos terrenos de aluvión.

En la Florida occidental, las llanuras llegan á confundirse con el horizonte, y las costas se hallan materialmente cubiertas de pantanos ó terrenos estériles, que suelen quedar completamente inundados en la estación lluviosa.

Donde el terreno es calizo, presenta muchas cavidades y hondonadas, y abunda la sílice, sin que falten ágatas y calcedonias. En el interior hay muchos terrenos sumamente fértiles, y que, bien cultivados, dan pingües frutos y cosechas opimas.

El clima de las dos Floridas tiene muchos puntos de semejanza con el de nuestra Gran Antilla; sin embargo, las brisas marinas atenúan bastante el calor, y los montes Alleghany la resguardan de los vientos borrascosos del NO.; desde principios de Octubre hasta Diciembre, la temperatura es muy agradable y muy benigna; en los meses de Julio, Agosto y Septiembre, el termómetro se mantiene oscilando entre 25 y 30

grados, y algunas veces sube hasta 39 (*). En esta época de los calores excesivos, suelen desarrollarse en la Florida calenturas de mal carácter, fiebres intermitentes, perniciosas, infecciosas, etc., que proceden, sin duda, de las emanaciones viciadas de pantanos, ciénagas, lagunas y aguas estancadas. En la época de los equinoccios son frecuentes en la Florida grandes borrascas y huracanes violentos.

Con todos sus inconvenientes; con su población, que es muy escasa; con sus naturales, que son muy esquivos, la Florida es uno de los Estados de la Unión angloamericana en que hay mayor riqueza agrícola y en que se producen mejores y más abundantes cosechas. Dánse en él frutos y cereales que muy rara vez, ó casi nunca, se dan al mismo tiempo y en el mismo punto.

En las comarcas pantanosas se cultiva el arroz, que algunos consideran como superior al de Valencia; obtiénense con muy poco trabajo, y casi sin trabajo alguno, las cosechas de trigo,

(*) Es de advertir, para que se forme idea del calor que reina en la Florida durante el estío, que este dato se refiere al termómetro Reamur, no al centígrado.

cebada, avena, centeno y muchas clases de legumbres. La vid prospera extraordinariamente y produce distintas clases de uva, muy exquisitas todas ellas. Entre las frutas que más abundan en la Florida, merecen ser citadas, porque, en efecto, son las más comunes: ciruelas, melocotones, higos, naranjas, limones, melones, dátiles y otras.

Abundan también: el olivo, la caña de azúcar, el añil, el algodón, el cáñamo y la *Palma Christi.* Los bosques secos están poblados de magnolias, robles añosos, encinas seculares, pinos, palo de hierro, terebintos, laureles, saxifragas, etc., y estos bosques son los conocidos por los naturales con el nombre de *hammocks*.

Tanto en la margen del río San Juan como en las costas del Atlántico, se ven naranjales cuyo fruto es amargo.

Existen en toda la Florida hermosas dehesas, y los extensos prados del interior producen excelentes y sabrosos pastos para el ganado. Si abundante y rica con exceso es la flora de aquel país, más rica y más abundante aún es la fauna de sus espesos bosques: el tigre, el gato silvestre, el búfalo, la ardilla, la zorra—y mu-

chos más,—son huéspedes casi constantes de aquellas espesuras, no completamente exploradas; así como los ratones de campo, del género de los *Glires*, terrible azote para las cosechas. También son muchas y varias las especies de aves: grullas, garzas reales, halcones y otra multitud de aves acuáticas. No abundan menos los reptiles, algunos de los cuales son temibles verdaderamente, entre ellos la culebra de cascabel *(Crotalus horridus)*, serpiente que suele medir 7 y, á veces, 10 pies de longitud, y cuyo veneno produce la muerte en breves instantes. Así en los ríos como en los lagos hay pesca abundante; pero es el de pescar ejercicio muy arriesgado; pues tanto los ríos como los lagos están infestados de caimanes. La Florida, que en los comienzos del presente siglo contaba apenas 6.500 habitantes, tenía antes de 1840 más de 50.000, sin comprender los indios independientes, cuyo número se calculaba, hace más de medio siglo, en cerca de dos millones.

Estos indios viven en pueblecillos suyos, bajo diferentes denominaciones; son muy sociables y muy pacíficos, y cada día van internándose más en sus bosques, hasta que se les haga desapa-

recer por completo. La población europea de la Florida se compone, por lo que hace á la parte Oriental, de ingleses, irlandeses, escoceses, angloamericanos y un número corto de españoles. En éstos, la religión dominante es la católica; en los otros, imperan las distintas sectas de la religión cristiana reformada.

Para aquellos á quienes parecieren, como efectivamente lo son, algo anticuadas las noticias geográficas adquiridas en 1831, traducirémos aquí párrafos del diario de un viajero francés (*), el cual recorrió aquellas regiones casi medio siglo después, y que, prescindiendo de lo que la vehemente imaginación de los viajeros franceses suele exagerar, tienen sin duda caracteres de exactitud y, desde luego, condiciones de actualidad:

«El país me parece, por lo general, llano y arenoso, con pantanos en muchos sitios; muy de tarde en tarde, advierto señales de cultivo. Sucesiva y alternativamente, van desfilando ante mis ojos, pinares, pantanos ó llanuras inmensas, cubiertas de palmas brasileñas y de helechos;

(*) El Conde Luis de Turenne (1875-1876).

especies de prados á los que en el país suelen nombrar *savanas*. Un poco después, y á medida que nos aproximamos á Jacksonville, vislúmbranse algunos jardines y muchos naranjales; luego, y esparcidas por todas partes, casitas rodeadas de espaciosas huertas. Toda aquella comarca es famosa por sus frutas y sus legumbres, que son exportadas á los Estados del Este y á los del Norte.

A eso de las diez se llega, por último, á Jacksonville, ciudad situada á la izquierda del río San Juan, como á unas 20 millas del Atlántico; residencia para invierno, que tiene fama en toda América.

Presenta Jacksonville analogías muy curiosas con muchas estaciones de baños europeas. Hermosos paseos, festoneados por árboles frondosos que les prestan sombra; numerosos *hoteles; lindos chalets;* casas para alquilar; las calles principales con sus tiendas de flores, de frutos y de recuerdos de la localidad...; nada falta allí, ni siquiera las arenas finísimas y blancas que se encuentran, por ejemplo, en las playas de Trouville y de Deanville, en que el transeunte se hunde hasta media pierna, y que obliga á los

Municipios á colocar aceras ó entarimados. Pero lo que no se ve en Europa es la verdura, las flores y, sobre todo, el cielo de los países cálidos que se ve en Jacksonville, esa magnífica ribera del San Juan, muy ancho en este sitio, hasta el punto de que sus orillas desaparecen entre masas verdosas de plantas tropicales.

Las calles están casi desiertas; los extranjeros, en su inmensa mayoría, se han ausentado, despedidos por el excesivo calor; muchas casas y hoteles están ya cerrados; pero esta semisoledad aumenta, para mí, el encanto de aquellos sitios.

La comarca presenta aspectos muy variados. Recorrimos bastantes millas á través de pinares vírgenes y extensos bosques, cuyos únicos árboles son pinos muy altos, al pie de los cuales crecen varias clases de hierbas silvestres.

El suelo es arenoso y sumamente árido. Tropiézase, no obstante, aunque pocas veces, con algunos charcos de agua entre las hierbas; los guías dicen que una gran parte de aquella comarca está completamente inundada durante la estación de las lluvias.

Adelantando siempre, llegamos, por últi-

mo, á un verdadero bosque de encinas, de magnolias y de otros árboles, cuyo follaje frondosísimo contrastaba agradablemente con el del pinar inmenso que habíamos dejado. Espesa capa de tierra de sembradío cubre el suelo, que aparece esmaltado de flores; la hierba es más suave y más fresca. Trepadoras, dulcamaras y jazmines van de una á otra rama, al mismo tiempo que saturan el aire de sus perfumes.

Llegamos á una laguna, cuyas aguas relucen á los rayos del sol; al aproximarnos, varios pájaros emprenden apresuradamente la fuga, vuelan y desaparecen; perdido entre la hierba gigantesca y la espesa maleza, no puedo verlos. El calor ha llegado á ser intolerable. No he visto aún á mi alcance más que algunas ardillas y dos ó tres lindos pajarillos. De pronto, uno de los perros que con nosotros llevábamos da un ladrido, y una enorme ave se levanta á pocos pies del suelo, para desprenderse de entre las malezas, en medio de las cuales la han sorprendido; disparo mi escopeta, y el ave cae al suelo. Con gran satisfacción me entero de que acabo de cobrar un pavo salvaje.

Es el San Juan magnífico río, cuyas fuentes

se hallan en los inmensos pantanos que abundan en el corazón mismo de la Florida, no lejos de su costa de Levante; su longitud es de 400 millas próximamente, y su anchura, en la parte más baja de su curso, varía entre una y seis millas. La marea se echa de ver hasta en Palatka, es decir, casi á 80 millas de la embocadura.

Las orillas del San Juan ofrecen una abundancia de vegetación extraordinaria; corpulentos árboles de todas especies, magnolias, cipreses, follaje gigantesco, caprichosamente recortado. En la parte Norte del río, y á cada nuevo recodo de su sinuoso curso, se ven lindísimas casas y posesiones suntuosas rodeadas de verdura. El país aquí, lo mismo que en el Norte de Jacksonville, presenta señales de escaso cultivo; pero hay allí gran movimiento comercial de maderas, legumbres y frutas, principalmente naranjas.

El vapor en que navegamos se detiene sucesivamente en Mulveny Grove, en Mandarín (donde me llaman la atención sobre la residencia de invierno de Mr. Beecher Stowe) y en Magnolia, que debe su nombre á los hermosísimos árboles de magnolias que rodean la pobla-

ción. En otras muchas localidades vi por todos lados espaciosos jardines de naranjos. Las predicciones de mi compañero y guía se realizaron: habíame dicho que llovería, y en efecto, el tiempo se volvió tempestuoso; densos nubarrones obscurecían el cielo, que se teñía con matices extraños. Desgarráronse por completo aquellas nubes, y comenzó á caer sobre nosotros lluvia torrencial. No quedó en el buque más pasajero que yo, y me refugié en el camarote del piloto.

A las tres de la tarde desembarco en Tocoy, á unas 50 millas de Jacksonville, y durante una hora espero, bajo un cobertizo, el tren que ha de llevarme á San Agustín. El movimiento de viajeros es muy escaso; puede decirse que es casi nulo, y hay mucha irregularidad en las entradas y salidas de trenes. Finalmente, á eso de las cuatro se pone en marcha el tren; la lluvia ha cesado, y cuando el sol aparece por algunos instantes, maravilla y encanta ver los tonos calientes que toman los distintos follajes de los bosques á través de los cuales corre la locomotora.

Desgraciadamente, la lluvia vuelve á co-

menzar con más fuerza, y cuando, después de un trayecto de 18 ó 20 millas, desembarco, encuéntrome á cierta distancia de la ciudad, y bastante embarazado sobre la resolución que debo tomar. Un empleado tiene la bondad de aconsejarme que espere un poco; hágolo así, y efectivamente, transcurridos pocos minutos, un vehículo muy curioso por su forma, venido allí á llevar mercancías, sirvió para que yo me trasladase con los fardos á la ciudad, que está distante, poco más ó menos, una milla. Lo mismo que en Jacksonville, casi todas las fondas están cerradas, pero acabo por hallar una, aunque de quinto orden, en la cual puedo guarecerme de la lluvia.»

Prosigue el viajero trasladando al papel sus impresiones:

«El sol se levanta espléndido y radiante; la tempestad del día anterior no ha dejado huella de su paso, y apenas si se encuentran algunos arroyuelos que no han sido aún absorbidos por la tierra.

La historia de la ciudad de San Agustín es realmente curiosa. Es el más antiguo de todos los establecimientos europeos de los Estados Uni-

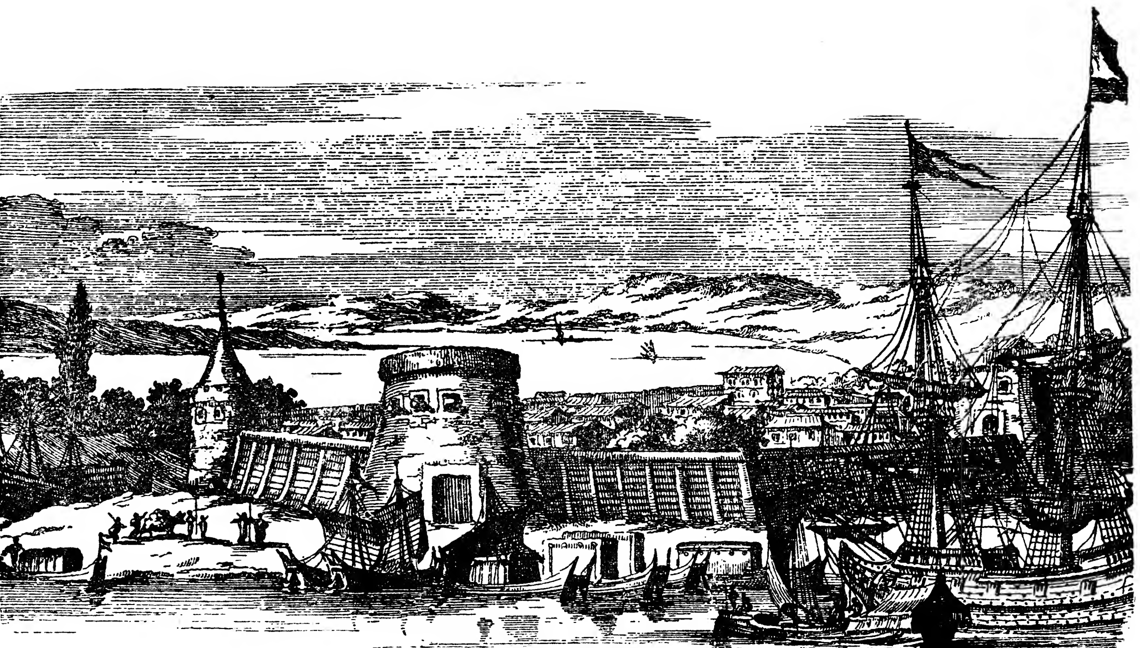
dos. Fué fundado en 1565 por españoles; después, éstos, los franceses y los ingleses han ensangrentado el territorio con terribles guerras (*).

(*) San Agustín.—Capital de la provincia y Gobierno de la Florida, situada en la costa oriental de ella, en una península ó lengua de tierra, con un buen puerto, que descubrió, como ya hemos dicho, en el día de San Agustín del año 1565, el Adelantado Pedro Menéndez de Avilés, que levantó en aquel punto mismo y para su defensa un buen fuerte. Según el coronel Alcedo (*), á fines del siglo pasado tenía la población una Iglesia parroquial y un Convento de religiosos de San Francisco, sujeto en lo espiritual al Obispo de Cuba; dos hospitales, uno para las tropas del presidio y otro para el vecindario; y una Ermita, con la advocación de Santa Bárbara. Francisco Drack la quemó en 1586, y el Capitán Davis, con los Bucaniers, en 1665; pero fué reedificada inmediatamente. En 1702 fué sitiada por los ingleses, mandados por el Coronel Moore, quien no pudiendo tomar el fuerte, defendido por el Gobernador D. José de Zúñiga, se vengó quemando y destruyendo la ciudad. Dos años después volvieron á sitiarla con el General Oglethorp, que tampoco pudo tomarla, porque fué también defendida heroicamente por el Gobernador D. Manuel de Montiano.

El castillo de San Agustín tenía, en la misma época, una cortina de 60 toesas de largo, el parapeto era de 9 pies y el terraplén de 20 de alto, con buenas casamatas á prueba de bomba, y estaba guarnecido con 50 cañones; en lo exterior, había un buen camino cubierto.

La ciudad, aunque amurallada, no era muy fuerte, y su defensa consistía en 10 ángulos salientes. Fué cedida, con toda la provincia, á los ingleses por el Rey de España, en la paz de Versalles, el año de 1762, y la han poseído hasta el de 1783, que la restituyeron por el tratado de París. Por último, en 1821, fué cedida definitivamente, con todo el territorio de la Florida, á los Estados Unidos.—*N. del A.*

(*) *Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales ó América.*—Tomo 1, págs. 31-32.—Madrid, Imp. de Cano, 1786.



VISTA DEL FUERTE DE SAN AGUSTÍN

Copia de un grabado de la obra *Pagus Hispanorum* de Montanus y Ogilby.

Situada sobre una especie de península que forman dos riachuelos, cuyas desembocaduras se hallan próximas, San Agustín está separada del mar por una isla de bastante extensión y muy baja. La población no excede seguramente de 3.000 habitantes; pero ¡qué sitio tan delicioso! ¡Qué carácter peculiarísimo tienen sus calles estrechas, por las cuales no podrían pasar dos carruajes de frente sin grandes dificultades! ¡Calles festoneadas de casitas, rodeadas todas por jardines, en los cuales crecen, en hermosa confusión, los naranjos, los limoneros, los granados, las palmeras, las parras, los melocotoneros, las higueras y otros muchos árboles frutales!

Algunas de aquellas casas—generalmente las más nuevas—son, lo mismo que las del resto del país, de madera; pero las de construcción más remota están labradas de lo que nombran allí *coquina*, especie de roca artificial compuesta de arena muy fina y de conchitas aglomeradas, de las cuales hay gran abundancia en la isla á que ya se ha hecho referencia. El contacto del aire presta á esta substancia una consistencia extraordinaria. Todas las casas tienen

atrios muy bajos y sostenidos por columnas. Forman allí de esta manera una especie de media luz muy agradable. En lo interior de aquellas casas hállanse, en grata y bien entendida alternativa, los contrastes de luz y sombra tan buscados por los pintores.

En el centro de la ciudad hay una plaza grande, que lleva el nombre de Plaza de la Constitución, y en medio de la cual se levanta un Obelisco erigido en honra y gloria de la Constitución liberal dada á España á principios del siglo. La plaza está adornada con hermosos y corpulentos árboles, y á sus lados pueden verse: un mercado viejo de aspecto originalísimo, la Catedral con su campanario de señales, y el antiguo palacio del gobierno que, desgraciadamente para el efecto estético, ha sido rejuvenecido con poca discreción. La Catedral es de principios del siglo XVII; en el palacio del gobierno, edificio antiguo remozado, se hallan actualmente establecidos varios servicios públicos.

Salgo de la ciudad por una puerta antigua que ha quedado en pie con un resto de las fortificaciones de la época de la dominación española, y llego al fuerte de San Marcos, el cual,

comenzado á raíz de la ocupación de la isla por los españoles, no fué terminado hasta 1756. De este hecho da fe una inscripción con las armas de España, esculpidas en piedra en la parte superior de la entrada.

Es curiosísima esa construcción de otras edades; con su puente levadizo, sus baluartes, sus murallas ennegrecidas por la acción de los siglos, la torre alta del atalaya, los cañones vetustos y carcomidos por el moho, y que yacen amontonados en sus rincones. No es menos curioso el interior, con los corredores abovedados, la capilla antigua y los calabozos, en cuyos últimos rincones—si ha de darse crédito á la tradición,—podrían hallarse esqueletos sujetos á las paredes por medio de cadenas.

El fuerte sirve hoy de prisión para los jefes indios; allí disfrutan de libertad relativa, y están solamente obligados á presentarse á la lista que se pasa todas las noches en el momento de cerrar las puertas.

Después de haber visitado el fuerte, dí la vuelta por la ciudad, siguiendo desde luego el muelle, cuya longitud es de muy cerca de una milla; éste sigue lo largo de la orilla Sur del

río, y al lado opuesto se eleva un faro. Cuando hube llegado al extremo del muelle, encontré dos talleres de aserrar por medio del vapor; tengo para mí que aquellos son los dos solos establecimientos industriales de la ciudad; poco más allá abundan los prados pantanosos, en que pastan libremente y en número considerable caballejos propios del país. Continuando mi paseo, hállome enfrente de un edificio antiguo, que fué convento y que hoy sirve de cuartel para un destacamento de tropas federales, y veo asimismo algunas posesiones muy bonitas, cuyos propietarios son personas ricas del Norte que generalmente se trasladan á San Agustín para pasar la estación de invierno. Fuera de esto, no encuentro por todos aquellos contornos otra cosa que jardines y plantaciones de naranjos.

En los rincones de un jardín que visité, había varias palmas de palmito, especie de la cual hallé algunos ejemplares en mi última cacería; entre los naturales de la Florida está considerado este vegetal como alimento muy mediano, y solamente los habitantes del interior hacen uso de él.

En su parte Norte, el suelo de la Florida

conviene principalmente para cultivar frutas y legumbres; es de fertilidad extraordinaria, y se me cita un hecho que lo demuestra superabundantemente. A principios de este mes (era el de Mayo), un propietario del país que se proponía hacer experiencias sobre el asunto, había recogido la tercera cosecha de patatas en determinada extensión de tierra. Habíalas replantado por cuarta vez, y pensaba obtener, por lo menos, cinco cosechas durante el año.

En otros sitios, hacia el Noroeste, hay terrenos muy á propósito para cultivar el arroz, el algodón y la caña de azúcar.

Prodúcense allí admirable y abundantemente maderas de muy distintas clases, según los terrenos. El país, por regla general, es llano, y algo ondulado hacia el Noroeste. Por el Sur de la península hay extensas comarcas cubiertas de agua; surgen á lo mejor y por todas partes, en medio de aquellas llanuras inundadas, multitud de islas que, por regla general, no han sido ni son nunca visitadas por nadie, y que, acaso en un porvenir no muy remoto, y realizados los trabajos necesarios, podrán ser de grandes productos.

En el último censo, la población de la Florida no pasaba de 200.000 habitantes, divididos casi por igual en blancos y de color (*).

Panzacola, al Oeste, sobre el golfo de México, con una población de 35.000 almas (**), y Jacksonville con 10.000, son las dos ciudades

(*)

ÁREA DE LA FLORIDA

En leguas inglesas............... 54.240

POBLACIÓN DE LA FLORIDA

Años.	*Habitantes.*
1860	140.424
1870	187.748
1880	269.493
1885	342.617

En 1870 había en la Florida 182.781 naturales y 4.967 extranjeros.

Después del censo de 1870 se dió un *bill* por el cual la Florida elige dos representantes en el Parlamento federal. Antes, sólo elegía uno.

La población de la Florida se ha duplicado en poco más de veinticinco años. La progresión es aún mayor, comparadas las cifras de períodos más alejados entre sí.

Según la Memoria presentada al Gobierno federal en 1891 por el Visitador de las escuelas, las de la Florida se hallaban en estado muy floreciente. La agricultura y las industrias también alcanzaban gran desarrollo, y no tanto su comercio de exportación. — *N. del A.*

(**) PANZACOLA.—Ciudad situada en la bahía de Santa María de Galves, cuyo nombre tenía también por haberse fundado por D. An-

comerciales más importantes de la Florida, cuya capital es Tallahossea.»

El Estado de la Florida sufre, políticamente considerado, y sufre como víctima resignada, las consecuencias de la guerra separatista. Las personas que ocupan los puestos oficiales proceden casi todas del Norte, y carecen de arraigo en el país. Este se halla abrumado por impuestos, de los cuales ningún provecho logra. Ni aun queda á los contribuyentes la satisfacción de perseguir á los gobernantes que malversan los caudales públicos, porque los jurados llamados á dictar sentencia en delitos de esa clase, se componen, en gran parte, de negros; los cuales, como nada tienen, no pagan contribu-

---

drés de Arriola, de orden del Virrey de Nueva España, Conde de Galves, el año de 1536. En el de 1719 la tomaron los franceses; pero la rescató aquel mismo año D. Alfonso Carrascosa de la Torres, quien construyó en la punta de Sigüenza, una de las que forman la entrada de la bahía, un fuerte con el nombre de *Príncipe de Asturias.* Los franceses, mandados por el Conde de Chamelin, la volvieron á tomar después de un reñido combate naval, que con fuerzas muy inferiores mantuvo D. Alfonso Carrascosa, y la destruyeron por medio del incendio. En el año de 1762 fué cedida á los ingleses por la paz de Versalles, y en el de 1781 la conquistaron los españoles mandados por el Conde de Galves. Por último, en 1821, fué cedida definitivamente por España á la República de los Estados Unidos con todo el territorio de la Florida.—*N. del A.*

ción, y cuyo interés se halla naturalmente del lado de los hombres de su partido.

Ya, desde 1888, existe una línea de vapores que hacen con suma regularidad el servicio de la Habana á Nueva York y viceversa, pasando por la Florida. Se sale de la Habana á la una de la tarde de los miércoles, y se llega á Nueva York á las doce y cinco minutos de la noche del sábado inmediato. Por Jacksonville se pasa á las siete y media de la mañana del viernes.

Bastan, á nuestro juicio, las precedentes noticias, para que el lector forme idea exacta de la situación de aquellos países, así como de sus condiciones climatológicas y de lo más interesante de su flora y de su fauna. No podríamos, sin dar á este trabajo proporciones que no debe tener, extendernos en noticias y descripciones de armas y monumentos, usos y costumbres, lenguaje y ceremonias religiosas, etc., y de todo cuanto pueda relacionarse con la vida nacional y colectiva, así como con la existencia de la familia. Basta, repetimos, consignar lo que nos parece indispensable para satisfacer la curiosidad natural de los lectores que conozcan las heroicas hazañas de Pedro Menéndez de Avilés,

y nada sepan sobre la situación del país en que se realizaron.

*
* *

De todas suertes, para complemento de la descripción que precede, no huelgan aquí, antes al contrario, parécennos necesarias, algunas indicaciones ligerísimas acerca de los usos, costumbres y religión que por aquel entonces predominaban en la Florida; indicaciones para cuya redacción seguimos al Inca Garcilaso de la Vega en su libro *La Florida*, varias veces mentado por nosotros, á Solís de Merás y á Pedro Menéndez de Avilés.

Los indios de la Florida tenían por costumbre emplazar en alto sus pueblos; y ya que no lo pudiesen conseguir, las casas de los caciques y personas principales. Como la tierra es, por regla general, muy llana, y pocas veces se encuentra un terreno que, además de la altura, reuna condiciones adecuadas para establecer un pueblo, realizaban su objeto á fuerza de trabajo: amontonaban grandísima cantidad de tierra; iban después pisándola fuertemente, y así levantaban una especie de cerro de bastante

altura, y sobre él hacían la explanada, en la que hubiese cabida para diez, doce, quince ó veinte casas. En ellas tenían la morada: el *señor*, su familia y gente de servicio; siempre con arreglo á la mayor ó menor grandeza del Estado.

Para el acceso á las habitaciones del cacique, hacían calles derechas, dos, tres ó más, las que eran menester, y cada una tenía 15 ó 20 pies de ancho.

Las tapias de estas calles formábanlas maderos gruesos, muy próximos unos á otros, y clavados en tierra hasta mucha profundidad.

Al pie del cerro, ya natural, ya artificial, en que habían colocado la morada del cacique y demás gentes principales, hacían una plaza cuadrada, mayor ó menor, según la extensión del pueblo que trataban de fundar; alrededor de esa plaza levantaban sus habitaciones los más nobles; después, la gente común, las suyas; procuraban siempre no alejarse del cerro donde se hallaba la casa del señor, antes procuraban formarle una especie de acordonamiento con las suyas.

Para hacer las escaleras se valían de ma-

deras tan gruesas como las que utilizaban en construir las paredes; sólo que las que habían de servir para peldaños y que iban trabadas con otras, estaban labradas por las cuatro caras, á fin de que la subida y la bajada fuesen más fáciles. Las gradas distaban, entre sí, cuatro, seis y á veces hasta ocho pies, según era la aspereza del cerro, más ó menos alto. Por ellas tenían fácil acceso los caballos, porque eran anchas; todo lo demás del cerro lo cortaban en forma de pared, de modo que nadie pudiese subir por él; con lo cual, consideraban la casa del señor más fortalecida y mejor guardada.

Estas ciudades, por regla general, estaban rodeadas de altas estacas, y era muy estrecha su entrada. Esta, á veces, formaba una espiral, á fin de que pudiera ser defendida más fácilmente si intentaban penetrar en ella los enemigos. La guarda de esta entrada encomendábase á esforzados guerreros, que tenían su puesto de observación en una garita pequeña, provista de troneras ó aspilleras; centinelas que, según antiguos cronistas, conocían por el olfato la proximidad del enemigo.

Alrededor del pueblo estaban diseminados

los campos, que los indígenas cultivaban con esmero. Para remover ó cavar la tierra, empleaban unos garfios cuyos extremos estaban formados por anchos huesos de pescado. Lo que les sobraba de la cosecha lo guardaban en almacenes pequeños construídos de piedra y tierra, y sólo en caso de necesidad se echaba mano de tal depósito; en dichos almacenes guardaban también para el invierno gran cantidad de carne curada al humo.

Los floridanos no eran sólo buenos agricultores, sino excelentes guerreros y grandes cazadores. Cuando iban á cazar ciervos, acostumbraban á ponerse la piel de uno de estos animales, de modo que la cabeza con los cuernos se adaptara perfectamente á la del cazador, que podía con toda comodidad explorar el terreno, mirando por los huecos de los ojos en la piel del animal. Ataviado el indio de este modo, deslizábase hasta llegar junto á la pieza, que era cazada entonces con poquísimo trabajo. Gran osadía é intrepidez demostraban también los floridanos en la caza del *aligátor*, que era una verdadera plaga de aquel país, pues el voraz animal solía salir de noche é internarse en los

pueblos para coger á los que se encontraban descuidados. Un cronista del siglo XVI (*) describe una caza de *aligátores* del modo siguiente:

«Diez ó doce indígenas cogen un árbol largo y van al encuentro del animal, que se dirige á ellos para devorarlos, y le meten con gran destreza la parte más estrecha del tronco en las fauces, no pudiendo volver á sacárselo á causa de su desigualdad y de su ruda corteza, tirando de este modo de espaldas al cocodrilo y acribillándole después á flechazos el vientre, que es muy blando. Es tal el peligro que corren los indios con la vecindad de este animal, que necesitan hacer guardia día y noche, como si se tratase de su más temible enemigo.»

En religión, profesaban la idolatría; sus principales dioses eran el sol y la luna, pero apenas tenían ceremonias de culto externo, ni se les hallaron templos, ni tenían ídolos, ni hacían sacrificios, ni recitaban oraciones, ni, en fin, se encontraron en ellos vestigios de supersticiones, como se han encontrado en otros pueblos. Los

(*) *Historia antipodum, ó Newe Welt,* de Gottfried, pág. 163.

que podrían ser considerados como sus templos no eran realmente casas de oración; eran necrópolis. Allí, además de los restos de sus difuntos, guardaban lo mejor y más rico de sus haciendas, y era extraordinaria la veneración en que tenían aquellos sepulcros, en cuyas puertas solían colocar los trofeos que en la guerra ganaban á sus enemigos.

El culto de los indios, según el Adelantado Menéndez de Avilés, consistía en «adorar al sol y á la luna y venados muertos, que tienen por ídolos, y otros animales; y cada año hazen tres ó cuatro fiestas de sus devociones, donde adoran al sol y están tres días sin comer y sin beber y sin dormir, que son sus ayunos. Y al que es flaco, que esto no puede sufrir, tiénenle por mal indio y así anda despechado de la gente noble. Y el que en estos trabajos mejor lo passa, éste es tenido por más principal y se le haze más cortesía.»

Por regla general, el indio no tenía más que una sola mujer, la cual estaba obligada á ser fidelísima á su marido, so pena de incurrir en castigos horribles ó afrentosos. Los señores principales podían tomar las mujeres que quisieran;

pero una sola era la legítima, y las otras eran concubinas, que no tenían iguales derechos que la mujer verdadera, antes la servían como criadas; y no se consideraba como legítima á la descendencia de éstas.

El alimento ordinario de los indios de la Florida era el maíz, con que sustituían á nuestro pan; fríjoles, calabaza y pescado. De éste tenían gran abundancia; no así de carne, porque había por aquellos bosques escaso ganado manso; mataban, sin embargo, con flechas, ciervos, corzos y gamos y aves; de éstas, no solamente aprovechaban la carne para comérsela, sino las plumas para adornarse la cabeza con plumajes vistosos y muy altos, con los cuales se diferenciaban los nobles de los plebeyos, en tiempo de paz; los soldados de los que no lo eran, en tiempo de guerra. Bebían agua pura, sin mezcla de cosa alguna; la carne y el pescado lo comían asado ó muy cocido; la fruta, muy madura.

El Inca Garcilaso niega terminantemente que fuesen antropófagos; al contrario, abominaban de los que comían carne humana.

Refiere, efectivamente, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que murieron de hambre ciertos cas-

tellanos que estaban alojados aparte, y que los compañeros que quedaban comían los cadáveres, hasta el postrero, que no hubo quien lo comiese; de lo cual dice que se escandalizaban los indios tanto, que estuvieron por matar á todos los que habían quedado en otro alojamiento.

No usaban vestidos: llevaban tan sólo unos pañetes de gamuza, de diversos colores, que les cubrían honestamente lo necesario, así por detrás como por delante; eran á modo de unos calzones cortos. En lugar de capa, solían llevar mantas abrochadas al cuello, que les bajaban hasta media pierna. Las mujeres iban vestidas de gamuza, y llevaban todo el cuerpo pudorosamente cubierto.

Dejábanse crecer el cabello, y lo recogían haciendo un gran nudo sobre la cabeza. Consistía su tocado en una madeja gruesa de hilo, de un color cualquiera, á gusto de cada cual; con esa madeja rodeaban la cabeza, y sobre la frente hacían á cada cabo un nudo, los cuales caían por las sienes hasta la altura de las orejas.

Sus armas usuales eran arcos y flechas. Manejaban perfectamente otras muchas, como picas, lanzas, dardos, partesanas, hondas, etc.;

pero usaban principal y casi exclusivamente los arcos y las flechas.

Los arcos tenían de ordinario la misma altura de quienes los llevaban, y como los indios de la Florida eran generalmente de muy aventajada estatura, los arcos solían tener dos varas de alto y eran gruesos á proporción; hacíanlos de roble y de otras maderas del país muy fuertes y de mucho peso. Hablando de esos arcos, se dice en el libro *La Florida del Inca*, tantas veces mentado:

«Son tan recios de enarcar, que ningún español, por mucho que lo porfiaba, podía, llevando la cuerda, llegar la mano al rostro; y los indios, por el mucho uso y destreza que tienen, llevan la cuerda con grandísima facilidad, hasta ponerla detrás de la oreja.»

La verdad es que hacían tiros realmente espantables y prodigiosos, por lo que refieren las crónicas de aquellos sucesos. Aconteció más de una vez que las flechas de los floridanos traspasaban de parte á parte á los caballos; y tampoco las cotas de malla, con sus fuertes coletos de cuero, les ofrecían gran resistencia. Un día quisieron someter los españoles una cota de malla,

que había costado 150 ducados, á una prueba; y colocando la armadura sobre un cesto, mandaron á un floridano que disparase contra ella. El salvaje cerró los puños, se retorció y estiró para reunir sus fuerzas, y disparó una flecha con tal violencia, que no sólo traspasó la armadura y el cesto, sino que aun podía haber matado á un hombre. Entonces los españoles pusieron una segunda cota sobre la primera, el indígena volvió á disparar, y la flecha se clavó sobre ambas armaduras, de modo que la punta salía por un lado y el mango por el otro; desde entonces no fiaron gran cosa los españoles en sus cotas de malla, y las llamaban lienzo de Brabante. En lugar de éstas, hiciéronse gruesas corazas, forradas de fuertes capas de fieltro, puestas unas sobre otras, para resguardar con ellas el pecho y el flanco de los caballos.

Hacían las cuerdas para sus arcos de correa de venado por un procedimiento primitivo, pero eficaz. Arrancaban del pellejo, desde la punta de la cola hasta la cabeza, una correa de dos dedos de ancho; después de pelada, la mojaban y la torcían fuertemente. Hecho esto, ataban el un cabo á la rama de un árbol y colgaban del

otro un peso de cuatro á cinco arrobas, y así la dejaban hasta que se ponía como una cuerda gruesa de violón; eran fortísimas. Tomaban prudentes precauciones para que, al vibrar, no lastimase el brazo izquierdo.

Tal era el país que se proponía conquistar, y tales los hombres á quienes logró gobernar el Adelantado perpetuo de la Florida Pedro Menéndez de Avilés.



Descripcion Geografica de la parte que los Españoles poseen actualmente en el Continenti de la Florida: Del dominio en que estan los Ingleses con lexitimo titulo, solo en virtud del tratado de Paces del año de 1670. y de la Jurisdiccion que indevidamente han ocupado despues de dho. tratado, en que se manifiestan las Tierras que usurpan, y se difinen los limites que deven prescribirse pª una y otra Nacion, en conformidᵈ. del derecho de la Corª. de Espª

A. Provincia de Panzacola en que Panfilo de Narvaez desembarcó el año de 1528. nombrando su Puerto Stà Cruz, tomando Posesion de ella por el Rey de España, y á la que Dⁿ. Tristan de Luna llamó Santa Maria el año de 1558. que oy se conoce por Santa Maria de Galvez, que era Virrey de Mexico el año de 1693. que se pobló y fortificó.

B. Bahia de San José en que intentaron los Franceses establecerse con un fuerte y Poblacion que erigieron el año de 1718. pero poco despues la abandonaron. y de orden del Marques de Valero Virrey de Mexico el año siguiente de 1719. se pobló con Españoles, embiando a Dⁿ. Gregorio Salinas Baraona por Gobernador.

C. Castillo y Poblacion de Apalache que D.ⁿ Joseph Primo de Rivera erigio el año de 1718. á instancia que los Indios Apalachinos hicieron al Gobernador de la Florida á fin de con su abrigo, defenderse de los insultos de otras Naciones que los Ingleses de Carolina solicitavan

D. Bahia que el Adelantado de la Florida Hernando de Soto intitulo del Spiritu Santo, en la que entró con su Armada, y dio principio á su descubrimiento y derrota que hizo significada con las dos lineas de puntos.

E. Bahia de Carlos Pedro Menendez de Aviles. Adelantado de la Florida el año de 1566. estrecho alianza con el Cazique y los suyos y los dexó preparados á recivir el Santo Evangelio y dominio al Rey de España, que consiguio el añ. siguiente de 1567.

F. Caveza de los Martires, inclusos sus Cayos, ó Cabo de Florida, que descubrio Juan Ponce de Leon en la que desembarcó el año de 1512. y tambien tomó posesion por el Rey de España, poblada su costa de Indios de la Nacion Taquesta, que oy se dicen Indios Costas, los que Pedro Menendez Marquez, redujo despues á la Ley Evangelica, que han abandonado, nostante que se han mantenido y mantienen en lo actual á la devocion de España.

G. Poblacion y Fortaleza que erigio Pedro Menendez de Aviles, con el nombre de Santa Lucia, agregandola á los Pueblos de los Indios del Rio de Aix, y del contorno que havian dado la obediencia el año de 1565.

H. El año de 1586. Francisco Drak, quemó y saqueo el Castillo llamado San Juan de Pinos que los Españoles erigieron, el que nunca fue reedificado; pero hasta los principios de este siglo, hubo Poblaciones y Doctrinas de Indios Christianos de la Nacion Jororos.

Y. Fuerte que subsiste para la defensa de la entrada de 14. pies de agua, que se comunica por ella á la Ciudad de San Agustin.

L. Ciudad de San Agustin Capital de la Provincia del Continenti de Florida, residencia de los Capitanes Generˢ. que subsisten desde el año de 1565. en que la fundó el Adelantado Pedro Menendez de Aviles: su barra de 20. palmos de agua en plea mar.

M. Rio nombrado Mayo, por Juan Ribau. el año de 1562. en que remato Laudanier el año de 1564. Fundó Poblacion y Castillo con el nombre de Carlesford, del que se apoderó por asalto el Adelantado Pedro Menendez, extirpando todos los Hugonotes establecidos el año de 1565. mudando su nombre en el de S. Matheo. que dexó Guarnicion Española, que se mantubo hasta el principio de este Siglo; la entrada Barra que forma el Rio en la que se llama de S. Juan tiene 20. palmos de agua.

N. Sitio de Santa Cruz en que estuvieron poblados los Españoles e Indios Aimucianos, hasta el año de 1702. En la Isla inmediata formaron los Ingleses un Fuerte y Poblacion, el año de 1736. que quemaron y ebacuaron el mismo año por instancia y reconvenciones que Dⁿ. Antonio Arredondo embiado de parte del Capitan Gral de la Isla de Cuba, hizo Dⁿ. Diego Obleptorpe que la havia fomentado indevidamente.

O. Barra de 12. palmos de agua, e Isla de S. Martin en que hubo Poblacion y Doctrina Española hasta el año de 1702.

P. Barra de 12. palmos de agua e Isla de S. Pedro, en que hubo Poblacion de Indios Cristianos y Guarnicion Española, hasta el año de 1702 y desde seis años á esta parte hay una torre de madera con Artilleria Inglesa.

Q. Barra de Gualquini de 3. brazas de agua en media mar; Isla de S. Simon principal de la Provincia de Guale, en que se han mantenido poblados los Españoles sus parciales, hasta el año de 1718 que los Ingleses de Carolina construyeron un fuerte en las bocas de Talage alias el Tamaja, en el que existieron hasta el año de 1727 que lo demolieron y abandonaron; y en el de 1733. bolvieron á establecerse en la referida Isla, con Poblacion y fortificaciones en ambas Puntas, con el nombre de Nuevo Federico actualmente, nostante los Españoles con un Armamento dispuesto por el Capitan Gral de la Havana la tarde del 16. de Julio de este año forzando el Puerto, asolaron, destruyeron y quemaron los dos Castillos de la boca, la Poblacion, diferentes Casas de Campo y Estancias, nueve Embarcaciones, otro Castillo en la Barra de Besesey, y pusieron en fuga al Gral Ogleptorpe con los suyos al abrigo del Bosque impenetrable de la Isla, y de la Fortaleza de la Villa de Federico.

R. Barra de 16. palmos de agua e Isla de Ballenas, que estan establecidos los Ingleses, con un pequeño fuerte de Estacas y tablas.

S. Boca de Talage arriba nombrada alias Tamaja, y Rio de Sᵃ. Ysavel

T. Barra de poco fondo é Isla de Zapala, Provincia de Guale en qᵉ. hubo Poblacion Española hasta el año de 1686. que sus Pobladores se retiraron á S. Simon

X. Barra de poco fondo e Isla de Santa Catarina, Provincia de Orista en que hubo Poblacion Española hasta el año de 1686. que abandonaron retirandose á S. Simon, de aqui á S. Agustin el año de 1702 Esta Provincia es la que Lucas Bazquez de Aillon desembarcó é intituló Sᵗᵃ. Elena el año de 1520.

Z. Barra de Penasa, entrada é Isla de Asaba, despoblada.

1. Barra de poca agua e Isla de los Bajos.

2. Barra de la Cruz de poca agua cuya entrada es el Rio de Sabana en qᵉ. los Inglˢ. como 6. leguas adentro tienen la Poblaⁿ. Principal de Nueva Georgia, y Rio arriba como 100. millas la Ciudᵈ. de Savena, ó Savanaton.

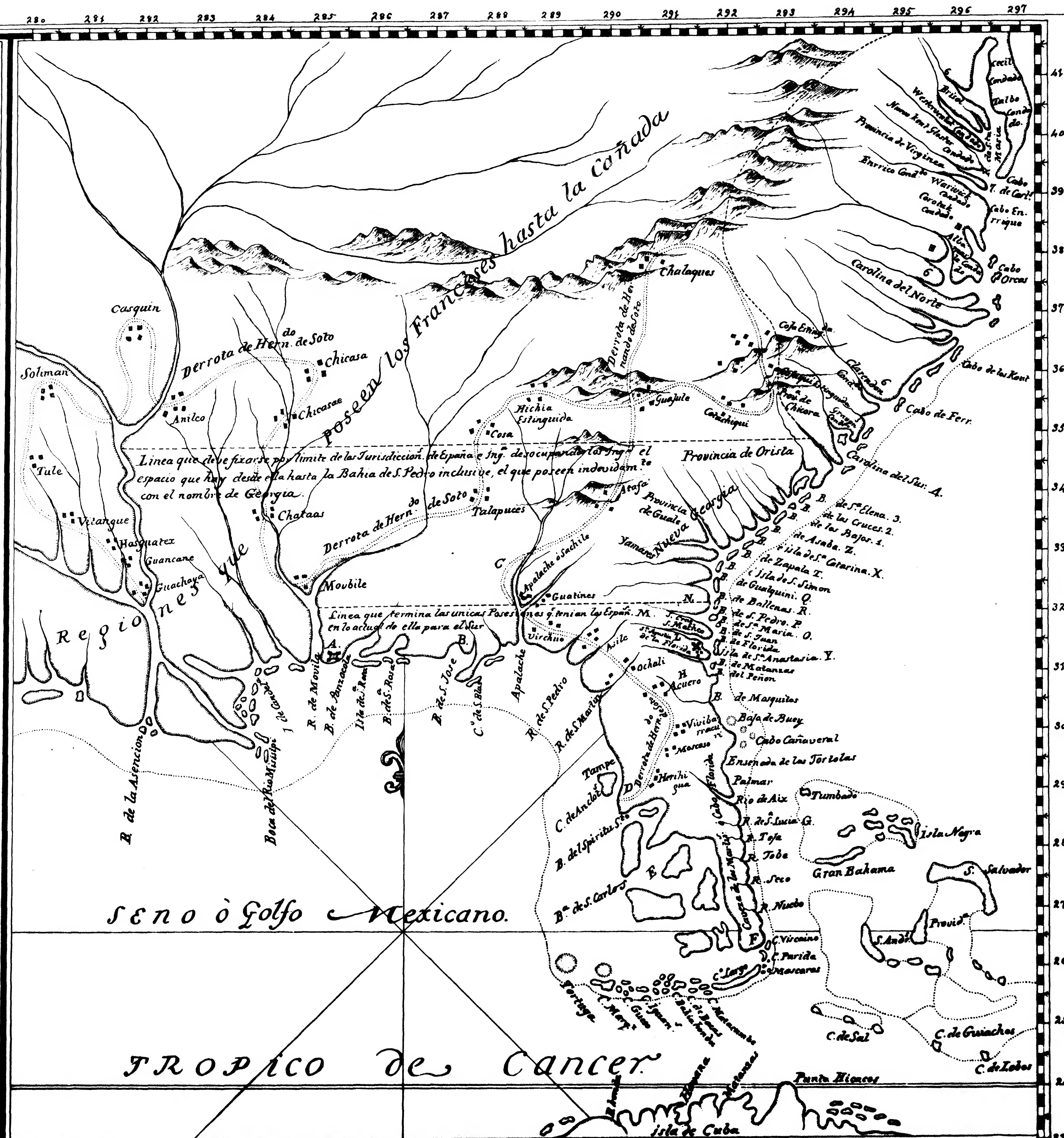
3. En la entrada fundó Juan Rabaut, una Pobᵒⁿ. con el nombre de Carolina el año de 1562. esto es 40. años despues de haver desembᵈᵒ. en ella Lucas Bazqᶻ. de Aillon, y el año de 1563. fue abolida pʳ. los mismos Francˢ. hasta qᵉ. el año de 1566. fue poblada por el Adelantᵈᵒ. de Florᵃ. Pedro Menendez, y fortificada con un Castillo que nombró S. Felipe, el que existio con Govᵒʳ. y Tropa Española hasta el año de 1686. retirandose á Sᵗᵃ. Catarina, y de allí á S. Simon, y viendose hostilizados de los Inglˢ. é Indios de su devocion, y apoderados se los dhos Inglˢ. lo llaman desde el referido año Pᵗᵒ. Rˡ. ó S. Jorge, esta es la posesion y Fortaleza mas Septentrional que tubieron los Españoles, pues desde ella para el Norte, nunca llegaron á establecerse, y es hasta donde los Ingleses deben dexar evacuado, por perteneciente su dominio á la Corona de Espᵃ. de ella para el Sur

4. Posesion en que estan los Inglˢ. desde el año de 1665.

5. y 6. Condados y Señorios con Patentes de los Reyes Jacobo 1º. Carlos 1º. y Carlos 2º. condesencidos á sus Vasallos.

7. Cabo y Bahia de Sᵗᵃ. Maria, y Probincia de Virginea que Pedro Menendez Marquez Sobrino del Adelantado descubrio y reconocio el año de 1573, y que Waltheron Reiling pobló con el nombre de Virginea en el año de 1574. y el año siguiente de 75. abandonaron hasta el año de 1606. que Cristoval Newpot bolbio á poblar [illegible] la [illegible] de Jacobo en el Rio Powtan.

Es copia á la letra de su Origiⁿˡ. que para efecto de [illegible] me ha facilitado el Corˡ. D. Melchor Feliu ultimo Gov. qᵉ. fue de la Plaza de S. Agustin de Florida á quien lo he devuelto. [illegible] y Mayo 25. de 1765. = Juan Josef Elixio de la Puente.



LA FLORIDA EN EL AÑO 1765

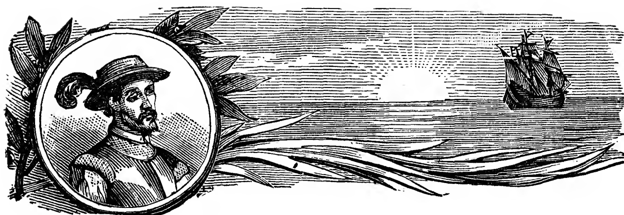
Copia de un mapa original existente en el Depósito Hidrográfico.

HISTORIA DE LA FLORIDA

DESDE SU DESCUBRIMIENTO POR LOS ESPAÑOLES

HASTA LA LLEGADA Á LA MISMA DE

PEDRO MENÉNDEZ DE AVILÉS



II

HISTORIA DE LA FLORIDA

Con deliberado intento hemos presentado en los párrafos anteriores el país de la Florida tal cual ha sido descrito por geógrafos y viajeros en cuatro épocas diferentes: en los primeros años de su descubrimiento por los españoles; en el período de la conquista por el Adelantado Pedro Menéndez de Avilés; en los albores de su incorporación á la República de los Estados Unidos, y en la que ya puede considerarse como época presente (1876); hemos creído, al hacerlo así, dar simultáneamente dos clases de noticias: geográficas las unas, las otras históricas; el cuadro de las transformaciones geográficas por las que ha pasado sucesivamente la Florida, es, al propio tiempo, el cuadro de sus vicisitudes históricas.

Adviértese muy luego que la Florida, desde que, voluntaria ó involuntariamente, inconsciente ó conscientemente (pues de esto habría mucho que decir, en derecho) se unió á otros Estados, para formar parte de la federación norteamericana, perdió, si así puede decirse, su personalidad, que resulta englobada en la de esa poderosa nación, á la cual nombran los *Estados Unidos*, por antonomasia. Si es exacto—y acaso lo sea, como dijo un pensador ilustre—que son afortunadas las naciones que carecen de historia, la Florida moderna es, sin duda, uno de los países más afortunados, porque, en realidad, ha desaparecido casi de las páginas de la historia contemporánea. En la guerra separatista peleó, como era natural, dada su situación geográfica, con los Estados del Sur, y sufrió, como era natural también, la suerte de los vencidos. Los indígenas simpatizaban con la causa antiesclavista, sostenida por los vencedores, y hoy la población blanca de la Florida se halla—como ya queda indicado en nuestra reseña geográfica—entre el elemento oficial, que procede casi por completo de los Estados del Norte, y la población de color, enemiga irreconciliable

de sus antiguos señores, que pretendían continuar siéndolo.

Al emanciparse la Florida de la dominación española, puso término á su historia como nación. De su historia anterior, la parte más dramática y de más interés se halla indisolublemente unida á la crónica de las conquistas del Adelantado Pedro Menéndez de Avilés, conquistas que muy detenidamente van narradas en el *Memorial* ahora publicado.

De interés son también los hechos de antiguos é ilustres descubridores y de navegantes intrépidos, que en varias ocasiones, ya con adversa, ya con próspera fortuna, intentaron desembarcar en aquellas tierras, á la sazón inexploradas; y justamente de esa historia anterior á la llegada de Pedro Menéndez hemos de hablar ahora, para que nuestras noticias sean á modo de complemento de las que en el *Memorial* se contienen.

A muy pocas líneas reducen algunos historiadores superficiales la narración de los acontecimientos ocurridos en la Florida hasta la incorporación de ésta á los Estados Unidos.

«La Florida, dice uno de esos historiadores

(historiador francés, y bien se echa de ver en su relato), fué descubierta en 1496 por Sebastián Cabot. El español Ponce de León arribó á ella el 1.º de Abril de 1512, y habiendo desembarcado el Domingo de Ramos, dicho Pascua Florida, dió á todo el país el nombre de Florida; sin embargo, los españoles no empezaron su conquista hasta 1539. A mediados del siglo XVI algunos protestantes franceses se establecieron en ella, y en 1584 los ingleses tomaron posesión de la costa septentrional en nombre de la Reina de Inglaterra. Los españoles fundaron la ciudad y el fuerte de San Agustín en 1565, y los franceses á Panzacola en 1696. Estas tres naciones se hicieron entre sí una guerra sangrienta, hasta que por fin los franceses, no pudiendo mantenerse en el país, tuvieron que abandonarlo; y las hostilidades entre españoles é ingleses no cesaron hasta 1762, época en que cedió España la Florida á la Gran Bretaña en cambio de la isla de Cuba, de la cual esta potencia acababa de apoderarse. Aprovechándose los españoles de la guerra de la independencia americana, se posesionaron de la Florida, y esta conquista fué garantizada por el tratado de paz

de 1783; mas habiendo cedido la Francia á los Estados Unidos la Luisiana en 1803 tal como estaba bajo la dominación española, los americanos pretendieron la posesión del territorio situado al Oeste del río Perdido, y que formaba parte de la Florida occidental. Esta pretensión dió margen á una guerra entre España y los Estados Unidos. Los americanos se apoderaron de Panzacola en 1814, y evacuaron en seguida esta plaza, que volvieron á tomar en 1818; y últimamente, por un tratado concluído en 1819, y ratificado en 1820 por España y en 1821 por los Estados Unidos, cedió aquélla á éstos para siempre esta comarca.»

En tan breves frases condensa un escritor de principios de este siglo toda la historia de la Florida, desde su descubrimiento en 1496 hasta su anexión á los Estados Unidos en 1821. ¡Para un período de muy cerca de tres siglos y medio, parece excesiva concisión! Lo dedicado al descubrimiento y conquistas de los españoles en aquella comarca, es verdaderamente irrisorio.

Y no era, por cierto, que faltasen al historiador obras en las cuales pudiese adquirir noticias acerca de la materia, pues además de al-

gunos trabajos citados ya, son innumerables las historias, memorias, diarios, descripciones y notas de viajes que se han escrito sobre dicha parte de América.

Sin que sea nuestro propósito acometer ahora la empresa—empresa que á todas luces sería impertinente aquí—de bosquejar una bibliografía de obras relacionadas con la Florida, no renunciamos á mencionar algunos, muy pocos, de los numerosos libros que, antes de comenzar el presente siglo, se habían publicado acerca de ella, y en los que pudo hallar el escritor ya aludido fuentes inagotables para más extensas noticias; tales son, por ejemplo:

La Florida del Inca: historia del Adelantado Hernando de Soto, precioso y curiosísimo libro, cuyas primeras ediciones llevan la fecha de 1604; el *Ensayo cronológico para la historia general de la Florida*, de Cárdenas y Cano; la *Historia de la Florida*, por D. Pedro Fernández del Pulgar; el *Memorial*, de Solís; la *Memoria de las cosas y costa de la Florida*, de Hernando de Escalante; las *Varias historias de Nueva España y la Florida*, de Fray Agustín Dávila Padilla...; y así podríamos continuar citando historias é historia-

dores, hasta formar larguísima serie, como se verá en los dos últimos *Apéndices* del tomo II.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, D. Carlos de Sigüenza y Góngora, el Dr. Pedro de Santander, el Barón de Hontan, Levino Apollonio, el P. Felipe Briet, Fray Juan de Torquemada, Fray Prudencio de Sandoval, Juan Ochoa de la Salde, Bernal Díaz del Castillo, Francisco López de Gomara, Gil González de Avila, P. Joseph de Acosta, Juan de Solorzano y Pereira, Fray Antonio Calancha, P. Alonso de Ovalle, P. Diego de Avendaño, Fray Diego de Cogolludo, Francisco Caro de Torres, Sebastián de Oviedo, Luis Tribaldos de Toledo, Bartolomé de Marisoto, Sebastián Múnstero, Jacobo Augusto de Thueno, Natal Comite, Marcos Lascarbot, los PP. Felipe Alegambe y Matías Tamiero, Abraham Golnitz, Pedro Apiano, Francisco Hernández, y otros muchos escribieron sobre esta materia, y algunos de ellos extensamente. Se ve, pues, que el historiador que ahora se proponga decir algo acerca de la Florida, no ha de encontrar dificultad en la carencia ó escasez de datos, antes por el contrario, podrá hallarla en esa excesiva abundancia, en *l'embarras du choix*,

como nuestros vecinos dicen. Y buena prueba es de la exactitud de esta aseveración la extensa noticia bibliográfica contenida en los citados *Apéndices*.

En esa enumeración de obras y autores, de época muy anterior á la nuestra, y algunas de los cuales declaramos con sinceridad y lealmente que no hemos consultado (ni había para qué), y sólo conocemos de referencia, aparecen, como se habrá visto, *La Florida*, del Inca Garcilaso de la Vega, y el *Ensayo cronológico para la Historia general de la Florida*, por D. Gabriel de Cárdenas, que son dos libros verdaderamente curiosos y de gran interés para el esclarecimiento de aquellos sucesos, y los que más particularmente y con mayor frecuencia hemos tenido á la vista, con la riquísima colección de documentos que atesoran nuestros Archivos, así para redactar esta reseña histórica de la Florida hasta su conquista por Pedro Menéndez de Avilés, como para llenar los vacíos que en el *Memorial* del Dr. Solís de Merás hemos hallado.

El últimamente publicado de esos libros, y cuya primera edición fué aprobada en Lisboa en 16 y 26 de Noviembre de 1604, y en Córdoba en

23 de Noviembre y 4 de Diciembre del mismo año y en 21 de Febrero y 15 de Marzo de 1606, se titula: *La Florida del Inca: Historia del Adelantado Hernando de Soto, Gobernador y Capitán general del Reino de la Florida, y de otros heroicos caballeros españoles é indios*: escrita por el Inca Garcilaso de la Vega, Capitán de S. M., natural de la gran ciudad del Cuzco, cabeza de los Reinos y provincias del Perú.

Acerca del autor de este libro, dice en el *Proemio* que puso al mismo D. Gabriel Daza de Cárdenas: «Sólo dirémos que si antes de publicar esta historia, todos miraban á su autor como hombre insigne por su religión, nobleza, virtud, modestia y aplicación á las letras, después le veneraron hasta los Reyes como único historiador. Asegúralo Fray Buenaventura de Salinas, en su *Memorial de la historia del Nuevo Mundo*, cap. II: Inca Garcilaso, Capitán, natural de la ciudad del Cuzco, á quien los Reyes Católicos estiman mucho por el gran talento y capacidad que mostró en el libro de la historia, etc., extendiendo su fama por todo el orbe, viviendo en Córdoba con felicidad envidiable, no por las riquezas y por el aplauso que le adquirieron su

valor y sus letras, sino por la piedad que manifestó siempre, y especialmente en sus últimas disposiciones, dejando su hacienda á las ánimas, con carga de 2.000 misas cada año y 90 ducados al sacristán de la Capilla de la Iglesia Catedral, donde está enterrado, que es la tercera á mano derecha, entrando por la puerta de Santa Catalina, en la nave del Sagrario, que llaman hoy la Capilla de Garcilaso; en medio del plano de ella está el sepulcro, y en los dos lados del altar dos lápidas negras con las inscripciones siguientes:

El inca Garcilaso de la Vega: varón insigne, digno de perpetua memoria: ilustre en sangre: perito en letras: valiente en armas: hijo de Garcilaso de la Vega: de las casas de los duques de Feria é Infantado y de Elisabeth Palla, hermana de Huaina Capac, último emperador de Indias: comentó la Florida: tradujo á León Hebreo y compuso los Comentarios Reales: vivió en Córdoba con mucha religión: murió ejemplar: dotó esta capilla: enterróse en ella: vinculó sus bienes al sufragio de las ánimas del purgatorio: son patronos perpetuos los señores deán y cabildo de esta santa iglesia: falleció en XXII de abril de MDCXVI.

«Rueguen á Dios por su ánima.»

El otro libro, á cuyas noticias hemos recurrido muy frecuentemente para esta reseña, lleva en su portada el siguiente texto:

«Ensayo cronológico para la historia general de la Florida.»

«Contiene los descubrimientos y principales sucesos acaecidos en este gran Reino á los españoles, franceses, suecos, dinamarqueses, ingleses y otras naciones, entre sí y con los indios, cuyas costumbres, genios, idolatría, gobierno, batallas y astucias se refieren; y los viajes de algunos Capitanes y Pilotos por el mar del Norte á buscar paso á Oriente, ó unión de aquella tierra con Asia, desde el año 1512 que descubrió la Florida Juan Ponce de León, hasta el de 1722. Escrito por D. Gabriel de Cárdenas y Cano.»

De este eximio trabajo afirmaba el sabio Francisco Montiel de Fuente-Novilla, que podían y debían serle aplicadas aquellas palabras de San Agustín, referentes á un libro muy del agrado de este insigne Padre de la Iglesia:

«Hoc videlicet opere, nec dici brevius nec audiçi lœtius, nec intelligi grandius nec agi fructuosius potèst.»

***

Lo mismo el Inca Garcilaso de la Vega que Cárdenas, historiadores ambos muy fidedignos y respetables, conformes con muchos autores de los que anteriormente hemos mencionado, afirman que el descubridor de la Florida fué Juan Ponce de León; negando exactitud á lo que han dicho algunos escritores franceses, que atribuyen á Gaboto ó á otros marinos la gloria de ese descubrimiento.

Véase los términos en que Garcilaso de la Vega, en su *Historia del Adelantado Hernando de Soto*, relata las circunstancias de aquel suceso:

«El primer español que descubrió la Florida fué Juan Ponce de León, Caballero natural del Reino de León, hombre noble; el cual, habiendo sido Gobernador de la isla de San Juan de Puerto Rico, como entonces no entendiesen los españoles sino en descubrir nuevas tierras, armó dos carabelas, y fué en demanda de una isla que llamaban Bimini, y según otros Bugoca, donde los indios fabulosamente decían había una fuente que remozaba á los viejos; en demanda de la cual anduvo muchos días perdido sin la hallar. Al cabo de ellos, con tormenta, dió en la costa al Septentrión de la isla de Cuba; la cual costa,

por ser día de Pascua de Resurrección cuando la vió, la llamó *Florida*, y fué el año de mil y quinientos y trece, que, según los computistas, se celebró aquél año á los veintisiete de Marzo» (*).

Parece, ateniéndonos á lo que el mismo historiador Garcilaso de la Vega refiere, que Ponce de León hubo de contentarse con ver que aquello era tierra, y sin averiguar, ni aun procurarlo, si se trataba de tierra firme ó de isla, tornó á España decidido á solicitar la conquista y el gobierno de aquel país. Otorgáronselo los Reyes Católicos, y allá volvió dos años después (1515) con tres navíos. Otros colocan este suceso en el año 1522; pero el Inca Garcilaso, siguiendo en esto á Lope de Gomara, lo refiere al 1515, fecha que, en efecto, parece más probable. Sea la que fuere, es lo cierto que los indios salieron al encuentro á los españoles, pelearon contra ellos valerosamente, hasta que los desbarataron y mataron á casi todos; sólo escaparon con vida

(*) Hay aquí una discrepancia de fechas entre las afirmaciones del Inca y la del historiador francés á que antes nos hemos referido. Este, como se recordará, fijaba el descubrimiento de la Florida en 1496, por Sebastián Gaboto; y la expedición de los españoles, en el *Domingo de Ramos* de 1512.

siete (y entre ellos Ponce de León), que se retiraron á la isla de Cuba, donde murieron todos á consecuencia de las heridas que llevaban. Garcilaso de la Vega, después de referir aquel desastre, escribe muy oportunamente: «Este fin desdichado tuvo la jornada de Juan Ponce de León, primer descubridor de la Florida; y parece que dejó su desdicha en herencia á los que después acá le han sucedido en la misma demanda.»



No muchos años después de la muerte de Ponce de León, andaba un piloto, llamado Miruelo, propietario de una carabela, rescatando con los indios, y una tormenta le llevó á la costa de la Florida, y allí los habitantes lo recibieron de paz y le dieron algunas cosillas de oro y de plata en escasa cantidad, con las cuales volvió muy contento á la isla de Santo Domingo, sin haber tomado las precauciones—que habrían ocurrido á otro buen piloto—de determinar bien el punto y señalar su altura, con lo que no se hubiera visto en el trance en que después se vió por su negligencia ó su olvido.



JUAN PONCE DE LEÓN

Facsímile de un grabado de la obra de Herrera (edición de 1728.)

Y fué que, transcurrido muy poco tiempo, en 1524, obtuvo el Oidor Lucas Vázquez de Ayllón, del Emperador Carlos V, la conquista y gobierno de las islas que descubriese; Vázquez de Ayllón volvió á Santo Domingo, armó tres navíos grandes, y con ellos, llevando á Miruelo por piloto, dióse á la mar en busca de aquellas islas por Miruelo descubiertas; pero el piloto, á pesar de los grandes esfuerzos que hizo, no consiguió atinar con su descubrimiento, lo cual le ocasionó tal tristeza, que vino á perder el juicio, y poco después murió loco.

El por qué ocurrió á Vázquez de Ayllón solicitar del Rey de España, Carlos I, la merced que, en efecto, obtuvo, explícalo Garcilaso en la siguiente relación:

«En este mismo tiempo (habla de la época en que Miruelo llevó á cabo su primer descubrimiento) hicieron compañía siete hombres ricos de Santo Domingo, entre los cuales fué uno Lucas Vázquez de Ayllón, Oidor de aquella Audiencia y Juez de apelaciones que había sido en la misma Isla antes que la Audiencia se fundara; y armaron tres navíos, que enviaron por entre aquellas islas á buscar y traer los indios que, como quiera

que les fuese posible, pudiesen haber, para los echar á labrar las minas de oro que de compañía tenían. Los navíos fueron á su buena empresa, y con mal temporal dieron acaso en el Cabo que llamaron de Santa Elena, por ser en ese día, y en el río llamado Jordán, á contemplación de que el marinero que primero lo vió se llamaba así. Los españoles saltaron en tierra; los indios vinieron con gran espanto á ver los navíos por cosa extraña, nunca jamás de ellos vista, y se admiraron de ver gente barbuda y que anduviese vestida; mas con todo eso se trataron unos á otros amigablemente, y se presentaron cosas de las que tenían. Los indios dieron algunos aforros de martas finas, de suyo muy olorosas, y aljófar y plata en poca cantidad. Los españoles les dieron asimismo cosas de su rescate; lo cual pasado, y habiendo tomado los navíos el matalotaje que hubieron menester, y la leña y agua necesaria, con grandes caricias convidaron los españoles á los indios á que entrasen á ver los navíos y lo que en ellos llevaban; á lo cual, fiados en la amistad y buen tratamiento que se les había hecho, y por ver cosas para ellos tan nuevas, entraron más de ciento y treinta indios.

Los españoles, cuando los vieron debajo de las cubiertas, viendo la buena presa que habían hecho, alzaron las anclas y se hicieron á la vela en demanda de Santo Domingo; pero en el camino se perdió un navío de los dos, y los indios que quedaron en el otro, aunque llegaron á Santo Domingo, se dejaron morir todos de tristeza y de hambre; que no quisieron comer de coraje del engaño que, debajo de amistad, se les había hecho.»

Justamente las grandezas que estos españoles contaban en Santo Domingo, de lo que habían visto, coincidiendo con las maravillas que relataban Miruelo y sus compañeros de expedición, determinaron al referido Ayllón á trasladarse á España, para solicitar la merced, que le fué otorgada, con más un hábito de Santiago. Como hemos visto, el primer resultado de su expedición fué la locura y muerte del piloto Miruelo. Lo cual no impidió que el Oidor Vázquez de Ayllón perseverase en su empresa, y siguiese adelante con sus tres navíos.

Pero también fué desgraciada esta expedición: el Licenciado Ayllón perdió en el Jordán su nave capitana, y con las dos que le queda-

ban siguió el viaje hacia Levante, y halló tierra, que hubo de parecerle apacible y deleitosa, cerca de la isla Chicoria. Recibiéronle en ella los indios con gran fiesta y mucho agasajo. Como el Oidor imaginaba que todo aquello era ya suyo, mandó que saltasen á tierra dos centenares de españoles, y fuesen á ver el pueblo de aquellos indios; el cual pueblo se encontraba como á tres leguas tierra adentro.

Lleváronlos, efectivamente, los indios con grandes muestras de regocijo, y después de haberlos festejado y obsequiado durante cuatro días, con que demostraron y aseguraron su amistad, en una sola noche los mataron á todos; y realizado esto, cayeron al amanecer sobre los pocos españoles que con el Oidor habían quedado en la costa al cuidado de las embarcaciones; la mayor parte de estos españoles quedaron también muertos ó heridos, y los escasísimos que pudieron salvarse, se embarcaron á toda prisa y volvieron á Santo Domingo. Los indios habían tomado el desquite de la traición pasada.

* * *

No fué más afortunado en sus intentos Pánfilo de Narváez, de cuyas desdichas da cuenta Cárdenas en sus *Décadas*, en los siguientes términos:

«Pánfilo de Narváez hizo asiento con el Rey de descubrir y pacificar las tierras que había desde el río de las Palmas hasta la costa oriental de la Florida, obligándose á poblar toda la costa de una mar á otra, y que descubriría lo que había que descubrir por aquella parte, y se le mandó despachar título de Adelantado de todo aquel distrito.

A 17 de Junio (1527), salió de Sanlúcar Pánfilo de Narváez, Gobernador, Adelantado y Capitán general de las provincias desde el río de las Palmas hasta la Florida, á conquistar y pacificar la Tierra Firme, con cinco bajeles y 600 hombres, en que iba Fray Juan Suárez por Obispo de aquel distrito; y habiendo llegado á la Española, se le quedaron en ella 180 personas. Este daño, y el que causó una tormenta horrible que no tuvo semejante, de que escaparon cuatro navíos del Adelantado, fueron reparados en lo posible en la isla de Cuba (donde estaba ya Narváez, á 5 de Noviembre), to-

mando nueva gente y bastimentos, y por piloto á Diego Miruelo (sobrino del que murió loco en el viaje de Lucas Vázquez de Ayllón).

Llegó Pánfilo de Narváez á la Florida, y dió fondo con los cuatro navíos en la bahía que llamó de Santa Cruz á 4 del mes de Abril de 1528; saltó en tierra, y tomó posesión de ella en nombre del Rey, el día 16, con la mayor solemnidad. Desembarcaron con él 300 hombres y 42 caballos, tan maltratados de las tempestades y trabajos del viaje, que estaban inútiles.

Entróse tierra adentro, y dejó por su Teniente y Gobernador de los navíos á Carballo, natural de Cuenca, con orden de buscar puerto; pero á poco tiempo dió al través uno en la costa brava, y con los otros tres prosiguió el anhelado descubrimiento, que nunca pudo conseguir; por lo cual se volvió, y cinco leguas más abajo de la bahía de Santa Cruz halló el que descubrieron los de tierra. Muy cerca de un año anduvo con los tres navíos, en que había 100 hombres y 12 mujeres casadas, y otro que vino de la Habana, y con un bergantín que había ido á ella por bastimentos, sin hallar rastro del Adelantado ni de los que salieron con él; y creyendo

hubiese perecido, se hizo á la vela el año siguiente y aportó á Nueva España con grandes riesgos y calamidades.

Pánfilo de Narváez tomó el camino de Apalache, y no hallando el oro, plata y riquezas de que le habían informado los indios, sino muchos reencuentros y desventuras de hambre, sed y desnudez, se fué con su gente á la bahía de Caballos, que decían los marinos distaba de la de Santa Cruz 280 leguas. Allí, fatigado de los malos sucesos que tuvo en esta jornada, porque la ferocidad de los indios dió muerte á mucha gente, y al resto de ella hizo padecer grandes miserias, mandó hacer cinco barcas grandes. En una se embarcó el Adelantado con 49 hombres; dió otras dos á Alvar Núñez Cabeza de Vaca y al Contador Alonso Enríquez, con el mismo número de gente. Al Capitán Alonso del Castillo y Andrés Dorantes mandó embarcar en otra con 48, y con 47 en otra á los Capitanes Téllez y Peñalosa.

Hiciéronse todas á la mar en 20 de Septiembre del mismo año (1528), y á breve tiempo dividieron las barcas los vientos tempestuosos y contrarios á sus designios. Alvar Núñez arribó

con la suya á una isla que llamó *Mal-Hado*, que tenía 5 leguas de largo y media de ancho; y poco después se le juntaron los Capitanes Téllez y Peñalosa con la gente de esta barca, que habían arribado á legua y media de distancia; juntáronse de ambas 80 hombres; murieron presto los más de hambre, desnudez y frío, quedando 15 vivos, cuyos nombres y apellidos conservó á la memoria Alvar Núñez Cabeza de Vaca, nieto de Pedro Vera, el que ganó á Canaria, en la relación de este viaje:

Andrés Dorantes, natural de Gibraltar; Diego Dorantes, el asturiano, clérigo; Diego de Vuelva; Valdivieso; Estrada; Chaves; Gutiérrez; Francisco de León; Benítez; Alonso del Castillo; Maldonado, natural de Salamanca; Jerónimo de Alanis; Lope de Oviedo, y Esteban Negro, natural de Azamor, ciudad de la provincia de Ducalca, en el reino de Marruecos, á la boca del río Omiraví, plaza de Portugal desde el año 1508, que dejó el de 1540.

La barca del Contador Alonso Henríquez, con quien se habían embarcado los religiosos, dió al través en la costa, y la gente fué siguiéndola á lo largo, hasta encontrar la barca del

Adelantado, en que pasaron á la orilla opuesta, y todos saltaron en tierra. Pánfilo de Narváez no quiso salir y se quedó en la barca con su maestre y su paje enfermo, y á media noche se levantó tan recia y furiosa tempestad, que sacó al mar la barca, que iba desproveída de agua y de bastimentos, y jamás se supo de ella, ni pareció más el Adelantado ni los que iban con él.

De esta manera tan desastrosa tuvo acabamiento la expedición de Pánfilo de Narváez, con tal entusiasmo comenzada en Sanlúcar quince meses antes, y así heredó, al parecer, este desdichado navegante la especie de maldición que había caído sobre sus precursores en aquellas costas: Ponce de León y Lucas Vázquez.

De los compañeros de Pánfilo de Narváez se tienen algunas noticias, pero, en verdad, no menos horribles. Según cuenta un cronista digno de crédito, la esterilidad de la tierra y el hambre de los que en ella habían saltado, los precisó á pasar á la otra parte: de un ancón hicieron balsas en que, con gran trabajo, lograron la tierra que deseaban; caminaron por ella algún tiempo, no hallándola mejor ni más fértil que la que habían dejado; y llegando muy can-

sados á la punta de un monte, hallaron agua, leña, cangrejos y mariscos; pero ni aun podían masticarlos, porque el hambre y el frío ocasionaron tanta flaqueza y debilidad en todos, que empezaron á morir, sin encontrar remedio en sus compañeros, que á cada instante esperaban la misma suerte; y creciendo la necesidad, imposibilitados de caminar para vivir algún rato más, hacían tasajo de los cadáveres, y se los comían, y de este modo fueron pereciendo todos; el último fué Soto-Mayor, hermano de Vasco Porcello de Figueroa, con el que hizo lo mismo que había hecho con los demás Hernando Esquivel, natural de Badajoz, el cual solo huyó de aquel paraje desdichado, pero no mejoró de fortuna, sino que, después de innumerables trabajos, le dieron muerte los indios en otra parte.

Por cierto que el historiador Cárdenas refiere con este motivo un hecho verdaderamente conmovedor y prodigioso:

«La isla de Mal-Hado, refugio de estos náufragos españoles, era tan inculta y estéril, que padecieron gran hambre en ella los españoles. Mandáronles los indios que les curasen las enfermedades; y ellos, que no entendían el arte,

ni tenían disposición para ejecutar lo que habían oído, se excusaron, siendo el principal recelo que, si algún indio moría de la enfermedad, arriesgaban todos sus vidas, teniendo por cierto que este era pretexto para acabarlos. Los indios, viendo su resistencia, les quitaron la poca comida que había, con lo cual creció el hambre tanto, que hubo español que en tres días no comió; y considerando todos que sucedería lo mismo que temían, curando ó no curando, y aun con más brevedad y mayores ánsias, se encomendaron muy de veras á Dios; y, fiados en su divina misericordia, se resolvieron á curar los indios enfermos. Santiguábanlos en el Nombre dulcísimo de Jesús, y rezaban un Padre Nuestro y Ave María, rogando humildemente á Dios tuviese piedad de ellos; los indios sanaban, con más admiración de los españoles que de los indios; los cuales, agradecidos, les procuraban la comida que podían; así empezaron á restablecer sus fuerzas, sin dejar de dar gracias á Dios por tan grandes beneficios.»

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Lópe de Oviedo y Jerónimo de Alanis, quedaron muy enfermos en la isla de Mal-Hado, cuando salieron de

ella los pocos españoles que aún quedaban vivos. Más aliviado Alvar Núñez, dieron los indios de Mal-Hado en perseguirlo y maltratarlo; y no pudiendo sufrir más, huyóse á Tierra Firme, y halló algún alivio entre los indios *charruas*, donde se hizo mercader de conchillas y otras cosas de la tierra, que trocaba por comida, y con este ejercicio logró andar libremente 40 y 50 leguas de la costa. Pero no quiso apartarse nunca de la vista de Mal-Hado, esperando que saliesen á Tierra Firme Lope de Oviedo y Jerónimo de Alanis, que habían quedado allí muy enfermos, por lo cual continuaba su comercio con los indios. En este ejercicio le halló Lope de Oviedo al principiar el invierno, y le enteró de la muerte de Jerónimo de Alanis, y trataron entre los dos de probar, luego que llegase la primavera, á escaparse de aquella tierra inhospitalaria y funesta.

Y efectivamente, después de varias alternativas y de intentos frustrados, Alvar Núñez, Alonso Castillo (acompañado del negro Esteban) y Dorantes, lograron en 1534 huir de aquel país, de tan tristes recuerdos, y entraron en el de los indios *abaraes*, entre los cuales perma-

necieron más de ocho meses muy agasajados y atendidos, porque obraban infinitos milagros, dando, en nombre de Dios, salud á los indios enfermos.

Por aquella época misma, colocan los historiadores la expedición del piloto francés Jacobo Cartier, en cuya narración se extienden largamente crónicas y manuscritos de aquel tiempo.

Entretanto, Alvar Núñez Cabeza de Vaca y sus compañeros resolvieron abandonar á los indios *abaraes*, con gran sentimiento de éstos, y pasaron á otras comarcas habitadas por los llamados *malicones*, *cibolas*, *tagos*, etc.; porque eran innumerables las naciones distintas que por allí había.

De unas provincias á otras iban acompañando á los españoles muchedumbre inmensa de indios, admirados de la virtud y de los milagros realizados por los forasteros, á quienes aclamaban como á *hijos del sol*, pues en ellos hallaban remedio á sus dolencias; ofrecíanles cuanto tenían, y muchas veces era tal el ruído y la confusión que la multitud producía, que los españoles se veían embarazados con ellos y procuraban despedirlos; pero los indios rehusaban ausentar-

se. Corrigieron costumbres; procuraron darles á conocer la existencia de un solo Dios, creador de cielo y tierra, de quien venían todos los bienes; mandaban á los indios que á nadie hiciesen mal, ni tomasen lo ajeno, y otras cosas semejantes, que oían con tanto gusto como descuido, embebecidos en las maravillas que veían obrar por virtud superior, que no comprendían.

La relación de Cárdenas, á quien seguimos fielmente en esta parte de nuestra reseña, se interrumpe aquí para dar noticia de la expedición del piloto francés Cartier y de las contrariedades que sufrió, entre otras causas, por haberse propagado entre sus gentes la enfermedad del escorbuto, con carácter de malignidad y de contagio, de que se libraron al cabo, merced á la virtud de ciertas hierbas del país que los mismos indios les proporcionaron.

Cuenta dicho cronista, que el piloto Cartier, á quien, por cierto, no quedaron ganas de volver por aquellas tierras, observó que los indios vivían en común, vestidos muy miserablemente con pieles, y que, en invierno, andaban calzados. Supo también que los indígenas se casaban con dos ó tres mujeres, las cuales, en mu-

riendo el marido, se pintaban la cara de negro y no se volvían á casar; que labraban la tierra con unos palos de forma de media espada, al cual daban el nombre de *ofici*, y que las mujeres trabajaban en ella más que los hombres; que cultivaban y cogían melones, cohombros, fríjoles y calabazas; que eran muy resistentes para el frío, pues en los días de más abundante nieve iban á las naves desnudos. Cazaban osos, ciervos, gamos, liebres, zorras y otros animales, cuya carne, así como la de los pescados, comían sin cocerla, aunque secándola antes al humo.

Refiere también Cartier (en cuyos informes hay motivos para sospechar que existe algo de fantástico é hijo de imaginación acalorada de viajero), que lo que más estimaban aquellos naturales eran unas hierbas que secaban al sol, y las traían al cuello en un saquillo de cuero; «y á todas horas hacen polvo de ella y las ponen en el extremo de un cuernecillo largo y hueco, hecho de piedra ó de palo, y encienden un áscua, y por el otro extremo chupan, atrayendo á la boca el humo, el cual echan por boca y nariz, que parecen dos chimeneas», y con esto decían que iban calientes. Nunca se hallaban sin provisión

de esa hierba. Hierba que, según las señas dadas por el buen Cartier, debía de ser tabaco; así como el saquito de cuero y el cuernecillo largo con el áscua encima, no eran otra cosa que los rudimentos de nuestras petacas y de nuestras pipas y boquillas.

Entretanto, los españoles Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, acompañados por el negro Esteban, continuaron su Calvario, que muchas veces habría de parecerles interminable. Después de nueve años de calamidades y de trabajos, caminando á la ventura, sin saber por dónde, salieron de la Florida á la Nueva México; allí fueron muy bien recibidos por los españoles; persuadieron á varios pueblos de indios á que bajasen á habitar los llanos, dejando las sierras á donde habían huído. Hasta el 15 de Mayo de 1536, descansaron en la villa de San Miguel, y de allí pasaron á Compostela, donde el Gobernador Nuño de Guzmán les dió vestidos y les ayudó cuanto pudo, acogiéndolos cariñosamente.

Pero ellos, según dice Cárdenas, no podían sufrir ya los vestidos, y á largas jornadas, con

admiración de todos los que miraban tan extraños y portentosos hombres, entraron en México el día 23 de Julio de 1536, acompañándoles más de 30 indios de las provincias por donde habían pasado. Y aquí vamos á reproducir textualmente las palabras de D. Gabriel de Cárdenas:

«El Virrey D. Antonio de Mendoza, y el Marqués del Valle D. Hernando Cortés, conquistador de aquel Imperio, recibieron á los cuatro españoles con gran placer y regocijo, y todos con mayor admiración que la que habían causado á los cristianos que por los caminos salían á verlos; habiendo caminado, desde que entraron en la Florida, más de 2.000 leguas por tierra y agua; y á no haberlos guardado Dios, con especialísima providencia de tantos y tan repetidos milagros, hubieran perecido como todos los demás que fueron con Pánfilo de Narváez, cuya armada y gente tuvo el más miserable y desastroso fin de cuantos han pasado á la conquista de Indias.

El Virrey D. Antonio de Mendoza (sigue diciendo Cárdenas) intentó, como siempre, adelantar el servicio de Dios y del Rey por medio de los prodigiosos hombres, y les propuso vol-

viesen con alguna gente por donde habían venido á reducir indios bárbaros. Alvar Núñez se excusó, por tener dispuesto su viaje á España; á Castillo y al negro Esteban no les pareció exponerse á nuevos riesgos; sólo Andrés Dorantes concertó con el Virrey entrar con 50 hombres en la Florida; pero este trato no tuvo efecto, y se vino á España en compañía de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.»

El Virrey no desistió por eso de sus propósitos, antes perseveró en ellos con más fuerza, y se apercibió para ir él mismo en persona y por tierra á la Florida, enviando delante, á guisa de explorador, á Juan de Zaldívar con alguna fuerza. Zaldívar atravesó sin grandes dificultades la provincia de Nueva Galicia, que le pareció pobre; regresando á Compostela, donde dió al Virrey noticias poco tentadoras de los países que había recorrido. Esto no obstante, el Virrey, que estaba ya apercibido para la expedición, no quiso renunciar á ella, y nombró á Francisco Vázquez Coronado para comenzar la empresa; Coronado llegó, después de no pocas angustias y penalidades, á Quivira, por haberle hecho creer los indios que *Tartadax*, el cacique de aquella pro-

vincia, era opulentísimo y que hallaría en su comarca abundantes riquezas. El resultado estuvo muy lejos de corresponder á las esperanzas que aquellas noticias falaces de los indios habían hecho concebir. Toda la riqueza de *Tartadax* y todo su lujo se reducían á una gran placa de cobre que ostentaba en el pecho. En vista de que las riquezas no parecían y de que los víveres escaseaban, Coronado resolvió muy prudentemente volver á Nueva Galicia, resolución que deploró el Virrey porque contrariaba sus planes, y sobre todo porque D. Fernando de Alarcón, que había ido por mar á encontrarse con Vázquez Coronado, no pudo tener noticias de él. Algunos de los que acompañaron á Vázquez Coronado en la expedición, no quisieron regresar con el jefe; y valiérales más haber regresado, pues á casi todos les costó la vida su empeño, así como á dos religiosos franciscanos que pretendieron convertir á la fe de Cristo á los salvajes, y que fueron asesinados por éstos cuando los vieron sin el amparo de los soldados españoles.

Vuelve Cárdenas á narrar los incidentes de la expedición francesa, á la que habían puesto

fin, por de pronto, los excesivos fríos y la incesante y cruenta guerra que los indios hacían á los franceses, y que los obligaron á desamparar el Canadá. Verdad es que la llegada de auxilios, con los cuales no contaban, los determinaron á volver; pero el resultado de la expedición fué desastroso, pereciendo en ella Roberbal y un hermano suyo, y perdiéndose cuantos socorros les llevaban sus compatriotas.

***

Además de las expediciones de Ponce de León, el piloto Miruelo, el Oidor Vázquez de Ayllón y Pánfilo de Narváez, todos los cuales precedieron á Pedro Menéndez de Avilés en sus viajes á la Florida, mencionan los historiadores las de algunos otros, como las de Hernández de Córdoba y de Alfonso Alvarez de Pineda, que realmente carecieron de importancia.

Hernández de Córdoba llegó por casualidad á las costas de la Florida; á su regreso desde Yucatán á Cuba, una borrasca lo arrojó hacia dichas costas, y al intentar un desembarco con su gente, fué acometido con tal ímpetu por los indígenas, que se apresuró á reembarcar, hu-

yendo de aquella tierra con bastantes pérdidas; y á eso queda limitada su tentativa.

Las de Pineda fueron dos, y tuvieron todavía más triste y más deplorable término.

En 1519, y por orden de Francisco de Garay, Gobernador de Jamaica, mandó Alonso Alvarez de Pineda la primera expedición, con el propósito principal de inquirir si en la parte Norte del Golfo mexicano existía algún paso para el Asia Oriental. Para comenzar sus investigaciones, Pineda se dirigió desde luego á las costas de la Florida; pero perdió allí tanta gente, que, como cuenta un historiador, «no se atrevió á fundar ninguna colonia; limitóse á reconocer la costa durante una navegación de ocho á nueve meses, pero sin lograr el hallazgo del buscado camino, que era el sueño dorado de todos los descubridores y geógrafos de aquella época.» Y que fué también, como en otra parte de este mismo libro decimos, preocupación constante de Pedro Menéndez.

Pineda no halló el camino que buscaba; perdió en terribles encuentros con los floridanos mucha parte de su gente; pero sí halló, á cambio de tantas contrariedades, la embocadura de

un río caudaloso, al cual puso el nombre de río del *Espíritu Santo* (que es el actual Mississipí). Siguiendo la corriente de dicho río, llegó Pineda á un pueblo grande, cuyo nombre no dice el historiador que da estas noticias, y allí permaneció mes y medio ó dos meses comerciando con los indígenas, y al propio tiempo reparando los barcos de las averías ocasionadas en tan largas navegaciones.

Tan densa era en aquellos sitios la población, que, según el testimonio del mismo Pineda, existían cuarenta colonias indígenas en un espacio de seis leguas.

Cuando hubieron reparado los barcos las gentes de Alonso de Pineda, prosiguieron su viaje hacia la embocadura del río Panuco.

Al año siguiente (1520), el mismo Gobernador de la isla de Jamaica, Francisco Garay, estimulado por las relaciones de esta expedición, de la cual se contaban peregrinas aventuras, y sobre todo el hallazgo de ríos con arenas de oro, envió de nuevo al mismo Pineda al Panuco, donde, según cuenta Cronau (*), fué muerto y

(*) *América*, tomo II, pág. 206.

devorado por los indios, lo mismo que la mayor parte de su gente.

Pero si las desdichadas excursiones de Pineda y la de Hernández de Córdoba, que precedieron á Lucas Vázquez de Ayllón y á Pánfilo de Narváez, carecieron de verdadera importancia por lo que respecta á la historia de la Florida, sería notoriamente injusto negársela á la realizada por Hernando de Soto en 1539.

Había nacido este intrépido navegante en los últimos años del siglo xv, en la villa de Barcarrota (provincia de Badajoz).

Su inclinación al ejercicio de las armas y sus aficiones á la vida aventurera del marino y del conquistador, lleváronle, como á tantos otros, á las regiones aún no bien conocidas del Nuevo Mundo. Además de haber peleado valientemente en Nicaragua, tomó parte muy principal, á las órdenes de Pizarro, en la conquista del Perú.

La enemistad que los celos y la envidia crearon entre Pizarro y Almagro, decidieron á Hernando de Soto á regresar á España. El historiador alemán antes citado, afirma que Hernando de Soto había acumulado grandes riquezas en el Perú. Dejando á Cronau la respon-

sabilidad de esa aseveración, de cuya exactitud no tenemos pruebas, manifestarémos que esa *riqueza acumulada* no debía de ofrecer grandes atractivos para el infatigable guerrero, cuando resolvió lanzarse á nuevas aventuras y realizar una expedición á la Florida, donde tantas, y con éxito tan desgraciado (éxito desgraciado que Soto no podía ignorar), se habían llevado á cabo. ¡Quién sabe si la misma dificultad del empeño y los peligros de la empresa fueron acicate que estimularon al insigne hijo de Barcarrota!

Cuenta el mismo historiador, que no bien fué conocido el propósito de Hernando de Soto, «se reunieron á su alrededor gran número de aventureros, que, atraídos por la fama de sus brillantes hechos de armas, creían firmemente que todo aquel que militase á las órdenes de tan esforzado campeón haría suerte.» De este modo vióse Soto á la cabeza de un ejército de cerca de 1.000 hombres, al cual ejército condujo á Cuba, con objeto de completar allí todo lo necesario á la expedición, en Abril de 1538. Más cauto en sus empresas que Narváez, envió primero en una carabela á la Florida al piloto Juan de Añasco



EL ADELANTADO HERNANDO DE SOTO

Facsímile de un grabado de la obra de Herrera (edición de 1728)

para que reconociese la costa de aquel país y buscara un puerto seguro donde pudiese desembarcar el ejército.

Y así lo hizo Añasco, y regresó muy satisfecho de su expedición, y dió tales noticias á Hernando de Soto, que éste, dejando en Cuba á su esposa, partió de la Habana en el mes de Mayo de 1539.

Hablando de esta expedición, dice un cronista: «El ejército de Hernando de Soto se componía de 1.000 hombres y 250 caballos. Cuantos vieron el embarque aseguraban unánimemente que nunca, hasta entonces, se había visto en América un aparejo tan magnífico y grandioso.»

Tres años después, á 21 de Mayo de 1542, moría Hernando de Soto víctima de unas fiebres malignas, contraídas, sin duda, á consecuencia del rudo batallar y del trabajo incesante; y asombra, ciertamente, la noticia de lo que el valeroso español recorrió y logró en tan breve espacio de tiempo.

En la carta geográfica española del territorio de la Florida, que acompaña á este libro, aparece señalado, con dos líneas paralelas de

puntitos, el camino recorrido por Hernando de Soto, y suspende el ánimo del más indiferente la consideración de lo que tal viaje significa.

En la bahía nombrada por el mismo Soto *Bahía del Espíritu Santo*, á la altura del paralelo 29, dió principio esa expedición prodigiosa á través de países desconocidos, y, en su mayor parte, inhospitalarios; desde allí, y después de haberse detenido en Herihigua, continuó su derrota hasta el Apalache, y prosiguió subiendo y llegó á la altura del paralelo 38; tuerce entonces á la derecha, y desciende á lo que fué luego provincia de Chievra; y desviándose después hacia la izquierda, y siguiendo derroteros cuyas sinuosidades espantan, llega hasta Guachaya.

Pero ¡cuántas penalidades soportadas, cuántos peligros afrontados, cuántos obstáculos vencidos, para recorrer aquellos lugares inexplorados hasta entonces!

En 30 de Mayo de 1539, después de muy feliz travesía, llegó Hernando de Soto á una extensa y hermosa bahía; á la cual, según queda ya dicho, denominó bahía del Espíritu Santo; y que, á juicio de personas inteligentes en ciencias geográficas, es la misma que hoy nombramos Tampa.

Hablando de este feliz arribo de Hernando de Soto á las costas de la Florida, escribe un historiador:

«Quiso la casualidad, favorable en aquella ocasión, que los soldados de Soto lograsen rescatar á un español joven, apellidado Ortiz, que habiendo ido allí á las órdenes de Pánfilo de Narváez, y que hecho prisionero por los floridanos, había vivido diez años con los indígenas, y podía, por lo tanto, servir de intérprete á los españoles.

La provincia en la que, á la sazón, se hallaban los expedicionarios, llevaba el nombre de Chirihigua, que era el nombre mismo del cacique de la comarca. Este cacique Chirihigua fué enemigo encarnizado é irreconciliable de los blancos.»

El historiador á que aludimos explica ese odio del cacique, diciendo que los soldados de Narváez habían cortado las narices á Chirihigua, y habían hecho que los perros destrozasen á la madre del mismo cacique. Si así aconteció—lo cual nos parece, cuando menos, dudoso,—estaba perfectamente justificado el odio del cacique. La verdad es que, ni amenazas, ni promesas,

lograron que el jefe indígena abandonase su escondrijo, situado en el centro de los bosques vírgenes. El español Ortiz alcanzó, en cambio, que el cacique Mukoso entablase relaciones con los soldados de Hernando de Soto.

En Chirihigua descansó Soto algún tiempo; y transcurrido éste, y dispuesto á proseguir su viaje, envió á Cuba los mayores barcos que le habían conducido hasta la Florida, y dejó en la bahía solamente algunas embarcaciones, al cuidado de las cuales quedó un destacamento de 80 soldados de infantería y 40 de á caballo.

Adoptadas estas disposiciones, Hernando de Soto, al frente de su ejército, penetró en el interior del país, dirigiéndose hacia el Norte.

Estuvo primeramente en el territorio del cacique Makuso, con quien Ortiz le había puesto en relaciones, y pasó después á Urribarra, Kuxi, Akuera y Okkaly.

Para realizar esto se vió precisado á rodear numerosos y extensos pantanos, en cuyos alrededores abundaban fieras dañinas y serpientes de cascabel.

«En algunos sitios, escribe Cronau, tenían que construir puentes para atravesar esos pan-

tanos y al propio tiempo sostener frecuentes combates con los indígenas que trataban de impedir la marcha de las tropas, siendo dificilísimo apoderarse de ellos por las dificultades casi insuperables que ofrecían los espesos bosques vírgenes donde los salvajes se ocultaban.»

Muy á menudo, el terreno, en apariencia firme, se hundía bajo sus pies, y allá se sumergían entre cenagosas aguas caballos y jinetes, que hubieran perecido ahogados á no haber recibido inmediato y pronto socorro de los compañeros.

Ya en el país de Okkaly hallaron más hospitalarias regiones; el país es más alto, y por lo tanto menos expuesto á inundaciones. Encontraron allí llanuras dilatadas en que abundaban las magnolias y los nogales, así como el maíz indiano.

Era aquella una comarca extraordinariamente poblada. Solamente en Okkaly, que al parecer venía á representar la capital de la provincia, había más de seiscientas chozas de madera, cubiertas con hojas anchas de palma ó de palmito.

El historiador alemán Rodolfo Cronau, que ha hecho sobre estos puntos obscuros de la his-

toria muy curiosas y muy estimables investigaciones, refiere que Hernando de Soto y sus soldados penetraron después en el territorio del cacique Ochile, donde sorprendieron un pueblo formado por cincuenta chozas, sin contar con la del jefe, que—según la costumbre de aquellos pueblos—estaba construída en el centro. En esta choza había un salón de más de 48 varas de longitud por 16 de latitud, en el cual los habitantes del pueblo celebraban sus asambleas.

Los españoles solamente pudieron apoderarse del cacique Ochile y de su hermano Vitachuko. Este era también cacique del pueblo inmediato al de Ochile.

Vitachuko trató varias veces de apoderarse de los españoles para destruirlos, y en alguna ocasión faltó muy poco para que realizase sus propósitos.

Como no escribimos una crónica circunstanciada de la expedición de Hernando de Soto, prescindirémos de las relaciones de esas tentativas frustradas que se contienen en muchas obras dedicadas á estos asuntos; pero, á fin de dar idea del género de lucha á que tenían que entregarse los conquistadores, reproducirémos uno

de aquellos relatos, traduciéndolo del historiador alemán á quien tantas veces hemos mencionado:

«So pretexto de dar á Soto pruebas de estimación, y de mostrar ante él la destreza de los naturales, reunió Vitachuko algunos miles de guerreros floridanos, los cuales, á una señal convenida, debían arrojarse sobre los españoles y matarlos á todos.»

Afortunadamente para Hernando de Soto y para sus soldados, hubo entre los salvajes quien hizo traición á los suyos, y denunció aquellos propósitos á los españoles, y éstos se apercibieron á la defensa. El día señalado se aproximaba, y lo mismo los soldados españoles que los guerreros indígenas adoptaban sus disposiciones en una llanura extensísima, limitada, de una parte, por dos estanques muy espaciosos; de otra, por un bosque infranqueable.

«Vitachuko, dice Cronau, había colocado á su gente formando semicírculo, y sus guerreros ostentaban en el cuerpo pinturas brillantes que ofrecían conjunto extraordinariamente pintoresco y vistoso.

Cuando los españoles, perfectamente arma-

dos, estuvieron colocados enfrente de ellos, salió el cacique floridano al encuentro del General español, para que éste fuese con él á pasar revista á las tropas.»

Entonces Hernando de Soto dió orden para que fuese preso Vitachuko y para que principiase el ataque contra los sorprendidos indígenas. Tenaz y furiosa fué la resistencia que éstos opusieron; pero, al cabo, fueron vencidos por las armas de fuego y por la caballería, que les pusieron en dispersión.

Muy cerca de mil indios se arrojaron, en su fuga, á uno de los estanques, que inmediatamente fué rodeado por los españoles. Pero los soldados de Vitachuko, lejos de rendirse, continuaban disparando sus flechas.

«Como el estanque era demasiado profundo para que pudieran hacer pie los floridanos, dice un cronista, nadaban éstos en grupos de tres ó cuatro, en filas apretadas, y llevaban sobre sus espaldas á otros guerreros que amenazaban constantemente con sus flechas á los sitiadores.»

El resto del día y toda aquella noche prosiguieron nadando; el frío de la madrugada, sin embargo, los obligó á rendirse. Pero no se rin-

dieron todos; algunos permanecieron en el estanque veinticuatro horas, y al cabo fué necesario sacarlos medio muertos.

Casi todos ellos, en fuerza del agua que habían ingerido en sus estómagos, tenían hinchado el vientre, y estaban rendidos de fatiga y desparramados por el suelo como cadáveres insepultos.

Los soldados de Hernando de Soto se repartieron á los vencidos como esclavos.

No fué esta la última tentativa hostil de los floridanos de Vitachuko; poco tiempo después se realizó otro conato de sublevación contra los blancos, que estuvo muy á punto de costar la vida á Hernando de Soto, el cual, á consecuencia de un terrible golpe que por sorpresa descargó sobre él Vitachuko, estuvo mucho rato sin volver en sí. La sangre brotaba en abundancia de la boca y nariz del General español, que había perdido varios dientes, y que, por espacio de veinte días, sólo pudo alimentarse de líquidos.

Basta lo relatado para que se comprenda lo rudo y peligroso de la campaña sostenida por los compañeros de Hernando de Soto en aquel su prodigioso viaje á través de la Florida.

Combatiendo contra la ferocidad de los indígenas indomables y las inclemencias de la tierra y del cielo, llegaron los españoles á la ciudad de Apalache, y allí estableció Hernando de Soto su cuartel de invierno y dió á sus soldados y se dió á sí mismo algún reposo, de que uno y otros estaban muy necesitados.

En tanto que descansaba, en parte, de sus fatigas, dispuso Soto que 30 soldados de caballería se trasladasen á la bahía del Espíritu Santo para ordenar á los tripulantes de los barcos, que allí habían quedado, que hiciesen rumbo hacia Apalache, reconociendo al navegar todas las bahías y puertos de la costa con sumo cuidado; después, el intrépido marino despachó á la Habana informes de sus descubrimientos; y hecho esto, y repuestas un tanto las fuerzas y los ánimos de su gente, en Marzo de 1540 continuó su viaje hacia el Norte. Atravesó las fértiles comarcas de Altapaka, Achalaque y Cofaqui, y llegó, por último, después de haber recorrido un desierto inmenso, al reino de Cofaciqui, bautizado por un río (el que hoy se llama de Savana), y en donde ejercía el poder supremo una india joven y hermosa.

Ya era tiempo de que, en pos de tantas tribulaciones, sobreviniese á Hernando de Soto una aventura agradable y llena de encanto.

Véase cómo lo refiere el alemán Rodolfo Cronau:

«Cuando Hernando de Soto y sus compañeros llegaron al río, en cuya orilla izquierda estaba la residencia de la reina india, ésta salió, seguida por las damas principales de su corte, para recibir al General español en un bote lujosamente decorado. Al hallarle, se apresuró no solamente á brindarle con su amistad, sino á poner á disposición del recién llegado aquel país y aquella morada. Al hacerle tan corteses ofrecimientos, entregó á Hernando de Soto un magnífico y valioso collar de tres sartas de hermosísimas perlas. El General español, para corresponder al agasajo, regaló á la reina una magnífica sortija de oro y rubíes; y tan impresionado se sintió por la hermosura de la soberana, que ni aun se acordó de preguntarle su nombre. Algunas semanas permaneció Soto disfrutando de la grata hospitalidad de aquella reina, tan hermosa como amable.»

En aquel país hallaron los soldados españoles

abundancia prodigiosa de perlas, sobre todo en los sitios consagrados á la conservación de los cadáveres. Estos cadáveres hallábanse embalsamados y colocados en cajas de maderas finas; cerca de ellas había cestillos de mimbres repletos de perlas de todas clases.

Por grata que fuese para Hernando de Soto la permanencia en aquel pueblo en que tan cariñosamente lo habían tratado, sus compromisos con la madre patria por una parte, y por otra su deseo de hallar países ricos en metales preciosos, le obligaron á continuar su expedición.

Siguió, pues, recorriendo las comarcas de Guachoule, Ichiaha, Cossa, Akoste y Talisse, admirables todas por la exuberante feracidad de su suelo, y llegó, por último, al país del muy poderoso cacique Taskalusa, que recibió con grande y solemne aparato á los viajeros. Este cacique, dicen los cronistas, era el prototipo del indio del Norte América. En los rasgos duros de su fisonomía, notábase un sello de grave altanería; ni una vez sola demostró curiosidad de conocer á los extranjeros, ni admiración por las novedades que ellos traían. No parecía sino que,

adelantándose á su época, practicaba ya el famoso *nihil mirari* del filósofo.

Era de estatura gigantesca, tanto que su cabeza sobresalía con mucho de todos sus soldados. Esperó á los españoles en un pueblecillo que custodiaban cien guerreros escogidos entre los mejores de su ejército. Allí, tranquilamente sentado en un rico sitial, y teniendo cerca de sí á una especie de abanderado que sostenía el estandarte de piel de ciervo, en el cual aparecían tres rayas azules, y que era la divisa del cacique, esperó con seriedad suma la llegada de Hernando de Soto.

A varios oficiales españoles que precedían al jefe como para anunciarlo, ni les saludó, ni aun les miró; cuando Soto apareció, se levantó Taskalusa, y le salió al encuentro para darle la bienvenida.

Manifestó el cacique gran empeño en guiar por sí mismo á los españoles hasta la capital del reino. Montáronle, pues, en un caballo. «Tan alto era el cacique, dice Cronau, que casi rozaba el suelo con los pies.»

Larga fué la marcha; mas al cabo de ella llegaron á una ciudad formada por 80 casas só-

lidamente construídas, y tan espaciosas algunas de ellas, que podían dar albergue á 1.000 hombres; parecían verdaderos cuarteles. El pueblo hallábase fundado en una llanura muy extensa cerca del río Alabama, y rodeado por valla muy alta, sobre la cual había además espesa empalizada.

De cuando en cuando, como de cincuenta en cincuenta pasos, veían los españoles alzarse una especie de torreón atrincherado, capaz de contener ocho ó diez hombres armados. Para penetrar en este conjunto de fortificaciones había dos puertas; en el centro existía una hermosa plaza.

Todos estos pormenores, y algunos otros, hicieron sospechar á Hernando de Soto y á sus compañeros que Taskalusa, el cacique gigantesco, no les dispensaría la cariñosa hospitalidad que habían debido á la reina india.

Supieron, efectivamente, que muy cerca de 10.000 guerreros indígenas, bien armados, hallábanse reunidos en la fortaleza, y que había con ellos gran número de mujeres jóvenes, que solían tomar parte muy activa y muy terrible en las batallas.

No tardó en llegar ésta, y fué de las más empeñadas que libró Hernando de Soto con los indios en su viaje. Como que el General español perdió 82 hombres y muy cerca de 50 caballos.

Las pérdidas de los guerreros de Taskalusa ascendieron á 10.000 muertos, si bien otros historiadores solamente apuntan 2.500, número que nos parece más verosímil. De Taskalusa nada más se supo; con el cacique indio sucedió lo mismo que ocurrió á España con el rey godo Don Rodrigo después de la batalla de Guadalete.

De aquella sangrienta jornada resultó destruído completamente por el incendio el pueblo de Movila ó Mauila (que de ambos modos llamaban los guerreros de Taskalusa á la capital de su territorio); y aunque los compañeros de Hernando de Soto, desalentados por tantas contrariedades y privaciones y por no hallar en el país las riquezas que se prometían, solicitaban de su jefe el regreso á Achusi, donde se encontraban los barcos, Hernando de Soto, resuelto á continuar su empresa, se alejó á marchas forzadas de la costa para evitar solicitudes análo-

gas en lo sucesivo, y cruzó la comarca de Pafallaya, el territorio de los Chikassas, y á pesar de la resistencia desesperada de éstos, logró apoderarse de su capital.

Esta conquista se verificó en Diciembre de 1540; en Enero siguiente, los indígenas se arrojaron una noche sobre la ciudad en que los españoles habían decidido invernar, y la incendiaron.

En aquella sorpresa nocturna los españoles tuvieron muchas pérdidas, pereciendo en ella cuarenta hombres, muchos caballos y abundancia de provisiones de boca y guerra. La ciudad quedó destruída por completo.

No lejos del sitio en que la ciudad había estado, levantó Soto su campamento, y en él residió, librando diarios combates con los indígenas, hasta fines de Marzo de 1541, época en la cual prosiguió su correría.

Atravesó el país del Alibama, y en Mayo del referido 1541 se encontró con el Mississipí; «un río tan caudaloso, dice el historiador Cronau, y tan ancho, que de una á otra orilla no podía distinguirse la figura de un hombre que estuviese de pie; su lecho era extraordinariamente

profundo, la corriente rápida, y el agua cenagosa y llena de troncos de árboles desarraigados.»

El mismo escritor dice que los indígenas llamaban á este río *Chukagua*, y hace notar que es uno de los que han tenido más nombres en el trascurso de los siglos, y que el nombre de Mississipí no comenzó á dársele hasta mediados del siglo XVII (*).

Siguió Hernando de Soto caminando río arriba; pero después de haber andado algunas leguas, se decidió á construir cuatro botes para atravesar el río y pasar á la orilla opuesta; hízólo así, á pesar de la resistencia de los naturales que los hostilizaron, y de este modo pudieron penetrar en los países de Casquín y Capaha.

Después de varias excursiones por estas comarcas, y advertido por las penalidades que diezmaban á sus fatigadas tropas, se propuso Hernando de Soto construir en las inmediaciones del Mississipí una ciudad que, al propio tiempo, fuese á modo de cuartel general, centro de

(*) *América.—Historia de su descubrimiento*, tomo 2.°, pág. 220.

operaciones y punto de reposo para los soldados españoles.

Cuando se estaba ocupando en la realización de su proyecto fué acometido de una violenta fiebre, que acabó con su existencia en muy pocos días.

Refiriéndose á este triste hecho, dice Cronau: «Poco antes de morir se despidió de sus capitanes y soldados, y entregó el mando á Luis Moscoso.» Soto murió el 21 de Mayo de 1542, y sus soldados, temerosos de que los indígenas profanasen el cadáver del General, construyeron un ataud con el tronco de una encina, y lo sumergieron en el Mississipí.

Tal fué el término de la expedición de Hernando de Soto, uno de los más atrevidos navegantes, y uno de los más valientes soldados, en aquellos tiempos de navegantes atrevidos y de soldados valientes.

Si la muerte no hubiese venido á interrumpir la empresa acometida con tales alientos y con tal perseverancia continuada, nadie es capaz de precisar á dónde habría llegado en sus descubrimientos y en sus conquistas nuestro insigne compatriota Hernando de Soto.

Con él acabó por entonces la serie de expediciones que había empezado Ponce de León, y que, siempre con éxito desdichado, continuaron Ayllón, Narváez y el ilustre paisano de Cortés y compañero de Pizarro.

Muerto el jefe, los soldados de Soto emprendieron desastrosa y horrible retirada. Después de infinitas penalidades y de privaciones y peligros y angustias cuyo relato pone susto en el ánimo más valiente, consiguieron llegar á México unos 300 hombres, desnudos, hambrientos, casi moribundos.

Aquellos eran los restos del brillante ejército que Hernando de Soto había sacado de la Habana algunos años antes.

Tal efecto produjeron las relaciones de aquellos soldados, que se renunció, por de pronto, á toda tentativa sobre la Florida, y hasta fueron prohibidas por Real decreto de 23 de Septiembre de 1561 toda clase de empresas á dicho territorio.

En el mismo año 1561 había concluído también desdichadamente otra expedición intentada por Angel de Villafañe, y esto fué lo que determinó la promulgación del decreto que sub-

sistió hasta los descubrimientos de Pedro Menéndez (*).

*
* *

Entretanto, D. Antonio de Mendoza, el Virrey de Nueva España, que no desistía de sus proyectos de conquistar la Florida, logró convencer á los soldados de Hernando de Soto para que intentasen una nueva jornada, y les proporcionó cuantos auxilios pudo, así como proveyó á Fray Luis de Cáncer, de Barbastro, de todo lo necesario para la conquista espiritual del territorio. Éste se embarcó en la Habana con otros religiosos dominicos en dirección á la Florida. El resultado de aquella expedición fué también

(*) Un escritor de aquella época, el Dr. Pedro de Santander, en *Carta* que se conserva original en el Archivo de Simancas *(Estado,* leg.º 120), dirigida desde Sevilla á S. M. con fecha 15 de Junio de 1557, refiere en las siguientes lacónicas frases el desastroso fin de las expediciones anteriores á la de Pedro Menéndez de Avilés:

«. . . . . V. M. envió al licenciado Ayllón, Oidor por V. M. de la isla Española, á la Florida, para convertirlos (á los indios); y, como bárbaros rebeldes, no solamente no lo hicieron, pero matáronle á él y á los que con él iban; y dende á pocos días, pasó Juan Ponce, por mandado de V. M., á la dicha provincia de la Florida, y lo destruyeron y echaron de la tierra, y mataron su gente, y al fin, al salir, murió. Después pasó Pánfilo de Narváez, y le destruyeron y mataron mucha gente, y echaron de la tierra; después fué vuestro Adelantado D. Hernando de Soto, con muy lucida gente, y se la mataron y la echaron de la tierra, aunque fué el que más entró y caló la tierra.»

funesto. Los indios dieron muerte á Fray Luis de Cáncer y á otros religiosos, y los demás hubieron de regresar precipitadamente á la Habana. Poco después, Fray Andrés de Olmos llegó á los confines de la Florida, donde perdió sus naves; la gente se salvó de las aguas, pero quedó esclava de los indios, los cuales sacrificaron á la mayor parte en holocausto á sus divinidades.

Por aquella época (1551), llenáronse los mares de piratas franceses con ocasión de la guerra declarada á Francia en Bruselas en 26 de Septiembre; ni las costas de España, ni las de Indias, estaban seguras de las frecuentes depredaciones de aquella piratería.

La desgracia no se había cansado de perseguir á los exploradores de la Florida: D. Luis de Velasco, Virrey de Nueva España, el mismo que en 1552 había quitado el servicio personal de los indios, dejándolos en idéntica libre voluntad que á los españoles, dispuso enviar á España la flota tan rica como convenía á los grandes gastos y esfuerzos que el Emperador hacía en defensa de la religión católica y de sus reinos.

Dispuesta la flota en 1553, apercibiéronse

para tornar á España desde México muchas personas de calidad. Fué una de ellas Fray Diego de la Cruz, ex-Prior del Convento de la Puebla de los Ángeles; otra, Fray Hernando Méndez, natural de México; y fueron también los legos dominicos Fray Juan Ferrer, natural de Valencia, y Fray Juan y Fray Marcos de Mena.

Fray Juan Ferrer, religioso ejemplar, que era por cierto de la familia de San Vicente Ferrer, profetizó el mal resultado de este viaje con las siguientes palabras:

«¡Ay de los que vamos á España!—dijo.—Porque ni nosotros ni la flota llegarémos allá; los más perecerémos, y los restantes experimentarémos intolerables trabajos, de que al fin morirémos casi todos; y yo quedaré escondido en ciertos lugares remotos, y viviré algunos años con entera salud. Pero ahora importa mi viaje, para que se cumpla la voluntad de Dios.»

La profecía se realizó: perdióse la flota en la costa de la Florida; murió casi toda la gente; en la borrasca, unos; víctimas de la crueldad de los indios, otros. Solamente Fray Marcos de Mena se salvó casi milagrosamente en Tampico; y Fray Juan Ferrer, el profeta de tantas desgra-

cias, desapareció, sin que se haya vuelto á tener noticia suya (*).

Al año siguiente (1554), Angel de Villafañe fué, de orden del Virrey de Nueva España, á la costa de la Florida y al sitio mismo en que había naufragado la flota, con el propósito de buscar las riquezas allí sumergidas; algunas de ellas pudo recuperar, aunque no tantas como las perdidas, y halló también á un español, Francisco Vázquez, el cual había estado escondido en la costa desde el día de la catástrofe, y que volvió á México muy contento, dando

(*) El Maestro Dávila, en la *Historia de la provincia de México*, atribuye esta misma profecía al asturiano Fray Tomás de San Juan, Prior, á la sazón, del Convento de la Puebla de los Ángeles, quien anunció la catástrofe diez y siete días antes de que aconteciera.

Parece que un personaje, perteneciente á una de las más nobles familias de la ciudad de la Puebla, cometió un gravísimo delito, cuya naturaleza oculta el citado cronista, así como el nombre del culpable, á quien conoció y trató mucho. Refugióse en el Convento, buscando el amparo de su Prior Fray Tomás de San Juan; pero el delito era, al parecer, tan grave, que no le valió la inmunidad del lugar sagrado. Puesta la ciudad en armas, penetró el pueblo en la Iglesia, armado y sin respeto á la casa de Dios, donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento.

Fueron inútiles los esfuerzos que hizo Fray Tomás para calmar los ánimos. El pueblo no abandonaba sus propósitos de venganza, y, cuando el tumulto era más grande, subió las gradas del altar mayor, y dirigiéndose á los amotinados, derramando abundantes lágrimas, pronunció, entre otras, las siguientes palabras:

«¡Ay de vosotros, españoles crueles y vengativos, que á trueque de salir con vuestros apasionados intentos, ni respetáis luga-

muchas gracias á Dios por haberle librado de tantos peligros; y fué el que contó circunstanciadamente lo ocurrido, así como la desastrosa muerte de Fray Hernando Méndez y Fray Diego de la Cruz.

«Al mismo tiempo (dice el historiador Cárdenas), fué por tierra Francisco de Ibaora, de orden del Virrey, hacia la Florida, desde la provincia de los Zacatecas; llegó á la de Topia y Cinaloa, en la cual fundó el pueblo de San Juan de Cinaloa; y en la de Chimicha, el de San Sebastián; y pasó trescientas leguas adelante, re-

---

res sagrados ni la casa de los siervos de Dios; todo lo profanáis con temerario atrevimiento, y en ninguna cosa halla freno vuestra demasía. Temed, pues, el rigor de sus juicios y castigos; guardáos y escarmentad en cabeza ajena, porque vuestros parientes y amigos, que partieron en la flota para España, casi todos se perderán con una grande tormenta; y los que quedaren vivos, morirán muy presto en poder de los indios de la Florida!. . . . .»

Fácil es de presumir, dice el historiador antes citado, el espanto que estas palabras causaron en la muchedumbre; sacaba ya la justicia al preso, conduciéndole á la cárcel, y no le molestaron, recordando los fatídicos augurios de Fray Tomás, que llegaron pronto á oídos de los habitantes de México, cuando trasladada la causa á aquella Audiencia, fueron á la capital, como testigos, muchos habitantes de la Puebla.

Confirmóse, en efecto, la profecía del venerable religioso asturiano. Llegó á San Juan de Ulúa la noticia de la catástrofe, y Fray Marcos de Mena y Francisco Vázquez, declararon que aquélla sobrevino diez y siete días después de haberla anunciado el dominico Fray Tomás de San Juan.

conociendo aquel gran continente; y habiendo hallado muchas minas de oro y plata, grandes ríos, tierras muy fértiles en frutas y caza, se volvió á Cinaloa por llevar poca gente y muy fatigada por tan largo camino.»

Nuevamente volvió á intentarse la conquista y población de la Florida en 1559, pensamiento que labraba constante, incesantemente, en el ánimo de los navegantes españoles, y que se reproducía, con periodicidad inalterable, á los pocos años de ocurrir algún desastroso suceso.

El Virrey D. Luis de Velasco fué esta vez el encargado por el Rey de España para disponerlo todo, y lo dispuso en efecto; lo dispuso tan bien cuanto permitía la premura del tiempo, pues las impaciencias de los expedicionarios no daban lugar á dilaciones ni aplazamientos. Nombró el Virrey, Capitán General de la armada y de la Florida á D. Tristán de Luna y Arellano, y Maestre de campo á Juan Cerón; componíase el ejército de mil quinientos soldados y llevaba seis Capitanes de caballos y otros seis de infantería; llevaba asimismo suficiente número de religiosos para atender á las necesidades espirituales del país; Fray Pedro de Feria, que al

cabo fué Obispo de Chiapa, iba como Vicario provincial de la Florida, y con él muchos frailes y clérigos de varias categorías. Todos, como dice Cárdenas, religiosos del Sagrado Orden de Predicadores y sujetos de gran celo en la conversión de los indios, incluso Fray Bartolomé Mateos, que había sido artillero de Gonzalo Pizarro, y viniendo á España preso, huyó y tomó el hábito en México. Y luego resultó que el soldado delincuente, prófugo y desertor, fué excelente religioso y fraile modelo.

Seis de los Capitanes nombrados habían estado en la provincia de Coza, y cuando lograron su libertad habíanse trasladado á Nueva España con algunos indios de la Florida que, con otros, regresaban en su compañía para esta expedición.

Todo parecía anunciar próspero resultado; pero estaba escrito que ninguna expedición se lograse, y corriesen todas suerte idéntica á la que habían corrido las dispuestas por Ponce de León, Pánfilo de Narváez y Hernando de Soto.

Véase en qué términos describe Cárdenas en su *Ensayo cronológico* los comienzos de esta empresa:

«Salió de México con gran lucimiento este ejército, mandándolo el Virrey D. Luis de Velasco, como Capitán General. Llegó por sus marchas regulares á la Vera Cruz, y antes de embarcarse hizo á todos el Virrey una plática muy eficaz y elegante, delineándoles la empresa á que se destinaban, el modo de conseguirla y los efectos que resultarían de ella al servicio de Dios y del Rey; con lo cual cobraron más ánimo, confirmándose en la buena esperanza que llevaban los soldados. Embarcáronse á su vista con sumo regocijo y repetidas salvas y con alguna travesía de viento y corrientes, que sobrepujaron después de haber navegado un mes; dieron fondo y tomaron tierra el día 14 de Agosto en un puerto que llaman Santa María, el cual tenía una bahía muy buena. Despachó luego D. Tristán aviso, dando cuenta al Virrey de lo que había sucedido y de la bondad de la tierra, y dió orden para que fuesen algunos soldados á reconocerla por la orilla y otros por el río; también previno dos navíos de aviso que trajesen á España la noticia; y para venir con ellos, nombró á Fray Bartolomé Mateos, que había sido artillero de Gonzalo Pizarro, y trayéndole preso á

España, escapó á México, donde tomó el hábito é hizo vida ejemplar. Pero el día 20 se levantó tan grande borrasca, que, sin hallar remedio, se perdió toda la Armada, haciéndose pedazos todos los navíos, hasta aquel en que estaba, para hacerse á la vela, Fray Bartolomé, que se ahogó con todos los que se iban con él.»

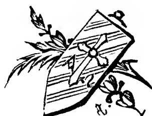
Desde este momento pudo considerarse como fracasada la expedición, lo mismo que las anteriores; es cierto que D. Tristán de Luna persistió en sus propósitos y que trató de seguir adelante, lo cual le originó mil contrariedades y disgustos; necesidad de apoyar á unos indios en su guerra contra otros, y, por último, verse abandonado por casi toda su gente, y ser llamado por el Virrey á Nueva España, con lo que hubo de renunciar á su empresa.

En el año 1562 comienzan las expediciones de Juan Ribault, que fué á la Florida de orden del Almirante francés Gaspar de Coligny, al frente de luteranos franceses; y con estas expediciones viene á coincidir la llegada á la Florida de Pedro Menéndez de Avilés, á quien dió el Rey título de *Adelantado perpetuo de la Florida*, con las mismas preeminencias y calidad que

gozaban los de Castilla, y veintiuna leguas en cuadro (las que escogiese) de lo descubierto y poblado, un lugar ó dos, y título de Marqués de dichos lugares para sí y sus sucesores; otorgóle también ser Gobernador y Capitán General de la Florida, con 2.000 ducados de salario, y, después de su vida, al hijo ó yerno que escogiese; advirtiendo que dicha cantidad había de pagarse de los frutos y rentas de la tierra.

También le concedió una parte de todas las riquezas que consiguiese, y dos pesquerías, una de perlas y otra de pescado; y en 22 de Marzo de 1565 se le dió real título de Capitán General de la armada para la conquista de la Florida.

Y comenzando aquí los heróicos hechos y las hazañas extraordinarias que más al pormenor se contienen en el MEMORIAL del Dr. Solís de Merás, consideramos terminada la tarea que nos habíamos impuesto al empezar esta reseña.

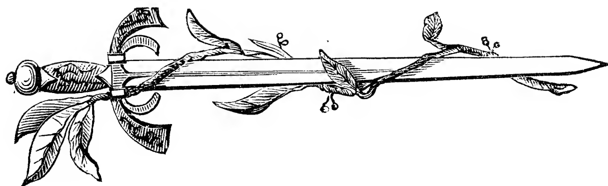


PEDRO MENÉNDEZ DE AVILÉS



PEDRO MENENDEZ DE AVILES.

Natural de Avilés en Asturias, Comendador de la orden de Santiago, Conquistador de la Florida, nombrado Gral. de la Armada contra Inglaterra. Murió en Santander Aº. 1574. á los 55. de edad.



III

PEDRO MENÉNDEZ DE AVILÉS

Con razón dice el sabio Académico Don Aureliano Fernández Guerra, hablando del insigne Adelantado de la Florida, «que es el mejor marino del siglo XVI, á quien España debe un monumento, la historia un libro y las musas un poema.» (*)

En efecto, no se conservan de este hombre extraordinario otros recuerdos que un modestísimo sepulcro en la Iglesia de San Nicolás de Avilés, algunos retratos más ó menos auténticos (**), y la relación de los hechos más me-

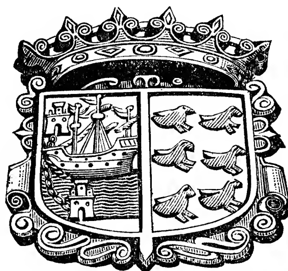
---

(*) *Fuero de Avilés:* discurso leído en la Real Academia Española.—Madrid, Imp. Nacional, 1865.

(**) Según el Canónigo Posada, existía un retrato de Pedro Menéndez de Avilés, obra del Tiziano, en la casa del primer Duque de Almodóvar del Río. Pezuela dice que había un buen grabado de Coello, tomado de un retrato antiguo que tenía en su casa de Madrid Doña Ana Antonia Suárez de Góngora, noveno Adelantado de la Florida. El que nosotros publicamos se ha tomado de un dibujo

morables de su vida, escrita por el Dr. Solís de Merás; relación que hoy sale á luz por vez primera, y que Barcia utilizó en parte para su *Ensayo cronológico.*

Pertenecía Menéndez de Avilés á una familia ilustre del antiguo Principado de Asturias, familia cuya genealogía puede verse en un curiosísimo libro que acaba de publicar el erudito Académico D. Ciriaco Miguel Vigil (*).



Escudo de armas de Pedro Menéndez de Avilés.

---

de José Camarón, grabado en cobre en 1791 por Francisco de Paula Martí. El dibujo de Camarón, copia quizá de alguno de los retratos mencionados, mide 23 centímetros de alto por 17 de ancho. En España, se publicó (sólo el busto) en la *Ilustración Gallega y Asturiana* el 10 de Marzo de 1879, y en la *Ilustración Española y Americana* el 15 de Noviembre de 1880; en la segunda de estas revistas, con una biografía del Adelantado, escrita por D. Manuel G. Llana. En el extranjero fué reproducido para la obra de Mister Parkman, titulada *France in the New World*, y el Dr. Shea le utilizó también para su libro *Charlevoix.*

(*) *Noticias biográfico-genealógicas de Pedro Menéndez de Avilés.*—Avilés, Imp. de *La Unión,* 1892.

Nació en la villa de Avilés, en 1519, y fué hijo de Juan Alfonso Alvarez de Avilés y de su primera mujer María Alonso de Arango.

Aún no había cumplido Menéndez 14 años, cuando arrastrado por su irresistible vocación á la marina y á la guerra, huyó de su casa, sentando, con nombre supuesto, plaza de grumete en Santander, en una armada que se daba á la vela para hostilizar á los corsarios franceses. Sufrió con resignación las privaciones y penalidades anejas á tan humilde cargo, y arrostró valerosamente peligros sin cuento, por espacio de dos años, en los numerosos combates que se libraron durante ese tiempo; tal fué el aprendizaje militar y náutico del que, veintidós años después, era Capitán general de la Armada.

Vuelto á su casa el fugitivo, su familia, según manifiesta Solís de Merás en su MEMORIAL, para que no volviese á escapársele, cosa muy de temer, dado el entendimiento y la viveza que mostraba, discurrió desposarlo con una niña de 10 años, Ana María de Solís, pariente de aquél en cuarto grado; y así convenido, se extendieron las capitulaciones matrimoniales. Pero á las pocas semanas, sordo á las súplicas de su esposa,

logró comprar un patache, y lejos de dejarse convencer por los individuos de su familia, dióse tal maña, que consiguió llevarlos en su compañía. Estos valientes jóvenes compusieron aquella pléyade de marinos asturianos que tanto brillaron en el siglo XVI. Desde entonces, lanzóse Menéndez de Avilés á la vida de marino, «y con sus amigos se metió en coso venturero, donde tuvo é hizo cosas muy venturosas é notables que serían muy largas de contar.» (*)

Lo mismo el historiador Cárdenas que el biógrafo Solís de Merás, á quien puede considerarse como cronista de las hazañas y gestas de Menéndez de Avilés, después de relatar estos hechos que demuestran las inclinaciones reveladas desde muy niño por Pedro, cuentan de él numerosas aventuras, algunas realmente asombrosas; prueba evidente de sus aptitudes de navegante, que más de una vez admiraban marinos muy avezados á las borrascas y á los peligros, y que en varias ocasiones utilizaron el Rey y su familia.

Su habilidad extraordinaria para sorprender

(*) Véase el MEMORIAL, pág. 2.

al enemigo, lo mismo que para sortear el tiempo contrario y los pasos dificultosos; su arrojo nunca domado en la lucha; su maravillosa serenidad en el peligro, relevantes y no comunes condiciones eran, que habían de colocar muy pronto á Menéndez de Avilés, como en efecto lo colocaron, en lugar preeminente, impar entre los pares, egregio entre los más egregios.

Cuando no tenía aún 20 años, apresó por medio de habilísimo ardid, y con un solo buque, en la bahía de Vigo, tres embarcaciones francesas, cada una de ellas muy superior á la suya en tripulación, porte y armamento, excitando el entusiasmo de los que contemplaron tan temeraria hazaña.

Al año siguiente, y después de haber logrado Menéndez de Avilés limpiar de corsarios las costas de Cantabria, fuéle encomendada por el Emperador Maximiliano la persecución del más temible y feroz de aquellos, á quien los franceses llamaban Juan Alfonso Portugués y los españoles Juan Alfonso Francés, protegido de los habitantes de la Rochela y de otros puertos del Golfo de Gascuña. Logró avistarle Pedro, le dió caza y le persiguió con tal resolución, que

dentro ya del puerto de la Rochela, lo abordó y, después de un reñido combate personal, le quitó la vida con su misma espada. El referido Capitán francés tenía un hijo, no menos valiente que su padre, llamado Antonio Alfonso, el cual, considerando como un deber suyo vengar la muerte del autor de sus días, y sabiendo que Pedro Menéndez había partido para América, fué con tres navíos bien armados á esperarlo á las islas Canarias. Dióse el combate en Santa Cruz de Tenerife, con tan mala fortuna para Antonio Alfonso, que cayó hecho pedazos por una bala de cañón, y Pedro Menéndez apresó sus tres embarcaciones.

Ya después de este hecho, aparece Menéndez con cargos de mayor importancia. Lleva á Carlos V hasta Flandes, y salva de un naufragio la galera imperial; triunfa constantemente de los corsarios, y es nombrado por Felipe II Capitán general de la armada de Indias, y su consejero para que le acompañase en el viaje á Inglaterra cuando fué á contraer matrimonio con la Reina Doña María.

Siguiendo puntualmente el contenido del MEMORIAL, vemos á Pedro Menéndez combatir

con suerte en todos los encuentros y realizar navegaciones atrevidas y rápidas á Flandes y á las Indias, conduciendo, unas veces, dinero y tropas; otras, elevados personajes, á quienes en medio de una horrorosa tempestad salva la vida en Artamua, como salvó después en Laredo la del Rey Felipe II.

Organiza y gobierna la armada de la Guarda de Indias, mandándola en muchos viajes trasatlánticos con gran habilidad y fortuna; reconoce, sondea y explica multitud de accidentes y pasos marítimos, y traza curiosísimas cartas de marear, aprovechadas por los cosmógrafos que le siguieron. Inventa dos nuevas clases de buques, llamados *galizabras* y *balandras*, y hace travesías tan rápidas, que logran la admiración de sus contemporáneos. Con efecto, hallándose en la Florida, hizo construir, bajo su dirección, y con arreglo á sus planos, en la bahía de San Felipe, una barca estrecha y larga, de 20 toneladas solamente; metióse en ella con 36 hombres de su confianza y algunos oficiales y deudos, y salió de aquel fondeadero casi á mediados de Junio de 1567.

Bogando á remo y á vela, pudo reconocer

las Azores á las 17 singladuras. Se le informó en las islas Terceras que Felipe II se disponía á embarcarse en la Coruña para ir á sofocar la rebelión de Flandes, y con el propósito de alcanzarlo antes de su salida, hizo rumbo hacia las costas de Galicia, echando el ancla en el puerto de Vivero el día 7 de Julio. Viaje asombroso, que se tendría por rápido aun en la época presente con los adelantos realizados en la navegación (*).

Dotado Pedro Menéndez de Avilés de una inteligencia privilegiada, aplicó sus maravillosas aptitudes al estudio de la náutica, inventando un instrumento destinado á calcular la longitud de Este Oeste, y por el cual obtuvo un privilegio de invención, que puede verse en el *Apéndice cuarto*, págs. 366 y siguientes.

La determinación de la longitud en la mar, ha sido uno de aquellos problemas cuya solución parecía imposible por la carencia de elementos y por el atraso en que se encontraban las ciencias físico-matemáticas. Por eso, desde épocas muy remotas, se ofrecieron premios y recom-

(*) Véase el MEMORIAL, caps. 26 y 27.

pensas al que descubriese el medio más seguro de obtener la longitud, con objeto de asegurar una derrota ó hacer una recalada después de haber surcado extensos y dilatados mares sin haber visto tierra alguna. Entre los españoles que se dedicaron á esta clase de estudios, fué uno de los primeros Andrés de San Martín, piloto de la nao *San Antón*, en la expedición de Magallanes al Maluco en 1519. Medio siglo después, en 1570, un vecino de Canarias, Juan Alonso, ideó con este mismo objeto un astrolabio, instrumento que no pudo presentar al Monarca por impedírselo una penosa dolencia que venía sufriendo desde 1566.

Gracias á un asturiano insigne, Regente á la sazón de la Audiencia de Canarias, el Doctor Hernán Pérez de Grado, no quedó el citado instrumento en el olvido. Muy competente en estos trabajos (*), y convencido de la utilidad del invento, informó á S. M. acerca de él; y por

(*) El Dr. Pérez de Grado es autor de un estudio intitulado *Información que envió de la isla de Gran Canaria al Presidente del Consejo Real de las Indias, sobre la navegación que hicieron algunos navíos de Indias á aquellas islas, viniendo de regreso para los reinos de España.*—Canaria á 20 de Marzo de 1574.—Arch. General de Ind.—Cop. en el Dep. Hidrog., tomo 25 de Ms.

Real orden de 4 de Agosto de 1571, dispuso Felipe II que lo remitiese á España, con persona de confianza, así como lo que el inventor hubiese escrito sobre esta materia. Dos hijos del Regente, D. Álvaro y D. Alonso de Grado, fueron los portadores del astrolabio y de la *Memoria*, y se presentaron al Monarca en 15 de Marzo de 1572.

Ya hemos dicho que al año siguiente Pedro Menéndez de Avilés obtuvo privilegio de invención de un instrumento análogo, sin duda más perfecto que el primero, y escribió también una *Relación ó método para saber lo que se camina en la dirección de Este Oeste*, que publicamos en el *Apéndice séptimo*, págs. 490 y siguientes, y que el autor de la *Biblioteca marítima española* califica de obra rara y apreciable.

Don Eustaquio Fernández de Navarrete (*) sospecha que los instrumentos que se entregaron en 1574 á Alonso Alvarez de Toledo, cosmógrafo de S. M. en la armada de los galeones que mandaba Pedro Menéndez de Avilés por

(*) *Memoria sobre las tentativas hechas y premios ofrecidos en España al que resolviese el problema de la longitud en el mar.*—Madrid, 1852.

el Secretario Juan de Ledesma, en presencia de López de Velasco, cronista y cosmógrafo mayor de Indias, para hacer uso de ellos durante el viaje, eran invención de Juan Alonso. Esta sospecha nos parece infundada, y el error de Navarrete debió de tener origen en el desconocimiento de la análoga invención posterior del Adelantado de la Florida.

***

En la rápida reseña que acabamos de hacer de los primeros sucesos de la vida de Pedro Menéndez de Avilés, lo dejamos mandando las flotas de Indias, cargo que el Monarca le obligó á aceptar, no obstante unas rebeldes cuartanas que le duraron veinte meses, y sin permitirle que viese á su familia después de tantos años de ausencia, ni cumplirle muchas promesas que le había hecho de recompensar sus servicios. Desde esta época comienza el calvario del Adelantado de la Florida. Nos referimos al injusto é inicuo proceso de que fué víctima. Tiene razón Cárdenas, cuando dice: «Otras hazañas y casos tan singulares, que parecen increíbles, acreditaron á Pedro Menéndez de ser el mayor hom-

bre de su tiempo; pero no bastó el aplauso, tan común como verdadero, á librarle de la saña de la envidia; pues habiéndole mandado volver á las Indias con la flota el año 1561, llegó á España cargado de riquezas y émulos, que dieron causa á la prisión, de que ahora se tratará, habiendo cumplido en esta ocasión mejor que en las demás.»

La rara fortuna con que había hecho todos sus viajes y las distinciones honrosas, justas y merecidas que á cada paso recibía del Rey, habían de crear necesariamente, al intrépido y experto marino, émulos y envidiosos. Los encumbramientos rápidos inspiran siempre celos, desconfianza, temores que suelen traducirse en murmuración primero, después en calumnias, y, por último, en persecuciones; tiros que se dirigen al hombre que es objeto de la envidia, al que logró los favores del Monarca, al que es ya un peligro y puede ser un estorbo para los que entienden sólo de adular, y únicamente de la adulación esperan su medro. Así se explica la persecución de que fué objeto Pedro Menéndez de Avilés.

Sobrellevó, no obstante, con resignación los

padecimientos que la envidia y la enemistad le ocasionaron; era Pedro Menéndez cristiano viejo, buen católico, sincero creyente, y hallaba en sus creencias religiosas, así el ardimiento heroico en el combate, como la cristiana resignación en la adversidad.

El origen del citado proceso fué el siguiente: los Oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla (*) gozaban la prerrogativa de elegir

(*) La Casa de Contratación de las Indias fué fundada por la Reina Doña Juana en 20 de Enero de 1503, y se estableció en el Alcázar Viejo de Sevilla, llamado antiguamente Cuarto de los Almirantes. Según las primeras Ordenanzas, su fundación tenía por objeto *recoger y tener en ella*, todo el tiempo preciso, cuantas mercaderías, mantenimientos y otros aparejos fueren menester para proveer todas las cosas necesarias á la Contratación de las Indias, y para *enviar allá* todo lo que conviniera; y para *rescibir todas las mercaderías* é otras cosas que de allá se enviaren á estos reinos; para que allí *se vendiese dello todo lo que se hobiere de vender ó se enviare á vender é contratar á otras partes* donde fuere necesario. La Casa tendría los compartimientos necesarios, y en ella habitarían los Oficiales, que entenderían en proveer todas las cosas que conviniesen á la contratación y buen despacho. Dichos oficios llevarían juntos lo que hoy se llama contabilidad, y entonces se llamó el cargo y la data. Tomáronse precauciones para que no pudiera mediar ni fraude ni engaño, y se encargó al Factor y Tesorero procuraran informarse de las mercaderías que pudieran ser provechosas y buques que serían menester para trasportarlas. Se les encomendó astucia y cuidado acerca de lo que se pidiese fiado ó debiera comprarse á plazo, para que en los viajes no se experimentase dilación alguna. Buscarían Capitanes y Escribanos que fuesen personas fiables; concertarían los fletes; darían por escrito las instrucciones para la navegación; se enterarían de todas las

los Generales de las flotas de Indias, á quienes daban los mismos Oficiales instrucciones relativas á lo que debían hacer durante el viaje; y como quiera que Felipe II, sin contar con el parecer de aquel Tribunal, nombró, contra la costumbre establecida, Capitán general de la flota de Indias á Pedro Menéndez de Avilés, consideráronse ofendidos, suponiendo que el Monarca, á instancias de aquél, había mermado los privilegios de que los repetidos Oficiales gozaban. Desde este instante, sólo buscaron ocasiones en que pudiesen perjudicar al Adelantado.

---

cosas de allá; llevarían cuenta, y la darían, de todo el oro que se importase, teniendo cuidado de hacer labrar el dicho oro en la Casa de la Moneda de la ciudad de Sevilla; tomarían noticias de cuanto se necesitara en la Mar pequeña ó Cabo de Aguer y en las islas Canarias; llevarían cargo general de todo cuanto debiera hacerse, así en la tierra que descubrió Bastida, como en las islas donde se hallaban las perlas y las que descubriese Colón, averiguando qué mercaderías había en ellas. Y terminaron declarando que todas las mercaderías que se cargaren ó sacaren de la dicha Casa y las que se trajeren á ella, serían francas de almojarifazgo y de todos los otros derechos, así de entrada como de salida, y de alcabala de la primera venta.

Para estudiar la historia de este Tribunal, debe consultarse la luminosísima Conferencia que sobre la *Significación que tuvieron en el gobierno de América la Casa de la Contratación de Sevilla y el Consejo Supremo de Indias* leyó en el Ateneo de Madrid, el 7 de Enero de 1892, el distinguido hombre público y erudito Académico D. Manuel Danvila.

El Prior y Cónsules de la Casa de Contratación habían nombrado, efectivamente, hasta entonces los Generales de las flotas de Indias; pero tan mal acierto habían tenido en la elección, que el Rey Don Felipe se vió en la necesidad de nombrarlos por sí mismo; y el primer título que directamente despachó, fué expedido á favor de Pedro Menéndez: de aquí la enemistad de los expresados funcionarios.

Hubo, además, una circunstancia que contribuyó á que estos odios se enconasen. Hallábase la armada de Menéndez anclada en el río de Sevilla; y su Capitán general, que siempre y en todas ocasiones era celoso guardador de las inmunidades y privilegios de su cargo, vió con sorpresa, y juntamente con disgusto, cómo los Oficiales de la Casa de Contratación, que andaban visitando sus naves, llevaban arbolado un precioso estandarte real de damasco carmesí. Esta enseña sólo podía izarla el Rey, ó, en ausencia suya, el Capitán general; por lo que Pedro Menéndez, después de hacer algunas observaciones, que no fueron atendidas, arrancó el estandarte de manos del que lo llevaba. Tal fué la cólera que, con este motivo, se apoderó de

los Oficiales, que, preso ya Menéndez de Avilés, decían públicamente: «Que pues les había querido quitar la autoridad que tenían en nombrar los Generales, y les quitó el estandarte real, no era mucho que procurasen quitarle la honra y aun la vida.»

Después de esto, no hay para qué decir que tanto él como su hermano Bartolomé Menéndez, fueron tratados con mayor dureza que si hubiesen sido reos convictos de delitos comunes. Sufrieron verdadero martirio, y agobiados por los padecimientos, enfermaron ambos, y ambos se vieron á las puertas de la muerte. En vano acudían al Consejo de Indias, y hasta al mismo Monarca, en demanda de justicia; los Oficiales, á fuerza de calumnias, lograron retenerlos en la prisión mucho tiempo; y hubieran seguido en aquellos inmundos calabozos, á no haber atendido Pedro Menéndez el consejo de algunos amigos, quebrantando la prisión para ir en secreto á presentarse al Rey, quien puso fin á sus desventuras y volvió á nombrarlo General de la Carrera de Indias, confiándole la difícil misión de conquistar y colonizar la Florida, y prometiendo recompensarle por los servicios que le

había prestado, y hacer «demostración por el agravio que se le había hecho, porque bien entendido estaba en todo su Reino había sido acusado falsamente.»

Para formar una idea más exacta de los sinsabores y penalidades que le ocasionó este proceso, además del Memorial, deben leerse las cartas XI, XII, XIII, XIV y XV del *Apéndice primero*, págs. 34 á 59 del tomo II.

***

Llegados á este punto de nuestra relación, hemos de recordar ahora una de las más gloriosas empresas de Pedro Menéndez; empresa que es, al propio tiempo, la más discutida por los enemigos de nuestra patria. Nos referimos á la conquista y colonización de la Florida.

Apénase nuestro ánimo y sentimos enrojecido el rostro por el rubor de la indignación y de la ira, cuando vemos que, en las postrimerías del siglo XIX, varios escritores extranjeros—¡y aun algunos españoles!—con desconocimiento absoluto de la historia, tratan de manchar la limpia fama de antepasados nuestros, que bri-

llaron en los siglos XV y XVI. Distínguense los franceses por el desenfado con que relatan á su gusto los hechos, sin parar mientes en la verdad histórica. Por ejemplo, Augusto Moireau, que actualmente publica un libro titulado: *Histoire des États Unis de l'Amerique du Nord*, en el capítulo IV del tomo 1.º no vacila en decir que nuestros más célebres conquistadores en América eran *verdaderos bandidos*; y que los indígenas, repartidos como esclavos, desaparecían diezmados por los opresores; y más adelante, hablando de Pedro Menéndez—que en la época á que el historiador francés se refiere, ostentaba ya la Venera de Comendador de la Zarza en la Orden de Santiago,—lo llama aventurero, cruel, sanguinario, y hasta malversador; y refiere los sucesos que se realizaron en la Florida, desde su llegada hasta la destrucción de los hugonotes, desfigurados por completo y con notoria parcialidad.

Y es que Moireau, con Spencer, Bancrofft, Cronau y otros muchos, reproducen en el siglo XIX las burdas narraciones de Ramusio, Laudonniere, De Bry y otros cronistas protestantes de los siglos XVI y XVII, y prescinden de los do-

cumentos originales existentes en nuestros Archivos.

No; Pedro Menéndez de Avilés, no era (como tantos de sus antecesores en la expedición al Nuevo Mundo, y como muchos de los que fueron á América después que él), solamente un navegante intrépido, un valeroso soldado, que, obedeciendo á sugestiones de la codicia ó impulsado tan sólo por el deseo del lucro, lanzábase á lo desconocido, jugando su vida á un terrible juego de azar, en cuyo término lo mismo podía hallar desastrosa muerte que lucrativa victoria.

La prueba del desinterés de Pedro Menéndez la encontramos en la *Información* inserta en el *Apéndice noveno*, pág. 621 del tomo II, en la que el testigo presencial Gabriel Justiniano, dice que, hallándose el Adelantado en el puerto de San Juan de Luz ultimando los aprestos de la Armada que, con urgencia, debía dirigirse á los reinos de Castilla, Tolomeo Espíndola y otros comerciantes le rogaron que suspendiese la salida por tres ó cuatro días, prometiéndole por cada uno 1.000 escudos ó 1.000 pesos de minas; y transcurridos aquellos, le ofrecieron, por cada

día más que se detuviera, 2.000 ducados. «Y el dicho Pedro Menéndez, añade el testigo, dixo que era vuen dinero, y mandó á la mar al Capellán de su flota, y le mandó dixese misa, el cual la dixo, y dicha, el dicho Pedro Menéndez se entró en la nao Capitana, y tiró una pieza, y se hizo á la vela, diciendo públicamente que no sauía nadie lo que era perder vna ora de tiempo y seruir á Dios y á su Rey.»

Además, todos los testigos que declaran en dicha *Información*, están contestes en afirmar que Pedro Menéndez de Avilés *murió pobre* y *necesitado.*

No; la figura respetable y veneranda de Menéndez de Avilés, no es la de un vulgar aventurero, fuerte y animoso, pero sin condiciones de instrucción ni de inteligencia, que se arroja á riesgos que desconoce; es la de un hábil político, la de un general inteligente, la de un hombre experimentado, en quien se armonizan y hermanan, por modo admirable, la prudencia y el ardimiento.

De todo eso, y de algo más todavía, hay en la personalidad de Pedro Menéndez de Avilés, en quien se admira juntamente: al católico fervoro-

so, cuya fe sostiene su atribulado espíritu en los grandes infortunios, y le alienta para afrontar las más heroicas empresas; al marino entusiasta, á quien no consiguen detener en tierra ni las dulzuras de la amistad, ni aun los lazos de la familia ó los atractivos del hogar doméstico; al consumado estratégico, que lucha contra fuerzas tres veces superiores á las suyas, y merced á un ardid de guerra (*), sugerido de pronto, y que recuerda el famoso episodio de *Horacios* y *Curiacios*, se apodera con un solo barco de tres embarcaciones enemigas (**); al hombre fuerte en la adversidad y *fundido* para la guerra, que sobrellevó, con resignación y fortaleza asombrosas, penalidades y miserias cuya relación sola pone espanto; al sabio geógrafo, al experto piloto, que causa la admiración de los sabios de

---

(*) Entre los varios ardides á que apeló Pedro Menéndez para engañar á sus enemigos, merece citarse el que presenció el Mariscal Gabriel de Rivera, y consta en la *Información (Apéndice noveno,* págs. 601 y 602). Había necesidad de llevar á Flandes millón y medio de ducados; y como Pedro Menéndez no contase más que con cuatro débiles zabras, y tenía necesidad de atravesar mares infestados de corsarios, cubrió el dinero de manzanas y pasó por entre los enemigos sin que ninguno le molestase, prestando con esto un gran servicio al Monarca, pues aquel socorro contribuyó en gran manera á que se ganase la batalla de San Quintín.

(**) Véase el MEMORIAL del Dr. Solís, págs. 2 y 3.

su época, y logra inspirar confianza á un Rey que no la depositaba fácilmente en ninguno de sus súbditos.

Respecto al cargo que se nos hace referente á nuestro sistema de colonización, Humboldt, hablando de la condición de los indios en nuestras posesiones de América, dice: «... á los esfuerzos de la Monarquía española en aliviar aquella clase desgraciada se deben las benignas y saludables leyes en favor de los indios, que en esta parte han elevado el carácter español sobre el de todas las naciones europeas.»

Y por lo que toca á la tiranía y opresión de los españoles, que, según el ya citado Moireau (*), diezmaba y hacía desaparecer á los indígenas, contestó victoriosamente hace ya más de un siglo el ilustre Campomanes con las siguientes frases: «Los escritores extranjeros, que tantas crueldades atribuyen sobre su palabra á los españoles contra los indios, podrían hacer memoria de las inhumanidades hechas por los *Forbantes* y *Bucaniers*, protegidos por ellos mismos en la Costa Firme y en el istmo de

(*) Obra citada, tomo 1.°, cap. 4.°, pág. 75.

Panamá. De esta suerte de insultos no se leen en la historia de España, ni los admite la discreción y cordura de sus leyes, ni su sistema político.»

Y en otra parte añade: «Vean también los declamadores si nación alguna tiene leyes y defensas tan específicas á favor de los indios, y si hubiera sido más conveniente haberles dejado sacrificar sus vidas á los ídolos, que reducirlos al cultivo del campo, á la vida civil y al conocimiento de la ley evangélica.»

Extendiéndose el mismo autor en consideraciones sobre los cargos que se dirigen contra los primeros conquistadores, concluye diciendo: «Si se refirieran imparcialmente los estragos de Alemania en la guerra de religión, los asesinatos del día de San Bartolomé en Francia y las revoluciones de Cromwell en Inglaterra, acaso estaría la ventaja de moderados á favor de los conquistadores de Indias. Las cosas nuevas y distantes, como éstas, era fácil abultarlas y exagerarlas en odio de una nación gloriosa y que acrecentaba su poder considerablemente (*).

(*) *Apéndice á la Educación popular.*—Madrid, 1775-77, Imp. de Sancha.

Vamos ahora á investigar el origen de los errores en que han incurrido, desde Laudonniere hasta Moireau, todos los cronistas extranjeros al hablar de la conquista de la Florida por Pedro Menéndez de Avilés.

Llegó á conocimiento de Felipe II que muchos calvinistas, expulsados de Francia, se habían refugiado en la Florida, y pretendían colonizar aquel país. «Creció en Francia, dice Cabrera de Córdoba (*), la herejía tanto, que alcanzó en las antárticas regiones, por medio de un Juan Riblaut *(sic)*, hereje calvinista, de nombre y de nación francés. Publicó era enviado de su Rey, con instrucciones y patentes, para poblar, gozar de las riquezas de las Indias, y purgar el estado de la gente que, *por facinerosa*, no podía sustentar (**).»

Averiguó también Felipe II que desde allí

(*) *Historia de Felipe II*, tomo 1.º, pág. 497.

(**) Á continuación insertamos el juicio formado por un diplomático veneciano (*), cuyo testimonio no podrá parecer sospechoso, acerca de Ribault y los franceses que le acompañaban en su expedición á la Florida,—los cuales, según Bancrofft, eran la flor de la nobleza francesa,—y de la gran importancia que se dió en la corte

(*) *Relación de las cosas de España, leida al Senado veneciano por Leonardo Donato, Embajador de aquella República.*—(Fué este Embajador elegido el 20 de Junio de 1569. La *Relación* se escribió en 1573.)

se dedicaban los hugonotes á piratear, y cometían actos de crueldad con los súbditos del Rey de España, no obstante vivir en paz los dos reinos. Los colonos, según confesión del propio Moireau, buenos calvinistas, amigos sinceros de su patria y fervorosos creyentes, eran en cambio sobrado turbulentos y difíciles de ser gobernados; y en vez de dedicarse al cultivo de la tierra, siguiendo el consejo de Coligny, agotados sus víveres, despojaron á viva fuerza á los indios de las escasas provisiones de maíz que conservaban. Algunos abandonaron la colonia y, apoderándose de dos buquecillos, se dedicaron al corso contra las naves mercantes españolas (*).

á su expulsión de aquel territorio, llevada á cabo por Pedro Menéndez de Avilés:

«Poichè un numero di sette ovvero ottocento soli francesi *venturieri, per non dir vagamundi,* Capitano dei quali era un Gioan Ribao, luterano; s'andarono con alcune navi a mettere nella Florida in certo luogo opportuno e di gran passo a quelle navigazione, e fortificatisi in terra diedero notabilissimo disturbo alle cose di S. M., e posero in estremo pericolo, tutta quella navigazione. E con tutto che non avessero d'alcuna parte aiuto nessuno, durando allora la pace con francesi, nondimeno ci fu grandissima difficoltà é lunghezza a discacciarli; e quelli che trattavano e intendevano per S. M. le cose delle Indie ne fecero per la espulsione tanta allegrezza come se le avessero quasi riacquistate di nuovo.»

(*) Obra citada, pág. 48 del tomo 1.º

Por derecho de conquista, y por declaración de la Santa Sede, era el Rey de España dueño legítimo de todo el Continente americano, excepto del Brasil, adjudicado á Portugal. No podía, pues, consentir que extranjeros fundasen un establecimiento que amenazaba al comercio de las Antillas y de la América Central. Consideró con justicia que aquella inmigración extranjera y protestante era un doble atentado contra su fe y su señorío. Además de franceses piratas y foragidos que usurpaban su territorio, eran herejes que difundían sus errores entre los que, no por ser salvajes aún, dejaban de ser vasallos suyos; por eso resolvió, en 1565, su pronto y completo exterminio, con aquella firmeza inexorable que siempre caracterizó sus resoluciones.

Entre nuestros marinos, sobresalía entonces Pedro Menéndez, sin competidor posible. Ya hemos dicho que desde su mocedad habíase dado á conocer con hechos admirables, limpiando de piratas las costas de Cantabria y Portugal, y que después había ahuyentado de la derrota americana, entre Cádiz y Veracruz, á los corsarios ingleses y franceses que despojaban á los barcos españoles cuando volvían del

Nuevo Mundo á los puertos de la patria. Para prevenir este riesgo, se había dispuesto que todos estos buques navegasen juntos una vez al año á la ida y á la vuelta, custodiándolos una flota militar, que se llamó la Armada de la Guarda de Indias. Siendo su General Pedro Menéndez, la había gobernado con tal acierto y fortuna, que los enemigos de nuestro comercio, que escaparon á su persecución, abandonaron aquellas aguas para no ser echados á pique. Acertada fué, por lo tanto, la designación hecha por el Rey á favor de Pedro Menéndez para llevar á cabo la arriesgada y difícil misión de exterminar á los protestantes franceses de la Florida y destruir el fuerte que allí habían construído.

Ya el discretísimo y sensato autor del *Ensayo cronológico para la historia general de la Florida*, D. Gabriel de Cárdenas y Cano, considera como providencial la intervención del Adelantado en la conquista, tantas veces intentada—siempre con resultados funestos,—de la Florida. Refiriéndose á la propaganda luterana que hacían en aquel país los conquistadores franceses, dice Cárdenas:

«Las continuas turbaciones de Renato y sus

soldados, y la falta de predicantes herejes, hicieron olvidar el cuidado que llevaban de sembrar entre los indios el veneno de su diabólica secta; y para que, en más quietud, no tuviese lugar á extenderse su malicia, *dispuso la divina Providencia* que los españoles se animasen á la conquista y población de la *Florida*, por una casualidad bien extraña, cuando menos se pensaba en conseguir esta empresa.»

Palabras del historiador que bastan para mostrar lo acendrado de su fe cristiana y la seguridad con que creía que la divina Providencia había dirigido los acontecimientos de la manera conveniente á llevarlos al nombramiento y designación de Menéndez de Avilés para conquistar la Florida. De lo ardiente de la fe católica del insigne asturiano, son gallarda y elocuente muestra las palabras que Solís de Merás pone en labios del Adelantado cuando éste recibió de Felipe II el encargo de registrar toda la costa de la Florida y «descubrir las ensenadas, puertos y bajíos que en ella hay, para se marcar precisamente y poner en las cartas de marear, porque de no se haber hecho esto, se habían perdido muchas naos que iban y venían á

las Indias, con muchas riquezas é gente y muchas armadas que el Emperador, de gloriosa memoria, su padre y S. M. habían hecho para la conquista é población de aquella tierra de la Florida.»

Pedro Menéndez de Avilés, según cuenta el historiador aludido, dijo entonces al Rey con voz entera, que pluguiese á Dios que S. M. entendiese aquello que le decía, tàn bien como convenía al servicio de Dios y al suyo, «porque era una de las cosas necesarias que en su Reino tenía que proveer ó remediar, en especial en tiempo que se levantaban tantos herejes luteranos en Flandes y Alemaña, Francia, Inglaterra, Escocia, todas tierras cercanas *(sic)* á la Florida, tierra tan grande y de tan buena altura y temple para todo género de mantenimientos, que á razón ha de tener muchas cosas buenas, poblada toda de gentes salvajes, sin fe é sin ley, desalumbrados de la ley de Nuestro Señor Jesu-Cristo, y que estaba S. M. obligado en conciencia, por los poderes que los Santos Pontífices de Roma habían dado, muchos años había, para la conquista é población de aquella tierra, á los Reyes de Castilla, para que procurasen plantar

en ella el Santo Evangelio, y que aquella empresa tomaría él á su cargo, de mejor gana que ninguna de cuantas armadas, ni oficio, S. M. le podía encargar en sus Reinos.»

Hemos reproducido textualmente este discurso, pronunciado por el ilustre navegante y conquistador, no ya sólo porque es un documento de gran interés histórico, sino porque es además un acabado retrato de la fisonomía moral de Pedro Menéndez de Avilés. Católico fervoroso, y dotado de un corazón que ardía en caridad cristiana, el amor al prójimo y el entusiasmo por su religión se sobreponían á todo en su espíritu, y la preponderancia de esos dos sentimientos explica en la vida del conquistador algunos sucesos que sus adversarios han interpretado desfavorablemente.

Calculaba con razón Pedro Menéndez que el éxito de la empresa dependía de que ignorasen los protestantes franceses los propósitos de la armada, para no darles tiempo de apercibirse á la defensa aumentando sus fortificaciones, pues en ese caso el resultado del ataque hubiera sido naturalmente más dudoso. Por eso, sin esperar á que se le uniera la escuadra de Astu-

rias y Vizcaya, mandada por Esteban de las Alas, salió de Cádiz el 28 de Julio de 1565, con la tercera parte de las fuerzas destinadas á conquistar la Florida. Tiempos duros y borrascosos dispersaron la reducida flota, haciendo sufrir á los tripulantes riesgos y zozobras sin cuento, cuyos detalles pueden leerse en el MEMORIAL, en las *Cartas* del Adelantado, y en la *Relación* del Capellán de la armada, Mendoza Grajales. Por último, el 28 de Agosto, día de San Agustín, descubrieron la tierra de la Florida; y después de reconocer su costa, dieron con la escuadra de los calvinistas, á las dos de la tarde del día 4 de Septiembre, en la embocadura del río que se llamó después de San Mateo. Celebró entonces Menéndez de Avilés consejo con sus capitanes, y les expuso su propósito de atacar al enemigo, no obstante la opinión contraria de algunos de aquellos, para quienes era una verdadera temeridad luchar contra fuerzas muy superiores á las suyas, con barcos desmantelados por las pasadas tormentas. El Adelantado, que además de valiente, era hábil estratégico, aprovechando la obscuridad de la noche, logró ganar el río, interponiéndose entre la costa y los

cuatro galeones franceses, impidiéndoles de este modo el desembarco. La popa del galeón *San Pelayo*, después de esta maniobra, quedó entre las proas de la Capitana y Almiranta francesas; y colocado en el puente Pedro Menéndez de Avilés, revestido de sus insignias y armadura, ordenó que encendiesen luces y que tocasen sobre cubierta todos los clarines y trompetas, y entonces, dirigiéndose á los protestantes, con voz muy enérgica les dijo que «qué hacían allí, y qué Capitán tenían.—Respondieron que teníán á Juan Ribao por Capitán general, y que por mandado del Rey de Francia venían á aquella tierra, y qué naos éramos nosotros y qué General traíamos.—Respondióseles que Pero Menéndez, que yva por mandato de V. M. á esta costa y tierra á quemar y ahorcar los franceses luteranos que hallase en ella, y que por la mañana yría á abordar con sus navíos para saber si era desta gente, porque siéndola, no podía dexar de executar la justicia en ellos que V. M. mandava (*).»

A tan temerario bando respondieron los

(*) *Apéndice primero: Cartas de Pedro Menéndez*, pág. 76.

calvinistas con bramidos de ira y denuestos contra el Rey y contra Pedro Menéndez; mandó entonces éste abordar á las naves enemigas, cuyos tripulantes, conocedores del valor y de las proezas del Adelantado, cortaron los cables, desplegaron las velas y huyeron cobardemente. Persiguiólos aquella noche Menéndez; pero convencido de que no podía alcanzarlos por falta de mástiles y velas, retrocedió á San Agustín, puerto en el cual desembarcó el día 6 doscientos soldados, y el 7 trescientos, juntamente con los colonos, artillería, municiones, etc., tomando solemnemente posesión, en nombre del Rey, del territorio de la Florida.

Sospechaba Pedro Menéndez que la armada francesa (*), compuesta de 4 galeones y 8 pinazas y tripulada por más de 600 hombres, volvería sobre dicho puerto con propósito de acabar con sus débiles fuerzas; empresa fácil si se tienen en cuenta los poderosos elementos de que disponían los luteranos. La incertidumbre, dice el Dr. John Gilmay Shea, y la cobardía, añadimos nosotros, del corsario Ribault, libraron tal vez á

(*) *Apéndice primero: Cartas de Pedro Menéndez*, pág. 88.

los españoles de una derrota; y las tempestades se encargaron después de destruir aquella potente armada, arrojándola sobre las inhospitalarias costas de la Florida.

Más previsor Pedro Menéndez, adivinó el desastre, y concibió el atrevido proyecto de sorprender por tierra el fuerte de Charlefort; proyecto que fué realizado con la inteligencia y actividad en él habituales. Con efecto, el 16 de Septiembre, dejando á su hermano Bartolomé al frente de la colonia, partió con 500 hombres y dos caciques por guías, llevando cada uno sus armas y provisiones; «é yo (Pedro Menéndez) el primero, por el enxemplo, llevaba esta comida y armas á cuestas.» A la cabeza de 20 soldados asturianos y vizcaínos, emprendió su heroica expedición, internándose en bosques vírgenes, y teniendo que escuchar resignado las injuriosas palabras que contra él dirigían algunos Oficiales, entre ellos el Alférez del Capitán San Vicente.

Sólo un hombre de la tenacidad, energía y grandeza de alma de Pedro Menéndez de Avilés acomete empresa semejante, en tan difíciles circunstancias. De todas esas virtudes, que, por

caso excepcional y rarísimo, se hermanaban perfectamente en aquel hombre singular, la fortaleza para los trabajos, la resignación para las desdichas, la arrogancia indómita para la adversidad, hubo menester en la expedición tan admirable cuanto sencillamente descrita en el Memorial del Dr. Solís; expedición heroica, más aún que heroica, porque más que heroísmo se necesita para sobreponerse á las horribles penalidades que sufrió en aquel viaje, que parece invención de poeta, desde el fuerte de San Agustín al de San Mateo, y viceversa, caminando por terrenos pantanosos y desconocidos, pasando dos noches con cieno hasta las rodillas y teniendo que subirse á los árboles para orientarse en aquellas soledades.

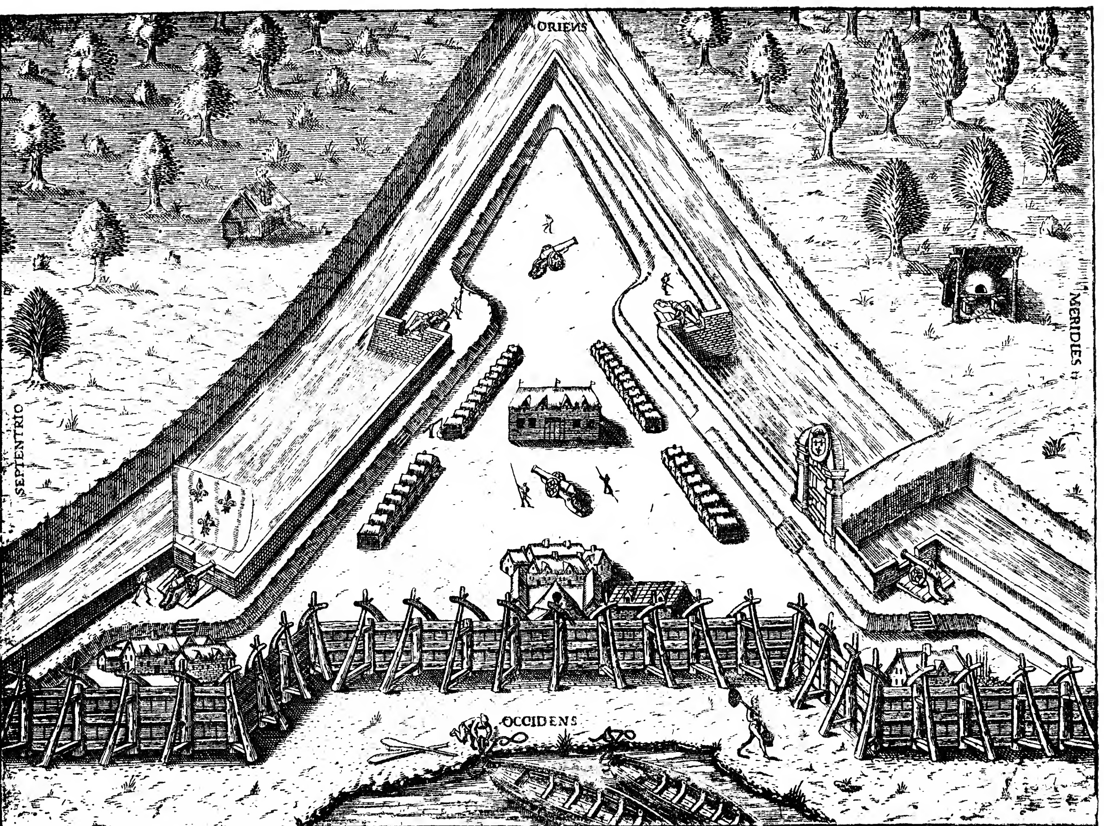
Pero si hubo menester fortaleza de ánimo y de cuerpo para soportar tantos trabajos y realizar esfuerzos y llevar á cabo proezas que hoy nos parecen maravillosas, mayor entereza manifestó domeñando su carácter vehemente para no dejarse arrebatar ante las dificultades que la envidia de unos, la indiferencia de otros, le suscitaron á menudo entre sus mismos compatriotas. Alguno de estos llegó á ofrecer en venta á

los indios la cabeza del Adelantado; traición que no se consumó, gracias al providencial aviso de Hernando de Escalante (*), quien lo refiere en los siguientes términos: «... y no como el Viscaíno que quiso vender á Pedro Menéndez á los indios; y si no fuera por mí y un mulato que descubrimos la traición, fueran todos muertos, y yo con ellos, y no muriera Pedro Menéndez en Santander, sino en la Florida.» (**)

Pero sigamos á nuestros compatriotas camino de Charlefort. Al cuarto día, se ocultaron en un espeso bosque de pinos, inmediato á la colonia calvinista, donde pasaron en silencio la noche, bajo copiosa lluvia, que inutilizó por completo la pólvora y la mecha de los arcabuces. A pesar de esta gravísima contrariedad, la fuerza mandada por Pedro Menéndez marcha resuelta con dirección al fuerte dos horas antes de amenecer; degüella á un centinela avanzado; sorprende y mata á los que defendían la puerta,

(*) Escalante había vivido cautivo entre los indios, desde los 13 á los 30 años, y á la circunstancia de poseer los dialectos de la Florida, debió el descubrimiento del crimen que se proyectaba.

(**) *Memoria de las cosas y costa é indios de la Florida, que ningúno de cuantos la han costeado no lo han sabido declarar.*—Ms. en el Archivo de Indias de Sevilla.



FUERTE DE LA CAROLINA (SAN MATEO) (Cop.ª de un grab.º del año 1591)

y se apodera del pueblo y del fuerte sin perder un solo hombre. Todos sus habitantes y defensores cayeron en su poder, excepto 50 ó 60 que, con el Alcaide de la fortaleza, Laudonniere, Challeux y el pintor Le Moyne, huyeron, herido el primero por la pica de un soldado, arrojándose de la muralla é internándose en los bosques.

Laudonniere fué después cronista tan parcial como entonces caudillo negligente y cobarde, y refirió este suceso como á su humillación y despecho convenía (*).

(*) LAUDONNIERE (Réné Goulaine de). — No es conocida con exactitud la fecha del nacimiento de este fanático calvinista, á quien protegió mucho el famoso Almirante de Francia Coligny, célebre en las guerras de religión que tantas veces ensangrentaron el suelo de su patria en el reinado de Carlos IX.

Laudonniere descendía de una familia noble de Poitiers, y acompañó á Ribault en el primer viaje de éste á la Florida (1562). La flotilla de Ribault, de la cual fué Laudonniere uno de los jefes, abordó, al decir de los cronistas de aquel viaje, hacia los 30° de latitud N., en el día 1.° de Mayo del año referido. Habiendo fondeado en la embocadura de un río, dieron á éste el nombre del mes que en aquel mismo día empezaba, y el río *Mayo* se nombró desde entonces.

Los expedicionarios reconocieron la costa en busca de sitio á propósito para desembarcar, y llegaron hasta la bahía en que hoy existe la ciudad de Savannah; y allí, ó fatigados de navegar, ó creyendo buen punto para establecerse aquel terreno, fundaron su primer asiento, al que denominaron Puerto Real, y que no prosperó por cierto.

Su libro, lleno de exageraciones é imposturas, fué el origen de todas las que después se han repetido al hablar los escritores extranjeros de este hecho de armas. Porque, si bien es verdad que en aquel asalto fueron muertos 142 hombres, según carta del mismo Adelantado, también lo es que fueron respetadas las vidas de cuantos declararon, bajo su palabra, que eran

---

Laudonniere regresó á Francia, resuelto á organizar y disponer otra expedición; y en efecto, á 23 de Abril de 1564, salió del Havre con tres embarcaciones bien provistas de municiones de boca y de guerra, y con unos 500 hombres de desembarco.

Refieren cronistas é historiadores, que en aquel viaje los calvinistas, mandados por Laudonniere, cometieron graves atentados y actos de piratería contra naves de España, que á la sazón estaba en buenas y amistosas relaciones con Francia.

Esta segunda flotilla de Laudonniere fondeó también en el río Mayo, y próximamente á dos leguas de su embocadura levantaron los viajeros un fuerte, al que pusieron el nombre de *Carlos,* en recuerdo del rey de Francia.

Refiriéndose á estos protegidos del Almirante Coligny, de quien se cree, no sin fundamento, que envió á estos amigos suyos con pretexto de colonizar la costa septentrional de América, para librarlos de las persecuciones de que eran objeto, dice el erudito historiador D. Jacobo de la Pezuela:

«No cabe en esta nota ni indicar siquiera los actos de indisciplina, los asesinatos y los delitos que en breve tiempo cometieron entre sí mismos y en aquellas aguas aquellos expulsados de una nación cuyos escritores tanto se esforzaron después en vindicarlos, aprovechándose del silencio de los nuestros. Casi todos habían huído de su país por causas muy ajenas á las de su creencia religiosa, si tenían alguna. Los mismos textos que luego los defendieron, pusieron sus crímenes en evidencia, y así, indirectamente, justificaron los actos de justicia que con ellos ejerció Menéndez. Aún

católicos, y las de 70 ancianos, mujeres y niños protestantes, á pesar de la rigurosa orden de exterminio que Pedro Menéndez había recibido de Felipe II; «porque temí, dice el Adelantado, que Nuestro Señor me castigara si usara con ellos de crueldad.» En cambio, Moireau (*), con admirable aplomo, cuenta el hecho de la manera siguiente: «Entonces comenzó la carnice-

---

en nuestros días se aplica la pena de muerte á los piratas en todas las naciones.»

Á más de las referidas expediciones de Laudonniere, hay noticias de otras dos, realizadas por aquellos mismos años, y de la última de Ribault. Con estas cinco expediciones llegaron á la Florida más de 2.000 calvinistas en armas, contra los cuales hubo de luchar el conquistador Pedro Menéndez, y á los que por completo destruyó ó dispersó en muy poco tiempo.

De aquellos 2.000 hombres, lograron salvarse: Laudonniere, un hijo de Ribault y 40 franceses que se arrojaron de la muralla del fuerte Carlos cuando le sorprendió Menéndez de Avilés, 30 de los cuales llegaron á Francia en Enero de 1566.

De la justicia de sus quejas y de sus agravios da buena idea el hecho de que el Gobierno francés ningún caso hizo de las reclamaciones de sus compatriotas.

Laudonniere murió ignorado y oscuro en su país, pocos años después.

Dejó escrito el libro intitulado: *Historia notable de la Florida, conteniendo los tres viajes hechos á la misma por capitanes y pilotos franceses.*

Esta obra póstuma fué impresa en París, corriendo el año 1586, y las imposturas y calumnias en ella contenidas han servido de fundamento ¡triste fundamento realmente! á los que han tratado de aquellos sucesos sin estudiarlos con detenimiento é imparcialidad.

(*) Obra citada, pág. 90.

ría: hombres, *mujeres*, *niños*, nadie fué perdonado. Terminada la sangrienta obra, se dijo una Misa, se elevó una cruz y se puso solemnemente la primera piedra de una iglesia.»

El Adelantado nombró Alcaide del fuerte, que desde entonces se llamó de San Mateo, á Gonzalo de Villarroel, con 300 soldados de guarnición, y volvió con 100 á San Agustín, dedicándose con ardor á fortificar aquel punto, en espera de un ataque de la armada francesa.

Hemos dicho ya que Pedro Menéndez, como hábil é inteligente marino, había previsto la ruina y total pérdida de la flota de Ribault. Ahora bien; al día siguiente de su llegada á San Agustín, le avisaron los indios que á 4 leguas de allí habían aparecido muchos blancos que se dirigían al fuerte Charlefort, y sin perder un momento, con su acostumbrada celeridad, salió á reconocerlos en la noche del 28 de Septiembre. Su primer cuidado fué ocultarles el exiguo número de soldados que le seguía, menos de 50, ardid á que se prestaban los accidentes del terreno. Vió que eran calvinistas salvados del naufragio, cuyo número ascendía á 200. Después de decirles que el fuerte de San Mateo ha-

bía caído en su poder y de intimarles la rendición, aunque apelaron á medios diversos para lograr que perdonase sus vidas y les condujese á Francia, Pedro Menéndez no accedió á sus súplicas porque, además de no tener navíos disponibles, estaba obligado á cumplir las órdenes de su Rey.

El 10 de Octubre volvieron á decirle los indios que, á cinco ó seis leguas y en el mismo sitio, habían aparecido muchos más franceses; y sospechando Menéndez que fuese el resto del ejército de Ribault, salió precipitadamente á su encuentro con 150 soldados; llegó á dicho punto á la media noche. Al divisar las fuerzas enemigas, á la mañana siguiente, vió que se componían de 350 franceses, hombres vigorosos y bien armados, que le recibieron presentándole batalla. Menéndez se adelantó entonces á conferenciar con el temible pirata, que jamás había perdonado á ningún católico; hízole creer que le seguía un ejército; que se había apoderado del fuerte de Charlefort, del pueblo, de los buques y de la costa; y finalmente, le intima y consigue su rendición incondicional. Ribault y los suyos fueron degollados de diez en diez, como

sus compañeros. Sobrevivieron á esta dolorosa matanza 24 que declararon ser católicos.

Aquí termina la breve narración de los hechos realizados por los españoles al conquistar la Florida; hechos que, juzgados á la ligera por historiadores superficiales, y explotados hábilmente por enemigos encarnizados—que siempre los tuvo, aun en muerte, el verdadero mérito,—han servido para que se lancen contra Pedro Menéndez severísimos cargos, y se le califique de perjuro, cruel y sanguinario, ¡cosa tan lejos de su carácter!

Saliendo enérgicamente al encuentro de la calumnia, dice Cárdenas, con referencia á este acontecimiento, lo que sigue:

«En el modo de acabar el Adelantado con los herejes en la Florida, cuentan los extranjeros tales ficciones (y tan confusas, porque no distinguen los sucesos), que han hecho incurrir á los sinceros y piadosos en los mismos errores que inventan, como se verá después.

Aún no están conformes en el Capitán que hizo la justicia de los herejes; unos le llaman Villemando, otros Pedro Claudio, siendo desde entonces notorio que fué el Adelantado.

Dicen que habiendo echado la gente en tierra, por la una orilla del río, vieron su gente desde la otra los franceses que estaban perdidos, y los pidieron paz y las vidas; y que, otorgándoselas Pedro Menéndez, envió por ellos á cinco españoles que se los trajesen; que pasó Juan Ribao el primero con 30 hombres, y después de 30 en 30 los demás, á los cuales, como iban llegando, iban atando los españoles las manos atrás de dos en dos, y que de este modo los metieron en el fuerte que habían hecho: que Ottigni temía estas precauciones, y el Adelantado le dijo no temiese; que, en llegando al pueblo, se vería lo que se había de hacer con ellos, y se guardaría lo que se capitulase; que después apartó el Adelantado 30 menestrales, concediéndoles las vidas, y á los demás, á sangre fría, faltando á su palabra, los hizo matar. Aquí exageran la crueldad del Adelantado y la falta de fe, de modo que espanta la disolución en fingir; unos dicen que Ribao fué hecho cuartos, y puestos en los caminos de Charlefort; otros que le cortaron la cabeza, y el casco se envió á Sevilla como un triunfo; otros que le desollaron vivo y le pasaron el corazón de una puña-

lada. Thuano hace á este castigo execrable maldad; y para autorizarla, dice lo supieron los franceses por relación de un marinero (será el barbero que abajo se menciona) que cayó entre 304 muertos, y teniéndole por cadáver, escapó de noche; y libre, se lo contó á Morges; como si los franceses que habían perdonado los españoles fuesen ciegos ni mudos; y lo mismo puede decirse á Natal Comite (libro 16), el cual refiere que la noticia dada por Pedro Menéndez y del juramento que les hizo de guardarles las vidas, á que faltó, la trajo á Francia Cristóbal Bretón Aquitano, que, no fiándose de los españoles, se echó al río por no caer en sus manos, y vió el castigo desde la ribera opuesta.

Dicen también que el Adelantado presumió el paraje donde los había arrojado la tempestad, cuando le vino noticia de que querían fortificarse, con lo cual partió del fuerte de San Agustín á 28 de Octubre (1565) con tres pataches (que había tomado á los franceses), la vuelta del canal de Bahama, al cabo del Cañaveral, llevando 270 hombres de mar y guerra, para desbaratar á los franceses que escaparon con Ribao de las naos que dieron al través y

estaban fortificándose, haciendo un fuerte y un barco para pedir socorro á Francia por la vía de Terranova.

Con estas calumnias, repetidas en tantas partes, han procurado manchar la fama del Adelantado, exagerándolas los herejes y siguiéndolas los católicos, pues aun el Padre Felipe Briert, en la brevedad de sus anales, dice les dió muerte contra la fe que les había dado, siendo todo una ficción, porque el Adelantado no dió palabra ni quiso darla de guardarles la vida, aunque se la pagaban muy bien; ni en el suceso de Charlefort hubo más de lo que se ha referido, y así lo cuenta el Dr. Solís de Merás, hermano de Doña María de Solís, mujer del Adelantado, que se halló presente, el cual, prosiguiendo los castigos de los herejes, y en el modo de efectuarlos, dice así...»

En este punto copia el historiador literalmente la relación de Solís, que nuestros lectores pueden hallar en este mismo libro, y le pone este atinado comentario:

«Estas son las mismas palabras del Dr. Solís de Merás, en el MEMORIAL que hizo de todas las jornadas del Adelantado y de la conquista de la

Florida, escritas en el mismo tiempo, sin abreviar su contesto ni mudar su estilo, cuya autoridad sola basta para convencer la calumniosa y malévola opinión de los émulos del Adelantado y de la nación española, cuando no sobrara la aprobación del Rey y del Papa.»

Y por si no fuesen suficientes los testimonios aducidos, tenemos todavía la respetable autoridad del sacerdote Mendoza Grajales, Capellán de la armada y testigo presencial de los hechos, quien los relata en los términos siguientes:

«... Y en una quebrada nos escondimos con los indios que llevamos; y cuando rompió el día, vimos muchos de los enemigos andar por la parte del río, pescando marisco para comer, dende á poco vimos sacar una bandera y extenderla en manera de guerra. Nuestro buen General, que todo aquesto vía, alumbrado por el Espíritu-Santo, dixo: «Señores, yo acuerdo de tirarme estos vestidos y ponerme en hábito de marinero y sacar este francés conmigo (que era uno de los que teníamos de España), y salir á hablar á estos franceses; quizá estarán desbaratados de tal suerte, que se quieran rendir sin pelear.» Y ansí como lo dixo, lo puso por obra, y desque

empezó á dar voces, uno de los enemigos se echó á nado y vino á hablar con el General y le dió á entender el barate y destrucción que tenían y de cómo estaban perdidos, y que había diez ó doce días que no comen bocado de pan; y ultra desto, confesó que todos ú la mayor parte eran luteranos. A éste envió el señor General la vuelta de sus compañeros, que les dixese de su parte que se rindiesen y le truxesen las armas, donde no, que los metería á todos por el cuchillo. En respuesta desto, vino un gentil hombre francés, sargento, y truxo un mensaje del real de los enemigos en que pedían que se les otorgase la vida, y que rendirían las armas y entregarían las personas; y después de mucho parlamento entre él y nuestro buen General, respondió y dixo que no les quería dar tal palabra, sino que truxesen las armas y sus personas para que él hiciese á su voluntad; porque si él les diese la vida, quería que se lo agradeciesen; y si la muerte, que no se quejasen de abérsela quebrantado (*).»

(*) Francisco de Mendoza Grajales: *Relación de la jornada de Pedro Menéndez de Avilés en la Florida.*—Ms. en el Archivo de Indias de Sevilla.—Véase el *Apéndice séptimo,* pág. 464.

En una obra notable, publicada en Londres por Justin Winssor, con el título general de *History of America* (tomo II (*), capítulo IV, *Ancient Florida*), escrito por John Gilmay Shea, Ll. D., después de hacer un extenso relato del descubrimiento y conquista de la Florida, en el que, por cierto, al hablar de los españoles, da muestra de una imparcialidad á la que nos tienen poco acostumbrados los escritores extranjeros, en la pág. 272, donde describe con lujo de pormenores la heroica marcha de los asturianos y vizcaínos á través de los pantanos y de los bosques vírgenes y la arriesgada sorpresa y la rendición del fuerte de La Carolina, añade:

«Díjose entonces que Menéndez había ahorcado á varios prisioneros, fijando con tal motivo un cartel en que se leía lo siguiente: *No por franceses, sino por herejes.*»

Los escritores españoles no hablan de este hecho, y las primeras relaciones de los franceses tampoco lo mencionan. Apareció posteriormente en un documento, escrito con manifiesto propósito de causar indignación en Francia, y

(*) *Spanish Exploration and settlemens in America from the fifteenth to the Yeventeenth century.*

por lo tanto, debe ser acogido con reserva.»

Más adelante, en la pág. 275, hablando de la muerte de Ribault y sus compañeros, dice: «Diez y seis bretones fueron perdonados por católicos, y los demás (111) muertos sin compasión, como diez años antes los franceses habían sacrificado, entre las humeantes ruínas de la Habana, á los prisioneros españoles, en nombre de la religión.»

Tiene razón el ilustre historiador Shea: Jaques Soria, sanguinario aventurero francés, á pesar de haber ofrecido á los prisioneros españoles y portugueses que respetaría sus vidas, los asesinó villanamente (*), degollando por su propia mano á 30 personas de las más principales.

El Obispo Sarmiento lo refiere en las siguientes lacónicas frases: «..... y después desto, se apoderaron los franceses de la Habana en 10 de Julio de 1555 años, y demás de que la quemaron y abrasaron, hubo grande pérdida de gente, y no perdonaron á cosa sagrada, y hicieron sacri-

(*) Para más pormenores, véase la *Relación* de Diego de Mazariegos.—Capítulos de una carta de Fray Diego Sarmiento, Obispo de Cuba, fecha en la villa de Bayamo, á 20 de Abril de 1556.—(Archivo de Simancas.—Maluco).—*Cartas de Pedro Menéndez: Apéndice primero*, págs. 203 y 204.

legios, que si turcos fueran, dudo si tan feas cosas hicieran.»

Este mismo corsario, según los cronistas P. Alcázar y Cárdenas, fué quien en 1569 degolló con verdadera saña al P. Acevedo y 38 compañeros más, jesuítas, que en una nave portuguesa se dirigían al Brasil, diciendo á grandes voces desde su galeón á la chusma que había rendido á la nave *Santiago:* «Mueran, mueran los papistas, que van á sembrar falsa doctrina al Brasil.» Y acercándose con su galeón á la nave católica, intimó de nuevo la sentencia con las siguientes palabras: «Mueran luego esos perros jesuítas, enemigos nuestros; echadles al mar, para que no enseñen errores en el Brasil.» (*)

No fué menos odioso el proceder del corsario Domingo Gourgues, de Mont de Marsan, el cual, aprovechando la ausencia del Adelantado, —pues presente Pedro Menéndez de Avilés no habría tenido el aventurero francés la osadía de dirigirse á la Florida,—armó tres buques con

(*) P. Alcázar: *Chrono-Historia de la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo,* Parte II, págs. 305 á 319.—Cárdenas: *Ensayo cronológico para la historia de la Florida,* tomo 4.°, pág. 136.

unos 200 soldados y 80 marineros, haciéndoles creer que se dirigían al Brasil, en cuyas costas habían ya navegado diferentes veces.

Hallábase, como hemos dicho, ausente Menéndez de Avilés, el cual, á la sazón, había ido á la Corte de España, tanto para dar al Rey cuenta y noticia de su viaje, cuanto para activar el despacho favorable de una solicitud que tenía presentada, á fin de que le fuesen remunerados algunos de sus servicios, y se le facilitaran fondos para pagar sus deudas, abonándole lo que había él anticipado de su peculio particular y de su propio crédito. Solicitud que costó á Pedro Menéndez entablar un litigio, que no fué resuelto hasta el año 1568.

Entonces fué cuando los luteranos franceses, convencidos de que su Gobierno (en buenas relaciones con el de España) no atendería las quejas de los que pretendiesen vengar la derrota y muerte de Ribault, estimularon al mentado hereje Gourgues á disponer la supuesta expedición al Brasil; expedición que, cambiando de rumbo en el viaje, se enderezó al río Mayo, no sin que el pirata hubiese de persuadir á sus gentes á seguir nueva ruta.

Uniéronse allí los aventureros franceses con varios caciques indígenas y con su compatriota Pedro Bren, que hacía ya tres años se encontraba al lado del cacique Saturiba infundiéndole constantemente odio contra lo españoles, y en Abril de 1568 logró tomar á los nuestros, á pesar de la desesperada y heroica resistencia que hicieron, un fortín situado á la derecha del Sarrabahía, y después, por sorpresa, el de San Mateo.

El pirata francés entró á saco en este fuerte de los españoles; mandó que todos los hombres en él cogidos, fuesen ahorcados de los árboles próximos, haciendo poner en el lugar de aquella horrible matanza un letrero en que se leía: *no por españoles, sino por traidores y homicidas*; con lo cual entendía Gourgues tomar represalias de las ejecuciones llevadas á cabo por Pedro Menéndez contra Ribault y los compañeros de éste; ejecución después de la cual fingieron que el Adelantado había hecho poner otro letrero en que decía: *no por franceses, sino por luteranos*.

Realizadas sus feroces tropelías, el corsario francés robó la artillería, y ante el temor muy justificado de que los españoles tardarían poco

en caer sobre su gente y tomar completo desquite de aquel descalabro, huyó precipitadamente en 3 de Mayo del mismo año, y en 6 de Junio arribó á la Rochela sin ser alcanzado por algunos navíos españoles que iban persiguiéndolo (*).

El historiador antes citado, John S. Shea, en la nota 1.ª de la pág. 277, dice que el pintor Le Moyne, que huyó del fuerte de La Carolina, apoya su relación en el testimonio de un marinero de Dieppe y en el del carpintero del mismo fuerte, Challeux, quien decía que Cristóbal el Bretón, perdonado por Pedro Menéndez de Avilés, afirmaba que éste había prometido con juramento y por escrito que respetaría la vida de los franceses, si se rendían. «Esta afirmación, dice Shea, es inverosímil, porque Pedro Menéndez, desde su llegada á la Florida, hizo público el deber que tenía de exterminarlos, y además el pintor Le Moyne merece muy poco crédito cuando dice que la segunda matanza de los hugonotes se verificó en el fuerte de San Mateo (Carolina).

(*) MEMORIAL, págs. 321 á 323.

Pero aun descartada de aquel hecho la nota calumniosa de deslealtad y falta de fe, queda todavía para muchos—aun entre los que sincera é imparcialmente juzgan de los acontecimientos—el dictado de cruel y de sanguinario con que motejan y anatematizan á Pedro Menéndez, sin advertir que de aquel General ilustre podría decirse, acaso con más oportunidad que de un Monarca de Castilla, lo que acerca de las crueldades de este último dijo un poeta:

«Mas, por Dios, que no fué él;
fué su tiempo quien lo hizo.»

Distingue tempora et concordabis jura, dice el adagio latino; y es indudable que el tiempo, el carácter de la época, las costumbres de los períodos históricos, son datos que es necesario tener muy en cuenta para fallar en litigios de esta naturaleza.

Pedro Menéndez de Avilés no es el General de hoy, el General casi de los albores del siglo xx: es el Conquistador del siglo xvi; insensato de toda insensatez, injusto de flagrante injusticia será, pues, emplear en el juicio relativo al soldado de 1565, el criterio mismo que ha de ser-

virnos para juzgar al de 1893. Median entre aquél y éste más de tres siglos de progresos y de mejoramiento.

Y establecida esta diferencia (fundamental y esencialísima para el caso) entre siglo y siglo, entre época y época, conviene además no poner en olvido que las escasas fuerzas de que Pedro Menéndez podía disponer, no muy holgadamente por cierto, se hallaban divididas entre el fuerte de San Mateo y la naciente colonia de San Agustín; que tan sólo *cuarenta* soldados acompañaban á Menéndez de Avilés cuando éste se vió—constreñido por las circunstancias—en la dolorosa necesidad de dar muerte á los primeros soldados franceses. Mandando cuarenta hombres, y teniendo enfrente *doscientos* enemigos, su situación era, sobre todo encarecimiento, peligrosa y difícil, y únicamente apelando á un ardid de guerra (lícito en todo tiempo, y plausible en aquél), pudo seguir adelante en su empresa y salvar de segura ruína la colonia de San Agustín y de muerte segura también á los españoles que la formaban. Lo realizado en aquella ocasión por Pedro Menéndez de Avilés, no fué sino el ejercicio del derecho de pro-

pia defensa, admitido por todos los tratadistas de moral, aun los más escrupulosos en la materia.

En la que podríamos llamar segunda jornada, hallóse Pedro Menéndez con el aventurero francés Ribault, que llevaba á sus órdenes 350 soldados escogidos; claro es, por consiguiente, que las reducidas y mermadas fuerzas del Adelantado (150) se hubieran visto precisadas á combatir con *quinientos cincuenta hombres*, número más que triplicado con respecto á los españoles; de manera que el resultado no podía ser dudoso. Ni habría sido bien que un General precavido y prudente, al par que valeroso, como Pedro Menéndez lo era, lo hubiese dejado á la ventura (*).

(*) Don Jacobo de la Pezuela, que había hecho estudios detenidos y poseía curiosísimos documentos acerca de la Florida,—documentos perdidos por desgracia,—hace á este propósito las siguientes atinadas observaciones:

«Todos los demás fueron sacrificados por el ciego fanatismo de aquél siglo, antes que por la inhumanidad de un guerrero allí aislado entre enemigos que le eran superiores en número. Acaudillados de otra suerte, habrían sobrado aquéllos 558 franceses para vencer en campo raso á los únicos 150 españoles de Menéndez y apoderarse después de los dos débiles establecimientos de San Agustín y San Mateo. Pero el rencor de los protestantes y el amor propio francés, en multitud de historias y escritos, nunca se refieren á aquél sangriento suceso ocurrido el 21 y 22 de Octubre, sin pintar-

Fuera de estas consideraciones generales, que justifican el proceder de Menéndez de Avilés, proceder que—como muy oportunamente recuerda Cárdenas—mereció la completa aprobación del Rey de España y la del Soberano Pontífice (*), existe otra de índole particular que tampoco ha de ser puesta en olvido por el historiador imparcial y desapasionado. Reciente aún la Reforma religiosa, las luchas entre católicos y protestantes eran (lo mismo que lo han sido siempre todas las guerras de religión) muy sangrientas, así en el viejo como en el Nuevo Mundo, lo mismo en América que en Europa. Lo que hoy el derecho de gentes califica de crueldad abominable y execra por irracional; lo que se prohibe terminantemente al estipular tratados internacionales, era en aquel siglo—y lo ha sido hasta hace muy pocos años—digno de

---

lo con los más negros colores y el más injusto juicio. No se avino ningún escritor de aquélla nación á comprender que Menéndez, empleando en aquélla circunstancia una clemencia que las órdenes de un Rey como Felipe II y su seguridad le prohibian, exponía á perecer luego á su gente en manos de los mismos protestantes perdonados.»—(*Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de la Isla de Cuba,* tomo 4.°, pág. 91.—Madrid, 1866.)

(*) Véase el *Apéndice segundo,* pág. 299, y *Apéndice cuarto,* página 363, del tomo II.

alabanzas y plácemes. No hay que decir que luteranos y calvinistas empleaban idénticos procedimientos con los católicos, como queda ya demostrado; pero ¿qué mucho que así sucediese, si la ley de represalias ha estado en boga entre nosotros, no ya sólo en la primera, sino hasta en la última guerra civil, terminada hace poco más de quince años? (*)

Pedro Menéndez de Avilés, intrépido soldado español, pero más aún que soldado intrépido, buen católico, había llevado á la Florida—y bien claro lo prueban las palabras que dirigió al Monarca Felipe II, palabras que adrede hemos reproducido—el pensamiento primordial de pro-

(*) En todas las épocas las luchas religiosas se han distinguido por su crueldad y ensañamiento; y así como en Europa se destruían sin piedad católicos y protestantes, durando la lucha por espacio de muchos años, no era fácil que del otro lado del Atlántico dominasen tendencias diferentes. Los aventureros de las demás naciones europeas habían declarado guerra á muerte á los españoles establecidos en el Nuevo Mundo; y así como apresaban sin el menor escrúpulo los buques que no podían hacer resistencia, dando muerte la mayor parte de las veces à los indefensos tripulantes, atacaban también las más importantes ciudades de la costa, establecidas, tanto en las Antillas como en Tierra Firme, cometiendo toda clase de atrocidades, y llevándolo todo á sangre y fuego, después de haberse apoderado de la riqueza mueble que podian transportar en sus buques.» (*)

(*) Manuel G. Llana: *La Ilustración Española y Americana.* Año XXIV, núm. 46, pág. 365.

pagar y extender y difundir las luces del Evangelio entre los indios de aquellas apartadas regiones; habíale dado su Rey, el católico Felipe II, instrucciones para esta empresa, encargándole muy principalmente, y como asunto de preferencia, que arrojase de aquellas colonias, descubiertas por el caballero leonés Juan Ponce de León, á los invasores, y se consagrase con empeño á propagar entre los indígenas la religión verdadera. Cumpliendo, pues, órdenes terminantes del Monarca; obedeciendo propias inspiraciones; en servicio de su patria y de su Dios, á cuya mayor gloria creía, de buena fe y con honrada creencia, contribuir, obró Pedro Menéndez en aquel caso, lo mismo que se condujo, antes y después, en todos los actos de su vida.

Ni sanguinario ni cruel fué nunca; antes se distinguió siempre por el afecto y la bondad con que trataba á los salvajes, procurando atraérselos, antes con la paz que con la guerra; por la diplomacia, más que por el esfuerzo; con el cariño, mejor que con el miedo.

No fué codicioso; muy al contrario, siempre dió muestras de desinterés y desprendimiento, rayanos en la prodigalidad. Y justamente en

esta ocasión misma, hallándose como se hallaba en grandes ahogos por falta de recursos, fuéronle ofrecidos cerca de *trescientos mil ducados* por el rescate de Ribault y de sus compañeros; ofrecimiento que el Adelantado rechazó con indignación, diciendo: «Que aunque él era pobre soldado, no quería hacer aquella flaqueza, porque no le notaran de codicioso; pues cuando hubiese de ser liberal y misericordioso, había de ser sin interés.»

Pero existe aún otra razón muy atendible en abono de la conducta seguida por el insigne Pedro Menéndez en aquellos sucesos, que alguien pretende explotar en contra de la buena fama y del prestigio del Adelantado: en el fuerte de San Agustín escaseaban los comestibles; tanto escaseaban, que fué necesario disminuir la ración, ya exigua, señalada á cada individuo; es evidente, y su evidencia nos releva de demostrarlo, que el aumento de los *quinientos cincuenta hombres*, que capitaneaba Ribault, habría hecho morir de hambre á todos los moradores de la colonia, si no se hubiese adoptado el temperamento, mil veces más cruel, de dejar fallecer de inanición á los prisioneros.

Si necesaria fuese, que no lo es, alguna otra prueba de que el Adelantado no fué nunca sanguinario, ni despiadado, ni mucho menos desleal, y que solamente su entusiasmo religioso, y al propio tiempo el instinto de propia conservación y de propia defensa, juntamente con la necesidad de la defensa y de la conservación de los hombres que tenía á su cargo, pudieron obligarle á mostrarse duro con Ribault y con los compañeros de éste, la hallarémos recordando la conducta que observó cuando, teniendo noticia por los indios de que los 150 franceses que se habían retirado á los bosques construían una embarcación y habían levantado un fuerte para defenderse, salió apresuradamente en su busca, y como llevase entonces fuerzas iguales, les ofreció generosamente la vida y protección, y conducir á su país á los que quisieran rendirse; promesa que cumplió noblemente, compartiendo con los 20 que se le unieron los escasos víveres que le quedaban.

Los propósitos de Ribault y las intenciones que abrigaba respecto á la suerte reservada á Menéndez y á sus soldados, para el caso en que, por desgracia, hubieran caído en su poder, no

eran ciertamente humanitarios. Aquel desalmado aventurero, que, contra toda ley, había ocupado un territorio español, celebró, antes de partir de San Mateo para ir á pelear con el Adelantado, un banquete en su nao Capitana. A dicho banquete asistieron los principales caudillos de su armada, y en él, según testimonio de las mujeres y de los jóvenes á quienes Menéndez de Avilés perdonó la vida, cuando realizó la audaz empresa de sorprender el citado fuerte, además de burlarse de nuestros compatriotas, se brindó por la cabeza de Pedro Menéndez; y después de otros groseros insultos, que pueden leerse en el capítulo 13 del MEMORIAL, se condenó á los españoles á ser colgados de las entenas de los navíos. Pero la Providencia dispuso de otro modo los sucesos, y los verdugos se convirtieron en víctimas (*).

(*) RIBAULT (Jean), á quien se menciona muchas veces en este libro, así en el MEMORIAL del Dr. Solís, como en la reseña de la conquista de la Florida, en las *Cartas* de Pedro Menéndez y en la *Relación* de Mendoza Grajales, nació en Dieppe por los años 1520. Profesó con vehemencia la secta calvinista, y so capa de propaganda religiosa, se dedicó á la vida aventurera, y fué corsario que, como tal, adquirió triste fama y poco envidiable renombre. En el año 1562, bien con licencia del Monarca francés Carlos IX, como afirman algunos biógrafos, bien sin otra iniciativa que la propia,

Acariciaba también Ribault otro proyecto, que, de realizarse, hubiera puesto en grave peligro las posesiones españolas del nuevo Continente. Pensaba fortificarse en la Punta de los Mártires, frente á la Habana, ciudad de la que dista apenas 25 leguas; vigilar la desembocadura del canal de Bahama con seis galeras, haciendo imposible la navegación por aquellos mares; tomar la Habana con los 800 hombres

---

llevó á la Florida unos 600 hombres, sectarios todos de la herejía de Calvino, y todos marineros experimentados y soldados curtidos en la guerra.

En 20 de Julio del referido año de 1562, regresó á Dieppe; y al poco tiempo publicó en Londres una relación, titulada: *The whole and true discovery of Terra Florida.*

En sus fechorías de corsario y de pirata, adquirió, según refieren, mas de 60.000 duros; pero sin duda aquel resultado no satisfacía por completo sus aspiraciones, y empleó casi todo ese caudal, ó buena parte de él cuando menos, en armar tres embarcaciones, con las cuales tornó á la Florida.

También de este segundo viaje regresó con felicidad y con mayores riquezas; resultado que le estimuló á realizar la tercera expedición.

Con siete bajeles, tripulados por más de 600 hombres, salió de Dieppe en 22 de Mayo de 1565.

Infortunado fué el pirata calvinista en este su tercer viaje, que terminó, como en el MEMORIAL del Dr. Solís se refiere, con la muerte de Ribault y de casi todos sus compañeros de aventuras.

Los hechos de Ribault como navegante, y sus atrocidades como pirata, se hallan con alguna extensión referidas en la ya citada obra de Réné Goulaine de Laudonniere, y en la de Teodoro de Bry, que lleva por título: *Brevis narratio eorumque in Florida America provintia Gallis acciderunt.*

que de Francia trajo consigo; dar libertad á los negros de la isla de Cuba, y ofrecerla á los de Santo Domingo, Puerto Rico y Tierra Firme.

Estos verídicos informes los debió el Adelantado á un práctico francés, á quien había salvado la vida (*).

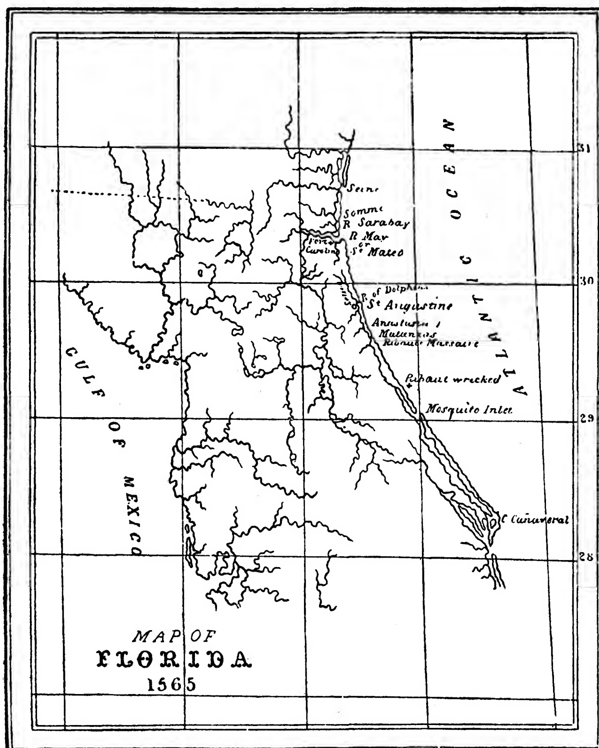
A la victoria conseguida por el Adelantado se debió, pues, el fracaso de tan diabólicos planes.

Con razón ha dicho un ilustrado escritor mexicano: «Pedro Menéndez concluyó felizmente la conquista y población de un inmenso territorio de América, cuyos pormenores se quedan para la pluma de un historiador y para

---

(*) *Apéndice primero: Cartas de Pedro Menéndez de Avilés*, páginas 91 y 92.

NOTA. Terminada esta parte de nuestro trabajo, hemos recibido un ejemplar del *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de* 1893 *á* 1894, en la Universidad Literaria de Oviedo, por el Catedrático de Historia crítica de España, D. Inocencio de la Vallina, quien, analizando los sucesos de la Florida, relata con verdadera imparcialidad la maravillosa y legendaria expedición de Pedro Menéndez. En ese importantísimo *Discurso*, el distinguido Profesor de la Escuela ovetense, que tan profundos estudios ha hecho acerca del reinado de Felipe II, juzga con igual criterio que nosotros la política de este Monarca, secundada por Menéndez de Avilés, en la Florida.



Mapa del teatro de operaciones entre españoles y franceses.

(De un grabado de la *History of St. Augustine* de Fairbanks.)

eterna admiración del Universo, así como para perpetuo desaire de los orgullos franceses (*).

*
* *

Siguiendo la narración sencilla del Dr. Solís de Merás, vemos al Adelantado, que tanta gloria y tantos pueblos había ganado para su patria, pordioseando como mendigo, de puerta en puerta, auxilios y socorros que sus compañeros habían menester; vémosle asimismo apelando á sus relaciones particulares y á sus parientes, para alcanzar—por su propia cuenta y con sólo su crédito—lo que las autoridades le negaban; lo vemos también devorando en silencio, por bien de sus soldados, ofensas y altanerías á las cuales no habría dejado de poner correctivo si únicamente de su persona se tratara.

García Osorio, Gobernador de Cuba, reci-

(*) Beristain y Souza: *Biblioteca hispano-americana septentrional,* tomo 1.°, pág. 115.—Amecameca (México), 1883.

El erudito D. Antonio Ponz, hablando, en su *Viaje por España*, tomo 9.°, pág. 68, de la Giralda de Sevilla, que el Arquitecto Francisco Ruiz elevó en 1568, cien pies sobre la antigua torre árabe, en recuerdo de las victorias obtenidas por Felipe II, cita entre éstas la conquista de la Florida, terminada gloriosamente por Pedro Menéndez de Avilés en 1565.

bió con gran frialdad á Menéndez de Avilés cuando éste acudió á él solicitando recursos para la naciente colonia; y le negó paladina y rotundamente esos auxilios, faltando, al proceder así, á las órdenes terminantes del Monarca. Que la conducta de García Osorio fué motivada por los celos y por la envidia que las hazañas del insigne marino le inspiraban, es indiscutible. Lo prodigioso es que, con tantas contrariedades y con tales obstáculos, maliciosamente suscitados, no se perdiesen para siempre las conquistas que, á costa de tantos esfuerzos y de tan heroicos sacrificios, había llevado á cabo el ilustre hijo de Avilés.

García Osorio no se contentó con privar de la libertad y encerrar, cargado de grillos, en obscura prisión, al Capitán Juan de la Parra; ni con sobornar á la gente de mar y tierra del Adelantado, y encubrir á los desertores; llevó su ensañamiento hasta atentar contra la vida de Pedro Menéndez, cuando éste, postrado en cama, gravemente enfermo, recibió orden de salir de la Habana; orden acerca de la cual escribía el mismo Adelantado: «todo con intento dañado, para que, como estaba muy enfermo, con el

enojo que tomase, se me acabase la vida (*).»

La amarga decepción y el sufrimiento que hubo de producir en su noble alma esta contrariedad, lo revelan las siguientes palabras: «Y cierto digo á V. M. verdad, que tuve por más principal vitoria tener paciencia para pasar y disimular el mal tratamiento que me hizo, que no la vitoria que tuve en la Florida contra los franceses (**).»

Pedro Menéndez, ejercitando el derecho de justa defensa, manifestó, en enérgicas y repetidas instancias, su indignación y sus quejas á Felipe II, haciéndole ver al mismo tiempo la conveniencia, dada la proximidad de ambas colonias, de reunir en uno solo los dos Gobiernos, con el fin de evitar en lo sucesivo conflictos de esta naturaleza.

El prudente Monarca comprendió la gran injusticia cometida contra su Capitán General, y le dió orden para que prendiese y enjuiciase á Osorio, enviándolo á España, como lo efectuó, á los tres años de mando.

(*) *Apéndice primero,* págs. 136-150.

(**) *Apéndice primero: Cartas de Pedro Menéndez,* pág. 118.

En medio de los sinsabores y disgustos que la villana conducta del Gobernador de la Isla de Cuba causó á Pedro Menéndez, tuvo éste el consuelo de abrazar á su sobrino Menéndez Marqués, que, con parte de la armada de Asturias y Vizcaya, se había separado de la del General Esteban de las Alas por una gran tormenta, arribando con felicidad á la Habana. Con este refuerzo hubiera sido fácil al Adelantado imponerse á García Osorio, y exigir por la fuerza lo que se negaba á la persuasión y á la ley. Pero, siguiendo los impulsos de su patriotismo, creyó más conveniente buscar los recursos que las nuevas colonias de la Florida le demandaban, persiguiendo con su flota á cinco navíos corsarios, ingleses y franceses, que habían robado medio millón de ducados, y que, á la sazón, invernaban en un punto de la costa Norte de Santo Domingo.

***

Hízose á la vela á principios de Diciembre, y en Matanzas recibió instrucciones de Felipe II, quien le daba aviso de que en Francia estaban aprestando una gruesa flota, con el propósito

de destruir la débil armada española, y atacar á la Habana, á Santo Domingo y á Puerto Rico. Para que el Adelantado pudiese resistir, con probabilidades de buen éxito, anunciábale también el Rey la salida de 17 navíos con 1.500 hombres de mar y guerra.

En vista de estas noticias, Pedro Menéndez desistió de sus primeros propósitos, y volviendo á la Habana, adonde debía de llegar en el mes de Marzo el socorro enviado por el Rey, vendió sus joyas y empeñó sus municiones y artillería para mejorar la situación de las guarniciones de San Mateo y San Agustín.

En Enero del siguiente año (1566), llegó Esteban de las Alas con el resto de la armada de Asturias y Vizcaya; y el 10 de Febrero del mismo año partió el Adelantado para la Florida, llevando consigo 500 hombres, con el fin de reconocer la bahía de Juan Ponce, estudiar la navegación entre las Tortugas y la Florida, y encontrar un puerto seguro en la Cabeza de los Mártires; empresa esta última de gran importancia para la seguridad de las flotas de Indias.

Después de rescatar á varios cristianos, y hechas las paces con un poderoso cacique de

aquel territorio, llamado Carlos, que vivía en el puerto de San Antón, siguió descubriendo la costa de los Mártires y el canal de Bahama; visitó los fuertes de San Agustín y de San Mateo, poniendo término á los motines y rivalidades que, durante su ausencia, habían perturbado las fuerzas que los guarnecían, y á principios de Abril salió del segundo con dirección á Guale y Santa Elena, donde fundó el fuerte de San Felipe.

Solís de Merás dice que, en el término de 300 leguas de costa, descubrió cuatro puertos, el que menos, de cuatro brazas de agua en la pleamar, y otros veinte de dos brazas y media de fondo, reconociéndolos en persona con cuatro ó cinco bergantines, sondeándolos y marcando las entradas; que ajustó paz y amistad con los caciques de aquellas 300 leguas, excepto con Saturiba, y que construyó tres fuertes y fundó cuatro pueblos, dando además noticias de las fortificaciones de San Agustín, San Mateo, San Felipe y otras cuatro casas fuertes que dejaba en Ays, Tequesta, Carlos y Tocobaga.

Menéndez de Avilés en esta expedición trataba á los indios con dulzura, y jamás apelaba á

las armas, á no ser en casos extremos. Guerreros por instinto y por inclinación invencible, hallábanse constantemente en lucha los caciques de varias tribus; y Menéndez, en vez de solicitar ó aceptar el apoyo de uno de ellos para vencer mejor al que era su enemigo, encaminaba todos sus esfuerzos á que depusieran sus odios, olvidasen antiguas diferencias y pactasen franca y verdadera amistad. Lograba al fin conseguir su objeto, y tribus cuyos rencores eran hereditarios, le hacían juez y árbitro en sus mutuas ofensas, y Pedro Menéndez, según vemos en el MEMORIAL, obtenía siempre el resultado que deseaba.

* * *

Expulsados los franceses de aquel territorio, dedicóse Menéndez con actividad asombrosa á fundar los pueblos á que estaba obligado, según la *Capitulación* firmada con Felipe II. Siguió el curso del río San Mateo más de 50 leguas, pactando alianzas con los caciques ribereños; y, llegado el socorro de la armada de Sancho de Arciniega y guarnecidos los fuertes, pudo disponer ya de elementos bastantes á descubrir

y conquistar el interior de la Florida y buscar al mismo tiempo un camino para Nueva España. Eligió como caudillo de esta atrevida y difícil expedición al valiente Capitán asturiano Juan Pardo. Salió éste de Santa Elena al frente de su compañía, compuesta de 248 soldados, en el año de 1566, y después de increíbles privaciones y sufrimientos llegó hasta Guatari; en este punto recibió una carta de Esteban de las Alas mandándole retroceder á Santa Elena, por tener noticia de que este fuerte iba á ser atacado por los franceses. Afortunadamente, no se realizaron estos temores, y el Adelantado, que por los informes del Capitán Pardo se enteró de las buenas disposiciones en que los indios se encontraban para abrazar la religión católica y reconocer la soberanía de España, dispuso que aquél continuase el viaje tan felizmente comenzado. Partió la segunda expedición con instrucciones de Pedro Menéndez para convertir á los indios y labrar los fuertes que fuesen necesarios, y recorrió 260 leguas, faltándole sólo 9 para llegar á la frontera de la Nueva España. En este viaje, como en el primero, fué muy bien recibido por los caciques, quienes le rogaban que dejase

entre ellos cristianos que les enseñasen la doctrina católica. Atendió Juan Pardo á estas súplicas; y después de levantar y guarnecer los fuertes de Joada, Guiomae, Lameco, Cauchi y Guatari, regresó con felicidad á Santa Elena.

Para formarse idea del terreno, producciones, clima, etc., de aquellos extensos territorios, pueden leerse las curiosísimas *Relaciones* de este viaje, insertas en el *Apéndice séptimo*, páginas 465, 77 y 81.

Tenía el Adelantado grandes pensamientos sobre la colonización de aquellas comarcas. Además de los pobladores que le acompañaron en su primer viaje, se le autorizó, por Real Cédula de 5 de Marzo de 1571, para llevar á la Florida 100 labradores, y por otras dos de 26 de Enero y 23 de Febrero de 1573, 100 de las Azores y 50 de Sevilla. En este mismo año, habiéndosele concedido, por otra disposición del Monarca, extender la conquista hasta el río Panuco, obtuvo licencia para llevar á la Florida 50 familias asturianas y 100 labradores portugueses, con el fin de poblar también y pacificar aquellas provincias. Pocos días antes de morir, escribía á su sobrino Pedro Menéndez Marqués,

participándole: cómo tenía dispuestos numerosos colonos montañeses y portugueses, en su mayor parte labradores, canteros y carpinteros, que deberían embarcarse en Bayona; cómo, á su regreso á la Florida, levantaría un palacio en Guatari ó Cano; y, finalmente, cómo sólo ambicionaba que el Rey lo dejase en libertad para trasladarse á sus estados; porque, «después de la salvación de mi alma, decía, no hay cosa en este mundo que más desee que verme en la Florida, para acabar mis días salvando almas.»



Y no solamente en lo que á la colonización de aquellas comarcas ya descubiertas se refiere, sino en más extensas y más difíciles conquistas para la ciencia y para la patria fijaba el Adelantado sus miradas. Ya, antes de 1566, había hablado largamente con el célebre P. Fr. Andrés de Urdaneta, acerca de un estrecho que se suponía existir en la Florida, y del cual, según los conocimientos geográficos de entonces, creía el referido Padre, y creyó también Pedro Menéndez, que conducía á la parte oriental de la China. De ese estrecho, afirmaba Urdaneta

tener noticias muy exactas con algunos años de antelación, y aun indicaba poseer medios adecuados para resolver, satisfactoriamente y á poca costa, el problema de hallar el estrecho y emprender por allí el viaje á la China. Lo cual, entendiendo Menéndez de Avilés, buen patriota, y, sobre todo, católico fervoroso, que podría redundar en servicio de Dios y en acrecentamiento de los dominios de su Rey, lo comunicó á Felipe II, y ofreció que haría cuanto estuviese de su parte para comprobar la exactitud de las noticias del P. Urdaneta. «Si pudiera, dice en su carta, fecha 30 de Enero de 1566 (*), enviaré Capitán con el yndio á la bahía de Santa María, para que por vista de ojos vea este brazo de mar, para que V. M. provea en ello lo que más convenga á su Real servicio, y daré relación de las cosas que hobiere descubierto y visto en la costa y tierra de la Florida, y la necesidad que habrá para las poblar y sustentar, sin que V. M. gaste en ello cosa ninguna de su Real Hacienda, si no fuere alguna poca cosa los primeros dos ó tres años.»

(*) *Apéndice primero*, pág. 151.

Y no fué esta la única vez que Pedro Menéndez habló del mismo asunto al Monarca español. En un *Memorial* (*) dirigido á Felipe II, se refiere el Adelantado á un hombre de Nueva España, el cual afirmaba que un buque francés había penetrado en el brazo de mar que existe en Terranova y que pasa cortando la Florida. Decía también que el buque mencionado adelantó por aquel brazo de mar como cosa de 400 leguas, y que en este punto hallaron el límite de aquellas aguas. Proseguía diciendo que llegados á ese límite los tripulantes, desembarcaron con el propósito de ir tierra adentro explorando el país; pero que habiendo caminado, poco más ó menos, un cuarto de legua, hallaron otro brazo de mar; y con el deseo de averiguar á dónde iba á concluir, construyeron cuatro embarcaciones pequeñas, navegaron por él 500 leguas, y hallaron allí hermosas poblaciones, muchos comestibles, y muy cerca las minas de Zacatecas y San Martín, desde las cuales se puede ir fácilmente por mar en bateles á Terranova. Según el español suponía, y según creyó

(*) *Apéndice tercero*, pág. 323.

también Pedro Menéndez, aquel brazo de mar debía de conducir á la vuelta de la China y del Maluco. Refería el hombre de Nueva España que daba noticias de todo esto, que la embarcación francesa, en la cual regresaban á su país los descubridores de aquel camino á la mar del Sur, había naufragado, y que pereció casi toda la tripulación, exceptuando muy contadas personas, entre las cuales se hallaba la que hacía dichas revelaciones. Tanto estas como las otras personas que tuvieron la suerte de salvarse, lo debieron á la providencial llegada al sitio de la catástrofe de un buque portugués que venía de Terranova.

En el *Memorial* de referencia (pág. 323), llama Pedro Menéndez la atención del Monarca sobre el peligro de que los franceses salvados del naufragio, ó ingleses conocedores del secreto, fuesen á poblar la Florida, y aprovechasen las noticias, ya para explotar las minas, ya para apoderarse del territorio, ya, en fin, para navegar y comerciar en la China y el Maluco si, como él creía, aquel brazo de mar iba á los mares del Sur. Por todo lo cual, decía el Adelantado:

«Y esto podrían hazer con gran facilidad por ser señores de la Terranova, y podrían hazer una poblazion y fuerza en aquel estrecho donde los dos braços de mar se juntan, que sería de grandísimo acrecentamiento para ellos, y gran daño para V. M.»

Adviértese bien que el insigne marino, el ilustre Pedro Menéndez, se hallaba constantemente preocupado, no de su engrandecimiento personal, del que pocas veces habla en sus numerosos escritos, y casi nunca en sus cartas más íntimas; no del medro y de la prosperidad de sus propios intereses, que despreció siempre, como lo prueban todos los hechos de su vida, sino del acrecentamiento de la patria, del servicio del Rey y de la difusión del Evangelio. No buscó jamás en sus viajes tierras en que ejercer su dominio, ni hombres á quienes esclavizar, sino comarcas con que aumentar el territorio de España, y almas á quienes infundir el espíritu de la moral del Crucificado.

*
* *

Destituído, encausado y preso Osorio, Pedro Menéndez fué nombrado Gobernador de Cuba.

En 24 de Julio de 1568 tomó posesión de este cargo, que, hasta 21 de Abril de 1572, desempeñaron, en nombre y representación del Adelantado, sucesivamente: el Dr. Francisco de Zayas, Diego de Rivera y Cepero, Pedro Menéndez Marqués, Juan Alonso de Navia y Sancho Pardo Osorio.

En el transcurso de esos cuatro años, no completos, las obras públicas y las mejoras recibieron vigoroso impulso en la Habana. Se edificó, efectivamente, el Castillo de la Fuerza; construyeron el Seminario, cuyo primer Rector fué el P. Rogel (en dicho Seminario habían de ser educados los indios jóvenes procedentes de la Florida), y se labró el Hospital militar. También en aquel período levantaron Menéndez Marqués y Pardo Osorio la primera carta marítima de los dos canales de Bahama, de su archipiélago y de todas las costas de la Florida y de Cuba. En esos cuatro años fueron del todo ahuyentados de aquellas aguas los piratas extranjeros, sin que tan múltiples y tan variados trabajos impidieran á los que, en nombre de Menéndez de Avilés, ejercían el mando, proveer de víveres y prestar auxilios á los nuevos estableci-

mientos de la Florida y cooperar al buen éxito de las empresas del Adelantado.

No es maravilla, por lo tanto, que las provincias vecinas del Continente manifestasen vivos deseos de que se extendiera hasta ellas el gobierno de Pedro Menéndez. Y á este propósito, parécenos oportuno copiar párrafos de una carta que en 20 de Abril de 1567 dirigió á Felipe II el Obispo de Yucatán, Fray Francisco de Toral. Después de quejarse el Prelado de la conducta del Gobernador de aquella provincia, D. Luis de Céspedes, decía lo siguiente:

«Si á V. M. parece, y es servido de encomendar el gouierno desta tierra al Adelantado Pero Menéndez, entiendo remediará algo de lo extragado, con su buena christiandad y ser; no sólo para lo espiritual, pero para el resuello de la Florida, me parece convendría fuese todo vna gobernación, porque esta tierra proveería aquella de bastimentos y estaría guardada y segura de enemigos, sabiendo que el Adelantado la tiene á su cargo, y así aseguraría á los vezinos, y en todo se ganará. Y no se tenga por inconveniente estar tan lexos, porque de más lexos se a gobernado siempre, que a sido desde México

y desde Cuauhtimala, y los soldados de la Florida se quietarían, sabiendo que desta tierra se les proveerá lo neçesario hasta que allá se cojan pan.»

***

El Adelantado de la Florida, que había acometido, según dice muy oportunamente el cronista P. Alcázar, la empresa de descubrir, conquistar y colonizar aquel territorio, más con ánimo de propagar la fe que con el de enriquecerse, llevó consigo clérigos y religiosos de diferentes Órdenes, para que se consagrasen á estudiar los dialectos del país y á predicar el Evangelio á los indígenas. En la armada que se juntó en Andalucía, fueron cuatro clérigos seculares, y en la de Asturias 11 religiosos de San Francisco, presbíteros, y un lego, un mercenario, ocho Padres jesuítas y un clérigo; bien es verdad que la mayor parte de estos últimos no llegaron á la Florida, porque las tempestades lo impidieron.

Unían á Pedro Menéndez de Avilés con San Francisco de Borja estrechas relaciones de amistad; y antes de emprender su primer viaje

á la Florida, había rogado aquél al Santo Duque que destinase algunos Padres de la Compañía á predicar la verdadera doctrina á los salvajes. «Entendióse luego San Francisco, dice el Cardenal Cienfuegos (*), con su grande amigo Pedro Menéndez de Avilés, á cuyo celo y noble osadía se debe no poca parte de esta empresa, que el año antecedente había empezado á tratar con Borja.»

Varias fueron las misiones de los Padres de la Compañía, y todas desgraciadas; no pocos regaron con su sangre la tierra de la Florida. La primera salió, en 28 de Julio de 1566, del puerto de Sanlúcar, y estaba compuesta de los Padres Pedro Martínez, Juan Rogel y Francisco de Villarreal. Cerca de la Florida se separó de la armada el navío que conducía al P. Martínez, dirigiéndose al Septentrión; y el día 14 de Septiembre, cuando se encontraba á dos leguas de la costa, el piloto, por falta de práctica, no sabía dónde arribar. El Capitán mandó entonces un esquife á reconocer la ribera; y como los

(*) *Vida de San Francisco de Borja*, libro 5.º, capítulo 6.º, párrafo 1.º

tripulantes exigiesen que los acompañara el Padre Martínez, éste, que despreciaba el peligro, accedió gustoso á tales deseos.

Apenas desembarcaron, se levantó una furiosa tempestad que alejó al navío de la costa, y entonces comenzó el Calvario de estos desdichados. En vano aguardaron, alimentándose sólo de hierbas y raíces durante diez días, á que apareciese su embarcación; perdida la esperanza de ser socorridos por mar, no atreviéndose á penetrar en lo interior por miedo á los indios, y acosados por el hambre, navegaron 15 millas contra la corriente de un río, pero encontrando yerma la tierra, se volvieron al mar.

Con rumbo al Norte, y sin separarse de la costa, después de hacer frente á grandes penalidades, cuando sólo una legua los separaba del fuerte de San Mateo, arribaron el día 28 de Septiembre á la isla de Tocatucuru; allí los indios dieron muerte al P. Martínez, salvándose los demás en la embocadura del río de San Mateo, donde los recogieron, extenuados de hambre, los soldados del fuerte.

El Adelantado sintió mucho esta gran desgracia (según puede verse en el *Apéndice pri-*

mero, págs. 154 y siguientes), y consideró como castigo de culpas y pecados cometidos por todos la pérdida de tan esclarecido varón, en cuya virtud confiaba más que en las fuerzas de un numeroso ejército.

La segunda misión llevóse á cabo en 1568, partiendo de Sanlúcar, en compañía del Adelantado, el 13 de Marzo; y estaba compuesta de los PP. Bautista Segura, Gonzalo del Álamo y Antonio Sedeño, y de los HH. Juan de la Carrera, Domingo Agustín Baez, Juan Bautista Méndez, Gabriel de Solís, Pedro Ruíz, Juan de Salcedo, Cristóbal Redondo y Pedro Linares. Llegó esta expedición á la Florida en tristísimas circunstancias. En abierta rebelión los indios, debilitadas las defensas de los fuertes y hambrienta y desnuda la mayor parte de la infantería española, determinó el Adelantado que los misioneros volviesen á la Habana, donde fundó, por esta época, el Seminario de que ya hemos hecho mención, y en el que quedaron los Padres Rogel, Villarreal y Segura. Mejorada la situación de las cosas en la Florida, volvieron á ésta los Padres, dividiéndose en las misiones de *Carlos*, *Tocobaga*, *Tequesta*, *Orista y Guale*;

pero á pesar de sus laudables esfuerzos, obtuvieron escasos frutos.

Cuando terminaba el año de 1570, llegó allí la tercera expedición, compuesta del P. Luis de Quirós y de los HH. Gabriel Gómez y Sancho de Ceballos. Con este nuevo refuerzo, cobraron ánimo y se dedicaron con apostólico celo á apartar de los errores de la idolatría, empleando la persuasión y la dulzura, á las tribus indias. Sus trabajos en este sentido no fueron completamente estériles; porque si bien es verdad que, efecto de la vida nómada del salvaje, ocurría que en determinadas épocas del año los indios se diseminaban por los bosques para buscar medios de subsistencia, perdiendo en poco días el fruto de labor tan penosa, según manifestaba el P. Rogel (*), en carta dirigida á Pedro Menéndez con fecha 9 de Diciembre de 1570; si bien es cierto eso, decimos, la semilla del Evangelio, regada con sangre de mártires, había de fructificar con el tiempo.

Por aquel entonces, trató el P. Segura de

(*) Véase el *Apéndice segundo: Cartas dirigidas á Pedro Menéndez*, págs. 301 á 308.

internarse en la provincia de Axacán, llevando consigo á un indio principal, hermano del cacique, á quien los religiosos de Santo Domingo habían instruído en las verdades de la religión católica en México, y al que apadrinó en el bautismo el Virrey D. Luis de Velasco, poniéndole su nombre. De México pasó el neófito á España, y Felipe II lo recibió con agasajos y distinciones; y vuelto á la Florida con el Adelantado, prometió ayudar á los misioneros en la conversión de sus deudos y amigos y en la de los vasallos de su hermano el cacique de Axacán; pero el infame y astuto indio abrigaba siniestros propósitos. Creyéronlo de buena fe los PP. Segura y Quirós, y seis hermanos más que los acompañaban, é internáronse en la provincia de Axacán, sin fuerza alguna que los pudiera proteger en caso necesario, confiados en las promesas de D. Luis. Después de atravesar, llevando á éste por guía, selvas, desiertos y pantanos, fueron abandonados en aquellas soledades por el traidor indio, que á los pocos días volvió, al frente de muchos salvajes, para asesinar á los PP. Segura y Quirós y á los HH. Gabriel Gómez, Juan Bautista Méndez, Gabriel de Solís, Pedro

Linares, Sancho de Ceballos y Cristóbal Redondo. Esta alevosa y vil matanza, realizada en Febrero de 1571, fué severamente castigada por Pedro Menéndez de Avilés.

Además de los Padres de la Compañía de Jesús, dedicábanse también los religiosos de otras Órdenes al ministerio de la predicación en la Florida, obteniendo algunos la palma del martirio. En 1569, los teatinos residentes en las provincias de Guale y Santa Elena, escribían al Adelantado participándole que estaban muy contentos de los progresos que el Cristianismo hacía entre los indígenas. Los dominicos mandaban también de su convento de México entusiastas y valerosos catequistas, y los franciscanos trabajaron con verdadero celo en los pueblos que había desde la isla de San Pedro á San Agustín, en San Sebastián y en los dominios del cacique Pedro Marqués.

Tan admirables fueron los resultados obtenidos por estos religiosos, que en un *Informe* (*) presentado al Rey por Juan Menéndez Marqués, se lee lo siguiente: «En particular me acuerdo

---

(*) Véase el *Apéndice séptimo,* págs. 495 á 509.

que el Padre Fray Baltasar López, Vicario que era y al presente lo es de la ysla de San Pedro, y el relixioso que estaba en San Juan, trujeron á este presidio (San Agustín) cantidad de indios principales para hacerlos cristianos, y se bautizaron en la yglesia mayor de la ciudad, y entre ellos el cacique Caçacolo, uno de los nombrados y temidos desta tierra, y con él su mujer y hijos que tenía al presente. Y en San Pedro, bí que avía cantidad de yndios cristianos, y que con muestras de afición y devoción acudían á oyr misa y la dotrina».

En las provincias de San Pedro y Guale hicieron también muchos prosélitos, abrazando el cristianismo los indios de San Pedro, Santo Domingo de Asao, Guale, Espogache, Santa Catalina, San Juan é isla de Guale. En esta misma provincia, siendo Gobernador de la Florida Don Gonzalo Méndez de Canso, se rebelaron los indios, y dieron muerte, á fines de Septiembre ó principios de Octubre de 1597, á todos los religiosos, salvándose únicamente el P. Fray Francisco de Avila, quien poco antes había salido para España en la flota del General Garibay.

Los franciscanos fundaron un convento en la

ciudad de San Agustín, en el cual llegaron á reunirse, en la primera mitad del siglo XVII, más de 50 religiosos profesos que se dedicaban á la enseñanza.

Dos deudos del Adelantado, hijos de Antonio Menéndez Marqués, Contador de la Real Hacienda en la Florida, el P. Alonso, de la Compañía de Jesús, y Fray Juan, de la Orden de San Francisco, fueron notables por su ciencia y por sus virtudes (*).

***

Fáltanos todavía, para dar fin á la empresa comenzada, delinear los proyectos de Felipe II

(*) MENÉNDEZ (P. Alonso).—Nació en la Florida, á 12 de Febrero de 1686, y vistió en México la sotana de la Compañía de Jesús el año 1704. Fué Maestro de Humanidades en el Colegio de San Pedro y San Pablo de México, y de Filosofía en Querétaro. Escribió: *Certamen poético para la fiesta de Navidad del año* 1713, *en que se representa al Niño Jesús bajo la Alegoría de Panal.*—Ms. en la Universidad de México.

MENÉNDEZ (Fray Juan), hermano del anterior.—Religioso franciscano de la provincia de Santa Elena de la Florida, Lector de Prima de Teología en el convento de la Habana y Examinador Sinodal del Obispado de Cuba. Publicó: *Oración fúnebre en las honras de la muy noble y virtuosa Sra. Doña Aldonza de Ormachea, celebradas en la iglesia de religiosas de Santa Catarina de la Habana.*—Puebla de los Ángeles, Imp. de José Pérez, año de 1710, 4.°—*Elogio fúnebre del Ilmo. Sr. D. Dionisio Rezino, Obispo de Adramite, Auxiliar de Cuba en la Florida.*—Puebla de los Ángeles, Imp. de Ortega, 1712, 4.°

contra Inglaterra, y poner de relieve los esfuerzos titánicos hechos por el insigne marino asturiano para que los enormes sacrificios que el patriotismo imponía á la nación española no resultasen inútiles. Verdad es que aquellos proyectos eran atrevidos; pero confiaba el Monarca, y confiaba con razón, en los talentos y en la pericia náutica del Adelantado de la Florida, á quien dió título de Capitán General y encomendó la dirección de los grandes aprestos navales que debían hacerse en Santander para formar la mayor escuadra que hasta entonces se había conocido. Componíase ésta, según el Mariscal Gabriel de Rivera (*), de *trezientas y tantas velas* y *diez y ocho mill y tantos hombres*; y según Cárdenas, de 300 velas y 20.000 hombres.

Tantos elementos de destrucción acumulados en aquella formidable armada, inducen á creer, á pesar del obligado secreto que guardaba Pedro Menéndez, que su misión era mucho más importante que la de sofocar la rebelión de Flandes.

(*) *Información de algunos servicios del Adelantado Pedro Menéndez de Avilés,* México 3 de Abril de 1595.—*Apéndice noveno,* página 605.

Conocidos son los agravios que Felipe II recibió de la Reina Isabel de Inglaterra. Sus diferencias religiosas, el apoyo más ó menos encubierto que Isabel prestaba á los protestantes de los Países Bajos, y la injustificada y cruel reclusión en que tenía á la desventurada María Stuard, eran justos y sobrados motivos de enojo para el Rey católico, y razón suficiente para llevar la guerra á los estados de su astuta enemiga.

«El desgraciado suceso de la armada de Bergas, dice un docto individuo de la Academia de la Historia (*), y el aspecto que tomaron los negocios de Flandes en manos de Requesens, dieron tanto ánimo á Isabel, que no sólo proyectaba conservar los países alterados, sino conquistar todo aquel Estado; á cuyo fin eran innumerables los socorros de gentes y municiones de boca y guerra que se enviaban allí á todas horas. Al mismo tiempo, salían diversas expediciones á Indias con pensamiento de hostilizar á Panamá y á las Islas Azores, y de apoderarse

(*) Tomás González: *Apuntamientos para la historia del Rey Don Felipe II de España, por lo tocante á sus relaciones con la Reina Isabel de Inglaterra, desde el año* 1558 *hasta* 1576.—*Memorias de la Acad. de la Hist.,* tomo VII.

de la pesquería de las perlas. La pérdida de Mildeburg fué festejada en Londres con grandes regocijos, y los Obispos protestantes ofrecieron nuevo subsidio para socorrer al Príncipe de Orange. Este ofreció diversas veces á Isabel la posesión de la Gelanda; pero ella no la aceptó, recelando que Felipe iba á pasar personalmente á Flandes por Italia; y aun respecto á las expediciones marítimas, tuvo algún cuidado por el armamento de la escuadra de Pedro Menéndez de Avilés, de que consiguió prontos y ciertos avisos».

Refiriéndose á esta guerra solapada y encubierta de la Reina de Inglaterra, dice Menéndez de Avilés: «Quien es amigo del Príncipe de Orange al descobierto, siendo alterador de los Estados de S. M. públicamente, ya que no sea en lo público, en lo ynterior debe destar por pública enemiga, para cuando obiere ocasión tratarla como tal y no la perder; atrébome á esto con la vmildad que debo; y temo que los más de los yngleses que fueren á Enberes á serbir á S. M., será para ser zentinelas y espías contra nosotros, para dar abiso al de Orange y á su Reyna, para que conforme á las nezesi-

dades, tiempo é coyuntura, se gobierne» (*).

Si nos atenemos á las instrucciones contenidas en el Título de Capitán General de la armada expedido á favor de Pedro Menéndez en Aranjuez, el día 10 de Febrero de 1574, el objeto aparente de tan formidable armamento era sólo limpiar de corsarios las costas de Poniente y el canal de Flandes, recuperar algunos puertos que los rebeldes retenían en aquellos Estados y conducir á ellos fuerzas de infantería española. Pero después de las consideraciones expuestas, no es aventurado suponer que ya por aquel entonces bullía en la mente de Felipe II el pensamiento de invadir las islas británicas.

Con fecha 20 de Marzo escribe el Rey á Pedro Menéndez para que facilite al Capitán Diego Ortiz de Urizar 300 ducados, provisiones y una zabra armada, para que fuese á reconocer el estado en que se encontraba el reino de Irlanda; expedición que se llevó á cabo á instancias repetidas de los ingleses, escoceses é irlandeses refugiados en los dominios españoles. Ortiz de Urizar, que además de soldado va-

(*) *Apéndice primero*, pág. 285.

liente era diplomático experto, había celebrado en la Corte, y posteriormente en Santander, algunas conferencias con Pedro Menéndez de Avilés sobre los asuntos de Flandes é Inglaterra. Partió de Castro el día 26 de Abril, y el 3 de Mayo siguiente llegó al puerto de Dongarban. En 26 de Junio, de regreso en Madrid, presentó al Rey una *Memoria* (*) muy circunstanciada del estado de Irlanda; relación en la cual demostraba Ortiz de Urizar al Rey la facilidad de invadirla. Son tan interesantes algunos párrafos de este documento histórico, que no resistimos á la tentación de insertarlos. Hélos aquí:

«Toda la gente, dice, así en particular como en general, están á la mira de lo que hace la armada (la de Pedro Menéndez) que agora se hace por V. M., la cual tienen entendido que se hace para su remedio y sacalles de la subjeción en que están puestos; y lo que más sienten de su subjeción es no poder celebrar la Misa y los Oficios divinos, que de diez partes de la gente que hay en la Isla (Irlanda), las nueve son católicas.

(*) *Relación que hace el Capitán Diego Ortiz de Urizar de lo que vió en Irlanda. Dióla á S. M. en Madrid, el año* 1574.

»Toda su esperanza tienen en S. M., que tienen por muy cierto que les ha de tomar debajo de su protección real, para poder ser cristianos y salvar sus almas; que no se puede creer el cariño que á esto tienen. Dicen ellos que aquel reino toca á V. M. por ser su origen y antigüedad de España, parte de Galicia y parte de Vizcaya. Yo les decía que bien entendido se tenía en España ser ello así, y que muchas veces, por la relación que se tenía de las naos que venían de allá á Vizcaya, de sus trabajos y subjeciones, habíamos determinado los vizcaynos de hacer armada y ir en su socorro, como hermanos y amigos antiguos; y esto lo hubiéramos hecho muchas veces, si no nos hubieran ido á la mano; pero que á la postre lo habrémos de hacer, proponiendo todo lo que no puede venir dello, porque sentimos mucho su trabajo. Desto están muy contentos, y con gran esperanza de que V. M. nos ha de dar licencia para ello. Tienen un pronóstico antiguo que les anima mucho, que dice que de las partes de España verná un varón que les ha de poner en razón, y abastecerá sus casas de todo lo necesario, y que éste señoreará los vecinos y los manterná en justicia y

vivirán contentos en el yugo de la Iglesia. Tienen un proverbio á que se arriman mucho, por ser de sus antepasados, en inglés, que quiere decir: *Quien á Inglaterra quiera tomar, por Irlanda ha de comenzar.*—Y según ellos están encarnizados contra los ingleses, entiendo que con pocas espaldas pornían en execución su deseo. Las cosas que para ayudalles á ello les serían necesarias, V. M. y su Consejo están más al cabo dellas por las informaciones que ternán, por lo que dejaré de poner aquí lo que siento.»

Precisamente á la llegada de Urizar á Irlanda andaba en campaña contra la Reina de Inglaterra el Conde de Osmont con 6.000 hombres; habíase apoderado dicho Conde de algunas tierras y castillos, patrimonio suyo, que los ingleses le arrebataron. Temíalo la Reina Isabel, y en vano le había propuesto que se pusiese bajo la obediencia del Virrey, otorgándole en cambio su perdón. El Conde rehusaba siempre, mientras no le restituyesen sus tierras y señoríos. Los católicos confiaban mucho en sus victorias, y los protestantes ingleses sospechaban que le ayudaba Felipe II. Urizar entabló con él correspondencia, y en una de sus cartas le decía: «Que

estuviese en su buen propósito, que él esperaba en Dios que en breve sería ayudado con las fuerzas que le eran necesarias, y que para ello procuraría con su patria pedir licencia al Rey para irle á socorrer».

El Adelantado de la Florida conocía seguramente esta *Memoria*, y participaba de las convicciones de Ortiz de Urizar, puesto que en una carta dirigida al Monarca con fecha 15 de Agosto de 1574, dice, entre otras cosas, lo siguiente: «Porque es discurso de mucha substancia para conseruación desta armada y amparo y defensa de los vasallos de V. M. de aquellas partes y destas, y hazer gastarse y consumirse al de Orange y la ynglesa, y animar los cathólicos de aquel reino y de Irlanda, para quando V. M. quisiere ampararlos, poderlo hazer; y este camino me paresce se deue llevar, y no otro.»

Y no hay para qué decir que los ingleses participaban también de esta creencia. Atrevidos corsarios vigilaban constantemente el mar Cantábrico, y espías asalariados trasmitían á Isabel noticias circunstanciadas sobre la armada de Menéndez, fuerzas que la componían, muni-

ciones, etc. Ya en 26 de Marzo, Felipe II daba aviso á Pedro Menéndez de Avilés de cómo la Reina de Inglaterra había dispuesto que saliesen en el mes de Abril navíos de corsarios á recorrer las costas de Galicia y las de Vizcaya hasta la embocadura del Canal de Flandes, á fin de vigilar los movimientos y sorprender los propósitos de la armada que se aprestaba en Santander. Estas noticias coincidían con las del Adelantado, el cual, en 15 de Marzo del mismo año, escribía al Rey católico las siguientes palabras:

«Muchos cosarios yngleses que la Reina envía á Irlanda, dizen se an de juntar en Gelanda con la armada del Príncipe de Orange para procurar desbaratarme ó salirme á buscar entre Dobla y Cales, si allí andubiere; y esto sé por cosa cierta, de un mercader francés que aquí vino con un nauío que partió de Francia ha diez días. Dios los confundirá y dará mal suceso, y á mí vitoria contra ellos y en seruicio de Nuestro Señor y de V. M.»

Pero si todavía fuesen deficientes las razones que acabamos de aducir; si no nos bastase el testimonio de los cronistas de aquella época; si no contásemos con las inscripciones grabadas

al pie del retrato y sobre el sepulcro de Pedro Menéndez de Avilés, la segunda dictada acaso por Solís de Merás en 1591, nos suministra el mismo Adelantado una prueba clara y terminante de los proyectos de Felipe II acerca del destino de esta armada.

A principios de Septiembre recibió Pedro Menéndez noticias de que la situación de Flandes había mejorado notablemente, y con ellas carta del Rey, comunicándole sus temores de que el turco hostilizase la Goleta; y como se acercaba el invierno, y la navegación era más difícil entonces, Felipe II le ordenaba que permaneciese en Santander, dispuesto á acudir á la necesidad más apremiante. Ya en Agosto le había encargado que redactase una *Memoria* (*) compren-

(*) Por cierto que en esta *Memoria* aconseja Pedro Menéndez al Monarca que la armada debería situarse al abrigo y defensa del puerto de Sorlinga (*);—consejo que, por desgracia, no siguió el Duque de Medina Sidonia;—para desde allí, según las circunstancias, acudir á Flandes con parte de ella, vigilar con la otra el paso forzoso de los corsarios enemigos y poder invadir, si fuese preciso, con toda ella, el reino de Inglaterra.

(*) Islas llamadas *Scilly* por los ingleses: grupo de 145 islotes situados en el Océano Atlántico, frente al cabo de Land's End, en la extremidad occidental del Condado de Cornouailles, del que forman parte.

siva de los medios que podrían emplearse para conservar la armada, adiestrando á la gente de mar y guerra, y aumentar el número de embarcaciones hasta formar una escuadra verdaderamente invencible, por si acaso en la primavera próxima hubiese necesidad de llevar á cabo alguna empresa de mayor importancia. Cuál era esta empresa nos lo dice el mismo Menéndez de Avilés en carta escrita en Santander el 8 de Septiembre á su sobrino Pedro Menéndez Marqués, y en la que se lee lo siguiente:

«Para mí sería mucho contento que en recibiendo V. mrd. esta carta diese orden de venirse á ver conmigo, que sin duda tengo que el mes de Marzo ó Abril que viene me hallará en Madrid; porque aunque pase á Flandes, está tratado para que en aquel tiempo me halle allí, para que si fuere necesario acrecentar la armada de naos gruesas y galeras, lo pueda S. M. hacer, y ser tan poderoso en esta mar de Poniente, *y en especial Flandes, Inglaterra y Francia, que no haya resistencia contra la armada que traxere, y lo acabaría todo de una vez*».

Desgraciadamente, diez días después de escrita esa carta, perdió España al marino más

ilustre del siglo XVI. Con razón ha dicho un historiador, ya citado (*), que, como la de los hombres, la suerte de las Naciones depende á veces del más leve accidente. Inglaterra, que apenas contaba entonces tres millones de habitantes, no sería acaso lo que es ahora, si Menéndez no hubiera muerto en Santander el 17 de Septiembre de 1574.

Parece que la Providencia significó de antemano el fin desastroso de la *Invencible*. Se da el caso rarísimo, tal vez único en la historia de España, de que muriesen, pocos días antes de darse á la vela la temible armada, los dos marinos más grandes de su tiempo, destinados á conducirla á la victoria.

* * *

La muerte de Menéndez de Avilés produjo tal efecto, que, según Cárdenas, «causaban horror los lamentos de tantos parientes, amigos y súbditos; y el asombro de todos fué tan grande, que la armada no pudo conservarse, ni el Rey tuvo á quién confiarla».

(*) Jacobo de la Pezuela: *Discurso leído ante la Academia de la Historia el día* 21 *de Mayo de* 1866.

Lo repetimos: hombre extraordinario fué el Adelantado Pedro Menéndez de Avilés, y harto lo comprendió aquel Monarca inteligente y astuto, de quien los historiadores han formado juicios muy contradictorios entre sí, inspirándose cada uno en sus propias opiniones, ya religiosas, ya políticas, pero en el que han reconocido todos gran prudencia, profundo conocimiento de los hombres y tacto exquisito en la elección de sus servidores. Nos referimos á Felipe II, el cual, por tener delante siempre varón tan esclarecido y amante de la gloria real, mandó retratarlo como á uno de los más insignes hombres de su tiempo, y poner su retrato en la galería de Palacio.

No faltará seguramente quien censure á Pedro Menéndez por no haber observado siempre las instrucciones que le daba Felipe II; pero basta, para su defensa, leer el *Memorial* inserto en el *Apéndice tercero*, págs. 327 y siguientes, donde dice: «Para que tuviese buenos subcesos, no convino guardar las instrucciones que se le dieron, porque iban muy fuera de lo que convenía para la seguridad y brevedad de sus viajes: lo cual todo hizo y ordenó á mucho menos

costa y más seguridad y con mucha más brevedad de lo que le ordenaban; y aunque él entendía que en no guardar las dichas instrucciones, subcediéndole alguna desgracia, V. M. le mandaría cortar la cabeza, encomendándose á Nuestro Señor, teniendo el celo que al servicio de V. M. convenía, le parecía se perdía harto menos en ello, que no en que V. M. fuere servido como convenía, y él y sus Reinos padeciesen.»

Muy oportunamente dice, refiriéndose á este mismo asunto, el ilustre crítico Feijóo (*):

«Aquel grande héroe asturiano Pedro Menéndez de Avilés, Adelantado de la Florida, en varias ocasiones obró en materia de suma importancia para el Estado contra las órdenes que le había dado su Rey. Cualquiera de estas trasgresiones, según la ley común, merecía pena capital: el Rey, y un Rey tan celoso como Felipe II, se las perdonó todas, pero no del todo; pues parte del castigo se debe reputar haberle dilatado tanto tiempo las remuneraciones debidas á sus esclarecidos méritos, en cuyo tiempo

(*) *Teatro crítico,* tomo 6.º—Discurso primero, núms. 26 y 27.

padeció aquel insigne hombre no pequeñas molestias... Sería el Príncipe inicuo, cruel y feroz por muchos capítulos, si atendiese para el castigo á la ley común: perdería el Estado un hombre utilísimo: quedarían sin premio alguno unos méritos excelentes».

El mismo Feijóo, en otro lugar de la citada obra, dice: «Supongo que condujo mucho, ó fué el todo, para que Pedro Menéndez lograse en todo tan condescendiente al Príncipe, haber tenido tan buen éxito siempre que obró contra las instrucciones».

Yerran, no obstante, los que, juzgando sólo por apariencias ó estudiando muy superficialmente los sucesos, vean en Pedro Menéndez de Avilés un guerrero áspero é intratable, de entrañas duras y de corazón insensible, ó bien un sabio dado á la misantropía y ajeno á todo sentimiento dulce y tranquilo. Es cierto que Pedro Menéndez era hombre de lucha y hombre de estudio, intrépido y al mismo tiempo inteligente, de arrojo heroico y talento envidiable; pero es cierto también que, fuera de los actos del servicio, era de carácter cariñoso; gran aficionado á las artes, sobre todo á la oratoria y á la músi-

ca, de lo cual es buena prueba lo que el Doctor Solís de Merás escribe sobre las costumbres del Adelantado en la pág. 173 del MEMORIAL.

En dicha página consta la afición que Pedro Menéndez sentía por la música; en esa y otras muchas se echa de ver sus inclinaciones á la oratoria, en frases que respiran el indeleble amor á sus semejantes y el cariño fraternal á los indios, mil veces demostrado por el insigne conquistador; y de sus condiciones como escritor, hay pruebas elocuentes en las páginas de esta obra.

Facsímile de la firma de P. Menéndez de Avilés.

Si es verdad, como ha dicho un sabio, que el estilo es el hombre, Pedro Menéndez de Avilés está retratado en la sencilla, digna y, al par, respetuosa exposición que elevó al Rey solicitando el pago de algunas cantidades que, de

su propia hacienda y de la de sus parciales y amigos, había gastado en servicio de su patria. En esa exposición, modelo de documentos de esta índole, y dato curiosísimo para la historia de aquel reinado, y que nuestros lectores pueden ver en el *Apéndice tercero*, págs. 327 y siguientes, se enumeran con entereza, pero sin jactancia, con sobriedad y sin aliños cortesanos, los sacrificios que realizó Pedro Menéndez de Avilés en su brillante y gloriosísima carrera. Carrera que cualquier otro habría comenzado pobre y concluído rico, él, que comenzó rico, tuvo la grandeza de alma y el desinterés de acabarla pobre.

«Falleció tan pobre, dice Cárdenas, que aun no hubo para cumplir su testamento, dejando á su fama más motivos de engrandecerle su pobreza, causada de los gastos en el servicio Real, dilatando la Monarquía y defendiendo á la patria contra los insultos de tantos tiranos como perversamente la combatían; y para mayor honor suyo, no sólo apuró su hacienda, que pudiera ser la más opulenta de aquel siglo, sino la de sus amigos y parientes, exponiendo la vida de todos por la tutela del reino, y perdiendo un hijo

varón que tenía, dos hermanos y muchos deudos y amigos de los más principales caballeros de España, en sus empresas y conquistas».

Tal fué el hombre digno, tal fué el soldado animoso, tal el católico ferviente que mereció la honra de ser tenido por el mejor marino de su tiempo, y que ha sido, sin duda, uno de los más expertos Capitanes de que habla la Historia.

En ningún cronista hemos visto insinuación alguna, ni aun ligerísima, que induzca á sospechar que la inesperada muerte del Adelantado, cuando éste se disponía á emprender la que habría sido quizás una de sus más altas empresas, fuese preparada y conseguida por las malas artes de sus enemigos; no nos asiste, por consiguiente, derecho á manifestar sospechas, las cuales hoy no tendrían más fundamento que el muy débil de una coincidencia, si algo extraña en verdad, no imposible ni aun inverosímil; pero hemos de convenir en que la casualidad sirvió entonces admirablemente á los enemigos de España.

Y con ser Pedro Menéndez de tan extraordinario valer en el Consejo, que los Monarcas y los más hábiles gobernantes consultaban su

opinión en todo, y que á su muerte no se halló con quién sustituirlo, nunca adoptó medida alguna en aquellos países por él conquistados, jamás dictó resoluciones, ni mandó operar en momentos de peligro sin reunir á sus capitanes y oir las opiniones de todos.

Entre otras cosas, dispuso el Adelantado en su testamento que le enterrasen en la villa de Avilés. Para cumplir este mandato, fué embarcado el cadáver del ilustre asturiano, acompañándole gran número de parientes, amigos, deudos y muchos militares que habían servido á sus órdenes ó admiraban su talento y su bizarría; pero sobrevinieron en aquellos días tan grandes borrascas en el mar Cantábrico, que no fué posible al cortejo tomar el puerto de Avilés, y arribaron á Llanes. En la Iglesia de esta villa fueron depositados los restos de Menéndez de Avilés con la mayor solemnidad, porque, según cuenta un historiador, «además de las ceremonias militares con que le honraron los capitanes y soldados que le acompañaban, concurrieron innumerables gentes de aquella comarca á celebrar las exequias».

Posteriormente, en 1591, fué trasladado,

según consta en el acta que copiamos en el *Apéndice octavo*, pág. 530, á la Iglesia parroquial de San Nicolás de la villa de Avilés, y encerrado en un sepulcro al lado del Evangelio (*).

Treinta y dos años sirvió Pedro Menéndez de Avilés como Capitán General en las armadas reales; así lo declara el Adelantado mismo en su testamento, otorgado en Santander, ante Pedro de Ceballos, dos días antes de morir, en 15 de Septiembre de 1574 (**). Durante ese largo período, dejó muchas veces de cobrar sus sueldos, y pagó de su peculio particular los de sus soldados; costeó víveres, municiones y toda clase

(*) El infatigable y erudito paleógrafo D. Ciriaco Miguel Vigil, en su *Epigrafía asturiana* (pág. 272), y en las *Noticias biográfico-genealógicas de Pedro Menéndez de Avilés* (pág. 36), reproduce la inscripción grabada sobre el sepulcro del Adelantado de la Florida, y omite en ella involuntariamente las palabras CONTRA INGLATERRA. La copia exacta de esa inscripción y la vista fotográfica del modestísimo sepulcro que guarda los restos de Menéndez, las encontrarán nuestros lectores en las págs. 336 y 37 del MEMORIAL de Solís.

Acerca de este mismo epitafio, del sepulcro, del verdadero y completo blasón del Adelantado y de otras curiosas é importantes noticias, casi todas inéditas, sobre la vida del conquistador, escribió notables artículos en el periódico *El Carbayón*, de Oviedo (1892, núms. 4.267, 4.268, 4.438 y 4.480), el ilustrado Académico D. Fermín Canella y Secades; artículos que revelan las profundas investigaciones hechas por su autor, competentísimo en esta clase de estudios.

(**) Véase el *Apéndice octavo*, pág. 522.

de mantenimientos; sufragó gastos de escuadras, para lo cual no vaciló en contraer deudas, cuyo pago muchas veces le fué ofrecido por el Monarca, y otras tantas quedó en promesa su cumplimiento.

Dos hijas dejó al morir el Adelantado: Doña Catalina, casada con Hernando de Miranda (y que habiendo quedado viuda, casó en segundas nupcias con Hernando de las Alas), y Doña María, monja profesa en Avila; y por tratarse de tan grande hombre como Pedro Menéndez, y de tan sagradas obligaciones como las que el Rey y la patria tenían para con él y sus herederos y sucesores, es curioso, y es al propio tiempo instructivo, lo que acerca de esa deuda dice un cronista:

«Doña Catalina Menéndez de Avilés, hija del Adelantado, que estaba casada con Hernando de Miranda, acudió al Consejo de Indias, representando la muerte de su padre, sus grandes servicios y las urgentes necesidades en que se hallaba, pidiendo que, por cuenta de una libranza, se la socorriera para cumplir el testamento. Mandáronse librar 1.000 ducados, á 21 de Junio de 1575, despachando Cédula Real á

los Jueces Oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla, Francisco Duarte Ortega de Mergoso y D. Francisco Tello.

Pero no bastó esta cantidad á aliviar la estrechez en que el Real servicio había puesto al Adelantado, ni aunque fuera mayor bastara, porque, á 24 de Agosto de 1575, hizo embargar el Fiscal, por el Consejo de Indias, todos sus bienes; lo cual movió tan grandes pleitos y discusiones, que si la herencia del Adelantado constara de muchos millones, se habrían consumido.»

¡Apena ciertamente y amarga el espíritu, el considerar á la curia *embargando* los bienes del gran Menéndez de Avilés, que tan dilatadas regiones había conquistado para su patria y tan desinteresados servicios había prestado á su Rey; que á éste y á aquélla había hecho el sacrificio de su hacienda propia, y hasta el de su único hijo varón; ver con los ojos de la fantasía á escribanos y alguaciles inventariando los objetos que habían sido del uso del conquistador de la Florida, del que había regalado á su patria un reino, además de darle su fortuna y la de sus amigos; profanando muebles que, por haber per-

tenecido al hombre insigne, merecían respeto y hasta veneración! ¡Y esto, antes de haber transcurrido un año desde su fallecimiento!

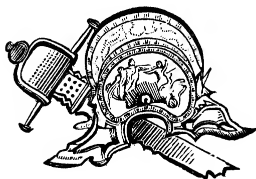
El mismo historiador, antes aludido, dice también:

«Doña Catalina, por no poder vivir con la decencia que correspondía á su persona en la Corte, se mantuvo en la villa de Grado; aunque en 17 de Mayo había mandado el Rey se cumpliese á Hernando de Miranda todo lo ofrecido al Adelantado, en orden al adelantamiento y gobierno de la Florida, y las demás capitulaciones.»

Ni las promesas hechas tantas y tantas veces al Adelantado fueron cumplidas, ni lo fueron tampoco las que se hicieron después á sus herederos, de quienes España continúa siendo deudora por cantidades que no pagará nunca, pues, como dice muy oportunamente un escritor: «Los descendientes del Adelantado, imitando la bondad y virtudes de sus antecesores, más han procurado siempre servir al Rey que mermar en lo más mínimo el Tesoro público, solicitando premios que los sacrificios heroicos y los grandes hechos de sus predecesores merecían.»

Y, sin embargo, ¡triste es decirlo! pero es justo y quizá conveniente recordarlo: España ha sido ingrata con ese hombre, uno de los que más fama y mayor gloria conquistaron para ella en el transcurso de los siglos; con ese hombre, «á quien (para terminar con las mismas autorizadas palabras con que hemos principiado) España debe un monumento, la historia un libro y las musas un poema».

Felices nosotros si, con la publicación de esta obra, hemos saldado parte de la deuda que con la memoria veneranda del primer Adelantado de la Florida tienen pendiente: Avilés primero, después Asturias, y, por último, España toda.



EL DOCTOR

GONZALO SOLÍS DE MERÁS

Y SU «MEMORIAL»



IV

EL DOCTOR GONZALO SOLÍS DE MERÁS

Y SU «MEMORIAL»

Más de una vez en el curso de esta obra hemos tenido que mencionar incidentalmente al Dr. Solís de Merás, autor del curioso é interesantísimo MEMORIAL que á continuación publicamos.

Pocas son las noticias que hemos podido reunir acerca de este cronista, cuyo manuscrito cita con elogio D. Gabriel de Cárdenas y Cano.

Era el Dr. Gonzalo Solís de Merás natural de Tineo y sobrino del célebre García Fernández de la Plaza, guerrero animoso, que tuvo gran prestigio y envidiable fama en el reinado de Carlos I de España y V de Alemania.

García Fernández de la Plaza figurará siempre en las páginas de la Historia, por haber dado

muerte al terrible pirata Oruc Barbarroja, rey de Túnez. Era Barbarroja, por su atrevimiento, por su valor indomable y por su crueldad, terror de los cristianos; por eso la hazaña de García Fernández de la Plaza fué celebrada más que otras muchas en que demostró infinitas veces su arrojo y bizarría; y por ella, así la Reina Doña Juana, como su hijo D. Carlos, concedieron al héroe asturiano, en virtud de Cédula de 25 de Noviembre de 1518, el privilegio de usar el escudo de armas con la cabeza y corona de Barbarroja. Aquel valeroso hijo de Tineo regaló el alfange del vencido moro al convento de San Francisco, donde se ha conservado hasta hace muy poco tiempo.

Solís de Merás era hermano de Doña María de Solís, con quien casó, siendo ésta muy niña, Pedro Menéndez de Avilés, al cual pretendieron sus parientes detener por este medio en el país, contrariando sus inclinaciones naturales á la vida de conquistas y viajes y aventuras extraordinarias.

Tanto en las páginas que á ese asturiano ilustre hemos dedicado, cuanto en la narración del mismo Solís, se manifiesta que aquel recurso

de las bodas prematuras no alcanzó el buen éxito que los parientes del gran marino deseaban y se prometían, y que, lejos de lograr la familia de Pedro Menéndez apartarle de sus aficiones á viajar, fué Pedro quien convenció á muchos de sus parientes de que debían navegar con él. Entre ellos estaba indudablemente el Dr. Solís de Merás, que acompañó á su cuñado en conquistas y jornadas, en calidad de cronista, escribiendo el *Diario* de aquellos sucesos, al que puso por título *Memorial que hizo el Dr. Gonzalo Solís de Merás, de todas las jornadas y sucesos del Adelantado Pedro Menéndez de Avilés, su cuñado, y de la conquista de la Florida, y justicia que hizo en Juan Ribao y otros franceses.*

Ni los historiadores, ni los biógrafos, hablan de la carrera literaria de Solís, quien, á juzgar por sus apellidos, perteneció indudablemente á ilustres familias del Principado; pero el título de *Doctor*, mucho menos vulgarizado que ahora en aquellos tiempos, y el desempeño, por muchos conceptos notable, de sus tareas de cronista, bastan para diputarle desde luego como hombre de letras, de mucho estudio y de sólidos conocimientos.

Solís de Merás era también sobrino de Pedro Menéndez de Avilés, por su matrimonio con Doña Francisca de Quirós. Así se desprende de la petición de dicho Dr. Solís, solicitando copia del testamento del Adelantado (*).

Á juicio del autor anónimo de la *Biblioteca asturiana de Campomanes*, el Dr. Solís acompañó con su hijo Pedro de Merás, y con el empleo de capitán, al conquistador de la Florida (*).

Algunos cronistas, así nacionales como extranjeros, cuando mencionan al Dr. Solís de Merás, suelen llamarlo *clérigo*. Esto nos hace sospechar que el autor del MEMORIAL é historiador de los hechos de Menéndez de Avilés, pudo haber enviudado y recibido las órdenes sacerdotales antes de la expedición á la Florida; y que es el mismo que, algún tiempo después, en premio acaso á los méritos propios contraídos en la conquista y colonización de aquellas comarcas, y por los de su hermano político el Adelantado, logró figurar en el Cabildo de la Santa Iglesia de Oviedo como Arcediano de

(*) Véase el *Apéndice octavo*, pág. 529.

(*) Gallardo.—*Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*.—Tomo I, pág. 419.

Benavente, y que en 1591 sufragó todos los gastos de la traslación del cadáver de Pedro Menéndez desde la villa de Llanes á la de Avilés, como se desprende del acta levantada en dicha villa por Tirso de Avilés (*). Versión que nos parece más verosímil que la dada por el historiador anónimo; pues si, en efecto, Solís de Merás hubiese ido á la conquista de la Florida con el cargo de capitán, compréndese que su cuñado Pedro Menéndez le hubiese dado ocasiones en que acreditar su valor, confiándole alguna misión ó enviándole á realizar empresas de peligro ó de empeño, y en este caso habría sido citado seguramente alguna vez por Menéndez en sus cartas, por Mendoza Grajales, y hasta por Cárdenas.

El grado de Doctor que Solís de Merás ostentaba, no era, por aquel entonces, muy común en la milicia, y hoy tampoco lo es; pues en el fragor de la batalla no se conquistan títulos académicos, ni borlas doctorales.

Á pesar de todas estas razones, que inducen á creer que el Dr. Gonzalo Solís de Merás, cro-

---

(*) Véase el *Apéndice octavo*, pág. 530.

nista de las empresas de Menéndez de Avilés, y el Arcediano, son una sola y misma persona, no nos parece destituída de fundamento la opinión del sabio catedrático y erudito escritor D. Fermín Canella y Secades, en cuyo concepto el cronista y el Arcediano son dos personas diferentes:

«El Arcediano se nombraba solamente *Don Gonzalo de Solís*, y así aparece, en efecto, en el acta de traslación del cadáver de Pedro Menéndez. El autor del MEMORIAL firma *Doctor Solís de Merás*, y aunque el historiador Fuertes Acevedo le llama también Gonzalo, agrega el *Merás*, apellido nobilísimo, que seguramente no habría omitido en manera alguna el notario eclesiástico Tirso de Avilés, que extendió el acta, si el Arcediano lo hubiese llevado.»

En atención á estas consideraciones, cree el Sr. Canella que los Solís son dos diferentes:

Uno—Solís de Merás, el cronista.

Otro—Solís, el Arcediano.

«No me atrevo á decir, añade, que ambos fuesen doctores. En el pedimento figura el sacerdote con ese título de doctor y con los dos apellidos; en el acta de traslación no aparece con el título ni con el apellido de *Merás*.

El pedimento es de fecha incierta, aunque posterior á 1574; la traslación de Pedro Menéndez se verificó en 1591.»

El Solís de Merás, casado, ¿pudo enviudar y hacerse clérigo y llegar á Arcediano? Al señor Canella le parece esto improbable. Por eso se inclina á creer que el autor del MEMORIAL fuese hijo de Avilés (en cuya villa ha sido y es muy común el apellido de Solís), y acaso pariente del Solís sacerdote.

El lector, pesando unas y otras razones, optará por la que estime más aceptable ó más verosímil le parezca.

***

Del trabajo del Dr. Solís de Merás habla el historiador Cárdenas, y dice:

«*Memorial* que hizo el *doc. Solís de Merás*, y se halló entre sus papeles, de todas las jornadas y sucesos y de la conquista de la Florida; cómo fueron ganados los fuertes y la armada francesa, y degollado Juan Ribao, General del Rey de Francia, con toda su gente, y allanados y sujetados los indios caciques de aquellas provincias, plantando en ella la santa fe, que lo

iba sacando en limpio dicho Dr. Solís, como quiera que le acompañó en las jornadas que hizo á la Florida, cuándo la ganó, etc., que está original en el Archivo referido: y se copió, y los demás expresados, en la librería del señor D. Andrés González de Barcia.»

En otros varios lugares de su *Ensayo cronológico* menciona Cárdenas el MEMORIAL de Solís, y aun reproduce algunos de sus párrafos, aduciéndolos como autoridad irrecusable.

El autor anónimo ya mencionado de la *Biblioteca asturiana de Campomanes*, habla asimismo con elogio del MEMORIAL del Dr. Solís, y dice acerca de él:

«Yo hallo á Solís de Merás el carácter de historiador; su estilo, lenguaje y compostura están manifestando su sinceridad y talento, y se pueden producir para pruebas de la hermosura que tenía en aquel tiempo la lengua castellana, en que siempre fueron aventajados los asturianos, como se conoce en el Marqués de Santa Cruz, en D. Valentín Morán, Obispo de Canarias, y en el Sr. Conde de Campomanes» (*).

(*) Gallardo, tomo I, pág. 419.

Por nuestra cuenta propia, no necesitamos hablar de la obra del distinguido hijo de Tineo; aquí, en las páginas de este mismo trabajo, se halla tan completa como las injurias inevitables del tiempo la han dejado, y nuestros lectores pueden juzgarla por sí mismos. Á nuestro modo de ver, es la verdadera obra de un cronista: sobria, sencilla y, sobre todo, sincera.

No es Solís de Merás el artista que se encanta contemplando las bellezas de un paisaje, y parece recrearse deteniéndose en los incidentes que más le agradan; es el fotógrafo que reproduce lo que el paisaje da, más lindo ó más feo, menos sublime ó más hermoso. Esa es la misión del cronista. Con serenidad de ánimo nunca alterada, sin pasión, sin cariño y sin odios que se manifiesten al exterior, refiere Solís, leal y francamente, los sucesos; no los juzga, no los sublima, ni los deprime: los expone, y allá el lector que forme los juicios y dicte los fallos que su conciencia y su entendimiento le inspiren.

El estilo es natural, el lenguaje es sencillo y sin galas; se ve que su *Diario* está escrito sobre el terreno y á raíz de los sucesos; hay en él vida y color y movimiento. Faltan á veces corrección

de lenguaje y filigranas de estilo. Como Ercilla escribía, según dicen, las más inspiradas octavas de su *Araucana*, para descansar de las fatigas del combate, así el Dr. Solís

«Tomando, ora la pluma, ora la espada»,

ha debido de relatar casi todos los sucesos en la noche misma del día en que ocurrieron, y después nos ha ofrecido su trabajo. Por eso se advierten en él algunas repeticiones, que habría suprimido seguramente en la corrección; pero esas repeticiones mismas, esa incorrección no afectada, sino natural y lógica, dan á su obra tonos de sinceridad, que es la condición más recomendable en cronistas é historiadores.



MEMORIAL

DEL

DR. GONZALO SOLÍS DE MERÁS


Memorial que hizo el Doctor Gon-
zalo Solis de Merás, de todas las
jornadas y sucesos del Adelantado
Pedro Menéndez de Avilés, su cu-
ñado, y de la Conquista de la Flo-
rida y Justicia que hizo en Juan
Ribao y otros franceses.
1565.



CAPÍTULO I

El Adelantado Pero Menéndez es hijodalgo é de padres principales, descendiente de casas de solares de las antiguas de Asturias de Oviedo, donde es su naturaleza y de sus descendientes: tiene una de las más antiguas casas que hay en aquella tierra, que es la casa de Doña Paya, donde antiguamente los Reyes de aquel tiempo tenían su habitación, después de la muerte del Rey Don Rodrigo y coronación de Pelayo, y ansí se llama Monte de Rey donde ella está situada, y á una legua de allí está la villa de Pravia, donde muchos destos Reyes se enterraban, y dos leguas de allí está la villa de Avilés, donde ansí mesmo se enterraban algunos Reyes, donde al Poniente él tiene su casa, mujer é hijos; y la herencia que heredó de sus padres fué la mesma casa de Doña Paya y su distrito, y porque tuvo veinte hermanos y hermanas, dividióse la hacienda, de manera que todos quedaron pobres: él dióse á ser soldado, con otros hermanos suyos: de tal manera se inclinó á la milicia de mar é tierra, que olvidando su contento, tierra, naturaleza y deudos, la siguió y sigue en servicio

de S. M., como es notorio: salió de su tierra huérfano, de poder de sus propios amos que le criaban, porque su padre era muerto y su madre se casó segunda vez: inviaron tras él y lleváronle dentro de seis meses de Valladolid, y para asegurarle é que no se fuese de la tierra, le desposaron con Ana María de Solís, que era de edad de diez años, parientes dentro del cuarto grado, lo cual no bastó para le tener en la tierra.

En aquel tiempo había guerras con Francia: hízose armada contra cosarios: metióse en ella y anduvo dos años, y luego que vino á su tierra, vendió parte de su hacienda, hizo un patax, y con sus amigos se metió en coso venturero, donde tuvo é hizo cosas muy venturosas é notables, que serían muy largas de contar. En especial, que estando juntos en el reino de Galicia, acaso, dos patages de armada y el suyo, todos bien á punto de guerra, que andaban contra cosarios... (*), que era en tiempo de guerra, á la entrada de un puerto, pasando tres barcos grandes..., puerto á otro, llevaban dentro una doncella... entregar á su marido con sus parientes é parientas, que en todos iban más de sesenta personas, y saliōles al encuentro una nao francesa y tres zabras, y por ser el viento calma, las zabras francesas, á remo y vela, tomaron la novia con toda

(*) Los puntos suspensivos indican que está rota la hoja ó que es ilegible el MS.

gente que dentro iba. Pero Menéndez, que sabía que aquella presa que los cosarios habían hecho, era aquella doncella con otras muchas mujeres, rogó á la gente de los dos patages fuesen á favorecerla y quitarles aquella presa por ser mujeres, ó morir en la demanda: parecióles temeridad y no quisieron, y él solo con cincuenta hombres que traía, confiado en su esfuerzo, ligereza del patax y su razón, fué contra aquellos cosarios, cosa de temeridad; y como las tres zabras francesas que habían tomado la novia que aquella mañana iban á entregar á su marido, con los tres barcos que llevaban toda la gente, estaban desviadas una legua de su nao francesa, Pero Menéndez, á remo y vela, fué contra ellos solo con su patax, tocando su pífano y atambor y desplegando sus gallardetes, fué contra ellos, los cuales le aguardaron con la presa, y llegando cerca dellos, les dixo que dexasen la presa que llevaban; si no, que á todos los ahorcaría: los franceses dixeron que fuese por ella, que se la darían: no se atrevió á ello, porque cada zabra era tan grande como su patax, y al parecer, tenía tanta gente; y haciendo demostración que quería volver, dos de las zabras le iban á acometer: él se dió á huir: la una navegaba más que la otra, y él más que entrambas: teniendo la una cerca de sí, bien media legua apartada de su compañera, fué sobre ella y tomóla: repartió su gente en entrambas y tomó

la otra: fuése sobre la zabra tercera, que estaba en guarda de la novia, y su gente desamparó la presa y fuése huyendo: no la pudo alcanzar.

Luego el año siguiente, por estar hechas paces con Francia, unos cosarios tomaron al cabo de Finisterre diez é ocho navíos vizcaínos, cargados de hierro y herraje y otras muchas mercadurías de mucho valor: pareciéndole al Emperador Maximiliano, que entonces gobernaba estos Reynos, questos cosarios merecían ser castigados y no podrían ser pasados á Francia con la presa, invió á mandar á Pero Menéndez procurase salir en corso contra ellos, lo cual él hizo con mucha brevedad, sin que para ello se le diese un real, y pareciéndole serían pasados á Francia, se fué derecho á la costa de Bretaña, y dende Bela Isla á Rochela les tomó cinco presas y prendió al capitán francés que había cogido estas presas, surto cabe la cadena de Rochela, donde con viento y marea contraria no pudo salir; invió la justicia á mandar á Pero Menéndez fuese á tierra, el cual lo hizo, mostró el título que llevaba de su Rey para ir tras aquel cosario y quitarle la presa: la justicia le mandó se lo entregase con todos los bienes que tenía y presas que en aquella costa le había quitado, porque todo se depositaría para lo entregar á sus dueños, y que el cosario sería castigado. Como Pero Menéndez vió que no podía hacer otra cosa, permitió se hiciese ansí, y tomó tes-

timonios dello: invíólo á Flandes á S. M., y el otro traxo consigo á España.

Este capitán francés era un cosario famoso que los franceses llamaban Juan Alfonso Portugués, y los españoles Juan Alfonso Francés: salió herido, de que murió: tenía un hijo muy belicoso que llamaban Antonio Alfonso, el cual invió desafiar Pero Menéndez, que él partiría dentro de dos meses de Francia, con juramento de nunca volver á ella sin vengar la muerte y prisión de su padre y presas que se le habían quitado, y que en cualquier punto que supiese que estaba Pero Menéndez, aunque fuese con fuerza doblada, le había de buscar, pelear y combatir con él; y ansí salió dentro de los dos meses con tres navíos de armada, y tuvo noticia que Pero Menéndez iba á las Indias: fuéle aguardar á las Islas de Canaria, y en la Isla de Tenerife, en el puerto de Santa Cruz, fué á tomar unos dos navíos que allí estaban cargando para Indias: tiráronle de tierra con ciertas piezas de artillería, estando abordado con sus navíos á los dos que ya tomara, y con una pelota que le dió, le hicieron pedazos al Antonio Alfonso, y su navío fué allí al través; después le tomó Pero Menéndez los dos.





CAPITULO II

Con la noticia que el Emperador, de gloriosa memoria, tenía de Pero Menéndez, y la que tenía Maximiliano de sus hechos, notables en tan tierna edad, y por entender que franceses cosarios le habían de perseguir, quiso darle autoridad y dióle título para que en tiempo de paz pudiese seguir cosarios, y los bienes que les tomase, fuesen suyos y de sus herederos, porque andaban muchos, y que las haciendas vedadas que hallase en los puertos de sus Reynos y en la mar, las tomase porque fuesen repartidas conforme á la ley del Reyno: tuvo con esto muchas é buenas suertes, por lo cual S. M. el Rey Don Felipe le nombró por Capitán General de la flota de las Indias é por su Consejero, para que le fuese sirviendo dende la Coruña á Inglaterra, cuando se fué á casar con la C. R. María de Inglaterra, y ansí le sirvió muy bien; y otro día que S. M. se casó en Inglaterra, le despachó con el aviso de su llegada y casamiento, al Príncipe y Princesa que enton-

ces gobernaban, y le mandó de irse á embarcar luego á Sevilla, á servirle de Capitán General en la carrera de las Indias, como lo tenía ya proveído.

Embarcóse en dos zabras cargadas de mercadurías, que eran de Laredo y se iban de camino para allá, que venían de Flandes: tuvo próspero viento: á cuatro leguas del puerto de Laredo, saliéronle dos cosarios: viniéronle abordar: defendióse, aunque la defensa era muy poca: con grande astucia desampararon los marineros el timón para rendirse: sin temor de la artillería, le fué forzado tomarlo, y con unos colchones hizo un baluarte: cerca de sí llevaba seis soldados arcabuceros consigo: hicieron muy buenas suertes é tiros, porque los enemigos, teniéndolos en poco, se descubrieron sin recelo: era á boca de noche, y con la obscuridad, de temor desta arcabucería, ya no se atrevieron abordar, y ansí se salvaron. Dió en Valladolid los despachos que traía á la Princesa, y se fué á Sevilla á hacer su oficio de General.

Las cosas que después acá le han subcedido, se escribirán con toda la mayor brevedad que hubiere lugar.





CAPITULO III

Las casas antiguas de solares más cercanas de quien el Adelantado deciende, demás de la de Doña Paya, que es suya y la tiene, son la de los Cascos y Avileses, Valdeses y Menéndez Arango, Bustio y Vegil, y ansí tiene en sus armas por rétulo: «Los Menéndez son Valdeses, antigualla de los Cascos, su apellido Avileses, Consejeros de Pelayo.» Todas las cuales casas tienen por prencipal á esta casa de Doña Paya, porque decienden della y la tienen por prencipal de sus armas, y ellas y éstas todo es una por las razones expresadas, aunque todas, por emparentarse en otras casas prencipales, se tienen por tan prencipales como ella.

En este primero viaje en que S. M. le nombró por Capitán General de la carrera de las Indias, le subcedió prósperamente el viaje en ir y volver con brevedad, cosa que admiró á todas las gentes; porque entendido la necesidad grande con que S. M. quedaba de guerras con el Papa y con Francia, y el poco dinero que

para sustentarla le quedaba; habiéndosele mandado por la instrucción que se le dió, invernar en las Indias, determinó quebrar la instrucción, y dióla á Alvaro Sánchez de Avilés, su hermano, que era su lugarteniente, é invióle al nombre de Dios por General de la flota y armada que allí iba, y él se fué á la Nueva España: volvieron el Septiembre venidero á Sevilla con más de siete millones, y no le aguardaban hasta el Abril venidero del año siguiente cincuenta y siete, y embargaban naos y hacían gente para la primavera hacer armada que los fuesen á buscar á las Islas de las Azores, é para su escolta hasta Sevilla (*). Estos gastos y los que su armada había de hacer, invernando en la Habana, cesaron con su venida.



(*) Desde esta llamada, hasta la siguiente, va suplida la falta que se observa en el manuscrito original, por la relación que se hace en el *Ensayo Cronológico* de D. Gabriel de Cárdenas.



CAPITULO IV

A 26 de Febrero de 1557, volvió á ser nombrado General de la flota; pero creciendo el daño de los corsarios en las costas de España, faltando quien pudiese remediarle, le mandó el Rey en 22 de Marzo fuese á perseguirlos, lo cual ejecutó en el mes de Abril, con tanta presteza y fortuna, que dejó libres las costas de las infamias que cometían. Hallándose por Mayo en Laredo, descansando, le nombró el Rey á 2 de Junio por Capitán General, para que fuese á Flandes con la armada de su cargo, escoltando 24 navíos de lanas, á llevar un socorro de 1.500 soldados y 1.200.000 ducados. Y aunque cuando se le entregó el despacho, que fué á 8 de Junio, estaban los 4 navíos, de los 8 que la componían, con su Almirante Alvar Sánchez, su hermano, en Galicia por bastimentos, de orden del proveedor general D. Diego de Mendoza; sabiendo que D. Luis de Carvajal se detenía en la Coruña, con mucho dinero en su armada, sin viento para navegar, y que el Rey estaba en In-

glaterra desairado, se resolvió á hacerse á la vela el día 9 de Junio con las 4 naos que allí había, cargando en ellas la infantería y dinero referido; y escoltando los navíos de lanas, encontró la escuadra de Pie de Palo, famoso corsario, que constaba de 8 navíos corsarios, á los cuales hizo huir, usando notables ardides, menos uno, que echó á fondo. Siguió su viaje, llegó en quince días á Douvres, desembarcó en Calais el dinero é infantería, y los navíos de lanas se fueron á Gelanda; y á esta buena ventura de Pedro Menéndez puede atribuirse la victoria de San Quintín.

El año de 1558 salió de Valladolid, y en dos zabras, que son bajeles muy pequeños, se puso en Amberes en quince días, contados desde que salió de Valladolid, navegando en invierno aquellos mares, que aun en verano se tuviera por temeridad, en tan pequeños bajeles y de tan poca firmeza, porque fueron los primeros que halló en Laredo, quitándoselos á unos pescadores de Castro.

Volvió el Rey á enviarle á España para que llevase socorro, y el Consejo le ordenó fuese con 6 zabras y 4 navíos de su cargo para resguardo: cuando llegó á Laredo halló que los proveedores D. Lope de Valenzuela y Juan Martínez de Recalde, sin su orden habían enviado las dos zabras á San Sebastián por bastimentos, de que estaban faltos los otros 4 navíos de su armada;

y advirtiendo que el viento era próspero para el viaje y contrario para los corsarios de San Juan de Luz y otros franceses, se hizo á la vela en Laredo con las 4 zabras solas, y á los nueve días estaba en Amberes, dejando burlados á los corsarios, que poco después salieron al mar creyendo que no había partido, á esperar el socorro, con individual noticia de todo lo que llevaba. Volvió á mandarle el Rey se viniese á España, al primer buen tiempo, con las 4 zabras y 2 navíos de armada de D. Luis de Carvajal, y que llevase en ellas á Flandes al Arzobispo de Toledo, al Conde de Sarria, al Regente Figueroa, á D. Diego de Mendoza y otros caballeros. Fué á Gelanda, donde tuvo noticia le esperaba en el camino una gruesa armada francesa, por miedo de la cual no se atrevían á salir los navíos mercantiles de vasallos del Rey, de aquellos puertos, ni de los de Inglaterra: él los juntó todos, que eran 27, aunque se había dado orden para que no trajesen más que 6, que estaban en Gelanda, y salió del puerto con ellos, y aunque pudiera con gran brevedad hacer su viaje con las 4 zabras y los 2 galeones, fué aguardando á los navíos mercantiles, y entre Ugente y Soringas le salió al encuentro el Almirante de Normandía con 12 galeones muy grandes y un patache: aseguró á todos los que iban con él del riesgo, y usó de tantos ardides y astucias militares contra los franceses, ya embistiendo,

ya retirándose, que no se atrevieron á embestirle y le dejaron libre el paso; y aunque pudiera haber llegado en tres días á Laredo, volvió á arribar á Inglaterra por no desamparar á los navíos mercantiles, y entró con todos en Laredo, sin que se perdiese un alfiler. Algunas de estas cosas ejecutó contra las instrucciones que se le daban, pareciéndole que contravenirlas era mayor servicio del Rey, y confiado en su experiencia y su fortuna, se atrevía á exponer su cabeza al riesgo de perderla si salían mal (*).

Y por llevar el dicho General Pero Menén dez muy buena gente, le mandó S. M. andar en compañía de la armada de Inglaterra, que era General della el Almirante de aquel Reino, y para hacer escolta á cierto número de caballería, infantería é gastadores, que pasaba de Dobras á Calés, en servicio de S. M., para de allí ir á San Quintín, que estaba cercado, y andando sirviendo en esto dos meses, mándole S. M. se fuese entre Ugente é Sorlinga, á esperar una gruesa armada que venía de España, en que venía el Príncipe de Evoli: también mandó S. M. á D. Luis de Carvajal que con su armada se pusiese en aquel paso de Ugente y Sorlinga, por donde forzosamente el Príncipe de Evoli había de venir con aquel socorro para pasar á Flandes: también le mandó esto al Almirante de Inglate-

(*) Continúa el MS.

rra, con su armada, porque se tenía nueva que en Francia se aparexaban gruesas armadas para esperar al Príncipe en aquel paso, que es junto de Francia, por donde forzosamente había de ir para entrar en Flandes; y andando en su guarda, en el mesmo paso, las dichas três armadas inglesa y de D. Luis de Carvajal y del dicho Pero Menéndez, sobrevínoles una gran tormenta de que arribó á Inglaterra D. Luis de Carvaxal, con su armada, y lo mesmo hizo la inglesa. Pero Menéndez, visto que con aquel viento, si el Príncipe de Evoli era salido de Laredo, dentro de tres ó cuatro días había de dar en aquel abocamiento de Ugente y Sorlinga, reparó la tormenta con su armada, de que lo sintieron mucho los ingleses, y le rogaron arribase con ellos á Inglaterra, el cual les respondió que no le convenía hacerlo, á causa de que con aquel tiempo había de venir navegando la armada de España, y que acudiendo sobre ella los enemigos, no se cumplía lo que su Rey le había mandado: rogáronle los ingleses mandase arribar un navío de los suyos, que quisiese, para que pudiesen decir á la Reina de Inglaterra, su señora, que con tormenta les había sido forzado arribar, y que esto creería ella al Capitán de Pero Menéndez, y visto que navío de su armada arribaba, porque ella le quería mucho á Pero Menéndez, á causa de que se había gobernado muy bien con la armada inglesa, que había cuatro meses, andando

juntos entre Dobras y Calés y sobre Bolonia, haciendo daño á los franceses é teniendo encerrada en los puertos su dicha armada, que no se atrevían á salir de miedo, y andando juntos los españoles é ingleses, cosa que se pensó no fuera posible, y el tiempo que allí anduvo, hizo escolta con su armada á la caballería, infantería y gastadores ingleses que pasaron de Dobras á Calés, y pasó muchos señores de Inglaterra: hacíalo todo con tanta liberalidad, amor y voluntad, regalando á todos, que dió gran contento á aquella Nación: en especial que la Reina María, católica mujer que fué de S. M., se tuvo dél por muy servida; y cesando aquella tormenta, cuando el dicho Adelantado quedó solo con su armada entre Ugente y Sorlinga, con ocho velas, en que eran la capitana y almiranta dos galeones escogidos, fuertes y veleros de cada 500 toneles, y todos los demás eran muy lijeros navíos y muy bien armados, y pasados ocho días que por allí andaba, descubrió una mañana una vela como cinco leguas de Francia, junto á Ugente: mandó al Capitan Diego de Isla, que era muy escogido marinero é buen cosario, natural de Quejo, junto á Laredo, que por traer navío ligero, la fuese á reconoscer, el cual lo hizo, y dentro de dos horas descubrió el dicho Pero Menéndez, dende las gavias de su galeón, donde iba, muchos navíos: mandándolos contar, dixeron que eran más de 80 velas: tuvo por cierto

no era aquel el Príncipe de Evoli, porque le parecía no podía traer tantos navíos, ni pensaba traería, cuando muchos, de 30 navíos arriba: creyó que eran naos francesas que venían de la Terranova, con que se regocijaron mucho, y juntando su armada, les dió orden de la manera que habían de llegar á tomarlos, porque les pareció que pocos ó ninguno se les podía escapar, y yendo acometiéndolos, siempre entendían ser franceses, hasta que de las 80 velas salió un patax ligero y llegóse á meter junto de la capitana donde iba el dicho Pero Menéndez, que iba en la delantera, y entonces los reconosció Pero Menéndez, que era de su armada, que había quedado en Laredo, cuando él se partió á Flandes con los 4 navíos de armada que quedaron á cargo de Alvar Sánchez de Avilés, su hermano, con los cuales hacía escolta al bastimento que se juntaba en Laredo para aquella armada; y era capitan de este patax Diego Florez de Valdés, el cual, llegándose al Adelantado, le conosció, de que mostró pesarle por parecerle perdía una gran presa, pensando ser aquellos navíos franceses, y llegándose el patax, se juntó á la armada del Adelantado y á su nao capitana: habiéndola reconoscido, la saludó y dixo el D.° Florez al Pero Menéndez como aquella era la armada de España, en que venía el Príncipe de Evoli, que venía por Capitan general della D. Diego de Mendoza, que había sido

Embajador en Roma, y por Almirante Alvar Sanchez de Avilés, hermano del dicho Pero Menéndez y Almirante de la armada de su cargo: luego arribó Pero Menéndez sobre ellos con su armada y fué hablar á su hermano, y habiéndose saludado, le dixo como llevaba en su nao 400 soldados y que iba en ella D. Diego de Acevedo por Coronel de 6.000 infantes que aquella armada llevaba para desembarcar en Flandes con ellos, y otros muchos caballeros que con él iban prencipales, y hablaron al dicho Pero Menéndez todos con gran regocijo, gozo y alegría, porque era muy bien quisto de todos y deseábanle harto encontrar, porque ya tenían aviso, antes de partir de Laredo, que S. M. le había mandado aguardarles en aquel paso: despidióse Pero Menéndez desta nao que iba en la retaguarda, para alcanzar á la capitana, donde iba el Príncipe una legua adelante, y por la ligereza que su navío tenía, que allí se vió y experimentó navegaba más que ninguna de las 80 velas, y habiéndole alcanzado á la nao capitana, abatióle Pero Menéndez su bandera, salvóla con la artillería, y con una docena de gentiles hombres saltó en el barco y se fué en él á la capitana de D. Diego, donde fué muy bien recibido dél y del Príncipe de Evoli y de muchos señores y caballeros que con él iban: mandóle el Príncipe se fuese allí con él. Otro día siguiente vieron la costa de Inglaterra: llegaron

á la tarde sobre Hartamua, puerto de aquella Isla, quedando el viento bonanza.

Dixo el Príncipe á Pero Menéndez que le echase en tierra con una de dos zabras que traía, muy ligeras, y que la otra zabra inviase de su parte á todas las naos que con él iban, que los señores y caballeros que se quisiesen desembarcar en aquel puerto de Artamua, lo pudiesen hacer en aquella zabra, dándoles aviso como él se embarcaba en la otra, y ansí desembarcó con Pero Menéndez en su zabra, y con él algunos señores y caballeros, y se fué á Artamua y llegó á boca de noche: lo mesmo hizo la otra zabra con muchos señores y caballeros que desembarcó: no pudo Pero Menéndez volver aquella noche con sus zabras en la armada, por serle la marea y el viento contrario: á la mañana partióse el Príncipe por tierra á Londres, á besar las manos de la Reina María, y de allí pasarse á Flandes, donde S. M. iba, para que con brevedad fuese avisado del socorro que llevaba, y despedido el Adelantado dél, se fué con sus zabras á la armada, que tenía surta una legua de aquel puerto de Artamua, en un lugar harto peligroso por el semblante que tenía de tormenta: fuése derecho á la capitana de Don Diego de Mendoza: díxole que convenía hacer vela con la armada para se meter en el puerto, ó en la mar, á lo largo de tierra, porque demostraba querer entrar tormenta y viento travesía, y que

si esto no se hacía, luego, corría peligro de perderse toda la armada: los pilotos que Don Diego traía en su nao capitana, no eran tan expertos ni buenos marineros como lo eran Pero Menéndez é sus pilotos: parecióles que era bien aguardar allí hasta otro día siguiente. Pero Menéndez les replicó lo mal que fundaban su razón, y les dixo tales cosas, que concluyeron á Don Diego ser buen consexo hacer luego vela é ir en la vuelta de la mar, para que, si el viento se terciase bueno, llegar á Flandes con brevedad, que era lo que él mucho deseaba, porque era á tiempo que se decía cuando partió de Laredo, tenía S. M. harta necesidad de aquel socorro que le iba de armada, gente y dineros, y dixo á Pero Menéndez que fuese hacer levar áncoras á su armada y hacerse á la vela, porque él mandaba hacer lo mesmo á la suya; lo cual se empezó hacer con gran brevedad, guarniciendo, envirando los cabestrantes é tomando las amarras.

Pero Menéndez, como experto marinero, dióse tan buena maña con su armada, que dentro de media hora iba con ella á la vela la vuelta de la mar, y cuando Don Diego iba con la suya á la vela, estaba Pero Menéndez como dos leguas largo de tierra, y el viento cerrazón, á la travesía, venía entrando: la mar muy gruesa, y era más de las cuatro de la tarde: reconosció Pero Menéndez, por estar Don Diego de Mendo-

za con su armada, tan metido en tierra, y venir la noche y ser el tiempo travesía, y la vuelta que el viento le dexaba llevar era meterse en el saco de Porlan, que está cerca de allí, costa muy trabajosa y peligrosa, y que sería ventura si de noche cargase tormenta poder escapar, y por él estar al largo de tierra, estaba fuera de aquel peligro, para poder sacar dél á Don Diego con su armada, arribó á popa sobre la capitana de Don Diego é díxole que antes que fuese noche cargasen de velas y se fuesen á meter en el puerto de Hartamua, que estaría como 3 ó 4 leguas de allí: ansi lo hizo luego Don Diego: Pero Menéndez, con su armada, bien pudiera entrar media hora primero, por ser sus navíos muy ligeros; mas por guardar el respeto á Don Diego, le dejó ir delante con toda su armada, quedándose él en la retaguarda della, y cuando el Don Diego entraba por el puerto adentro, una gruesa cadena que suele estar atravesada, la halló echada, de manera que no pudo entrar: amainó las velas y surgió, y como la marea iba para dentro y ventaba ya muy recio la travesía, y las naos que venían juntas tras de Don Diego hicieron lo que él, é juntáronse los unos con los otros en aquella estrechura, que se rompían las entenas y bupreses y árboles y se despedazaban las unas con las otras, y la noche venía, que era ya Aves Marías, y la cerrazón y viento travesía muy grandes, de tal manera que no hallaban

remedio para se salvar, porque aunque acudieron, por mandado de Don Diego, bateles á la fortaleza para que largasen la cadena, nunca el Alcaide quiso abrir la puerta ni largarla.

Pero Menéndez había surto con su armada al largo de las naos de Don Diego, donde no recibían daño las unas con las otras, y entendido que si de día no se entraba en el puerto, que venida la noche fuera milagro escapar hombre ni nao, con gran diligencia saltó en dos bateles equipados con hasta 50 soldados arcabuceros y fué á la fortaleza é hizo las deligencias que pudo hacer para que le abriesen, é como no quisiesen, tomó una viga gruesa con los soldados é marineros que llevaba, dió recios golpes á la puerta para la quebrar, teniendo 10 arcabuceros de puntería para quien arriba se descubriese para lo impedir: rompió la puerta: entró dentro: no halló hombres: estaba un cubo fuerte con unas puertas de hierro muy fuertes donde estaba dentro un cabestrante, que con el ingenio dél se alargaba y acortaba la cadena: proveyó Pero Menéndez que los 50 soldados se quedasen con él, y envió él uno dellos con los bateles é marineros, é mandó que dixesen al piloto de su nao capitana, y luego al de la almiranta, porque eran galeones grandes de cada 500 toneles, cortasen los cables é diesen todas las velas que el viento les dejase, porque era ya mucho, y embistiesen en la cadena, por-

que ningún remedio quedaba para se poder salvar aquellas armadas, si no era aventurarse de aquella manera, y en el entretanto, él procuró desguarnecer con una palanca de hierro las puertas de hierro, y al tiempo que su galeón capitana venía á embestir á la cadena como él lo mandó, se acabó de romper la puerta, y entrando dentro del cubo Pero Menéndez, arrancó de un machete acerado que traía en la cintura y cortó una guindaresa gruesa de cáñamo y desguarneció la cadena, de manera que su capitana, que iba á embestir, no recibió daño ni detrimento alguno, y ansí entró toda la armada á buen salvamento dentro del puerto, aunque por ser la fortuna muy grande aquella noche, aunque el puerto es muy bueno, se hubiera de perder toda la armada; mas por las grandes diligencias que Don Diego de Mendoza hizo por su parte, y Pero Menéndez por la suya, que traían muy buenos pilotos é marineros, fué la causa que se salvasen: todavía se perdieron aquella noche dentro del puerto 8 navíos, 6 ingleses que allí estaban y 2 de la armada de Don Diego, y otras 2 naos grandes se quedaron fuera de la cadena, desviadas como media legua surtas, no sabiendo que estaba alzada, y al alba se perdieron, con mucha hacienda que traían, y se ahogaron más de 400 personas, y Pero Menéndez salvó con los navíos de su armada é gente....

Fué cosa milagrosa salvar Nuestro Señor

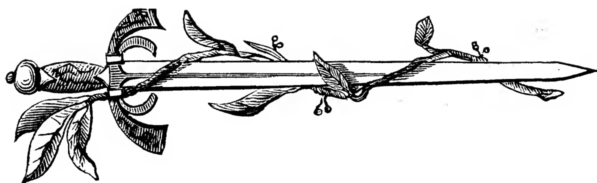
aquella armada de cuatro peligros, dentro de 10 ó 12 horas, que por cualquier dellos, á no se remediar con las deligencias que Dios alumbró á Pero Menéndez que hiciese, todas se perdieran: lo uno, si no hiciera vela donde estaba surta aquella tarde, los que en ella estaban, perecieran: lo otro, si no volviera arribar á Artamua, se perdiera también en el saco de Porlan: lo otro, si la cadena no se rompiera, también se perdía, y lo mesmo se perdiera si aquella noche Pero Menéndez, con los bateles é marineros de su armada, no los anduviera amarrando é socorriendo; que si se perdiera, fuera grande pérdida para toda España, por ir allí mucha flor de la caballería della, y era prencipal socorro para S. M. de infantería é dinero, para poder conseguir buenos subcesos de las grandes guerras que traía con Francia.

Otro día siguiente que se vieron fuera deste peligro, no se puede encarecer la gloria que á Pero Menéndez daban todas las personas de la armada, grandes é pequeños, en especial Don Diego de Mendoza, que como Capitán general, á cuyo cargo todo estaba é venía, era grande el gozo que tenía, y lo mesmo Don Diego de Acevedo, y no acababan de le dar abrazos á Pero Menéndez, é rendir las gracias de haberlos Nuestro Señor librado de tantos peligros por su buena industria: dió orden Don Diego para que con brevedad se volviese aparexar y aprestar la

armada para partir á Flandes con el primer buen tiempo, y dentro de cuatro días llegó Don Luis de Carvajal con su armada, y Don Diego de Mendoza le entregó la suya por tener orden de S. M. para ello, y se partió por tierra á Londres, y de allí á Flandes; y Pero Menéndez se partió con su armada á Laredo, porque ansí tenía orden de S. M., donde supo que cuando invió estando sobre Ugente é Sorlinga al Capitán Diego de Isla con su navío de armada, á reconoscer la vela que había visto, que era un cosario francés, y peleando con él lo había tomado el Capitán Diego de Isla al francés cosario con dos presas que estaba la una cargada de azúcares, y la otra de vinos, y por serle el viento contrario para volver á buscar á Pero Menéndez á Ugente, arribó á Laredo, y dos leguas del puerto encontró con tres galeazas de San Juan de Luz que le acometieron é combatieron con él, hasta que abordándole varias veces, mataron al Capitán Diego de Isla y los más de sus soldados que consigo traía, y le tomó todas las presas y su navío de armada, de que lo sintió mucho Pero Menéndez, porque hasta entonces no había recibido ningún daño de las armadas francesas ni cosarios, antes él y Alvar Sánchez, su hermano que era..., habían tenido muchas é buenas suertes contra los enemigos, tomándoles muchos navíos y echando otros muchos al fondo, de tal manera... franceses é ingleses todo

género... le temían mucho. No se pondrá en esta cor... particularidades de buenos subcesos... tuvo contra cosarios dende que... en la mar, porque fueron muchos y... que entendido quiere coronista... razones; y luego dentro de... que llegó á Laredo, como está dicho... S. M. volver con ella á los estados de... á llevar dineros. . . . .
. . . .





CAPITULO V

DENTRO de ocho días le mandó la Serenísima Princesa de Portugal, Gobernadora de España que entonces era, ir por la posta de Laredo á Valladolid, donde llegado que fué, le mandó que con gran brevedad aparejase, demás de la armada de su cargo, otras diez naos grandes y dos mill hombres de mar é guerra, para llevar con más seguridad á la Reina María á Flandes, porque en aquel tiempo la quería S. M. dejar en aquellos Estados por Gobernadora, y venirse él á España; lo cual fué á hacer con gran diligencia: dentro de un mes lo hizo; y estando presto, y avisado que la Reina se fuese á embarcar cuando quisiese, se murió la Reina; y entendido que S. M. trataba las paces con Francia, se despidió toda la armada de su cargo, y la Serenísima Princesa le mandó irse con dos zabras á Flandes, con despachos á S. M., y en ellas llevase al doctor Velasco de los Consejos de S. M. y de su Cámara.

En este tiempo proveyeron á Alvar Sánchez

de Avilés, su hermano, que era Almirante de su armada, por Capitán General de la carrera de las Indias; y llegado á Flandes el dicho Pero Menéndez, S. M. le nombró por General de la armada en que su real persona había de venir de Flandes á España: despachóle en Bruselas por fin de Abrill del año de 1559, y vino disfrazado por toda Francia, corriendo la posta, sin ser conoscido, con dos gentiles hombres, que el uno era D. Juan Menéndez, su hijo, y el otro un caballero, su deudo, que le decían Sebastián de Estrada: hizo tanta diligencia en el camino, que en siete días llegó á Fuenterrabía, donde despachó el despacho que traía á la Serenísima Princesa, y él se ocupó en ir por toda la costa de la mar, por todos los puertos, recogiendo é listando soldados é marineros y viendo los navíos que había en la costa para la venida de S. M., y haciéndose en Bilbao una galeaza hechiza, dió orden que se acabase con brevedad: recogió las naos con lanas que había en la costa, y á 10 de Julio estaba con 50 navíos, de vuelta en Flandes, en el puerto de Ramna: tomó una zabra, invió en ella 12 capitanes ordinarios que iban con él, para servir á S. M. de consejeros de su venida á España: escribióles con ellos su llegada: estaba S. M. en Gante: llegó esta carta é capitanes á 12 de Julio, ante S. M., que recibió grandísimo contento de ver que en tan breve tiempo hiciese tanta diligencia, que fué

cosa de admiración la que en esto se hizo, que no podía creer pudiese llegar á tiempo, y á esta causa había S. M. hecho embargar muchas urcas para se venir á España en ellas, y para su real persona había hecho aderezar una de las mejores: dixeron estos capitanes á S. M. como la galeaza que Pero Menéndez había hecho en Bilbao, era el más fuerte navío é más ligero y mejor para la guerra de cuantos habían visto, y que lo traían por capitana de la armada: invió S. M. á Mr. Dobaque, un caballero flamenco, lugarteniente del Almirante de Flandes y General de aquellas urcas, para que viese la galeaza, fortificación é bondad della, el cual lo hizo, y aunque su urca capitana, donde S. M. había de ir, era suya y muy buena, dixo á S. M. la bondad de la galeaza.

Su Majestad invió mandar al Adelantado fuese á Gante, donde fué dél bien recebido y le dió orden tuviese para 15 de Agosto toda la armada presta para poder hacer vela si el tiempo fuese bueno, de aquellos Estados á España, y le dió traza para los aposentos que había de hacer en su galeaza, porque quería ir en ella y le encargó el cuidado é cargo del gobierno de la dicha armada, para que como General della, la pusiese á punto, rigiese é gobernase, é que todos le obedeciesen é respetasen é cumpliesen sus mandamientos.

Embarcóse S. M., con toda su Corte, en

Ramna, una noche, á la media noche, víspera de (San José de Calasanz), que son á 26 de Agosto: á los 27 por la mañana, todos los pilotos flamencos y españoles acudieron á S. M., diciéndole el viento era contrario y que no debía de partir, que S. M. volviese á desembarcar. Pero Menéndez dixo razones que concluyeron á S. M. que por aquellos ocho ó diez días, el sol mostraba bonanzas é buen tiempo, y que á las 10 del día tendría S. M. buen tiempo y buena marea, y ansí subcedió, y mandó S. M. hacer vela, y por ser muy lijera la galeaza de Pero Menéndez, en que S. M. venía, y otras 6 naos de su armada y 6 zabras, que navegaban mucho más que las urcas y las otras naos, los señores y criados que S. M. consigo traía, le aconsejaron que se adelantase, porque llegarían presto á España, y sobre ello llamó S. M. á Pero Menéndez y se lo dixo. Pero Menéndez lo contradixo, que en ninguna manera convenía á S. M. lo hiciese, porque hasta desembocar de entre Ugente y Sorlinga, habíanse de navegar cient leguas por el medio de Francia é de Inglaterra, cercado de una tierra y otra, y que entrando el viento contrario, se había de meter en puertos de aquellos Reinos, que todos tenían fortalezas, é no podría salir de los puertos sin licencia de los alcaides, en especial que se decía muy cierto que la Reina de Inglaterra estaba muy sentida de S. M., porque no se había querido casar con

ella y se casara con la Reina nuestra Señora; que como era mujer belicosa, le podría dar algún disgusto en su Reino, y que la armada é gente que llevaba no era parte para lo poder remediar, ni para poder salir de los puertos de Inglaterra, á pesar de las fortalezas; concluyeron á S. M. estas razones, y determinó de navegar con la armada junta é recogida, que eran más de 80 velas, todos muy buenos galeones, naos é urcas muy bien armadas y 8 zabras muy ligeras, de remo é vela, que Pero Menéndez llevaba hechizas para que si los vientos fuesen calmas cerca de la costa de España, poder desembarcar á S. M. y á sus criados en el primero puerto que tomasen. Trugeron los vientos aquellos diez días bonancibles, los más dellos contrarios: gobernóse Pero Menéndez tan bien con ellos, que se aprovechaba mucho de los bordos que daba con la armada, reconosciendo á la parte donde el viento había de saltar, y estando desembocados de entre Ugente y Sorlinga, con toda la armada, parecióle á Pero Menéndez que el sol mostraba vientos muy recios y tormentosos, aunque no sabía de la parte que había de venir: dixo á S. M. que pues estaban libres de la costa de Francia é Inglaterra, que lo que quiso hacer el día que partió de Flandes, de adelantarse con aquellos pocos navíos, por ser ligeros, que entonces lo podía hacer. S. M. le mandó hiciese lo que le pareciese en todo, pues ve-

nía á su cargo la navegación. Algunas personas de las que allí venían, daban culpa á Pero Menéndez porque no se adelantó el primero día, que si lo hubiera hecho, estuvieran cerca de España, y que entonces no era bien adelantarse, sino que S. M. llegase con toda su armada, con la autoridad que era razón, á España; á lo cual respondió Pero Menéndez que en lo primero se había proveído como convenía, y lo mesmo se hacía en aquello; que tanta antoridad llevaba S. M. llegar á España con un navío, como con mill, y que para cuando él inviaba algún criado á gobernar alguna tierra, era bien fuesen los tales con autoridad.

Y por ser el viento calma, no sabiendo de qué parte ventaría, entró en consejo Pero Menéndez con los consejeros, habiendo primero dello dado cuenta á S. M., á qué parte de España sería bueno ir primero; no se podían conformar; unos decían que á la Coruña; otros que á Laredo; otros á Bilbao; otros á San Sebastián: la voluntad de S. M. era siempre inclinada á Santander: quiso S. M. entender estas opiniones y sobre qué se fundaba cada uno, y halló que no le concluían las razones que daban, más de que cada uno deseaba llevarle á su tierra, por honrar á su patria: preguntó S. M. á Pero Menéndez dixese dónde le parecía á él era bien ir primero: Pero Menéndez le respondió que cada uno de aquellos consejeros hablaba por su inte-

rés particular, en quererle llevar cada uno á su tierra, pareciéndoles que S. M. haría mercedes, franquezas é libertades en la parte que desembarcase, y que á él le parecía S. M. debía ir derecho á su tierra, que era en Asturias, donde tenía su mujer é casa, derecho á una punta que llaman las Peñas de Gijón, donde está un buen surgidero, que llaman Torres. Rióse desto el Rey y los que con él estaban, pareciéndoles que Pero Menéndez lo decía por gracia, y mandóle que dixese su parecer. Pero Menéndez le respondió que cierto le parecía se debía de hacer aquello que había dicho, y no otra cosa, y fundólo diciendo que de aquella punta que decía, que llaman las Peñas de Gijón, que salen mucho á la mar, hay 40 leguas á la Coruña y otras 40 á Laredo, y cuando el viento saltase al Nordeste, se iría S. M. á la Coruña, y si saltase vendabal, se iría á Santander ó Laredo, y que si fuese bonanza, á vista de la tierra, en las zabras desembarcaría S. M. y sus criados en Avilés ó en Gijón, y por tierra se iría á Oviedo y á León, que vería S. M. aquella tierra, que nunca había visto, y aquellos templos, que eran muy buenos: pareció á los pilotos y consejeros muy bien el parecer de Pero Menéndez, y por tal lo aprobaron, de que S. M. y los señores y criados que con él venían mostraron tener gran contento, y ansí se hizo la navegación; y al tercero día descubrieron tierra, y fué la mesma de Pero Me-

néndez, donde venía derecho: cargó el viento muy recio, vendabal: no la pudieron tomar: arribó S. M. á Laredo el segundo día: las urcas que se quedaron atrás, que iban derecho á Laredo, con aquel viento no pudieron tomar tierra de España: arribaron á Francia, y al cabo de 40 dias á España, y lo mesmo hiciera S. M. si viniera derecho á Laredo, Bilbao ó San Sebastián.

Y estando S. M. tres leguas de Laredo, con el viento calma, reconosció Pero Menéndez que quería entrar tormenta súpitamente y temióla: díjolo á S. M. y suplicóle se embarcase con él en el batel de la galeaza, que lo traían por popa, y se fuese desembarcar al puerto de Laredo, que las naos irían cuando tuviesen viento. S. M. lo hizo ansí.

El batel era tan bueno, que cupieron con él sus criados que allí llevaba, que eran hasta 20, y aunque la mar é viento les era contrario por la proa, los marineros se metieron al abrigo de un monte grande que allí hay, que llaman Santoña, y al luengo dél se fueron á Laredo, día de Nuestra Señora de Septiembre, á las nueve de la mañana, donde S. M. fué recebido del pueblo y de los que en él estaban aguardando, con mucha alegría, y recebido debaxo de palio por los regidores de la villa, se fué á la Iglesia mayor á oir misa, y Pero Menéndez se fué con él, y habiéndola oído, se volvió con el batel á la

mar, á procurar meter los navíos en el puerto, y ansí lo hizo, y pareciéndole que la tormenta no tardaría mucho de venir, hizo echar 7 anclas y cables á su galeaza, para que estuviese muy bien amarrada, cuando la tormenta viniese, é ya que era noche, hizo traer 5 ó 6 barcos de tierra á su galeaza, porque S. M. traía dentro della 150 cofres y toda su recámara: deseaba descargarlo todo en tierra, antes que la tormenta entrase, por ser aquel muy mal puerto para naos tan grandes, é trabaxó toda la noche con los marineros en descargar: otro día á las ocho de la mañana, invióle S. M. á llamar, que fuese luego en tierra: invióle á decir que luego iria: detúvose una hora: volvióle inviar á llamar segunda vez: detuvo al mensajero, dentro del navío, bien media hora, y fué en tierra con todos los cofres y recámara de S. M.: hízolo todo descargar con gran brevedad en el muellle de Laredo y entregarlo á quien lo había de recebir: acudió á S. M., que estaba desgustoso por su tardanza: preguntóle que en qué se había detenido: díxole que en dar orden de descargar su recámara, porque temía á la tormenta, por ser aquel mal puerto: preguntóle S. M. que en cuántos días la podría desembarcar: díxole que ya estaba descargada y entregada á sus criados: holgóse S. M. desto mucho: preguntóle qué le parecía del tiempo y qué se habrían hecho las urcas: díjole que les sería forzado arribar á

Francia, y que le parecía no tardaría 6 horas la tormenta: sentóse á comer S. M., y Pero Menéndez se fué á comer con Don Diego de Mendoza, y acabando de comer, se puso Don Diego y Pero Menéndez á la ventana, y dixo Don Diego contra Pero Menéndez y otros caballeros que allí estaban, que con él habían comido, que le parecía que dentro de 24 horas entraría temporal. Pero Menéndez le dixo que sería antes de 4 horas, y estando en esto, dando é tomando, no se pasaron dos horas, cuando entró tan súbpito viento y tanta mar, que las naos que estaban en aquel puerto, se desamarraron y vinieron á dar sobre la galeaza de Pero Menéndez, y como la tenía bien amarrada, sostuvo algunas dellas: en el entretanto, largaron otros cables y anclas de los navíos que estaban en aquel puerto, y se perdieron 4 y una galeaza de Martín de Otáñez, que venía con S. M., nueva, del primero viaje, donde el Conde de Chinchón traía su recámara, que también se perdió: perdióse la nao imperial, donde S. M. había venido de Flandes al puerto de Laredo, 3 años había, navío de 700 toneles: si la galeaza no estuviera tan bien amarrada, por las naos que sobre ella vinieron, se le quebraran los cables y diera sobre las otras naos que allí estaban, y no se escapara ninguna de cuantas estaban en el puerto, porque todas las llevara consigo. S. M., espantado desta tormenta tan súpita, y conoscido por Pero Me-

néndez que había de venir y la aguardaba dos días había, y estando en Colindres, en casa de su Secretario Pedro de Hoyos, media legua de Laredo, después de pasada la tormenta, fué Pero Menéndez á besarle las manos y á pedirle la orden que había de tener, porque S. M. se partía otro día de allí para Valladolid: dixo S. M. á Pero Menéndez que le había hecho Dios Nuestro Señor mucha merced en haberlo desembarcado antes de aquella tormenta y que qué le parecía della. Pero Menéndez le respondió que había muchos meses que en toda España hacían oración por S. M., suplicando á Nuestro Señor le trajese á sus Reinos á salvamento, en el cual tiempo, los demonios no habían tenido parte de hacer mal, y que como S. M. desembarcara, había cesado la oración, y con esto tuvieron lugar de hacer el mal que podían. Mandó S. M. á Pero Menéndez que se quedase allí á despedir las naos y recoger la artillería y esperar las urcas y darles orden se fuesen á Santander, y hecho esto, se fuese á Toledo, donde S. M. había de estar en Cortes, y que allí le haría merced por sus servicios; y sin hacerle ninguna, ni darle ayuda de costa, se partió S. M., y se quedó Pero Menéndez haciendo lo que se le mandó. Sintió tanto verse quedar pobre, y muchos hermanos y deudos muertos, que otro día siguiente le dieron muy grandes cuartanas, que le duraron 20 meses, y muy re-

cias: fué á Toledo: S. M. le quería mucho y deseaba hacerle merced: Gutierre López de Padilla y otros menistros suyos, díxose habían informado á S. M., que si le hacía merced, se retiraría, porque de deudos y amigos suyos lo entendían. Iba entonces á las Indias, Nueva España y tierra firme una gran escolta y armada, y en ella el Conde de Nieva por Virrey del Perú, y el Licenciado Muñatones y otros comisarios: iba por General desta armada Pedro Sánchez de Benesa, vecino de Fuenterrabía, que por muerte de Alvar Sánchez de Avilés, hermano de Pero Menéndez, le habían dado, y por ausencia de Pero Menéndez, para que si venía á tiempo con S. M. á España, él fuese por General della, y Pero Sánchez por Almirante; y los del Real Consejo de las Indias acudieron á S. M. en Toledo, luego que Pero Menéndez allí llegó, suplicándole mandase á Pero Menéndez ir por General de aquella flota y armada. S. M. lo hizo ansí, y aunque Pero Menéndez le representó estar enfermo y haber muchos años que no había visto á su mujer, ni estado en su casa, que S. M. le hiciese merced de darle licencia de irse á ella, hasta tener salud, porque en teniéndola, le vendría á servir á la parte que S. M. le mandase, S. M. le dixo que las cuartanas no eran enfermedad peligrosa, y que venido de aquel viaje, le haría merced por sus servicios, que habían sido señalados, porque hasta enton-

ces xamás se la había hecho, ni dado ayuda de costa; y ansí hizo aquella jornada á las Indias y se lo ordenó..., y estaba de vuelta en España á 11 de Julio de 1560 (*).



(*) Suplido el párrafo siguiente con otro del *Ensayo Cronológico* de Cárdenas.



CAPITULO VI

OTRAS hazañas y casos tan singulares, que parecen increibles, acreditaron á Pedro Menéndez de ser el mayor hombre de su tiempo; pero no bastó el aplauso, tan común como verdadero, á librarle de la saña de la envidia; pues habiéndole mandado volver á las Indias con la flota el año 1561, llegó á España cargado de riquezas y émulos, que dieron causa á la prisión, de que ahora se tratará; habiendo cumplido en esta ocasión mejor que en las demás (*).

Fuése á presentar el dicho Pedro Menéndez á la Casa de Contratación de la ciudad de Sevilla, ante los jueces della, los cuales les mandaron dar fianzas de estar por lo juzgado y sentenciado, y aunque sabían... abonadas, no las quisieron tomar... dos personas de las más caudaladas... y acabando de tomar las... pre-

---

(*) Sigue el MS.

sos á las Atarazanas y... aquella ciudad, con dos aguaciles... cada uno, y cada aguacil ganaba... cada día; y otro día siguiente hácenles cargos... Pedro Menéndez le dan cinco informaciones contra... las más dellas y de que risultaba... todo el cargo, hechas por el Licenciado Banegas, Fiscal de aquella Casa de la Contratación, sin tener comisión de los jueces para ello, y él hizo... ocultación é puso los cargos y... seguía y acusaba al dicho Pedro Menéndez y Bartolomé Menéndez, su hermano, y visto por los letrados del... Pedro Menéndez, que era el Licenciado Martín Alonso, grande... amigo, y había sido censor muchos años de la Casa de la Contratación, y tiraba salario de S. M. por ello, y solía quedar en el lugar de alguno dellos, cuando hacían ausencia, por juez de aquella Casa de la Contratación, el cual no podía abogar pleito ninguno de aquella Casa sin licencia de los jueces, y si lo hacía, perdía el salario y oficio que tenía en ella: pidió licencia á los jueces para poder abogar en ella: no se la quisieron dar, por ser grandes amigos él y Pedro Menéndez, y entendido que era ...m.te, quiso perder el salario que llevaba... de la Contratación y defenderle ...ogado y del Bartolomé Menéndez, su hermano, y ansí ...doles cargo, respondió al proceso... y al de Pedro Menéndez: dixo que daba... retificados los testigos de las cinco sumarias informaciones que contra Pedro Me-

néndez había hechas... é pidía sentencia: pareciéndole á los oficiales que por esta vía se les salía dentre las... con su causa, pidió el Fiscal término ultramarino, para probar las cosas de que le tenía acusado: fuéle concedido: pidióse por parte de Pedro Menéndez que en el entretanto le soltasen en fiado: no lo quisieron hacer, y ansí estuvo preso en aquella prisión 20 meses, y Bartolomé Menéndez, su hermano, 25, aunque por parte de entrambos se hicieron las diligencias posibles á la Contratación para ser sentenciados, no lo pudieron por su parte más abreviar, por la dilación que con ellos tenían de alargar sus prisiones, hasta que por 1.ª y 2.ª cédula que de S. M. fué para que los sentenciasen, pues sus procesos estaban conclusos muchos días había, no hallando por ellos las culpas de que á S. M. habían informado, remitieron sus personas y procesos á S. M. y á los Señores de su Real Consejo de Indias, y que diesen seis mill ducados de fianzas que vernían á presentarse á esta Corte seguros con un aguacil y dos hombres de guarda: consintieron la sentencia: dieron las fianzas: piden los procesos: no se los quieren dar originales: mandan que se saquen los traslados: pasóse en esto dos meses, sin que se los diesen: habiéndoselos dado y pidiendo señalasen el aguacil é dos hombres de guarda que les llevasen á la Corte, pusiéronle nuevas guardas, diciendo que el Fiscal de servicio de In-

dias había apelado de esta sentencia, y el de la Casa de la Contratación lo mesmo.

Hubo en esto, entre letrados y personas graves, mucha admiración y mermuración, visto que al cabo de tantas prisiones y molestias y tantas acusaciones como habían puesto al dicho Pedro Menéndez y á su hermano, é informaciones que contra ellos se habían tomado en el Reino y fuera dél, que solo en el proceso de Pedro Menéndez había tres informaciones contra él, tomadas en el Reino é fuera dél, y que siendo Capitán General tan señalado, tantos años había, en cargos de tanta confianza, y que á él ni á su hermano en ningún tiempo, ni entonces, ninguna persona particular, antes ni entonces, les hubiese pedido y demandado ninguna cosa, sino solo el Licenciado Banegas, Fiscal de aquella Contratación de Sevilla, y que al cabo de tan prósperos subcesos y viajes que Nuestro Señor le había dado, en servicio de S. M., y cuando él aguardaba que S. M. le hiciese merced señalada, verle preso, acusado de su Fiscal, y en una prisión tan larga, verle salir con tan leve sentencia y con tan pequeña guarda á él y á su hermano, y que pues los jueces de Sevilla no pueden conoscer en segunda instancia, sino forzoso é de cualquier manera que sea, ha de venir al Consejo, ó por apelación, ó por sentencia que ellos proveían, y de ver que el Fiscal del Real Consejo de Indias había tam-

bién apelado de aquella sentencia; fué avisado el Adelantado, por personas graves de letras, que le convenía quebrar la carcelería, dejando á Bartolomé Menéndez, su hermano, en ella, y tomar la posta y con gran secreto venirse á S. M., el cual lo hizo ansí, y entrando en Palacio, le vió venir por una crugia, que era á las 9 de la mañana, y envióle un mozo de cámara á decirle que subiese á hablarle, y por estar advertido el dicho General que si hablaba al Rey antes que á los del Real Consejo de Indias, cometía delito, por no estar descargado de las culpas que contra él había, y por esto le invió á decir que no se atrevía á besar á S. M. las manos, ni subir á su llamamiento, de temor que los Señores del Consejo de las Indias le mandasen castigar: habló á los Señores del Consejo: mandáronle meter en prisión, y andando el tiempo, vióse su causa: fué sentenciado en 1.ª y 2.ª instancia, sin hacer auto ni diligencia en el proceso, ni en el de su hermano, más de aquellas que venían hechas de Sevilla, por los mesmos jueces con quien traían competencia sobre jurisdicción, y ellos y el Fiscal los acusaban, y presentaban los testigos y los examinaban, y hacían el proceso, y los habían de sentenciar, y habían escrito á S. M. que habían delinquido en muchas cosas feas é graves, y habían de querer hallar culpa, para que todo saliese verdad, y fué condenado el dicho Pedro Menéndez, por la culpa que re-

sultaba del dicho proceso, sin saber en qué cargo, en mill ducados, y el Bartolomé Menéndez, su hermano, en 200; habiendo gastado S. M. con ellos, de su real hacienda, por querer su Fiscal hallarles culpas, en inviar hacer informaciones en el Reino é fuera dél, para hallárselas, más de dos mill ducados.

Sintió S. M. esta sentencia, porque le invió á llamar y le hizo merced para un criado de la mitad desta pena, y le mandó le volviese á servir de General en aquella carrera, con sus hermanos y deudos, como de antes, y que se tendria desto dél por bien servido y le haría merced por lo bien que antes le había servido, y que él haría demostración por el agravio que se le había hecho, porque bien entendido estaba en todo su Reino, había sido acusado falsamente. Pedro Menéndez le respondió con toda humildad, besándole las manos por la merced y favor que le hacia en decirle que estaba satisfecho de sus servicios y que le tuviese por tan buen Capitan, y de la certenidad que tenía de saber que había sido falsamente acusado y que los jueces habían sido apasionados contra él, y que no pretendía de S. M. más merced que aquella, que era la que podía desear, en estar satisfecho que sus servicios eran aceptos á S. M. y que le sirvía con todo amor y fidelidad, y que él estaba con grande aflicción, porque no teniendo más de un solo hijo, que era

gentil hombre de la casa de S. M., viniendo por General de una flota y armada de Nueva España, con una fortuna que le diera en una isla que llaman la Bermuda, cerca de la Florida, se había desaparecido, y que á razón natural, la nao, con todos los que dentro venían, se había hundido, ó habrían escapado en aquella isla, ó en la Florida, y por su prisión no los había podido ir á buscar, para si allí estuviesen, salvarlos y darles las vidas, porque allende de venir en aquella nao su hijo, venían otros muchos deudos, amigos y criados suyos y soldados, que había mucho tiempo que sirvían á S. M. en su compañía, los cuales había todos dejado con él en la Nueva España, que los tenía el mesmo amor que á hijos; que pensaba de limosna que sacase de entre deudos y amigos, armar luego dos patajes é ir aquella isla y á la costa de la Florida, costeándola, saltando en tierra en algunas partes, para por señas preguntar á los indios si había hombres de barbas en aquella tierra, ó en alguna isla cerca, porque los indios no trae ninguno dellos barba, y hasta hacer esta diligencia. le parecía no cumplía con su conciencia, ni con el amor que tenía aquel solo hijo, que no tenía otro, ni á los deudos y amigos que con él estaban; que hecha aquella jornada, se vendría, con cualquier subceso que tuviese, á su casa para su mujer é hijos, que había diez é ocho años que en veces no había estado en ella si no... por an-

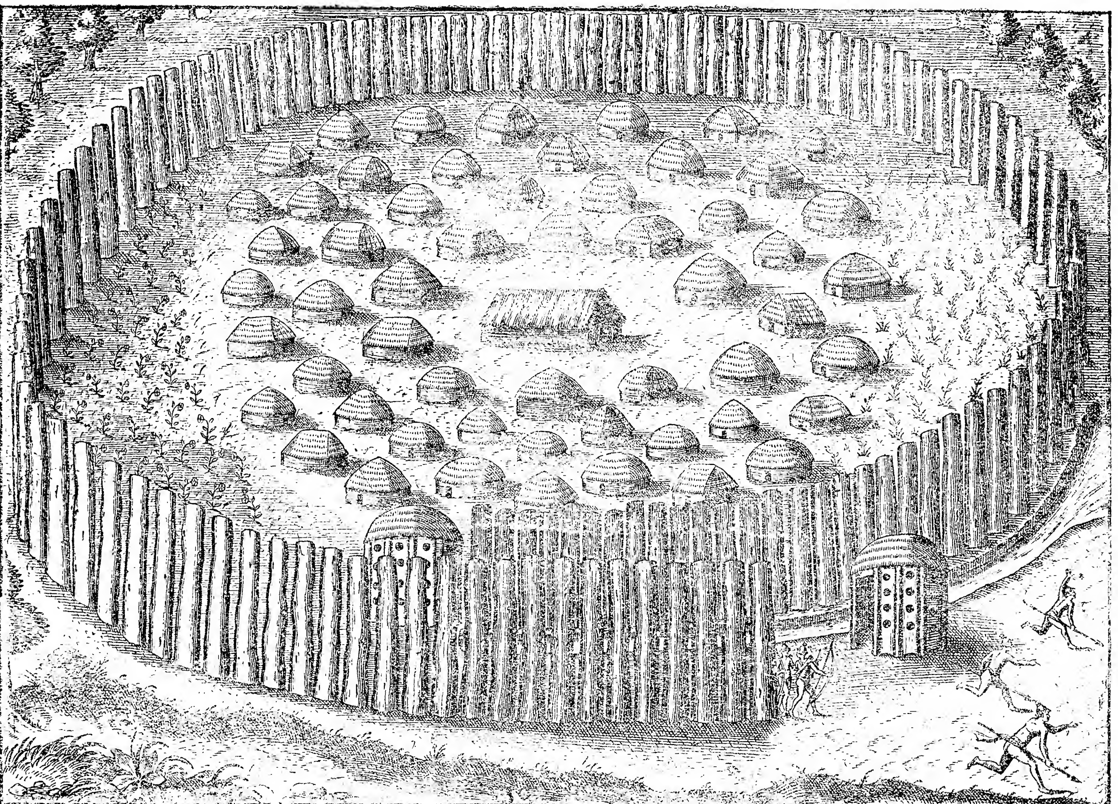
dar ocupado en servicios de S. M., en el cual tiempo había atendido, como era obligado, á servirle, y que aunque fuese con gran pobreza, quería acabar sus días en su casa en servicio de Dios.

Húbole S. M. lástima y compasión: díjole que el le favoreceria para lo uno y para lo otro, y que otro día siguiente le fuese hablar, y ansí lo hizo el dicho Pero Menéndez. S. M. le dixo que le pesaba de sus trabajos y descontento, que él quería ayudarle para la xornada que quería hacer en busca de su hijo, con que él costease toda la costa de la Florida, después de haber hecho lo que iba á buscar, para descubrir las ensenadas, puertos y bajíos que en ella hay, para se marcar precisamente y poner en las cartas de marear, porque de no se haber hecho esto se habían perdido muchas naos que iban y venían á las Indias, con muchas riquezas é gente y muchas armadas que el Emperador, de gloriosa memoria, su padre, y S. M. habían hecho para la conquista é población de aquella tierra de la Florida.

Pero Menéndez le respondió que plugiuese á Dios que S. M. entendiese aquello que le decía, tan bien como convenía al servicio de Dios y al suyo, porque era una de las cosas necesarias que en su Reino tenía que proveer é remediar, en especial en tiempo que se levantaban tantos herejes luteranos en Flandes y Alemaña, Fran-

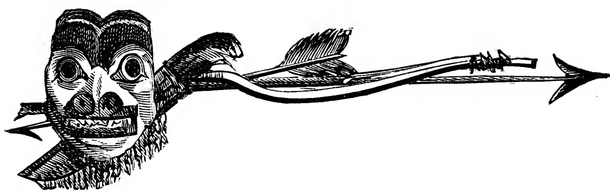
cia, Inglaterra, Escocia, todas tierras cercanas á la Florida, tierra tan grande y de tan buena altura y temple para todo género de mantenimientos, que á razón ha de tener muchas cosas buenas, poblada toda de gentes salvajes, sin fe é sin ley, desalumbrados de la ley de Nuestro Señor Jesucristo, y que estaba S. M. obligado en conciencia, por los poderes que los Santos Pontífices de Roma habían dado, muchos años había, para la conquista é población de aquella tierra, á los Reyes de Castilla, para que procurasen plantar en ella el Santo Evangelio, y que aquella empresa tomaría él á su cargo, de mejor gana que ninguna de cuantas armadas, ni oficio, S. M. le podía encargar en sus Reinos. S. M. le respondió que holgaría mucho de le encomendar aquella empresa é capitular con él para que lo hiciese, todo lo que fuese razón; y ansí capituló S. M. con el dicho Pero Menéndez, quedando á su cargo la población é conquista de aquella tierra, con su jornada, y cobradas sus provisiones y cédulas, se partió á Asturias é Vizcaya á hacer su armada.





UN PUEBLO DE INDIOS EN LA FLORIDA

(Cop.ª de un grab.º del año 1591)



CAPITULO VII

Temió Pedro Menéndez que S. M. habría concebido mal dél, por lo que sus menistros dél decían, por haber creído á los malsines que habían dicho mal del Adelantado, y que estaba en su desgracia, no teniendo dél tan buen concepto como fuera razón; deseaba volver á ganar su reputación, que con tantos trabaxos é peligros é costa de su hacienda, había ganado, é con la pérdida é muerte de su hijo, hermanos é deudos é amigos; y los Capitanes é gente noble que le habían seguido é servido á S. M. en su compañía, verlos pobres é necesitados, sin poderlos remediar, porque él lo estaba también, ninguna cosa que emprendiese le parecía ser dificultosa, en especial esta de la Florida, que era tanto del servicio de Dios Nuestro Señor, é de S. M. é bien general de sus Reinos, á donde, por lo bien que sirviese en esto, tenía entendido que cuando el galardón del Rey le faltase, el de Dios Nuestro Señor no le había de faltar, ni su ayuda, que era lo

que él había menester y el interés particular que en esto pretendía; y despachó dende allí tres mensajeros á partes diferentes, escribiendo á sus amigos é á Francisco de Reinoso, hombre de armas de S. M., para que le llevasen la más gente que pudiesen, é dixo á Francisco de Eraso que de la dilación de su ida á la Florida, S. M. sería muy deservido; que le parecía no convenía detenerse por estos navíos, bastimentos é gente, porque no sabía dónde hallaría los navíos; que él tenía un galeón de mill toneladas, la mejor pieza que había en la mar, muy ligera y artillada, puesta á punto de guerra, que los mercaderes de Sevilla le daban veinte é cinco mill ducados de flete, porque fuese al nombre de Dios cargada, y que estaba ya cargando; que él perdería aquel interés é recogería la más gente que pudiese; que se inviase recado á los oficiales de Sevilla que la tomasen é basteciesen para llevar en ella la gente que pudiese tomar, y que cualquier despacho que S. M. le había de dar en Valladolid, se lo podría inviar á Sevilla: parecióle muy bien á Francisco de Eraso, y encomendóle ansí lo hiciese, y la brevedad de su viaje; y dióse el Adelantado tan buena maña por la vía de Cádiz é Vizcaya, que día de San Pedro salió de Cádiz con este galeón *San Pelayo* y con otras diez velas, y de Asturias é Vizcaya con cinco, y en ellas 2.150 hombres de mar é guerra, como está dicho, que de todos no

pagó S. M. más de 300 soldados é un navío; todo lo demás fué á costa del Adelantado, que buscó todo el favor que pudo de deudos é amigos, que le ayudaron muy mucho, entendido ser esta empresa tanto del servicio de Dios é de S. M.; é Pedro del Castillo, vecino é Regidor de Cádiz, grande amigo del Adelantado, se señaló en esto más que todos, en ayudarle con su hacienda é la de sus amigos, que él solo lo dexó endeudado en veinte mill ducados; entendiendo el Adelantado el gran servicio que á S. M. en esto hacía, para irse derecho á la Florida, como se fué, para desbaratar á los enemigos, antes que se fortificasen é ganasen la voluntad de los caciques é indios de aquella tierra, como está dicho.





CAPITULO VIII

Y en esta jornada de la Florida, visto S. M. le daba provisiones é bastante recaudo que en las Indias le diesen 200 caballos é 400 infantes, pagados por 4 meses, y 3 naos de armada y artillería, municiones é bastimentos é todas las cosas que pidiese é hubiese menester para echar los franceses luteranos que estaban en la Florida; pareciéndole que partiendo de Cádiz por Junio de 65, como forzoso había de ser, que irse por las islas é Indias á recoger esta caballería, infantería é navíos de armada, se detendría mucho é no podría ir á la Florida hasta la primavera del año de 66, é que entonces, como está dicho antes de agora, por irles á los franceses que estaban en la Florida mucho socorro de gente, artillería, armas, municiones é bastimento, se fortificarían de manera que cuando el Adelantado fuese por Marzo de 66, no podría hacer el efecto que haría si dende Cádiz se fuese derechamente á la Florida, donde los franceses estaban, antes que fuesen socorri-

dos, ó caso que lo hubiesen sido, antes que se fortificasen é ganasen la voluntad de los caciques, que este era el mayor temor que el Adelantado tenía, porque teniendo á los indios naturales de la Florida por enemigos, é á los franceses que los endustriarían para pelear, no era bastante recaudo el que el Adelantado llevaba para poner pie en aquella tierra, ni echar á los luteranos della; é aunque esta particularidad el Adelantado dixo á S. M. en Santa María de Nieva por Abrill de 65, y en la Mejorada, y lo dixo á los Señores del Real Consejo de Estado é Guerra, que con él estaban, después lo vino á decir á Madrid, donde estaba la Corte, al Presidente del Consejo Real de Castilla é Señores del Real Consejo de Indias, que le diesen dos galeras é dos galeotas del cargo de Don Alvaro de Bazán, para que con sus zabras é pataxes él se adelantase á la Florida, antes que los franceses fuesen socorridos, é que cuando lo hubiesen sido, él desembarcaría en otro puerto, el más cercano que hallase al suyo, que por ser los navíos que llevaba de poca agua, lo podría hacer, y allí se fortificaría, procurando hacer el mal que pudiese á los enemigos, é ganar la voluntad á los caciques; é á la primavera, con la caballería que le fuese de las Indias, ser señor de la campaña y de su puerto, porque tenían el fuerte dos leguas por el río adentro, para que no fuesen socorridos, ni los indios tratasen con

ellos, é que por esta orden se les haría la guerra con toda buena orden é industria, é podrían ser presto echados de la tierra de la Florida, para que no plantasen en ella su mala seta luterana.

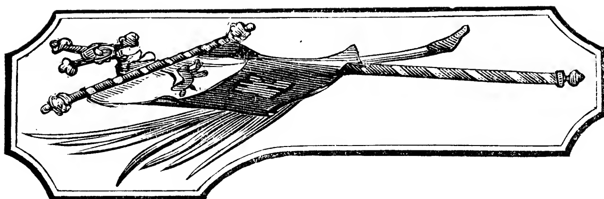
Y porque tenía S. M. aviso que el turco marchaba poderoso sobre Malta, é que las galeras que tenía para resestirle eran pocas, y que por esto no las podía dar, aunque le parecía que la razón que el Adelantado daba era muy buena, é lo mesmo le respondieron todos los demás señores dichos, con quien lo comunicó, otro día siguiente proveyó S. M. en la Mejorada por su Consejo de Estado é Guerra, diesen al Adelantado 500 hombres bastecidos é pagados, con 4 navíos de armada, todo á costa de S. M., para que con los 500 hombres y 10 chalupas é zabras que el Adelantado llevaba á su costa, conforme al asiento que con S. M. había tomado, sobre la población é conquista de la Florida, y que se fuese por las islas de Puerto Rico, Española é Cuba, é recogiese la caballería, infantería y navíos.

(*) Nombró el Adelantado oficiales de la Hacienda Real á personas muy principales, y entre ellos, á Hernando de Miranda, factor, de que dió cuenta al Rey, y aprobó las elecciones, porque no se puede ir á conquistar y poblar tierras nuevas sin llevarlos, y su nombramiento toca al General.

(*) Suplido.

En 5 de Mayo escribió de orden del Rey, Francisco de Eraso levantase más gente, y se dió la conveniente por los oficiales de la Casa de la Contratación el mismo día, con lo cual se abrieron las Atarazanas reales y se dió á Pedro Menéndez artillería y municiones de guerra y boca, y aunque mandó S. M. se le diesen 500 hombres, no tuvo efecto: solo se pusieron de cuenta del Rey 299 soldados, que llevaron el sueldo de 200 hombres repartido, y 95 marineros con el piloto mayor, y todo lo demás que tuvo por necesario; porque la misma noticia le había hecho disponer mayor aparato que el de su obligación.





CAPITULO IX

Llegó de Italia á Sevilla Juan de San Vicente, con un camarada suyo, llamado Francisco Pérez, naturales ambos de Medina del Campo: traían cartas de Luis de Quintanilla, grande amigo del Adelantado, en que le aseguraba ser muy buen soldado San Vicente, pidiendo le honrase y favoreciese en lo que pudiera, porque tenía en Italia un hermano Capitán que servía con gran crédito; y como era la primer cosa que su amigo le pedía, creyendo que el valor del ahijado correspondería al de su hermano, de quien tenía mucha noticia el Adelantado, le hizo Capitán, y al camarada su Alférez.

Llevó á esta conquista 2.646 personas en 34 bajeles, y entre ellos 4 muy grandes, prevenidos de mucho más que había capitulado: antes de salir de la bahía de Cádiz, quiso hacer reseña de la gente que allí se había embarcado; pero el factor Francisco Duarte (sin orden del Rey, porque, aunque se la pidió el Adelantado, no se

la enseñó), quiso entrometerse en ella, diciendo le tocaba, y porfió tanto, que porque no se gastase en disputas en tierra el tiempo próspero que para su navegación hacía en la mar, consintió en la jurisdicción que el factor no tenía; representando al Rey, que conforme al título é instrucción que llevaba, no podían los oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla entrometerse en ninguna cosa, sin Real cédula particular, y que hallándose en Sanlúcar con la armada de la guarda de las Indias, para hacerse á la vela, queriendo hacer alarde de la gente de mar y guerra y socorrerla conforme á su instrucción por ante los oficiales reales, el factor Francisco Duarte le había requerido se juntase con él y los demás Oficiales, y pidiéndole la orden, no la manifestó, y que por ser el viento próspero y que no cesase el Real servicio, teniendo por cierto reprendería S. M. este desorden, y para adelante lo mandaría remediar, se había juntado con él en su casa, donde se hizo el alarde, y suplicaba á S. M. mandase á los referidos oficiales no se entrometieran en ninguna cosa de esta armada, ni visita de ella, sin Real cédula particular, pues podrá concederla cuando fuese del Real servicio: «porque—»añadió—la gente de dicha armada anda y an»dará con grandísimo descontento, si los Ofi»ciales de la Contratación hubiesen de ser sus »jueces, y por este mismo caso temo que la ar-

»mada se deshaga, si entendieren tener otros »jueces más que el Consejo de Indias.»

Hízose el alarde, y la armada se componía de un galeón, fletado de cuenta de S. M., de 996 toneladas, y 10 naos en que iban 995 personas de mar y guerra, 4 clérigos seculares con licencias para confesar y 117 oficiales cerrajeros, molineros, plateros, curtidores, tundidores y otros, con toda la artillería necesaria para batir fuertes y defenderse. Toda la gente iba de cuenta del Adelantado, excepto 299 soldados y 95 marineros, con el piloto mayor.

El galeón *San Pelayo*, que era la capitana, con el Adelantado y 317 soldados, los 299 de cuenta del Rey, 4 cañones salvajes, con la demás artillería y provisiones compradas por Pedro del Castillo, vecino y Regidor de Cádiz. La chalupa la *Magdalena*, de 75 toneladas. Las chalupas *San Miguel* y *San Andrés*, maestre Gonzalo Bayón, de 100 toneladas, y la *Concepción*, que llevó 96 hombres, de 70 toneladas. La galera llamada *Victoria*, con 17 bancos. El bergantín la *Esperanza*, de 11 bancos. La carabela *San Antonio*, de 150 toneladas, llevó 114 soldados. La carabela la *Concepción*, cargada de bastimento, que sólo llegó hasta Canarias. La carabela del maestre Juan Ginete. La de *Nuestra Señora de las Virtudes*, maestre Hernando Rodríguez, vecino de Cádiz. El navío *Espíritu Santo*, de 55 toneladas, maestre Alonso Menén-

dez Márquez, y el de *Nuestra Señora del Rosario*, maestre Pedro Suárez Carvayo, y otros 5 cuyos nombres se han perdido, que en todos hacían 19, que los demás se estaban previniendo en Asturias y Vizcaya. El sueldo empezó á correr á la gente desde 22 de Mayo.

Y habiéndose hecho á la vela en la bahía de Cádiz en 29 de Junio, que dilataron la partida los avisos y prevención contra los hugonotes, se levantó tan gran tormenta, que la volvió á tierra, con gran sentimiento del Adelantado, por la tardanza: recogió más gente en Cádiz, y abonanzando el tiempo, salió otra vez, y llegó felizmente á Canarias, donde volvió á hacer alarde de la gente que llevaba, que no pudo hacer en Cádiz por haberse ausentado el factor Francisco Duarte, y se halló con 1.504 personas, no mendigas y soeces, y para las que bastaban 50 franceses, como dice Jacobo Le Moine, sino de los principales caballeros de Asturias, Galicia y Vizcaya, y que no se atreverían á esperarlos mil.

Dos días después de haber partido, llegó á la bahía de Cádiz el Capitán Luna con 90 hombres y requirió al factor Francisco Duarte le diese navío en que pasar á la Florida: excusóse y le envió á Pedro del Castillo, el cual le fletó una carabela, con bastimentos y todo lo necesario, y se embarcó con 67 personas, sin los marineros.

Al mismo tiempo que el Adelantado prevenía en Andalucía cuanto discurría conveniente al servicio de S. M. y al lucimiento de tan gran General, Esteban de las Alas, su teniente, embarcó 257 personas de mar y guerra en tres navíos cargados de armas y municiones para la misma conquista, en el puerto de Avilés, y en el de Gijón, á 25 de Mayo, á cargo de Pedro Menéndez Márquez, sobrino del Adelantado y Almirante de esta armada (que también fué Contador de S. M. en la Florida), se hicieron á la vela dos navíos de bastimentos, municiones, armas y jarcias, con 78 personas. Entre la gente que se embarcó en Asturias fueron 11 frailes de San Francisco, presbíteros, y un lego, un fraile de la Merced, un clérigo y 8 de la Compañía de Jesús, y los más no llegaron por las tempestades. De Santander y otras partes de Vizcaya salieron á la mesma empresa muchos bajeles, cargados de bastimentos y municiones. De manera que á esta jornada, excediendo el celo del Adelantado á su obligación, llevó tantas personas, que no tuvo necesidad de los 500 negros, ni sacó la licencia real para ello; pues la voz de destruir los herejes, poblados en tierra del Rey, arrastraba la gente á embarcarse, de manera que si hubiera habido disposición, pudiera haber conducido cuanta hubiese querido. Llevó 2.646 personas, y entre ellas 26 vecinos casados con sus familias, gastando el Ade-

lantado en menos de 14 meses cerca de un millón de ducados, porque toda la armada fué á su costa, excepto un navío y 299 soldados de cuenta del Rey: cosa por cierto increible, si no estuviese justificado el gasto con documentos auténticos, y más siendo los sueldos entonces tan cortos, que á los oficiales de más se les daban cada mes 6 ducados; á los marineros 4; á los grumetes mil maravedís; á los pajes 2 ducados; al piloto 24; á los artilleros 5; á los otros maestres 9 ducados; á los capitanes 40; á los alféreces 15, y 8 á los sargentos, y á los cabos de escuadra, pífanos y tambores, 6 ducados, á los furrieles y picas secas 3, y á los arcabuceros y coseletes 4 ducados al mes, y de socorro á los cabos de escuadra 4 ducados, y á los soldados 2.

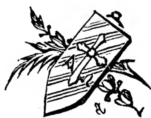
Llevó cédulas reales para que en las Indias se le diese lo que pidiese; pero no fueron cumplidas.

Habiéndose hecho á la vela en Canarias, á poco tiempo entró un recio temporal y se apartó la capitana con un patache de la armada, sin poderle dar más vista, y al día siguiente se volvió á tierra una chalupa, porque hacía mucha agua y no pudo ser socorrida. De las otras naves que iban á cargo de Esteban de las Alas, no se supo el rumbo: solo 5 naves navegaron juntas, y á 20 de Julio les embistió tan gran borrasca, que fué necesario alijerarlas y echar al

mar lo mejor de la carga. Luis de Cabrera dice llegaron á la isla Española, y á 9 de Agosto á San Juan de Puerto-Rico, donde ya esperaban la capitana y el patache que se habían apartado con el temporal: allí tomó el Adelantado 43 hombres que estaban prevenidos, como había tomado en la Española las provisiones que necesitaba; y sabiendo que Juan Ribao iba delante y que había apresado un navío de aviso que iba á las islas, determinó seguirle, aunque el Adelantado se hallaba con poco menos de la tercera parte de su gente y armada, ignorando si el resto se habría perdido con la tempestad, y si llegarían los navíos de Asturias y Vizcaya; advirtiendo que la gente que estaba con él eran personas de mucha confianza y valor, no obstante que muchos de los soldados no eran expertos, llamó á consejo á todos los Capitanes y les propuso que aquella jornada no la había tomado á su cargo por interés ni vanidad, sino por la honra de Dios, que parecía empezaba ya á manifestar sus piedades, pues para que se conociese visiblemente su mano, había permitido que la poderosa armada que salió de Tenerife llegase tan menoscabada cerca de la Florida, para que le atribuyesen la gloria de cualquiera acción famosa que se lograra: que confiando en la voluntad divina, tenía por muy conveniente que desde allí se hiciesen á la vela á la Florida, sin esperar ni buscar más socorros, pues si lo-

graban hallar el paraje donde los luteranos estaban poblados, tenía por sin duda la victoria, cogiéndolos descuidados, y más si el socorro no había llegado; porque de esperar toda la armada en las islas de Barlovento, se seguiría el inconveniente de que se publicase su llegada y tuviesen lugar los enemigos de hacerse tan fuertes que fuesen insuperables; cuyos recelos se desvanecían yendo prontamente á buscarlos; pues cuando los hallasen fortificados y con abundantes socorros, si no pudiesen tomar tierra cerca, por reconocer algún riesgo grande, volverían las proas á la Española y á Cuba, donde reforzados con la gente, bastimentos y municiones que fuesen llegando, podrían discurrir lo que se había de hacer; aunque él tenía por cierto que habiéndose juntado allí tan valientes y honrados caballeros, eran bastantes para intentar cosas más arduas, y en ésta no podían perder nada, pues cuando volviesen á los puertos referidos, habrían ganado mucha honra y sabido el camino para acometer con los demás á los enemigos. Pidióles dieran su parecer, que él seguiría el más conveniente y razonable. El maese de campo Don Pedro de Valdés, su yerno, dijo le parecía bien lo que proponía el Adelantado, y que cuanto se dilataba el viaje era perjudicar la resolución. Siguiéronle otros; pero el Capitán Juan de San Vicente y algunos que traían intención de quedarse en la Española para pasar al Perú

ó Nueva España y dejar esta empresa, replicaron ser mejor esperar á saber el suceso de la armada y las fuerzas de los enemigos, para proporcionar con ellas las prevenciones que debían hacerse para conseguir el mayor lucimiento en empresa de tanta importancia; con lo cual empezaron á altercar unos con otros, y vinieron á resolver conformes que se siguiese el dictámen del Adelantado; el cual, muy alegre de esta resolución, porque siempre creyó que la felicidad de esta jornada estaba en la presteza, les dió gracias, é hizo recorrer los bajeles con gran cuidado.





CAPITULO X (*)

AQUEL día á la tarde, el Adelantado mandó en todos los navíos entregar las armas á los capitanes, para que las repartiesen por sus soldados, que las tuviessen limpias y listas y que hasta llegar á la Florida, cada día tirase tres tiros cada soldado, para que perdiessen el miedo á los arcabuces y se ejercitasen, porque era la más de la gente bisoña, y el un tiro que lo tirasen con pelota, en un terreno que se hizo dentro del dicho galeón, offresciendo precios á los soldados que mejor tirassen de las compañías, y á sus capitanes porque tuviesen gran cuidado de hacerlos diestros, y con este exercicio que cada día se hizo, diciendo cada día la doctrina christiana y las letanías, haciendo plegarias y oraciones á Nuestro Señor, suplicando les diese en todo victoria, fueron navegando hasta 28 de Agosto, día de Sant Agustín, que descubrieron la tierra de la Florida, hincándose

(*) Continúa el MS.

todos de rodillas, diciendo el *Te Deum laudamus*, alabaron á Nuestro Señor, prosiguiendo toda la gente sus oraciones, suplicando á Nuestro Señor les diese en todo victoria.

Y por no saber en la parte que los luteranos estaban fortificados, anduvieron cuatro días navegando al luengo de la tierra, muy afligidos y suspensos, no sabiendo si los franceses estaban al Norte, si al Sur, donde el dicho Adelantado andaba con su armada, navegando de día y surgiendo de noche; y una mañana vió indios en la costa: envió á tierra á su Maestre de Campo con 20 arcabuceros: no quiso que desembarcase más gente, porque los indios no hubiesen miedo y huyesen, y en desembarcando el Maestre de Campo con los 20 soldados, entre los indios, salieron con sus arcos y flechas, y como los nuestros se iban para ellos, ellos se iban retirando al monte: temiendo los christianos habría emboscada de mucha gente y correrían peligro seguirlos, y que si no tomaban lengua dellos para saber en la parte que los luteranos estaban, sería mal caso, porque como la costa y baxios que tenían no eran sabidos por el dicho Adelantado ni sus pilotos, corriendo alguna tormenta, tenían peligro de perderse con la armada, y para el remedio desto, mandó el Maestre de Campo á un soldado que había cometido delicto, dexase las armas y con cierto rescate se fuese á los indios, y así lo hizo el soldado: los

indios le aguardaron y rescibieron bien y se aseguraron: entonces llegó el Maestre de Campo y habló con ellos, y por señas le dixeron que estaban los franceses como 20 leguas de allí, á la parte del Norte: preguntaron los indios si el General de la armada estaba en las naos, ó si estaba entre ellos: dixéronle que estaba en las naos: respondieron que deseaban mucho verle y conoscerle: quisieron llevarlos á las naos, y ellos no quisieron: dixeron que habían miedo, y que allí en tierra le aguardarían, y así se volvió el Maestre de Campo con sus 20 soldados á la capitana, donde estaba el dicho Adelantado, y le contó todo lo que había pasado con los indios y que le estaban aguardando en tierra, y con el deseo que tuvo de verlos y satisfacerse de lo que los indios decían por señas, que los franceses estaban 20 leguas de allí, á la parte del Norte, fué en tierra con 2 bateles y con 50 arcabuceros, y luego que los indios le vieron en tierra, dexando sus arcos y flechas, se vinieron al dicho Adelantado, empezaron á cantar y á hacer ademanes con las manos al cielo, á manera de adoración, que fué cosa harto de ver. El Adelantado les dió muchas cosas de rescates y les hizo dar de comer cosas dulces que llevaba en el batel: afirmáronse en lo que habían dicho, que 20 leguas de allí estaban los franceses; dexólos el Adelantado muy contentos y embarcóse en sus navíos y fué navegando al luengo de la

tierra con su armada, y descubrió 8 leguas de allí un puerto bueno, con una buena ribera, á que puso nombre Sant Agustín, por ser allí la primera tierra que descubrió de la Florida y ser el mismo día de Sant Agustín cuando la descubrió. Otro día siguiente, yendo navegando al luengo de la tierra, siendo las tres horas después de medio día, descubrió cuatro galeones grandes que estaban surtos, y paresciéndoles ser allí el puerto donde los franceses estaban y que el socorro les era venido y que aquellos galeones eran de su armada, entró en consejo con sus capitanes y les dixo que teniendo por cierto que la armada francesa era venida y que no se les podía ganar el fuerte, ni el puerto armado, que le dixesen lo que les parecía debían de hacer; dando diferentes paresceres, en que los más Capitanes determinaron se volviese el dicho Adelantado con los cinco navíos que tenía, á Santo Domingo y que allí recogería los más navíos de su armada que con la tormenta se le apartaron, y otros 6 navíos que aguardaba de Vizcaya y Asturias, que les había dejado orden en Canaria se fuesen á Puerto-Rico, y que también recogería 2 naos de armada y la caballería, infantería y bastimento que S. M. le mandó dar en aquella isla de Santo Domingo y en la de Cuba, y así recogido todo, se iría á la Habana, y el mes de Marzo venidero, iría poderoso á la Florida para hacer cualesquier buenos

efectos; y este parecer, temió el dicho Adelantado que si lo tomaba, corría peligro de perderse, á causa que ya él era descubierto, con sus 5 navíos, de la armada francesa, y el viento era calma y el sol demostraba grandes bonanzas, y de la tormenta que había tenido, habían quedado los 4 navíos sin mástiles de gavia y tenían otros árboles menos que se habían rompido, y la armada francesa la alcanzaría, en especial que tenía aviso traían navíos del remo; y respondióles que conforme á razón, los franceses no le podían aguardar tan presto en aquella costa y que ternían la infantería en tierra y que estarían descargando los bastimentos, y que por ser aquellos 4 navíos grandes, no podían entrar en el puerto cargados; que le parescía fuesen á combatir con ellos, porque si los tomaban, no tendrían los franceses armada suficiente para le salir á buscar á la mar y se podrían volver al puerto de Sancto Agustín, que estaba doce leguas de allí, y desembarcar en aquel puerto y fortificarse y enviar los navíos á la Española á dar aviso á la armada que le faltaba, y que la infantería, caballería y bastimento que S. M. le mandaba dar, viniese todo junto el mes de Marzo á aquel puerto de Sant Agustín, y que llegado que fuese, podrían ir por mar y por tierra contra los enemigos, ganándoles el puerto, porque tenían el fuerte... leguas por una ribera adentro, y que no les podría venir socorro de

Francia, y que con la caballería serían señores de la campaña, para que no tuviesen trato ni conversacion con los indios, y que desta manera les harían la guerra en breve tiempo, sin peligro de su armada, ni del dicho Adelantado, ni de su gente: esto se haría, habiendo reconoscido su fuerte y que estaban tan fuertes que corriesen peligro de darles batería y ganarlo con las armas; y con estas razones que el dicho Adelantado dixo, todos los capitanes aprobaron este parescer y consejo, y antes de la determinación hicieron oración á Nuestro Señor, suplicándole les favoresciese en todo y diese victoria contra sus enemigos; y acabada la oración, el dicho Adelantado dixo que determinaba acometer la armada francesa, lo cual todos aprobaron: luego mandó irse los capitanes á sus navíos y dióles instrucción de lo que habían de hacer, y mandó al Almirante de la armada que con dos navíos que le señaló y el en que iba, que eran tres, á la parte que había de acudir y la orden que había de tener, y al otro navío, que era un patax, mandó el Adelantado no se le quitase de á bordo de su nao capitana; y así, yendo navegando con bonanza, estarían como 3 leguas de la armada francesa, que estaba surta sobre su puerto, que eran 4 galeones grandes, vino el viento á calmar y mucho trueno y relámpago y aguacero, que duró hasta las 9 de la noche, y entonces el cielo quedó muy sereno y claro, y el

viento á la tierra: paresciéndole al Adelantado que cuando llegase á los enemigos sería cerca de la media noche y no convenía aferrar con los navíos, por el peligro de artificios de fuego que los enemigos suelen traen, y de noche pueden se aprovechar más dellos que de día, y atento de que se quemasen los unos navíos y los otros y que se escaparían los enemigos en los bateles y esquifes que tenían por popa, lo cual pudieran hacer con facilidad, pues la tierra estaba por ellos, y quedar ellos victoriosos, y el dicho Adelantado perdido, acordó de surgir por la proa dellos, de manera que dando fondo con las áncoras y largando los cables, quedasen las popas de los navíos del dicho Adelantado sobre las proas de los enemigos, para que al alba del día, largando el cable, abordasen con los enemigos, los cuales no podían ser favorescidos de sus navíos que estaban dentro del puerto, á causa que por ser la barra larga, y de noche, no podían salir, y al amanescer estaba baxa mar y habían de aguardar que fuese llena, y esto era á medio día; y así mandó venir los capitanes á bordo de su nao capitana y les dixo su determinación, la cual aprobaron todos por muy buena, y llegando como á las 11 y media de la noche cerca de la armada francesa, empezaron á tirar della piezas de artillería, y las balas pasaban por entre los mástiles y xarcias de los navíos del dicho Adelantado, sin que en cosa nin-

guna hiciesen daño, el cual no permitió ni consintió que de sus navíos tirasen pieza de artillería, antes mandó en todos los navíos y en el que iba, que todos los soldados echasen abaxo, porque no los descalabrasen, que pues habían de surgir y no habían de abordar, no era bien que estuviesen con la artillería, arriba de cubierta; y con grande ánimo y gravedad sin hacer cuenta de las piezas de artillería que tiraban, pasó á luengo de la capitana francesa, que estaban todos cuatro navíos juntos, sin hacer cuenta dellos, los cuales tenían banderas y gallardetes, y en el mástil mayor una bandera de nao capitana y un estandarte real arbolado, y en el otro galeón estaba en lo alto del mástil del trinquete una bandera de nao almiranta, y como hubo surgido el dicho Adelantado, con sus 5 navíos, por la proa á tierra dellos é hizo largar los cables, y la popa de su capitana quedó en el medio de las proas de la nao capitana y almiranta de los enemigos, que como una pica larga se llegaban las proas á sus navíos, y entonces hizo tocar las trompetas, salvando los enemigos, y los enemigos le respondieron salvándole con las suyas, y luego, acabadas estas salvas, el dicho Adelantado les habló con mucha cortesía, diciendo:—Señores, ¿dónde es esta armada? Respondió uno solo, que de Francia. Volvióles á decir:—¿Qué hace aquí? Dixéronle:—Traemos infantería, artillería y bastimentos para un fuerte que

el Rey de Francia tiene en esta tierra, y otros que ha de hacer. Díxoles el Adelantado:—¿Sóis católicos, ó luteranos, y quién es vuestro General?—Respondieron que todos eran luteranos de la nueva religión, y que su General era Juan Ribau, y que quién eran ellos y el que se lo preguntaba, y de quién era aquella armada, y á qué venía á aquella tierra y quién era el General della.

El Adelantado les respondió:—El que os lo pregunta se llama Pero Menéndez, y esta armada es del Rey de España, y yo soy General della y vengo para ahorcar y degollar todos los luteranos que hallare en esta mar y tierra, y así lo traigo por instrucción de mi Rey, la cual cumpliré en siendo de día, que iré á vuestros navíos, y si hallare algún católico, le haré buen tratamiento.

Respondieron muchos juntos palabras muy desvergonzadas y deshonestas contra el Rey Nuestro Señor, nombrándole por su nombre, y contra el dicho Adelantado y diciendo: tal y tal sea para el Rey Don Phelippe y para Pero Menéndez, y si eres hombre valiente, como se dice, ven y no aguardes á la mañana; y el Adelantado, oídas tantas deshonestidades que decían en perjuicio de su Rey, mandó largar el cable para abordar con los enemigos, y como esto hicieron de mala gana los marineros, saltó abaxo de la puente para que lo hicieran con brevedad,

y el cable estaba guarnecido en el cablestante: no se pudo hacer tan presto: como esto vieron los enemigos, y la arma que el dicho Adelantado mandó tocar, temiéronle y cortaron los cables y guindaron las velas y echaron á huir.

El dicho Adelantado hizo lo mesmo con sus navíos y siguiólos, de manera que como estaba en el medio dellos, él siguió los dos, con un patax, que llevaban la vuelta del Norte, y su Almirante siguió los otros dos, con los 3 navíos, la vuelta del Sur, y con el patax dió aviso el dicho Adelantado á su Almirante que al alba del día revolviese sobre el puerto, que él haría lo mesmo, para ver si lo podrían ganar, y si no, que irían á desmbarcar al puerto de Sancto Agustín, como estaba acordado, porque en caso que no se tomase ningún navío de los dichos franceses, porque navegaban más que los navíos del dicho Adelantado, que llevaban mástiles de menos, de la tormenta que habían tenido, y que se pasarían 3 ó 4 días primero que los enemigos se volviesen á juntar, en los cuales les ganaría el dicho Adelantado el puerto, ó desembarcaría en el puerto de Sant Agustín, porque los otros navíos franceses que estaban dentro del puerto, no se atreverían á salir, no paresciendo los quatro, y cuando saliesen, no había por qué temerlos; y así succedió que el dicho Adelantado siguió á los dos galeones franceses la vuelta del Norte, hasta el alba, como 5 ó 6 leguas, y su

Almirante otras tantas á los otros dos en la vuelta del Sur, y el dicho Adelantado, á las 10 del día, estaba con sus 5 navíos sobre el puerto de los franceses, y queriendo entrar en el puerto, vió dos banderas de infantería á la punta de la barra y tirar piezas de artillería, y estaban 5 navíos dentro surtos: paresciendo al dicho Adelantado que corría peligro perderse, si procuraba ganarles el puerto, y que en el entretanto se podrían juntar los 4 navíos que habían ido huyendo, con los 5 que estaban dentro, y que no se podría escapar por mar ni por tierra, acordó sin perder tiempo cargar de velas con su nao capitana y mandar á los otros hacer lo mesmo, y se fué al puerto de Sancto Agustín, donde llegó víspera de Nuestra Señora de Septiembre, y desembarcó, luego que llegó, hasta trecientos soldados, y envió con ellos 2 capitanes que reconosciesen luego á otro día, en amanesciendo, la tierra y lugares que les paresciesen más fuertes, para que hiciesen con brevedad una trinchera, en el entretanto que se miraba donde pudiesen hacer un fuerte, para que á otro día, cuando el dicho Adelantado desembarcase, le mostrasen lo que hubiesen visto, y acordasen en esto lo que más conviniese.

Y otro día siguiente, día de Nuestra Señora de Septiembre, el dicho Adelantado desembarcó, y á cerca de medio día, donde halló muchos indios que le estaban allí aguardando, porque

habían tenido noticia dél por los otros indios con quienes cuatro días antes había hablado: hizo decir misa solemne de Nuestra Señora, y acabada, tomando posesión de la tierra en nombre de S. M., tomó juramento solemne á los oficiales de la real hacienda de S. M. y al Maestre de Campo y capitanes, que todos servirían á S. M. con toda fidelidad y lealtad, y hecho esto, hizo dar de comer á los indios y comió el dicho Adelantado, y acabando luego fué á ver los sitios que para la trinchera les paresció á los capitanes que había enviado, y dexándola señalada, se volvió á las naos, habiendo primeramente entrado en consejo y acordado que dentro de 3 días se sacase de las naos todo lo que se pudiese sacar y que luego enviasen las dos dellas á la Española, que por ser grandes, no podían entrar en el puerto, porque si la armada francesa venía, las tomaría. La diligencia que el Adelantado hizo en descargar estas naos para las enviar, porque los enemigos no se las tomasen, paresciéndole que al 4.° día la armada francesa había de venir sobre él, fué tanta, que se admiraron todos los que allí se hallaron, porque en dos días y medio, con estar surtas las naos más de á legua y media del desembarcadero, sacó la gente, artillería y municiones y mucha parte del bastimento, y sin aguardar los tres días, una noche á la media noche, recelándosele que la armada francesa había de ama-

nescer con él, sin atender á que descargasen más bastimento, los hizo hacer á la vela la vuelta de la Española, y metió hasta 150 soldados, que consigo tenía, en una chalupa de hasta 100 toneles, y él se metió en un batel grande que cuando corrió tras la armada francesa le llevaba por la popa junto capitana, y para poder mejor huir, se lo largó, y fué á surgir con este batel y con la chalupa sobre la barra, en dos brazas de agua, y al amanescer la armada francesa estaba junto de allí, cuarto de legua, donde el dicho Adelantado había estado á la media noche, donde hizo irse los navíos á la Española, y viene una nao de los enemigos y tres chalupas, y por ser baxa mar de todo y la mar no andar muy buena, era peligro entrar la barra, y cuando el dicho Adelantado vió junto de sí á los enemigos, que no podía escapar, hicieron todos oración á Dios Nuestro Señor y á su preciosa Madre, los salvase de aquel peligro; y estando los luteranos ya junto dél, largó la amarra con que estaban surtos el batel en que él estaba y su chalupa, y entró para dentro, por encima de los baxos y con gran peligro, y nuestro Señor fué servido de meterlo dentro de la barra á salvamento. Los enemigos temieron la entrada y aguardaban que fuese la mar llena. En este tiempo estarían las naos que el dicho Adelantado enviaba á la Española como 5 ó 6 leguas dellos, y así se salvaron de aquel peligro, sin ser des-

cubiertas; y cuando de allí á dos horas que los enemigos aguardaban que la mar fuese llena, hizo Dios Nuestro Señor un milagro, que estando el tiempo sereno y claro, súpitamente se alteró mucho la mar y entró viento Norte muy recio y contrario para se ir á su puerto y fuerte: conocido esto por el Adelantado, que estaba ya en tierra con su gente haciendo decir una misa al Espíritu Sancto, y que todos la oyesen, suplicándole le alumbrase y encaminase en una determinación que quería tomar, y acabada la misa, entró en consejo con sus capitanes, y fué el primero que en la tierra de la Florida había tenido, y ninguno dellos sabía para qué se juntaban, y estando juntos, les dixo:

—Señores y hermanos míos: nos, traemos una carga muy grande á cuestas, y muy trabajosa y peligrosa, y si fuese solamente por el Rey nuestro Señor, no me espantaría que alguno de nosotros nos cansásemos é hiciésemos algunas flaquezas de cobardes, en no poder pasar tantos trabaxos como se nos representan; mas por ser empresa esta carga que traemos de Dios Nuestro Señor y de nuestro Rey, por malaventurado se puede tener el ministro de nosotros que mostrase flaqueza y que no animare á los oficiales y soldados de su cargo, que esto nos importa mucho, y así, Señores, os lo pido por merced, cuan encarecidamente puedo, que pues en esto servimos á Dios y á nuestro Rey, el galardón

del cielo no nos ha de faltar, y no nos desmaye el poco bastimento que tenemos, ni el quedar aislados en esta tierra: pídoos por merced que nos animemos y esforcemos todos á pasallos con paciencia.

Todos respondieron muy bien, ofresciéndose cada uno y todos juntos que harían de su parte lo posible.

Entonces el Adelantado, habiéndoles agradescido su buena respuesta, les dixo:

—Señores, á mí se me ofresce deciros una muy buena coyuntura, que se me representa en los sentidos y en el alma, que no la debemos de perder, y nos conviene aprovecharnos desta ocasión y no la dexar pasar, y es que yo considero, y esto es razón natural, que pues la armada francesa huyó de mí há cuatro días y agora me viene á buscar, que se ha fortificado con parte de la gente de guarnición que tenía en su fuerte, y ésta será de la mejor y los mejores capitanes: el viento lo tienen muy contrario para se volver á su puerto y fuerte, y el semblante es de manera que durará este viento muchos días; y pues éstos son luteranos, y así lo tenemos entendido antes que partiésemos de España, por los bandos que Juan Ribao, General dellos, echaba en Francia al embarcar, que so pena de la vida no se embarcase ninguno que no fuese de la nueva religión, y so la mesma pena, que no llevasen libros que no fuesen desta

ley, y también nos lo han certificado ellos mesmos, cuando sobre su puerto estaba nuestra armada surta con la suya, que dixeron no había católico entre ellos, y queriéndolos yo castigar, dieron las velas y huyeron, y por esto no se puede hacer la guerra que con éstos tenemos, y ellos con nos, sino á sangre y fuego, pues ellos, como luteranos, nos buscan á nos, que somos católicos, para que no plantemos en estas provincias el Sancto Evangelio, y nos los buscamos á ellos, por ser luteranos, para que no planten su mala y detestable secta en esta tierra, ni la enseñen á los indios; parésceme que debemos de tomar 500 soldados, las dos partes de arcabuceros, y la una piqueros, y la ración de 8 días en nuestras mochilas, sin mozos, con nuestras armas á cuestas, y que diez capitanes que sóis, cada uno con su bandera y oficiales, en número de 50 personas cada capitán, vamos á reconoscer el camino, tierra y fuerte donde los luteranos están, que aunque no sepamos el camino, por nuestra aguja de navegar, dos leguas á mano derecha, ó dos á mano izquierda, yo os sabré guiar, y donde halláremos bosque, abrirémos el camino con las hachas para pasar y sabernos volver; que un francés traigo yo conmigo que ha estado en aquel fuerte más de un año, que dice que la tierra á dos leguas al derredor la conosce y nos sabrá llevar al fuerte, y si vemos que no somos descubiertos, podría ser que

á un cuarto del alba, plantando veinte escalas que harémos cuando estemos cerca de allá, á trueco de perder 50 soldados, les ganemos el fuerte, y cuando entediéremos que somos descubiertos, pues estamos ciertos que á menos que cuarto de legua está el bosque, plantando nuestras diez banderas por sus cuarteles, á la orilla dél, les parescerá tenemos número de más de dos mill hombres, y les podrémos enviar una trompeta diciendo que nos dexen el fuerte y se salgan de aquella tierra y que se les dará navíos y bastimento con que se vayan á Francia, y si no, que los pasarémos todos á cuchillo; y cuando no lo hiciesen, habrémos ganado mucho en reconoscer el camino y tierra y el fuerte, y temernos hán de manera que será causa que nos dejen este invierno estar aquí seguros hasta el Marzo venidero, que tendrémos recaudo para los ir á buscar, así por mar como por tierra.

A esta plática que el Adelantado hizo, hubo muchos dares y tomares, paresciendo á algunos que no se debía hacer la jornada, y á otros que sí: acordóse que se hiciese: mandóles allí el Adelantado que para el tercero día al alba, oyesen todos misa, y acabándola de oir, marchasen luego; y mandó al Maestre de Campo, su deudo y desposado con su hija mayor, que se dice Don Pero Menéndez de Valdés, y á Gonzalo de Villarroel, capitán y sargento mayor, que luego entendiesen en repartir la gente que ha-

bía de ir, y se les diese bastante recaudo de pólvora, mecha y plomo, para que hiciesen pelotas y perdigones, y proveyó que el capitán Bartolomé Menéndez, hermano del dicho Adelantado, quedase á su cargo la gente de tierra que allí había de quedar, con artillería, armas y municiones y bastimentos, y que Diego Flórez de Valdés, que era Almirante de la armada, quedase por capitán de la artillería y General de los tres navíos que allí quedaron de armada, teniéndolos á su cargo, diestros y á la gente de mar dellos; y salidos de su junta, quedando esto acordado, luego fué público en el campo y se empezó á hacer y proveer estas cosas que el Adelantado había mandado, de que todo el campo mostró tener gran contentamiento.

Otro día siguiente por la mañana, siendo informado el Adelantado que algunos capitanes murmuraban de la determinación que había tomado de ir á buscar al fuerte los franceses, y esto lo dixeron tan público y lo justificaban de manera, que los soldados que el día primero mostraron tener gran contento deste acuerdo, se vió claramente andaban desmayados, y acordaron entre algunos capitanes, en especial Juan de San Vicente, Francisco de Recalde, Diego de Maya, que como amigos del Adelantado, que en acabando el Adelantado de comer, le dixesen de parte de los más capitanes y gente que allí había, que debía mudar consejo para que en

ninguna manera fuese al fuerte de los franceses: el Adelantado fué avisado desto, y mandó hacer muy bien de comer y que dixesen á los capitanes que se fuesen á comer con él, y á otros soldados caballeros que iban en la jornada, y á los más de los alféreces, y acabado de comer, díxoles:

—Señores y hermanos míos: después que estamos en tierra, hémonos juntado los capitanes á consejo, el cual se hizo con gran secreto, y de las palabras que allí pasamos, solo los que allí estuvimos lo supimos, y no otros: entiendo agora que todos los soldados y mujeres que aquí están, lo saben y tienen disputas y porfías entre sí, sobre quién habló mejor ó peor, de tal manera que se murmura de nuestra provisión y que es temeridad hacer lo acordado: parésceme muy mal caso, digno de gran reprehensión y castigo, y aunque sé quiénes son los más culpados desto y están aquí, no quiero condenar á ninguno, ni más de pediros, señores, por merced, que para adelante cada uno lo remedie con tener gran secreto en las cosas que en nuestros consejos se trataren, pues en las guerras donde no hubiere esto y diligencia, pocas veces se pueden tener buenos succesos, y el que en esto hiciere pecado venial, lo haré castigar por mortal; que bien se entiende que el capitán que está desmayado y teme esta jornada por sus soldados, que los 50 soldados que han de ir con él, el desmayo que

tienen es por él y su alférez, y no por ellos, y los soldados que andan diestros, limpiando sus armas y haciendo sus mochilas para tomar la ración, claro está que sus capitanes y oficiales los animan, por estar ellos animados y desear hacer la jornada, y que si todavía les parescía que debía de mudar consejo, se lo dixesen, y si salidos de allí, el capitán que de lo proveído murmurase, lo mandaría castigar, quitándole la compañía y no le admitiendo á consejo.

Todos respondieron que lo que S. S.ª decía era muy bien dicho, y que á algunos les parescía debía de mudar consejo: á otros les parescía al contrario, que se debía de seguir el acuerdo y determinación que sobre esto estaba tomado, y así les dixo el Adelantado á los capitanes que cada uno truxese las mochilas al tenedor de bastimentos y una persona que rescibiese las raciones, para otro día al alba oir misa y marchar, como estaba acordado, y les mandó que cada uno fuese á entender en lo que había de hacer, y así se fueron.

Otro día al alba, dieron la alborada con trompetas, pífanos y atambores y repicaron las campanas: acudieron todos á misa, y habiéndola oído, se partieron con la buena ventura, saliendo todos marchando en ordenanza.

El Adelantado tomó 20 soldados, todos vizcaínos y asturianos, con sus hachas, y un capitán vizcaíno con ellos, que se decía Martín

Ochoa, y 2 indios que allí se allegaron, hermanos, que paresció ser ángeles que Dios enviaba, los cuales por señas les dijeron que habían estado 6 días antes en el fuerte de los franceses, y se adelantó, caminando adelante lo que podía, señalando el camino, cortando con las hachas en los árboles, para que la gente no lo errase y lo supiesen para la vuelta, dexando al Maestre de Campo y Sargento mayor que caminasen con buena orden; y cuando le parescía al Adelantado hacer alto en lugar cómodo y donde hubiese agua, para recoger la gente y que descansase, lo hacía, y aguardaba á que toda se recogiese y les dexaba orden de lo que habían de descansar, y se partía luego, abriendo el camino y señalándole, como está dicho, y volvía á hacer alto en la parte que le parescía para alojar aquella noche, y por esta orden, al cuarto día, al poner del sol, fué á reconoscer la tierra del fuerte, á media legua dél, donde se paró, y por parescerle que la noche estaba tempestuosa y de muchas aguas y que le convenía acercarse más, por no ser descubierto, por entre un pinar se allegó á menos de cuarto de legua del fuerte, donde acordó alojar aquella noche, en lugar harto malo y cenagoso, y volvió á buscar la retaguardia, porque acertasen el camino, por la mala noche que hacía, y eran más de las 10 de la noche cuando acabaron de llegar, y como en estos 4 días hubo muchas aguas y se pasaron

muchas ciénagas, y traían á cuestas las armas y las mochilas con la comida, la gente llegó muy cansada y quebrantada, y como el agua de aquella noche fué tanta, no hubo remedio salvar pólvora ni mecha que no se mojase todo y el poco de bizcocho que tenían en las mochilas, y no tenía ninguno cosa en su cuerpo que no estuviese bañada en agua: aquí temió mucho el Adelantado tomar consejo con los capitanes, ni para volver atrás, ni para llegar al fuerte de los franceses, porque se empezaban algunos á desvergonzar, y sus oficiales, diciendo contra él palabras injuriosas, y tan altas, que él oía muchas dellas, en especial un alférez del capitan San Vicente, que se puso cerca del Adelantado, y dixo alto, porque él lo oyese:

—Como nos trae vendidos este asturiano corito, que no sabe de guerra de tierra más que un asno, y si fuera de mi consejo, el primer día que salió de San Agustín para hacer este camino, se le había de dar el pago que agora ha de llevar.

Entonces el Adelantado temió más, é hizo que no lo entendía.

El capitan San Vicente, de que este era alférez, al tiempo de partir de San Agustín, dixo que le dolía una pierna y el estómago y quedóse, y de su quedada se murmuró mucho, y de las palabras disolutas deste su alférez, porque se averiguó que reprehendiendo al capitán San

Vicente algunos de los que quedaban, porque no había ido con el Adelantado, les respondió:

—Voto á Dios, que aguardo cuando vienen las nuevas que todos los nuestros están degollados, para que los que aquí quedamos nos embarquemos en estos tres navíos é irnos á las Indias, que no es razón muramos todos como bestias.

El Adelantado, como dos horas antes del día, envió á cuatro soldados que estaban cerca dél, criados suyos, que fuesen corriendo á la gente y llamasen al Maestre de Campo, Sargento mayor y capitanes que se juntasen allí con él, y así lo hicieron, y estando todos juntos, les dixo:

—Señores: yo, aunque gran pecador, toda esta noche he suplicado á Nuestro Señor y á su preciosa Madre, nos favorezca y encamine en lo que hubiéremos de hacer, y así creo lo habréis vosotros, señores, hecho: tratemos qué será bueno que hagamos, conforme al punto en que estamos y sin municiones ni comida, y la gente muy cansada, perdida y desmayada.

Respondiéronle algunos que para qué se había de tratar en otro acuerdo más de que en siendo día se retirasen y volviesen á San Agustín, comiendo palmitos, y que tratar otra cosa parescía temeridad.

El Adelantado aprobó esto y les dixo: Señores, por amor de Dios, que me oigáis una ra-

zón, y no recibáis desgusto porque os la diga, que no es para que hagáis lo que diré, sino lo que quisiéredes, y os paresciese, porque hasta aquí siempre habéis tomado mi parescer y consejo, y agora que me veo en este gran peligro, quiero tomar el vuestro.

Ellos le dixeron que S. S.ª lo dixese, que holgaban de oirle y decir su parescer.

Entonces les dixo: Señores, ¿estáis satisfechos que el bosque está muy cerca del fuerte?

Respondieron que sí.

Díxoles: Pues paréceme que debemos de ir á probar nuestra ventura, como está acordado; que no tenemos que temer, cuando el fuerte no podamos ganar, de pensar cuando les inviemos la trompeta, que han de salir de su fuerte á buscarnos á la orilla del bosque, donde estarémos hecho alto por nuestros carteles, arboladas nuestras banderas, é para esto poca falta nos ha de hacer la pólvora ni cuerda, porque si cuando fuésemos descubiertos, cuando por la mañana nos retiremos, si somos descubiertos, los enemigos no cobren ánimo, é nos ternán por cobardes, é nos ternán en poco, y esto les será gran prencipio de vitoria.

Respondieron algunos capitanes, en especial el Maestre de Campo y Sargento mayor, que les parecía buena razón, é que se debía llevar hasta el cabo el desinio y determinación acordada en este caso, é dando é tomando con los

que les parescía otra cosa, todos fueron de acuerdo ansí se hiciese.

Entonces el Adelantado mandó hincarse todos de rodillas y hacer su oración á Nuestro Señor, suplicándole les diese vitoria contra sus enemigos en aquella impresa é peligro que acometían, y esta oración hicieron luego, con tanta devoción como si sus enemigos estuvieran delante é quisieran dar la batalla, y acabada, señalando los capitanes que habían de ir en vanguarda y retaguarda y de la manera é por las partes que cada uno había de acometer al fuerte, y encargándoles que por amor de Dios cada uno animase á sus soldados, mandó marchar, yendo él en la delantera guiando, llevando el francés que traían por guía, las manos atrás, amarradas con un cordel, y el cabo dél en la mano: sería una hora antes del día, y antes de ser pasado un cuarto della, por ser tanta la escuridad y tempestad de viento y agua, erróse el camino, por ser una senda muy angosta, de tal manera, que algunos pensaban que iban adelante y volvían atrás, é como esto entendió el Adelantado é pareciéndole que la retaguarda podía marchar diferente que la vanguarda, de mano en mano, mandó hacer alto, y que hasta el día, ninguno se menease donde estaba, de temor que no se perdiesen unos de otros, y esto hicieron muchos dellos en una ciénaga de agua que daba encima de la rodilla, y el Adelantado

uno dellos; y venido el día, el francés reconosció por dónde había de guiar, y el Adelantado marchó é invió con toda prisa, mandando de mano en mano que todos le siguiesen, so pena de la vida, porque le pareció no era tiempo de tomar consejo de lo que había de hacer, porque estaban apartados buen trecho unos capitanes de otros, y llegando á un altecico, el francés le dixo que detrás de allí estaba el fuerte en lo baxo y que el agua del río batía en él y que habría como 3 tiros de arcabuz.

El Adelantado dió el francés á Francisco de Castañeda, que era capitán de su guarda, que nunca se le quitaba del lado, y abaxándose muy presto, fué á lo alto y descubrió el río é vió unas casas, é no pudo ver el fuerte, aunque estaba junto á ellas, y volviendo donde había dexado el capitán de la guarda con el francés, que era cerca, halló al Maestre de Campo, que había llegado, y al capitán Martín Ochoa, y díxoles:

—Hermanos, yo quiero abaxar á este llano, con 5 ó 6 soldados, á donde están unas casas, á ver si puedo descubrir la centinela, para que nos informen de la fortaleza destos é de la gente que tienen, porque como es ya día claro y el sol salido, no podemos sin reconoscer el fuerte, acometer sin pólvora: entonces dixo el Maestre de Campo que S. S.ª se quedase, que aquel oficio era suyo; é tomó consigo á sólo el capitán Martín Ochoa, sin querer llevar otra persona,

por no ser descubiertos, é llegando cerca de las casas, descubrieron el fuerte, é volviéndose con la nueva, hallaron dos sendas, é no volvieron por la que habían ido, y andando un poco por ella, encontraron un árbol caído: entonces dixo el Maestre de Campo que iban errados, é como el capitán Martín Ochoa iba detrás, al tiempo que dieron la vuelta, anduvo delante: paresce que ellos fueron descubiertos de la centinela, el cual pensó que eran franceses: iba á reconoscerlos y encontró con ellos, y como no los conosció, detúvose diciendo:

—¿Quién va?

Respondió el Martín Ochoa:—Francés.

Y pareciéndole á la centinela eran franceses, se fué llegando más, y el Martín Ochoa hizo lo mesmo, é cuando el francés no lo conosció, reparó, y el capitán Martín Ochoa cerró con él é con vaina é todo le dió una cuchillada por la cara, aunque no le hizo gran herida, porque se la rebatió con la espada el francés: echaron mano á sus espadas, é llegó el Maestre de Campo, que ya traía la suya desenvainada, con una rodela en la mano, y calándole una estocada, el francés, por retirarse della, cayó para trás, y á esto dió gritos.

El Maestre de Campo le puso la punta de la espada sobre el pecho, diciendo que callase, si no, que lo mataría, y el francés lo hizo ansí: levantáronle y leváronle asido al Adelantado,

preguntando por el fuerte y la gente que estaba: á las voces que este francés dió, parecióle al Adelantado que mataban al Maestre de Campo é capitán Martín Ochoa, y estando ya cabe él recogidos algunos capitanes é banderas, en especial el Sargento mayor é Francisco de Recalde é Diego de Maya é Andrés López Patiño, con sus banderas é gente dél, é dixo el Adelantado en altas voces:

—Santiago, á ellos, Dios ayuda, vitoria, degollados son los franceses: el Maestre de Campo está dentro del fuerte y le tiene ganado.

Y entonces todos sin orden fueron corriendo por la senda adelante, y el Adelantado se estuvo quedo, diciendo esto siempre, sin parar: la gente tuvo por cierto que con el Maestre de Campo había ido mucha gente y que el fuerte estaba ganado: recibieron grande alegría é contento, en tanta manera que el que más podía correr, se tenía por más valiente, é no hubo coxo, manco ni cobarde, y como dieron luego por donde el Maestre de Campo y el Martín Ochoa venían con el francés, el Martín Ochoa vino sin orden corriendo á pedir las albricias al Adelantado, á decirle que la centinela traían presa: el Maestre de Campo, temiendo no ser descubiertos, caló una estocada al francés, que le pasó, é dexándole muerto, tomó la delantera, diciendo:—Hermanos, haced como yo, que Dios es con nosotros; y encuentra luego con dos franceses

en camisa, y mata el uno: el otro el capitán Andrés López Patiño, que iba en sus espaldas; y pasan corriendo, y llegando junto del fuerte, á las voces que la gente del arrabal dió cuando vieron matarlos, abrieron el postigo de la puerta prencipal, y el Maestre de Campo cerró con él, mató al que lo abrió y colóse dentro, y tras él los que más presto pudieron entrar: algunos franceses de las casas, en camisa, y otros vestidos, salieron á reconoscer lo que era: éstos fueron luego muertos, y otros se retiraban y echaban de la muralla abaxo: entraron luego 2 banderas: la una fué del Sargento mayor, que arboló en un caballero su alférez, que se decía Rodrigo Troche, de Tordesillas, y la otra de Diego de Maya, que arboló su alférez Cristóbal de Herrera, montañés, en otro caballero: hubo diferencia entre estos 2 alféreces, cuál fué el primero: no se pudo averiguar, é juntamente con estas 2 banderas entraron los trompetas y se ponen en estos caballeros junto á las banderas tocando vitoria, á la cual vitoria desmayaron todos los franceses, é acudió de golpe toda nuestra gente por la puerta, que se les abrió toda, é dan en los cuarteles de los franceses, sin dexar ninguno á vida.

El Adelantado, á donde quedó, como hubo pasado la mitad de la gente, dixo á Francisco de Castañeda, capitán de su guarda, á quien había entregado el francés, con las manos atrás,

amarradas, que se quedase cantando la vitoria, hasta que la retaguarda llegase, porque le convenía alcanzar los delanteros y hallarse en aquel peligro, y ansí lo hizo, corriendo con toda furia: llegó al fuerte, que andaban matando nuestros soldados á los franceses: entonces dixo en altas voces, acudiendo á una parte é á otra: so pena de la vida, ninguno hiriese ni matase mujer, ni mozos de 15 años abaxo; y ansí se hizo, que se salvaron 70 personas destas: los demás murieron todos, si no fué como 50 ó 60, que se echaron de la muralla abaxo y se acogieron al bosque.

El Adelantado se salió luego del fuerte, á unas casas que estaban cerca de la muralla, donde llegaba el Capitán Castañeda con el francés, el cual francés señaló al Adelantado una casa grande, que dixo que llamaban la Granxa, que estaba llena de rescates, paños é lienzos y otras municiones.

El Adelantado dexó allí 6 hombres de guarda, para que ninguno entrase allí dentro, para que todo lo que dentro estaba fuese de todo el campo generalmente, para lo gastar é destribuir con los que tuviesen más necesidad, y acudió á la marina, donde estaban 3 naos con sus proizas amarradas al fuerte y muy bien artilladas, y llamando una trompeta, la hizo tocar con señal de paz, poniendo un paño blanco por bandera y diciendo que viniesen en tierra con el

batel: los franceses respondieron que no querían, y el Adelantado les hacía seguranza que sobre su palabra podían venir: no quisieron: acudió al fuerte é hizo poner en orden 4 piezas de artillería de bronce, para las echar al fondo, y anduvo buscando la pólvora: halló en la casa de un lombardero que una francesa le mostró, 2 barriles mediados que tenían como un quintal, y hasta 20 balas, con las cuales atacaron las piezas, y echándole sus balas, y antes de poner fuego, les volvió á decir que viniesen con el batel á tierra: respondieron de la nao donde el Adelantado hablaba, que lo inviarían para que fuese alguna persona á hablar con ellos, á decir lo que queríamos: el Adelantado mandó que viniese, é para que creyesen lo que les dixese, tomó al francés que traía amarrado y soltóle é díxole que fuese á aquellas naos é dixese al prencipal mandador dellas que tomasen de todas tres la nao que quisiesen y las mujeres é mozos que se habían salvado, y el bastimento que fuese menester, y se fuesen con Dios á Francia, sin que llevasen ninguna artillería ni municiones, porque él les daría pasaporte é salvo conducto, para que en cualquier parte que llegasen, no les hiciesen mal tratamiento, é les dexasen ir á Francia seguros; é si esto no hiciesen, los echaría al fondo é mandaría degollar é ahorcar á todos, sin dejar ninguno á vida.

El batel vino á tierra, y el francés fué en él con esta embajada, é ya entonces había mandado el Adelantado al Sargento mayor repartir entre los soldados un barril de pólvora de arcabuz, muy buena, que estaba en casa de aquel lombardero, con la pólvora de cañón.

El francés volvió con la respuesta al Adelantado, é dixo que el mandador prencipal de aquellos navíos era Jaques Ribao, hijo mayor de Juan Ribao, que decía era Virrey y Capitán General de aquella tierra por el Rey de Francia, y que él había venido por mandado de su Rey, en compañía de su padre, á traer gente, artillería é bastimentos con aquellas naos á aquel fuerte, en lo cual no había cometido delito. antes había hecho, como buen vasallo, lo que era obligado, é que si el Adelantado pensaba hacer la guerra, él se la haría al Adelantado.

Entonces el Adelantado mandó hacer puntería con la mejor pieza de artillería de bronce, á una nao de las mexores, que le pareció que era nueva del primero viaxe, y que estaba á propósito para la batir, porque las otras dos no lo estaban: el Capitán Diego de Maya, pareciéndole que él haría aquella puntería mexor que otro, la hizo, é dió fuego á la pieza, é acertó á la nao á la lumbre del agua, de tal manera que los franceses entendieron que se anegaban, é no podían dar á la bomba, porque habían de estar descubiertos encima de cubierta, é los pu-

dieran matar con la artillería: los franceses que dentro de la nao estaban, cuando vieron su perdición, por un lado della se metieron en el batel, y acudieron á ella los 2 bateles de las otras dos naos y truxeron toda la gente de aquella nao á las dos; la cual nao se fué al fondo, é las otras dos cortaron luego los proices, y con la gran corriente que había, dexáronse ir por el río abaxo é surgieron en parte que con la artillería no se les podía hacer mucho daño, en especial que el Adelantado no se atrevía gastar la pólvora, porque hasta entonces no se había podido hallar más en el fuerte; y en todo este tiempo era el viento y agua del cielo tanta, que era cosa de admiracion; é como los soldados andaban alegres de la vitoria é saco, no atendían á recogerse é repararse de los trabaxos que habían tenido é mala noche, por lo que tocaba al bien de todos, los hizo alojar en muchas casas que había fuera del fuerte, de 20 en 20, y darles todo recaudo de camisas é vestidos, porque había en cantidad dello dentro de la casa de la granxa, é darles buenas raciones de pan é vino, manteca é tocino, que había cantidad dello, y él se desnudó y acostó en la cama, y esto sería á medio día, donde le dieron de comer, é mandó á los capitanes que para las 4 horas de la tarde acudiesen todos á él, porque quería entrar con ellos en consejo, y ansí lo hicieron, donde el Adelantado, habiéndose levan-

tado é vestido, les dixo á todos juntos, arrasándosele los ojos de agua:

—Señores y hermanos míos, estas cosas Dios milagrosamente las hace, é vuelve por su causa: sepamos alabarle y servirle por tan gran merced como nos ha hecho, y agora es tiempo que nos encomendemos á él más que nunca, é proveamos nuestras cosas de manera que defendamos esta plaza á la armada francesa, cuando á ella vuelva, y aseguremos nuestra gente, artillería, armas é municiones é bastimentos que dexamos en Sant Agustín; é para esto, hágase luego reseña de la gente que aquí estamos, porque me parece faltan muchos de los 500 hombres que salimos de San Agustín, para ver la que aquí quedará é la que se volverá á San Agustín, porque conviene yo me vuelva pasado mañana con la que hubiere de ir, porque es necesario que aquello esté á buen recaudo, para que defendiendo esto á los franceses, cuando vengan con su armada, que no pongan pie en esta tierra é que no se nos vayan á desembarcar á Sant Agustín, que es mexor puerto.

E hizo alcaide de aquel fuerte é gobernador de aquel distrito al capitán Gonzalo de Villarroel, que era Sargento mayor, el cual había trabaxado muy bien é con mucha orden é cuidado, é le parecía muy buen soldado de gobierno é toda confianza, y se lo entregó é tomó el juramento acostumbrado, é púsole nombre el fuerte

de Sant Mateo, por ser aquel día que le ganó día de Sant Mateo, y mandó que desde aquel día en adelante le tuviese y defendiese en nombre de S. M., con 300 soldados que para guarda dél le dejaría, é mandó al Maestre de Campo fuese luego á hacer la lista de toda la gente que había é de la que había de quedar é volver con el Adelantado, y ansí lo hizo, llevando consigo el Sargento mayor, habiendo primero en este consejo nombrado el Adelantado á Rodrigo Montes por tenedor de bastimentos en aquel fuerte, y que se le entregase todo el bastimento que había, é le truxesen otro día por la mañana la memoria del entregado, para dexar instrucción de la manera que se habían de dar las raciones, y acordó el Adelantado en aquel consejo que luego se quitasen dos escudos de armas que estaban sobre la puerta prencipal deste fuerte, del Rey de Francia y del Almirante, y cuando los iban á quitar, ya un soldado los había derrocado y deshecho, y mandó que se hiciese luego un escudo con las armas reales de España, del Rey Don Felipe nuestro Señor, con una cruz de los ángeles encima de la corona, el cual pintaron muy bien unos flamencos que allí iban por soldados, é se puso en la parte que los otros estaban.

Otro día por la mañana, habiendo oído misa, el Adelantado hizo arbolar 2 cruces, en las partes que mexor le pareció, señaló el lugar

para una iglesia, donde se hiciese luego, para decir cada día misa, una capilla de tabla, que los franceses tenían allí mucha serrada para una galera que estaban haciendo; é dándole memoria del bastimento que se había hallado, dió instrucción á Gonzalo de Villarroel, alcaide é gobernador de aquel fuerte é destrito, de cómo se había de gastar el bastimento é dar las raciones: traxéronle la lista de las personas que había: halláronse menos de 400 personas, porque los demás, á cumplimiento de 500, unos de cansados no habían llegado, y otros de cobardes, por el peligro que se les representaba, se volvieron á Sant Agustín, diciendo que habían errado el camino, según después esto se averiguó. El Adelantado mandó que se quedasen los 300 soldados, y se fuesen con él los 100, con los capitanes Andrés López Patiño é Juan Vélez de Medrano é... de Alvarado, los cuales capitanes y soldados dixeron que no estaban para poder caminar, en especial que como había llovido mucho, era imposible pasar las ciénegas, ríos é arroyos que había en el camino; y aunque el Adelantado procuró mucho que fuesen, vió no ser posible, por la mucha razón que tenían, é la poca voluntad de ir, y estar muy cansados é fatigados del trabaxo del camino: entonces recorrió los alojamientos donde estaban los soldados, y de los menos cansados y más sus conoscidos, halló 35 que le quisieron seguir,

con el capitán de su guarda, y los aprecibió para partir otro día por la mañana: mandó el Adelantado que el Maestre de Campo partiese luego, que sería las 9 del día, con 50 soldados, á una legua de allí derecho, donde las naos francesas estaban surtas, porque aquella mañana se habían alzado las áncoras é se habían ido allí, porque le parecía que los 50 ó 60 franceses que se habían echado de la muralla abaxo cuando el fuerte se les ganó, acudirían por el monte derecho de las naos, á llamar los bateles, para meterse dentro dellas: llevó el Maestre de Campo esta gente repartida por el bosque: encontraron con hasta 20 franceses, que yendo huyendo, é no los pudiendo alcanzar, les tiraron con los arcabuces, é los mataron, é de los demás se habían embarcado como 30, y entre ellos el Capitán Ludunice, alcaide del fuerte, que se escapó echándose de la muralla abajo con los demás: los otros diez se habían acogido á los caciques; después los hizo rescatar el Adelantado é invió á Francia, los cuales dixeron como el Ludunice, con los 30, se habían embarcado en aquellos navíos. E vuelto el Maestre de Campo aquel día, á la noche, y el Capitán Martín Ochoa, é Diego de Maya, con la gente que habían llevado, el Adelantado mandó llamar á todos los capitanes á consejo, é les dixo que por la mañana sería su partida para San Agustín, donde inviaría luego 2 navíos de

los 3 que había dexado allí, bien armados é con buena artillería, para que tomasen aquellas 2 naos francesas antes que saliesen del puerto, porque tenían poca gente, según habían entendido de los franceses que allí estaban, é cuando fuesen idos, plantarían la artillería que los dos navíos llevasen, en el fuerte, en las partes más necesarias, para estar más fortificados cuando los franceses viniesen, porque siempre el Adelantado temía que cuando la armada francesa volviese, con los indios amigos, habían de querer volver ganar aquella plaza é vengarse; é que uno destos navíos llevaría estas mujeres é mozos á la isla de Santo Domingo, y escribiría á la Audiencia, para que los inviasen á Sevilla, y de allí fuesen á Francia, y daría instrucción á los maestres destos 2 navíos para que cargasen de bastimento del galeón *Sant Pelayo*, que el Adelantado había inviado á aquella isla de Santo Domingo; y otro día por la mañana, habiendo oído misa, el Adelantado se partió con Francisco de Castañeda, capitán de su guarda, con los 35 soldados que tenía señalados, é mandó al Maestre de campo é más capitanes quedasen en aquel fuerte, hasta que otra cosa les mandase, y que los 3 capitanes Alvarado, Medrano é Patiño, con el complemento de los cient soldados, se partiesen á Sant Agustín, luego que estuviesen buenos para caminar, sin perder tiempo, los cuales lo hicieron ansí dentro de 8 días.



CAPITULO XI

Los trabaxos é peligros que el Adelantado pasó, y los que con él se volvieron este día que partió de San Mateo y el segundo é tercero, hasta llegar á Sant Agustín, fueron tantos, que no se pueden creer, sino quien los vió, porque este día que partió de Sant Mateo, habiendo caminado 2 leguas, sería las 2, después de mediodía, entró en un monte por donde había ido, y habiendo andado por él media legua, halló mucha agua, é pensando salir pronto dello, caminó más de otra media legua, y hallaba cada vez más agua, de manera que no pudo pasar adelante, é volviendo atrás, iban creciendo los arroyos é la agua del monte: erró el camino de tal manera, que ni sabía si iba para trás, si para delante: quiso buscar lugar donde pudiese hacer alto, é fuego para descansar aquella noche: no lo pudo hallar: quererse subir encima de los árboles, eran tan altos é derechos, que no fué posible: allí se vió del todo perdido é sus compañeros desmayados, no sabiendo el

remedio que se tomar: hizo subir á un soldado, el más suelto que halló, encima de un árbol muy alto, para que descubriese si podía haber algún raso ó parte enjuta, el cual dixo, estando arriba, que todo cuanto veía era agua, é que no veía raso ni tierra enjuta: mandóle el Adelantado que mirase si podía ver algún semblante por donde el sol iba: dixo que no: mandóle estar quedo hasta más tarde: quiso Dios que aclaró un poco, y el soldado vido á la parte que el sol se iba á poner, y señaló á dónde.

El Adelantado reconosció por dónde había de salir del monte, que eran árboles muy raros y limpios por debaxo: cortando algunos pinos en las partes hondas, vino á salir á un río estrecho y hondo, que había pasado cuando vino de Sant Agustín á San Mateo con la gente, aunque no por aquel lugar, y de los árboles que estaban á la orilla del río, con 5 hachas que llevaban los soldados, cortólos por el pie, de manera que iban á caer de la otra banda del río, é lo pasaron con harto peligro, y al pasar se escaparon de no ahogarse, milagrosamente, dos soldados, y mandó subir sobre un árbol al soldado que primero había subido, y descubrió tierra enjuta, por donde habían venido, y salieron á la senda é fueron alojar á una parte de tierra enjuta, donde hicieron grandes fuegos, secaron lo que llevaban vestido, que todo iba bañado en agua, é sobre el día empezó á llover muy

mucho, y siendo ya claro se partieron: tardaron en llegar á Sant Agustín 3 días, que con la vitoria que Nuestro Señor les había dado, no sentían el camino, ni los trabaxos dél, con el deseo que tenían de dar estas buenas nuevas á sus compañeros: pidió por merced aquel soldado al Adelantado, una legua antes de llegar á Sant Agustín, le dexase adelantar para dar las buenas nuevas: concedióselo el Adelantado, é cuando las recibieron los que allí habían quedado, que según el mal tiempo que habían llevado, é las nuevas que daban los que se habían vuelto, teníanlos por perdidos, á causa que sabían no tener ningún género de comida, ni pólvora, ni cuerda; é salen luego 4 clérigos que allí estaban, con la cruz é con todas las personas de mar é guerra, mujeres é niños, en procesión, é cantando el *Te laudamus*, recibieron al Adelantado con gran gozo é alegría, reyéndose é llorando todos de placer, alabando á Dios Nuestro Señor por tan gran vitoria, é ansí lo metieron con este triunfo en la trinchera é lugar de Sant Agustín, donde les contó particularmente la merced tan grande que Nuestro Señor les había hecho en su vitoria, é proveyó luego los dos navíos armados; y dentro de 2 días, estando para partir á San Mateo con ellos, vino aviso que las 2 naos francesas habían ya salido de la barra, é invió el uno dellos con artillería, pólvora é municiones para que plantasen en el fuerte y estu-

viesen en toda buena defensa, y él se ocupó en fortificarse allí lo mejor que pudo, para aguardar la armada francesa, si allí viniese; y otro día siguiente, llegaron unos indios é por señas les dixeron que 4 leguas de allí estaban muchos cristianos, no pudiendo pasar un brazo de mar, aunque estrecho, que es una ría que está dentro de una barra, por que para llegar á San Agustín le habían de pasar forzosamente.

El Adelantado tomó luego consigo aquella tarde 40 soldados y fué después de la media noche cerca de aquel brazo de mar, donde hizo alto: á la mañana, dexando sus soldados embboscados, de sobre un árbol descubrió lo que había: vido mucha gente de la otra banda del río y 2 banderas, y para impedirles que no pasasen, llegóse tan cerca el dicho Adelantado que los pudiesen contar, para que pensasen que había mucha gente: como fueron descubiertos, luego se pasó un hombre á nado: era francés, é dixo que la gente que allí estaba, eran todos franceses, que se habían perdido con tormenta, é que toda la gente había escapado.

Preguntóle el Adelantado qué franceses eran.

Dixo que 200 personas, capitanes é gente de Juan Ribao, Virrey é Capitan General de aquella tierra por el Rey de Francia.

Preguntóle si eran católicos ó luteranos.

Dixo que todos eran luteranos de la nueva

religión; aunque esto ya lo sabía el Adelantado, que ellos lo habían dicho cuando encontró su armada, é las mujeres é mozos á quien dió la vida, cuando ganó el fuerte, se lo habían dicho, é les halló dentro del fuerte 6 cofres llenos de libros encuadernados é dorados, todos de la nueva religión, é que no decían misa, é que se les predicaba cada tarde su secta luterana, los cuales libros mandó quemar, sin dejar ninguno.

Preguntóle el Adelantado que á qué venían.

Dixo que el capitán dellos le inviaba á ver qué gente eran.

Díxole el Adelantado si se quería volver.

Respondió que sí, mas que quería saber qué gente era.

Este hablaba muy claro, porque era gascón, de S.n Juan de Luz.

Entonces le dixo el Adelantado que dixese á su Capitán que era el Virrey y Capitán General de aquella tierra por el Rey Don Felipe, que se llamaba Pero Menéndez, que estaba allí con algunos soldados á reconoscer qué gente eran ellos, porque habían tenido aviso el día antes que estaban allí y llegaban aquella hora.

El francés se fué con la embajada, é volvió luego diciendo que le diesen seguranza á su Capitán é á otros 4 gentiles hombres que querían venir á verse con él, é que le prestase un batel que allí tenía el Adelantado, que había llegado entonces por el río con bastimento; é respondió

al francés que dixese á su Capitán que podía venir seguramente debaxo de su palabra; é luego invió por ellos con el batel, é vinieron luego.

El Adelantado lo rescibió muy bien, con hasta 10 personas, é los demás mandó estar un poco apartados, entre unas matas, para que se pudiesen descubrir todos, de manera que pensasen los franceses que había más gente.

Dixo el uno destos franceses que él era Capitán de aquella gente, é que con tormenta se habían perdido 4 galeones y otras chalupas del Rey de Francia, en término de 20 leguas unas de otras, é que ellos eran la gente de la una nao, é que querían que los favoresciese para pasar con aquel batel aquel brazo de mar y otro que estaba 4 leguas de allí, que era el de San Agustín, que se querían ir á un fuerte que tenían 20 leguas de allí: este era el que el Adelantado les ganó.

Preguntóles el Adelantado si eran católicos ó luteranos.

Dixo que todos eran de la nueva religión.

Entonces les dixo el Adelantado:

—Señores, vuestro fuerte es ganado, é la gente dél degollada, si no son las mujeres y mozos de 15 años abaxo, é para que sepáis cierto que es ansí, entre algunos soldados de los que aquí están, hay muchas cosas, y hay 2 franceses que yo traje conmigo, que dixeron eran católicos: sentáos aquí y comeréis, é yo os in-

viaré los 2 franceses é las cosas que aquellos soldados han tomado del fuerte, para que os satisfagáis.

El Adelantado lo hizo ansí, mandándoles dar de comer, é les invió 2 franceses é muchas cosas que los soldados habían ganado en el fuerte, para que las viesen, é retiróse á comer con su gente, é de allí á una hora, ya que vió que los franceses habían comido, fué donde estaban é díxoles si estaban ciertos de lo que les había dicho.

Dixeron que sí, que le pedían por merced les diese navíos é matalotaxe con que se pudiesen ir á Francia.

Respondió el Adelantado que lo hiciera de buena gana, si ellos fueran católicos y tuviera navíos para ello, mas no los tenía, porque los dos inviábalos á San Mateo con la artillería, é que llevasen las francesas é mozos á S.to Domingo, é á buscar bastimento; el otro había de ir de aviso á S. M. con lo subcedido hasta entonces en aquellas partes.

El Capitán francés le respondió que otorgase á todos la vida, é que estarían con él hasta que hubiese navíos para Francia, pues no tenían guerra, é los Reyes de España é Francia eran hermanos y amigos.

El Adelantado le respondió que era la verdad, é que á los católicos é amigos él los favorecería, entendiendo que sirvía á entrambos

Reyes en ello, mas que por ser ellos de la nueva religión, los tenía por enemigos é tenía con ellos guerra á sangre y fuego, é que esta la haría con toda crueldad á los que él hallase en aquella mar é tierra, donde era Virey é Capitán General por su Rey, é que iba á plantar el Santo Euangelio en aquella tierra, para que fuesen alumbrados los indios é viniesen á conoscimiento de la Santa fée católica de Jesucristo, nuestro Señor, como lo dice é canta la Iglesia romana; que si ellos querían entregarle las banderas é las armas, é ponerse á su misericordia, lo podían hacer, para que él hiciera dellos lo que Dios le diese de gracia, ó que hiciesen lo que quisieren, que otras treguas ni amistades no habían de hacer con él; y aunque el Capitán francés replicó, no se pudo acabar otra cosa con el Adelantado; é ansí se partió para su gente, en el batel en que había venido, diciendo que les iba á decir lo que pasaba é acordar lo que debían hacer, é que dentro de 2 horas volvería con la respuesta.

El Adelantado le dixo que hiciesen lo que mejor les pareciese, y que él aguardaría.

Pasadas 2 horas, volvió este mesmo Capitán francés, con los mesmos que primero, é dixo al Adelantado, que allí estaba mucha gente noble, que le darían 50 mill ducados de talla, porque otorgase á todos la vida.

El Adelantado le respondió que aunque él era pobre soldado, que no quería hacer aquella

flaqueza, porque no le notasen de codicioso, que cuando hubiese de ser liberal é misericordioso, había de ser sin interés.

Volvió á porfiar en esto el Capitán francés: desengañole el Adelantado, que si la tierra se juntaba con el cielo, no había de hacer otra cosa más de lo que le tenía dicho; é ansí volvió el Capitán francés á donde estaba su gente, é dixo al Adelantado que con lo que acordasen volvería luego, é ansí volvió dentro de media hora é metió en el batel las banderas é hasta 60 arcabuces, é 20 pistoletes, é cantidad de espadas é rodelas é algunas celadas é petos, é vínose á donde el Adelantado estaba, é dixo que todos aquellos franceses se rendían á su misericordia, y entrególe las banderas é las armas: entonces mandó el Adelantado entrar 20 soldados en el batel é que truxesen los franceses de diez en diez: el río era estrecho é fácil de pasar; é mandó á Diego Florez de Valdés, Almirante de la armada, recibiese las banderas é armas, é anduviese en el batel hacer pasar los franceses, que no les hiciesen mal tratamiento los soldados, é apartóse el Adelantado de la marina, como dos tiros de arcabuz, detrás de un medano de arena, entre unas matas, donde la gente que en el batel venía, que pasaban los franceses, no lo podían ver: entonces dixo al Capitán francés é á otros 8 franceses que con él estaban:

—Señores, yo tengo poca gente é no muy

conoscida, é vosotros sois muchos, é andando sueltos, fácil cosa os sería satisfaceros de nosotros, por la gente que os degollamos cuando ganamos el fuerte, é ansí es menester que con las manos atrás amarradas, marchéis de aquí á 4 leguas, donde yo tengo mi real.

Respondieron los franceses que se hiciese ansí; é con los cordones de las mechas de los soldados les amarraba las manos muy bien atrás, y los diez que venían en el batel no veían á estos que les amarraban las manos, hasta dar con ellos, por que convino hacerse ansí, á causa que los franceses que no habían pasado el río no lo entendiesen y se escandalizasen, é ansí ataron 208 franceses, á los cuales preguntó el Adelantado si había entre ellos algunos católicos que se quisiesen confesar: ocho dellos dixeron que lo eran: sacólos de allí y metiólos en el batel para que los llevasen por el río á Sant Agustín: los otros respondieron que ellos eran de la nueva religión, é se tenían por muy buenos cristianos, y que esta era su ley é no otra.

El Adelantado mandó marchar con ellos, habiéndoles primero dado de comer é beber, cuando llegaban los diez, antes que los amarrasen, lo cual se hacía antes que los otros diez viniesen; é dixo á un Capitán de los suyos, que se dice... que marchase con ellos en la vanguarda, é que á un tiro de ballesta de allí hallaría una raya que él haría con una gineta que lleva-

ba en la mano, que era en un arenal, por donde habían de caminar al fuerte de Sant Agustin, que los degollasen á todos, é mandó al que iba en la retaguarda hiciese lo mesmo, é ansí se hizo, dexándolos allí todos muertos; é se volvió aquella noche al amanecer al fuerte de Sant Agustín, porque era ya puesto el sol cuando estos murieron.





UN CACIQUE DE LA FLORIDA

(Cop.ª de un grab.º del año 1591)



CAPITULO XII

Otro día siguiente que el Adelantado llegó á Sant Agustín, vinieron los mesmos indios que de antes, é dixeron que muchos más cristianos estaban de aquella parte del río, donde los otros. El Adelantado entendió que este debía de ser Juan Ribao, General de los luteranos en la mar y en la tierra, á quien ellos llamaban Virey de aquella tierra por el Rey de Francia, y luego se fué con 150 soldados, bien en orden, é llegó aloxar donde la primera vez, á la media noche, é al alba púsose junto al río, con su gente tendida, é como aclaró el día vido á dos tiros de arcabuz, de la otra banda del río, mucha gente é una balsa hecha para pasar la gente, á la parte donde el Adelantado estaba, é luego los franceses, como vieron al Adelantado é su gente, tocaron arma é despliegan un estandarte real é dos banderas de campaña, tocando pífanos é atambores con muy buena orden, é representan la batalla al

Adelantado, el cual había mandado á su gente que se sentasen é almorzasen, é que no se hiciese ninguna demostración de alteración, é paseando por la marina con su Almirante é otros dos Capitanes, no haciendo caso de la alteración é demostración de batalla de los franceses, de tal manera que ellos se debieron de correr, y en su ordenanza como estaban, hicieron alto, dejando de tocar los pífanos é atambores, y con un clarín que tocaron, arbolaron un paño blanco de paz.

El Adelantado llamó luego á otro clarín que traía, muy bueno, é sacó de la faltriquera un pañizuelo y empezó á campear con él, á manera de paz.

Un francés se metió en la balsa y á voces altas dixo que pasásemos allá.

Por mandado del Adelantado se le respondió que pues tenían la balsa, viniesen ellos á donde él estaba, pues que los llamaba, si querían algo: respondió el de la balsa que era mala de pasar, porque la corriente era grande, que le inviasen una canoa, que allí estaba, de unos indios.

El Adelantado dixo que viniese á nado por ella, debaxo de su palabra: un francés marinero vino luego, y no consintió el Adelantado que le hablase: mandóle que tomase la canoa é se fuese é dixese á su Capitán que pues le llamaba, si le quería alguna cosa, se lo inviase á decir: vino luego este marinero con un gentil hom-

bre, el cual dixo que era Sargento mayor de Juan Ribao, Virey é Capitán General de aquella tierra por el Rey de Francia, é que le inviaba á decir que él se había perdido con una armada, con tormenta en la mar, é que tenía allí como 350 franceses, que le convenía irse á un fuerte que tenía 20 leguas de allí, que le diese favor de bateles para pasar aquel río y otro que estaba de allí á 4 leguas, é que deseaba saber si eran españoles é qué Capitán traían.

El Adelantado le respondió que españoles eran é que el Capitán que traían era el mesmo con quien hablaba, que se llamaba Pero Menéndez; é dixese á su General que el fuerte que decía tenía 20 leguas de allí, él se lo había ganado é degollado sus franceses, é aun á otros que habían venido de la armada perdida, porque se habían mal gobernado; é fueron paseando hácia donde estaban muertos, é mostróselos; é que no tenía para qué pasar el río á su fuerte.

El Sargento, con gran semblante, sin hacer demostración tener pena de lo que el Adelantado le dixo, dixo al Adelantado si le haría merced inviar un gentil hombre de los suyos á decir aquello á su General, para que se tratase aseguranza, porque su General venía cansado, y el Adelantado le pasase á ver en un batel que allí tenía; y el Adelantado le respondió:

Hermano, andad con Dios y dad la respuesta que os dan, é si vuestro General quisiere ve-

nir hablar conmigo, yo le doy mi palabra que puede venir é volverse seguro, con hasta 5 ó 6 compañeros que traiga consigo, de los del su consejo, para que tome el que más le convenga, é ansí se partió este gentil hombre con este recaudo.

Dentro de media hora volvió aceptar la seguranza que el Adelantado le había dado y á pedir el batel, el cual el Adelantado no le quiso dar, inviándole á decir que se le podrían tomar, que pasase en la canoa, que era segura, pues el río era estrecho; é ansí se volvió con este recado este gentil hombre, é luego vino el Juan Ribao, á quien el Adelantado recibió muy bien, con otros 8 gentiles hombres que con él vinieron, todos muy bien tratados, de muy buenas personas é autoridades, é les hizo dar colación de cierto barril de conserva, é de beber, é que les darían de comer, si lo quisiesen.

El Juan Ribao respondió con mucha humildad, agradeciendo el buen recibimiento que se le hizo, é dixo que para alegrar los espíritus, que estaban tristes por las nuevas que le habían dado de la muerte de sus compañeros, querían desayunarse con la conserva é vino, é que por entonces no querían otra comida, é ansí lo hicieron.

El Juan Ribao dixo que aquellos compañeros suyos que allí estaba muertos, é los vió que estaban cerca, pudieran ser engañados, é que

él no lo quería ser: entonces mandó á los soldados que allí estaban, se llegase cada uno con lo que tenía del fuerte, é fueron tantas las cosas que vido, que tuvo por cierto era verdad, aunque ya él sabía aquellas nuevas, é no las podía creer, porque entre ellos estaba un francés barbero, de los que el Adelantado había mandado degollar con los demás, que había quedado por muerto entre los otros, que de la primera cuchillada que le dieron, se dexó caer, haciéndose muerto, é cuando él allí llegara, se pasara á nado para él, y que el barbero tenía por cierto los había engañado el Adelantado, diciendo que el fuerte era ganado, no lo siendo, é ansí lo tenía él hasta entonces por cierto.

El Adelantado dixo que para que lo creyesen mexor é se satisficiesen, hablase aparte con dos franceses que allí estaban, para satisfacerse mexor, é ansí lo hizo, é luego se vino el Juan Ribao para el Adelantado, é le dixo que él estaba cierto que todo lo que le había dicho ser verdad, é que lo que dél acontecía, pudiera acontecer del Adelantado; que pues sus Reyes eran hermanos é tan grandes amigos, hiciese el Adelantado con él como tal amigo, dándole navíos é bastimentos con que se fuese á Francia.

El Adelantado le respondió lo que á los primeros franceses de que hizo hacer justicia, é dando é tomando con él, no pudo acabar otra cosa el Juan Ribao con el Adelantado: entonces

el Juan Ribao le dixo que quería dar cuenta á su gente, porque había entre ella muchos nobles, é le volvería ó inviaría respuesta de lo que acordase de hacer: dentro de 3 horas volvió el Juan Ribao en la canoa, é dixo que había diferentes pareceres entre su gente, que unos se querían poner á su misericordia, é otros no.

El Adelantado le respondió que no se le daba ninguna cosa que viniesen todos, ó parte, ó ninguno dellos; que hiciesen lo que mexor les estuviese, pues tenían libertad para ello.

El Juan Ribao dixo al Adelantado que la mitad dellos se querían poner á su misericordia é pagarían de talla más de cien mill ducados, y la otra mitad podían pagar más, porque había entre ellos personas ricas é de mucha renta, que pretendían hacer estado en aquella tierra.

Respondióle el Adelantado: — Mucho me pesa si perdiese tan buena talla é presa, que harta necesidad tengo dese socorro, para ayuda de la conquista é población desta tierra: en nombre de mi Rey, es á mi cargo plantar en ella el Santo Evangelio.

El Juan Ribao usó aquí de buen ardid, si le valiera, porque le pareció que el Adelantado, con la codicia del dinero que éstos le darían, no le mataría á él, ni á los que á él se viniesen á su misericordia, pareciéndole que con no los matar, los unos é los otros, por concierto que el Juan Ribao haría con él, valdría al Adelan-

tado más de 200 mill ducados; y dixo al Adelantado que él se volvía con la respuesta á su gente, que porque era tarde le pedía por merced se detuviese allí hasta el día siguiente, que volvería con la resolución que acordase.

El Adelantado dixo que sí aguardaría, é fuése á su gente, que ya era á puesta del sol; y á la mañana volvió en la canoa y entregó al Adelantado dos estandartes reales, uno del Rey de Francia, otro del Almirante, é dos banderas de campaña y una espada é daga é celada dorada, muy buena, é una rodela é un pistolete é un sello que traía, que el Almirante de Francia le había dado para sellar las provisiones é títulos que diese: dixo al Adelantado que hasta 150 personas de las 350 que había, se querían venir á su misericordia, é que las demás se habían retirado aquella noche, y que fuese el batel por los que se querían venir é por sus armas.

El Adelantado proveyó luego al Capitán Diego Flórez de Valdés, Almirante de su armada, que los hiciese traer, como á los demás, de diez en diez, é llevando el Adelantado á Juan Ribao detrás del medano de la arena, entre las matas, donde los demás, les hizo amarrar las manos atrás á él é á todos, como los de antes, diciéndoles que habían de caminar 4 leguas por tierra é de noche, que no se sufría ir sueltos; y estando amarrados todos, les dixo si eran católi-

cos ó luteranos, é si había alguno que se quisiese confesar.

El Juan Ribao respondió que él é todos cuantos allí estaban eran de la nueva religión, y empezó á decir el salmo de *Domine memento mei*, y acabado, dixo que de tierra era y que en tierra se habían de volver, que veinte años más ó menos, todo era una cuenta, que hiciese el Adelantado lo que quisiese dellos; é mandando el Adelantado marchasen, como á los demás, con la mesma orden y en la mesma raya, mandó que se hiciese de todos lo que de los otros: solo sacó á los pífanos, atambores é trompetas é otros 4 que dixeron ser católicos, que eran en todos 16 personas: todos los demás fueron degollados.





CAPITULO XIII

E FUESE aquella noche á Santo Agustín, á donde algunas personas le notaron de cruel, otros que lo había hecho como muy buen capitán, é fallóse que cuando fueran católicos é no hiciera la justicia que hizo dellos, por los pocos bastimentos que el Adelantado tenía, perecieran los unos é los otros de hambre, é los franceses nos degollaran á nosotros, porque eran más, á causa que el fuerte de San Mateo, que les ganó el Adelantado, se quemó con mucha hacienda é bastimentos, dentro de ocho días que se ganó, por una casa donde vivía el Capitán Francisco de Recalde, que un mozo con una candela puso fuego, é dixo que la pegara en un palo e se cayera; túvose mala sospecha desto, á causa que entre el Capitán Villarroel, Sargento mayor, y el Francisco de Recalde estaban muy disconformes, y empezaban algunos soldados á decir que pues no había bastimentos y el fuerte era ganado, que lo arrasasen... á las Indias en los 2 navíos que el

Adelantado les invió de Sant Agustin con la artillería; é no se atrevían aclararse algunos capitanes, porque el Maestre de Campo y el Villarroel, la gente más prencipal de los soldados eran sus amigos, é tenían allí algunos deudos é criados, aunque en este tiempo no sabían en San Mateo que el Adelantado hubiese tenido las vitorias con Juan Ribao é su gente, é los hubiese degollado; é averiguóse de las francesas é mozos que se salvaron cuando se ganó el fuerte, que el Juan Ribao é sus capitanes, al tiempo que se embarcaron en la armada, se brindáran dos pipas de vino, burlándose algunos de los españoles, diciendo: «Brindo á la cabeza de Pero Menéndez y de la gente que con él está,» y otras injurias, como: «Marranos españoles, los castigarémos colgándolos de las entenas de sus naos é de las nuestras, para que no nos vengan otra vez á buscar á esta nuestra tierra;» de tal manera, que mucha gente noble de la que el Juan Ribao tenía, les parecía aquellas palabras y ultrajes que decían contra españoles, muy mal.

Y dentro de 20 días que éstos fueron degollados, vinieron indios al Adelantado y le dixeron por señas que á 8 días de camino de allí, para la parte del Sur, dentro de la canal de Bahama, al cabo del Cañaveral, muchos hombres, hermanos de los que el Adelantado había mandado matar, hacían un fuerte é un navío: luego sospechó el Adelantado que podía ser

que de la madera, artillería é bastimentos é municiones de la armada francesa que se perdió, los franceses que se retiraban, se fortificaban é hacían bajel para inviar á Francia á pedir socorro, y despachó luego de Sant Agustín á San Mateo diez soldados, dando aviso de todo y de como quería ir para que le viniesen de la gente que allí estaba, á complemento de 150 soldados, con los 35 que traxo de allí cuando ganó el fuerte é se volvió á Sant Agustin, y luego los invió el Maestre de Campo con el Capitán Juan Velez de Medrano é Andrés López Patiño, y llegaron á Sant Agustín á 23 de Octubre, é á los 26 por la mañana; habiendo oído misa el Adelantado, se partió con 300 hombres, é con 3 bajeles, por la mar, con las armas é bastimentos, é no caminaban más los bajeles, que la gente andaba por tierra, que á donde quiera que alojaban de noche, allí surgían los bajeles, porque era todo arena é costa limpia.

Antes de su partida de Sant Agustín, nombró el Adelantado junta é regimiento en nombre de S. M., é hizo cabildo con los capitanes, é con ellos: sentóse en los libros del cabildo que del bastimento que quedaba se diese la ración que pareciese, y lo mesmo del bastimento que viniese: dexó trazado el fuerte é repartido el trabaxo de hacerlo por escuadras, tanto á unos como á otros, y las horas que cada día habían de trabaxar en la fortificación: eran 3 horas á

la mañana é 3 á la tarde: dexó por alcaide é gobernador al capitán Bartolomé Menéndez, su hermano, como siempre lo había estado de aquel fuerte é gente, como lo está agora: dexó proveído que todas las sentencias criminales que hubiese, fuesen sentenciadas por el cabildo, porque los mesmos capitanes eran los regidores, y otorgasen todas las apelaciones para ante el Maestre de Campo, á quien dexaba poderes bastantes para que fuese su Teniente General, que para ello le había dado S. M. poder en forma dexase á quien quisiese, siempre que hiciese ausencia, é la mesma orden é instrucción invió á S.n Mateo á Gonzalo de Villarroel, para que guardase lo susodicho, é despachó, antes que de allí partiese, á Diego Flórez de Valdés, Almirante de la armada, á S. M., con el navío que allí estaba, dándole aviso de lo subcedido hasta entonces: todo el regimiento de S.n Agustín, hombres é mujeres que allí estaban, pidieron por merced al Adelantado no volviese á aquel puerto con la gente, sin comida, porque cuantos menos allí quedasen, les duraría más el bastimento que allí tenían.

El Adelantado llevó en los 3 bajeles bastimento para 40 días los 300 hombres, é la ración de un día duraba dos, y les prometió procuraría hacer en todo el bien general de todos, aunque corriese peligros é trabaxos, que esperaba en la bondad é misericordia de Dios le ha-

bía de ayudar en todo para salir con tan santa é buena empresa, é ansí se despidió dellos, quedando los más dellos llorando, porque era de todos muy amado, temido, querido y respetado.

Y llegó, caminando buenas jornadas, día de todos Santos, al alba, dar sobre el fuerte que los franceses hacían, que unos indios le guiaban, él por tierra, que marchaba con los soldados, y los 3 bajeles por la mar, que los llevaba á su cargo el Capitán Diego de Maya, y como fueron descubiertos del fuerte, los franceses que dentro estaban, se huyeron al monte, sin quedar ninguno, y el Adelantado les invió una trompeta, segurándoles la vida, que se volviesen y se les haría el mesmo tratamiento que á los españoles: viniéronse al Adelantado como 150, y el Capitán dellos, con otros 20, le invió á decir que antes quería ser comido de los indios, que rendido de españoles.

El Adelantado recibió muy bien esta gente, é le hizo muy buen tratamiento: puso fuego al fuerte, que era de madera, é arrasóle, é quemó el navío que se estaba haciendo, y soterró la artillería, por que no la podían llevar los bajeles, que eran chicos; é luego, aquel día á la tarde marchó la vuelta del Sur, al luengo de la mar, é los 3 bajeles fueron navegando á buscar un puerto é rio que estaba 15 leguas de allí, donde había algunos pueblos de indios, para ver el

Adelantado si podía dexar aloxada allí su gente con algún cacique, y ver si podía ir por la canal de Bahama adentro, á la isla de Cuba, á buscar bastimento; é al tercero día, 4 de Noviembre del dicho año de 65, llegaron á aquel puerto que llaman de Ays, porque se llamaba ansí el cacique que allí estaba, muy buen indio y que recibió muy bien al Adelantado, no dexando él ni su gente sus casas, antes le aguardó con toda la gente del pueblo, que fué demostración de confianza, de que el Adelantado recibió gran contento, porque hasta entonces, todos los pueblos de indios donde llegaba, huían toda la gente al monte, dexando las casas desamparadas.

El Adelantado no les consentía hacer mal ninguno en sus casas ni axuares que dexaban dentro de ellas, antes dexaba por hospedaje en las casas de los caciques, algunos rescates de espexos, cuchillos é tixeras é cascabeles, cosas que ellos estiman en mucho: estuvo allí 4 días, en los cuales fué por un rio á ver unos sitios que el cacique le decía que eran buenos para poblar, é sin salir á la mar llegó hasta un puerto pequeño, que estaba de allí como 15 leguas, por la canal de Bahama adentro: no le contentando la tierra, se volvió, y teniendo poca comida, y los indios de aquella tierra tampoco la tenían, si no era pescado, icacos y palmitos; visto el peligro que tenía, que todos perecerían de hambre, fué acordado y rogado por toda la gente que allí

estaba, que el Adelantado, aunque era mediado Noviembre, tiempo peligroso para navegar la canal de Bahama, que es muy tormentosa, é los bajeles ser muy pequeños, que S. S.ª se debía de partir con dos dellos á la isla de Cuba, para inviarles bastimentos á ellos é á los de Sant Agustín é San Mateo.

El Adelantado lo hizo ansí, llevando consigo, entre marineros é soldados, 50 personas é 20 franceses de los del Cañaveral, que todos los llevó consigo, que fué causa que el bastimento que sacó de Sant Agustín, de 40 días, se le acabase más presto, porque se daba tanta ración á los franceses como á los españoles, é no se hacía ninguna ventaxa en la razión al mesmo Adelantado, que era media libra de bizcocho por cada día para cada soldado, habiendo de ser libra é media, sin vino ni otro género de comida más de los palmitos é icacos que cogían del campo: allí en Ays hubo un soldado que vendió 4 libras de bizcocho á 25 reales cada una, é comió tantas uvas de palma é otro género de fruta que sabía bien, é un día á la noche estaba bueno, é á la media noche murió.

Lo que en este camino el Adelantado andaba á pié, era cosa que admiraba á todos, porque no llevaba ningún caballo, é al tercero día no acabaron de llegar 50 soldados que dexaba en la retaguarda, con muchos cansados, que no podían caminar: dos soldados de los más recios que

allí venían, de edad de 25 ó 30 años cada uno, que habían sido de los primeros que entraron en el fuerte de San Mateo cuando se les ganó á los franceses, que marchaban en la vanguarda con el Adelantado, de vergüenza, visto lo que caminaba, por no le dexar, esforzábanse más de lo que era razón, é yendo andando, dixo el uno dellos contra el otro: —Compañero, me quiero sentar un poco, que voy muy cansado; é sin entenderlo el Adelantado, quedaron sentados estos dos, é dentro de un cuarto de hora, sin levantarse de allí, dió éste su alma á Dios: el otro se esforzó á caminar tras el Adelantado, é desapareció una noche, que nunca más le vieron; porque marchaba toda la gente dende las 2 despues de media noche por un arenal, al luengo de la marina, hasta salido el sol, y entonces hacía alto, y acudían los soldados por las sábanas adentro á comer palmitos é icacos, y cogían algunos para llevar: estábanse allí 2 horas é marchaban hasta las 10 ó las 12 del día: entonces descansaban hasta las 2 después de mediodía, é volvían á caminar hasta que el sol se quería poner, é no había día que no se caminase de 8 leguas arriba, cosa que admiraba á todos, por tan mal camino como eran aquellos arenales, é sin comida, caminar tanto.

Sintía mucho el cacique Ays que el Adelantado se fuese de allí, é lloraban él y sus hijos, porque en aquellos días que allí estuvo el Ade-

lantado, le regaló mucho é dió muchas cosas de rescates, é lo mesmo á sus indios é indias prencipales, é temiendo el Adelantado que romperían guerra los soldados é los indios, de lo cual corrían peligro de ser muertos, por la falta de comida é no saber la tierra y estar tan flacos, acordó el Adelantado antes de su partida á la Habana dexarlos 3 leguas de allí, en un sitio que los indios decían ser muy bueno, é tener palmitos é icacos, é haber pescado, que era sobre la ribera, y en dos días llevó allí la gente con los bajeles, é temió mucho su partida, lo uno porque le parecía que los soldados andaban flacos é desmayados; por otra parte, xamás se había visto entrar por la canal de Bahama á la isla de Cuba ningún navío, aunque muchos lo habían probado, porque vá la corriente la vuelta del Norte, siempre muy recia, y el Adelantado había de navegar á la isla de Cuba la vuelta del Sur, é tomaba la corriente por contraria, que le daba en la proa de los bajeles, y si no fuera por el remedio desta gente é de la que quedaba en Sant Agustín é San Mateo, él holgara más inviar persona en los dos bajeles, é quedarse con el uno ó con su gente, que no ponerse en aquel riesgo, que era grande: los soldados deseaban ya su partida, por la esperanza que tenían del remedio de bastimento, yendo su persona, é ansí acordó de partirse de aquel puerto de Ays á... de Noviembre, con 50 hom-

bres de mar é guerra é 20 franceses, dexando con cargo de aquella gente al Capitán Juan Velez de Medrano, al cual y á todos los que con él quedaban hizo el Adelantado un razonamiento, esforzándoles é consolándoles é pidiéndoles que cada día hiciesen por él oración, porque él se ponía por ellos en un peligro de los grandes que nunca hombre se había puesto, que suplicasen á Dios Nuestro Señor é á su preciosa Madre le diese buen viaxe; é hincándose todos de rodillas, cantando las letanías, hicieron oración, y el Adelantado se embarcó, y tuvo tan próspero viento, que habiendo dende allí á la Habana cient leguas, y de corrientes contrarias, las anduvo en 2 días naturales, cosa de admiración, porque con galeras equipadas al remo, tenían opinión todos los pilotos que navegan á las Indias, no era posible romper esta corriente: navegó todo al luengo de la costa y tierra de la Florida, y al atravesar á la isla de Cuba, tuvo gran tormenta de Norte y escarceo de mar, y corrían en popa é proa golpes de una mar é otra: en toda una noche que esta tormenta hacía, siempre gobernó, no confiando el timón de ningún marinero de los suyos: iba allí, entre los 20 franceses que llevaba, el piloto mayor de Juan Ribao y otro que le pareció muy escogido marinero, al cual el Adelantado preguntó si era buen timonero: respondió que sí: dióle el timón cerca de la mañana, y gobernaba muy bien este

francés, é ansí, hasta llegar á la Habana, gobernó el Adelantado y el francés.

El bajel en que el Adelantado iba, no llevaba aguja de marear, porque al partir de Ays, que la hizo sacar de donde venía, halláronla quebrada.

Dijo el Capitán Diego de Maya que el bajel en que iba navegaba más que no el en que iba el Adelantado, é llevaba aguja, porque la suya era quebrada, templase las velas é no se apartasen de la tierra, é que tuviese cuenta no se apartar dél; y la segunda noche, dejando esta tormenta ya casi del día, perdió de vista el Adelantado al otro bajel, é pasó por el puerto de la Habana adelante, pensando no había llegado aún á la Habana.

Como á las 10 del día reconosció el puerto de Bahiahonda, que es 15 leguas adelante de la Habana, é vió entrar un batel: entró, fué tras él é alcanzóle: eran unos indios de la Habana, que andaban á montear: dieron al Adelantado mucha carne é cazave, que es pan de aquella tierra, é palmitos, é dixéronle los indios que estaba allí en la Habana. Pero Menéndez Marqués, su sobrino, con parte de la armada de Vizcaya y Asturias, que con tormenta se había apartado del General Esteban de las Alas, é que toda la gente estaba muy triste por no saber qué se había hecho el Adelantado, que temían ser perecido en la mar con tormenta, ó que los enemigos le habían

desbaratado, que no podían sospechar ni creer que con tan pocos navíos, que él se atreviese ir á la Florida, ni les pasaba por el pensamiento que estaba allá.

Desembarcó el Adelantado con su gente en tierra, en aquel puerto de Bahiahonda, é hincados todos de rodillas, dieron muchas gracias á Nuestro Señor por las mercedes que les había hecho en llevarlos en salvamento: llamó á los franceses y encargóles mirasen el poder é bondad de Dios, é que si eran luteranos, se arrepintiesen é se volviesen católicos, que él por cualquier ley que tuviesen, les haría buen tratamiento, é daría libertad, que se fuesen en los primeros navíos á España é de allí á Francia; que aquello les decía por desear que se salvasen.

Hubo algunos dellos que llorando se empezaron á dar en los pechos, é alabando á Nuestro Señor é pidiéndole misericordia, diciendo que ellos habían sido malos cristianos é luteranos, é ya estaban arrepentidos, é que en adelante querían dejar su mala secta é ser católicos, confesándose é comulgándose, é querer é guardar aquello que hace la Santa Madre Iglesia.

El Adelantado los regaló y esforzó, diciendo que se alegrasen é no tuviesen pena de sus trabajos, que él tendría cuenta con ellos, como si fuesen sus hermanos, é ansí lo hizo por éstos, como por todos los demás que otorgó la vida,

á cada uno en su grado: al noble sentándole consigo á la mesa é haciéndole vestir, é á la gente de mar con sus pilotos é marineros, é á los de tierra con sus capitanes é soldados.

Partió el Adelantado aquella noche del puerto de Bahíahonda, para volverse á la Habana, é por ser el viento contrario, é fue muy recio, que lo echaba en la mar la vuelta de la Florida más de lo que él quisiera, no llegó á la Habana hasta otra noche, á la media noche, que como Diego de Maya había llegado dos días había, é temía que el Adelantado era perdido, é todos lo tuvieron por cierto, que como la tormenta había sido tan grande, é no tenía aguja, pensaron que el bajel se había abierto y zozobrado, con el mucho viento, que era grande la tristeza que la gente de la Habana é la de su armada por él tenían, según se entendió. Otro día que allí llegó, como entró por el puerto adentro al remo, porque soplaba el viento á la tierra, la centinela que estaba en vela para guarda del puerto preguntó quién era el barco que entraba: respondieron que el Adelantado Pero Menéndez: la centinela respondió diciendo:

—Bendito sea Nuestro Señor, que el señor Pero Menéndez es vivo; y que aguardasen un poco, que lo iba á decir al Gobernador García Osorio, para que no tirasen de la fortaleza.

El mesmo Adelantado dixo á la centinela, que estaba muy cerca:

—Hermano mío, id con Dios, que yo aguardaré; é ansí aguardó por tiempo que la centinela podía ir é volver; é como vió que tardaba, mandó entrar su bajel para dentro, y al poco tiempo, sabiéndose en el puerto que era el Adelantado, empezaron á disparar las piezas de artillería los navíos del puerto, donde estaba surta la armada de Asturias y Vizcaya, á cargo de su sobrino Pero Menéndez Marqués, y empezaron á dar muchas muestras de alegría é tirar muchos tiros en señal de regocijo.

El Adelantado vió estas demostraciones y que había luces encendidas, con una bandera, y que tocaban una caxa de atambor é un pífano, con grandes aclamaciones, é pareciéndole que le estaban aguardando, sin que entrase en ninguno de sus navíos, ni detenerse en ellos, se fué derecho á desembarcar al muelle, donde estaba el Gobernador, el cual, cuando le vió llegar, se fué de allí, con la más parte de la gente que tenía: sólo quedó Juan de Ynistrosa, Tesorero de S. M. en aquella isla, con algunos regidores del pueblo, que llevó á dicho Adelantado á su casa, é le hospedó muy bien, é á todos los que con él iban.

El Gobernador invió á visitar al Adelantado: esta demostración, el poco contento é ningún regocijo que el Gobernador mostró con la llegada del Adelantado en salvamento, é mandar tirar las piezas de artillería, admiró á todos, por-

que traía el Adelantado por refrán, por consolar á sus soldados, siempre que los veía descontentos:

—Esforzáos, hermanos míos, que García Osorio, Gobernador de la isla de Cuba, nos inviará bastante recaudo de comida para todos cuantos andamos en la Florida, porque ansí me lo prometió en Sevilla, y S. M. se lo ha mandado y encargado.

Y otro día por la mañana, el Adelantado se fué á misa, y al salir, entró el Gobernador, y se hablaron, y todos advirtieron la mucha sequedad con que el Gobernador habló al Adelantado, que fué como si nunca le hubiera conocido, é ansí se despidieron.

Después de comer el Adelantado, fué á ver al Gobernador, é le dixo la gran necesidad en que quedaba la gente de la Florida: mostróle las provisiones, por donde se le mandaba dar una nao de armada, 40 soldados é 20 caballos, pagados por 4 meses, y le diese todo el favor é ayuda que le pidiese é hubiese menester para la conquista é población de la Florida, é le mostró como por cuenta de S. M. estaban 500 hombres en la Florida, los cuales quedaban sin bastimentos é perecerían de hambre todos, si no fuesen socorridos; que él no quería la nao de armada, ni los caballos ni soldados, que todo costaría más de veinte mill ducados; que con tres ó cuatro mill que le diese, socorrería aque-

llos soldados que por cuenta de S. M. estaban en la Florida, hasta la primavera.

El Gobernador le respondió que no los quería dar.

Díxole que se los prestase, y que él se obligaría é daría fiador por ellos.

Respondióle que no los tenía.

Díxole que de diez ó doce mill ducados que tenía de una carabela de portugueses que el Capitán Juan de la Parra había tomado con la nao capitana de la flota de la Nueva España, la cual nao é gente de mar é guerra estaba á obediencia é orden del Adelantado, é aquellos dineros eran del Adelantado é de la gente de la nao, como personas que habían tomado la carabela, con lo que dentro tenía, porque contra las ordenanzas é provisiones de S. M. é sin registro andaba contratando en las Indias.

Respondióle que tampoco se los quería dar, porque decía no le pertenecía.

Pidióle el Adelantado le prestase de aquellos los cuatro mill ducados, sobre fianzas abonadas, que cuando S. M. se los mandase volver, los volvería.

No lo quiso hacer.

Tenía preso á Juan de la Parra, capitán desta nao capitana: díxole el Adelantado que se lo entregase con el proceso de su culpa.

Dixo que aunque fuese su soldado, él lo había de castigar, como Gobernador de la tierra,

y á los más soldados del Adelantado que en su distrito hiciesen cosas indebidas.

El Adelantado le respondió:

—Señor, sea por amor de Dios este acogimiento que vuesa merced me hace en su distrito: yo determino armarme de paciencia para pasar por todas estas cosas que v. m. usa conmigo, porque entiendo que en hacer esto me dá Dios más vitoria que la que tuve contra Juan Ribao é los más luteranos que estaban en la Florida, porque en ésta entiendo hago á S. M. gran servicio; é quitóle la gorra é salióse por la puerta, sin aguardar respuesta del Gobernador. E luego mandó echar bando el Adelantado que toda la gente de mar é guerra que allí estaba de Asturias é Vizcaya é de la nao capitana de la flota de Nueva España, se recogiesen en todo aquel día á los navíos, que quería hacer lista é alarde de la que había y tenía, para la ocupar en el servicio de S. M.

E otro día por la mañana, oyendo misa al alba del día, se fueron á las naos é hizo lista é alarde de 550 hombres que había, é llamó á los capitanes é pilotos á la nao capitana; recogióse con ellos á consejo, y estando juntos, les dixo:

—Señores y hermanos míos: aquí tenemos aviso que andan muchos corsarios franceses é ingleses, á robar á vasallos de S. M., é siendo paces, merecen ser castigados, é tiénese por cierto, é algunos de vosotros, señores, lo decid,

que venís de allá, que entre estos cosarios hay dos navíos ingleses é tres franceses que traen más de medio millón consigo que han robado, é de negros é mercadurías que han vendido, é que están envernando en aquella isla de S.^{to} Domingo, á la parte del Norte, para se ir á Francia en la primavera; é pues aquí tengo cuatro muy buenos navíos ligeros de vela y esta nao capitana, todos bien artillados, muchas é buenas municiones, é hay en ellos 550 hombres de mar é guerra, toda muy buena gente, paréceme que dentro de diez días podremos hacer provisión de agua é leña é carne, porque el más bastimento le tenemos dentro, que lo traen los navíos consigo de Asturias y Vizcaya, y ensebar y aparejar las naves, é salir luego á la mar con el primero tiempo, é ir en busca destos cosarios, en lo cual haremos gran servicio á Dios Nuestro Señor é á S. M., en castigar estos cosarios luteranos, é será gran bien general para todas las Indias, é nos podremos muy bien aprovechar, y enviarémos luego como lleguemos 2 ó 3 navíos de bastimentos á la Florida, á nuestros compañeros: en la primavera llevaremos cargados nuestros navíos de comida é ganados á la Florida, para hacer nuestra entrada é descubrimientos, é quitarnos hemos del peligro que se me representa corramos de perderse alguno de nosotros con este Gobernador, é que nos falte la paciencia, que yo por mi parte os digo,

señores, que más quiero, aunque es en Deciembre, é por la canal de Bahama ser navegación peligrosa, andar en ella y en la mar, que no estar en este pueblo, porque aunque yo me sepa llevar con el Gobernador, temo no lo sepa hacer alguno de vosotros, y de cualquier cosa que subceda se me podría á mí atrebuir la culpa, viendo el peligro é no lo remediar: pídoos, señores, por merced, me aconsejéis si debo tomar esta determinación.

Todos la aprobaron por buena é mostraron tener gran contentamiento della.

E luego mandó allí el Adelantado á los capitanes é pilotos se pusiesen á punto para poder hacer vela dentro de doce días, é hizo llamar á los maestres é contramaestres, despenseros é oficiales de todos los navíos, á los cuales dixo su determinación, é les mandó y encargó todos tuviesen cuenta de poner sus navíos á punto, é ansí se ofrecieron á hacerlo, mostrando gran contento é regocijo por la xornada, é lo mesmo mostraron los marineros, pajes é grumetes de la armada; é nombró en presencia de todos por Almirante della á Pero Menéndez Marqués, su sobrino.

E para el tiempo acordado, que fué dentro de doce días, los navíos estuvieron prestos é á la vela. El Adelantado se embarcó é invió á pedir al Gobernador con testimonio, le entregase al Capitán Juan de la Parra: no lo quiso hacer.

Hubo en estos 15 días algunas cosas peligrosas de dares y tomares entre el Adelantado y el Gobernador: notaron muchos la paciencia del Adelantado, el cual se hizo á la vela para hacer su viaxe á prencipio de Deciembre, é al tercero día que salió del puerto de la Habana, descubrió una vela: dándole caza, pensando que era cosario, la siguió hasta meterla en Matanzas, puerto de la isla de Cuba, donde llegado á ella, no halló hombre ninguno dentro, porque la gente había ido al monte: mandó entrar dentro á Pero Menéndez Marqués, su sobrino, Almirante que era desta armada, que con algunos marineros, poniendo á buen recaudo todo lo que traía, fuese á surgir cerca de su nao capitana, donde el Adelantado iba, porque quería surgir en aquel puerto, como surgió; é oyeron voces en el monte, que la armada estaba surta junto dél: envió el Adelantado un batel á tierra, á ver lo que era: acudieron allí unos portugueses, y entendiendo que la armada era española é que venía por General della el Adelantado, se alegraron mucho, llamando á sus compañeros: se metieron en el batel é los truxeron á la nao capitana, delante del Adelantado, los cuales con grande alegría le dixeron que ellos venían de España con aquella carabela, por mandado de S. M., con despachos para él, los cuales le dieron, y era que S. M. le daba aviso como en Francia se hacía gruesa armada para venir con-

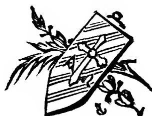
tra él á la Florida, é para poder defender della é socorrer las plazas é islas de Puerto-Rico, Española é Cuba, le inviaba mill é quinientos infantes, con mucho bastimento, é 17 navios; que hiciese los socorros que le pareciese, ansí por mar como por tierra, para ofender aquella armada, si sobre él y sus tierras viniese.

Entonces el Adelantado llamó á consejo á sus capitanes, é habiéndoles mostrado la carta, les dixo:

—Señores y hermanos míos: paréceme que en todas las cosas, y en especial en la guerra, á nuevos subcesos, nuevos consejos, é paréceme que no me debo de apartar de la Habana, porque este socorro me escriben vendrá allí por todo Marzo: volvámonos allá, y enviaré á Campeche uno ó dos navíos destos á cargar de maíz para la Florida, é otro inviaré á Puerto de Plata, que cargue de cazabe y carne, y el otro cargaré en la Habana, lo más presto que pudiere, y aunque no tengo dineros, venderé ó empeñaré alguna artillería, ó destas municiones que traigo, aunque sea menosprecio, é las cadenas é joyas de oro que hubiere entre nosotros, é nos entretendrémos lo mejor que podamos, procurando, por ninguna cosa que subceda, no romper con el Gobernador; porque si yo fuese con esta armada á la guerra contra corsarios, y el socorro viniese por otra parte á la Habana, y la armada francesa fuese á la Florida, merecería

ser castigado de S. M., de cualquier mal subceso que tuviese, ya que se me dá este despacho.

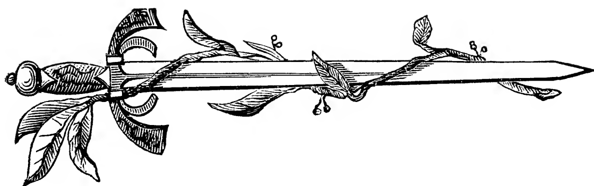
Todos aprobaron la determinacion del Adelantado y la tuvieron por buena é buen consejo, é ansí partieron con toda la armada otro día para la Habana, é llegados que fueron, el Adelantado despachó los navios, como lo tenía acordado, é invió en un patax á Pero Menéndez Marqués, su sobrino, á España, á dar aviso á S. M. de lo sucedido hasta entonces.





MODO DE AHUMAR LA PESCA, CAZA, ETC.

(Cop.ª de un grab.º del año 1591)



CAPITULO XIV

E á prencipio de Enero del año venidero de 66, llegó Estébano de las Alas, que era General de la armada de Vizcaya é Asturias, é con tormenta se había apartado de Pero Menéndez Marqués, Almirante della, é había estado en la Yaguana, é con su llegada, que traxo 2 navíos é 200 hombres, fué grande la alegría y contento que el Adelantado con su llegada recibió, y luego mandó que en todo aquel mes se aparexasen aquellos 2 navíos é los 2 que el Adelantado traxo de la Florida, é un bergantín nuevo que yendo Diego de Maya con bastimento á la Florida traxo de allá, y otro patax francés que allí compró en la Habana, y una chalupa nueva, é todos estos 7 navíos hizo calefetar y ensebar é poner á punto, é á 10 de Febrero, con 500 hombres de mar é guerra dentro dellos, se partió á la Florida, é fué á descubrir si había paraje fondable é buena navegación entre las Tortugas é los Mártires, que para las flotas de Nueva España é tierra firme, é otros cualesquier navíos que por allí navegasen, era

muy necesario saberlo, y hallándola muy buena, pasó adelante á la costa de la Florida, en demanda de unos hombres é mujeres que decían había veinte años que estaban cautivos, en poder de un cacique que llaman Carlos, é cada año mataba desta gente, haciendo sacrificio della al demonio, é que todos andaban desnudos, hechos salvaxes, como los mesmos indios, é compadeciéndose el Adelantado de estos esclavos, quiso hacer esta xornada, y de allí irse á las provincias de Sta Elena, que es 50 leguas al Norte del fuerte de Sant Mateo, que se ganó á los luteranos, porque los indios decían á los soldados que en aquel fuerte, en el puerto de Guala, había franceses nuevamente venidos.

E habiendo hecho decir muchas misas á Santo Antón, que fuese abogado con Nuestro Señor le encontrase con el puerto donde estaban aquellos cristianos é con los mesmos cristianos; é dentro de 8 días que partió de la Habana, encontró con ellos: fué desta manera: que salió de su nao capitana, en que iba, dexando á Estébano de las Alas, que hizo General de aquellos navíos é su lugarteniente, é metióse el Adelantado en un bergantín con 30 hombres, soldados é marineros, que no demandaba más de media braza de agua, é mandó al Capitán Diego de Maya, que iba por Almirante de los navíos, que con otro bergantín en que iba con 30 personas, que demandaba muy poca agua, se fuese con él, y en-

trambos los dos bergantines juntos fuesen navegando al luengo de la tierra, y los más navíos por lo largo, porque era la costa bajía, y al 3.º día se apartó de sus 5 navíos con los dos bergantines, con una cerrazón que hubo, y al 4.º día, yendo navegando al luengo de tierra, salió una canoa al bergantín donde iba el Capitán Diego de Maya, media legua adelante, é venía en ella una persona vogando, é cuando llegó cerca del bergantín, habló diciendo:

—Españoles, hermanos, cristianos, seáis bien venidos, que 8 días há que os aguardamos, que Dios é Santa María nos ha dicho que venís, é los hombres é mujeres cristianos que aquí están vivos me han mandado venir aguardaros aquí con esta canoa, para daros una carta que os traigo.

El Capitán Diego de Maya é la gente que con él iba en el bergantín, recibieron gran gozo é contento de ver que habían descubierto lo que el Adelantado buscaba, é tanto deseaba, é recibió dentro del bergantín á este hombre, que venía desnudo é pintado, hecho indio, con sus vergüenzas cubiertas.

El Capitán le abrazó é pidió la carta.

El hombre sacó de entre el cuero de venado con que traía tapadas sus vergüenzas, una cruz, é dióla al Capitán, diciéndole que aquella era la carta que los españoles é cristianos que allí estaban cautivos le inviaban, y que le pe-

dían que por la muerte que Nuestro Señor había recebido en aquella cruz por salvarnos, no pasase sin entrar en el puerto é procurar de sacarlos de su cacique é llevarlos á tierra de cristianos.

En esto llegó el Adelantado con su bergantín, é pasó este hombre para él, donde entendió más particularmente deste cristiano todo lo que pasaba, é de la calidad de la tierra é condición de los indios; é todos puestos de rodillas adoraron la cruz, dando gracias á Nuestro Señor.

Metióse el Adelantado dentro del puerto é surgió al luengo de la tierra, que saltaban del bergantín en tierra sin mojarse los zapatos: estaría el pueblo media legua de allí, donde estaban algunas mujeres españolas é otros cristianos, é otros dos estaban en la tierra adentro, é otra mujer, porque de más de 200 españoles de naos de las Indias, perdidas en tierra deste cacique 20 años había, é la gente della se los llevaban todos, los habían muerto su padre y él, haciendo sus fiestas y bailes al demonio.

El Adelantado no se atrevió descubrir á este cristiano el cómo pensaba sacar los cristianos é cristianas que allí estaban, porque le pareció sabía poco, é cualquier cosa que le dixese, se lo podría decir al cacique: sólo le dixo que dixese al cacique que le traía muchas cosas para él é sus muxeres, que le viniese á ver: el cacique, sabido la poca gente que el Adelantado

traía, vino otro día por la mañana, con hasta 300 indios flecheros, é junto de los bergantines, al luengo de la tierra, estando la proa del uno puesta en la popa del otro é puestos los bersos de la banda de la tierra, dentro de los mesmos bergantines, con muchos perdigones dentro para lo que se pudiese ofrecer, é hizo poner un estrado en que se sentase el cacique, é ansí se asentó, é los más sus indios prencipales al derredor dél. El Adelantado salió de los bergantines con 30 arcabuceros con sus mechas encendidas, é sentóse á cabe dél, haciéndole el cacique é sus prencipales mucha obediencia al Adelantado.

Vistióle una camisa é unos zaragüelles de tafetán é una ropeta é un sombrero, é dióle otras cosas de rescates para sus mujeres: parecía muy bien, porque era muy gentil hombre, de hasta 25 años; é también dió á sus indios prencipales, é dióles de comer bizcochos é miel, que lo comieron muy bien.

El cacique dió al Adelantado una barra de plata que pesaba como 200 ducados, é le dixo que le diese más cosas é más de comer.

El Adelantado le dixo que no tenía comida para tanta gente, que se metiese él en los bergantines con sus prencipales, é les daría de comer é muchas cosas para ellos é sus mujeres: con la cobdicia, el cacique lo hizo ansí, é metió consigo hasta 20 indios.

El Adelantado, con gran secretud é deligencia, mandó que cada soldado estuviese cabe su indio, é 66 cabe ellos, é si se quisiesen echar á la mar, no se lo consintiesen, é mandó largar los cabos con que los bergantines estaban amarrados á tierra, é túvose á lo largo: los indios se alteraron un poco: fuéles dicho con la lengua (intérprete) que no tuviesen miedo, porque se ponían allí, á causa que no entrasen más indios en los bergantines, porque como eran pequeños, los trastornarían.

El cacique é los indios lo creyeron, é les dieron de comer é muchas cosas, y el cacique se quiso ir.

El Adelantado le dixo que el Rey de España, su Señor, le inviaba por los hombres é mujeres que él tenía, cristianos, é que si no se los llevaba, le mandaría matar; que le rogaba se los diese, porque le daría muchas cosas por ellos y sería grande su amigo y hermano.

El cacique dixo que era contento y que él iría por ellos.

El Adelantado le dixo que si él iba, que su gente le mataría porque le dexaba ir; que le rogaba inviase algunos indios por ellos.

El cacique, con miedo, ansí lo hizo, y dentro de una hora truxeron 5 mujeres é 3 cristianos, á los cuales mandó el Adelantado dar luego unas camisas, é de cariseas é Lóndres, que traía, mandó á 4 ó 5 sastres que allí venían, les

hiciesen de vestir, y lo mesmo los cristianos: lloraban de contento, que era cosa de ver. El Adelantado las consolaba é regalaba mucho, é decían que tenían mucha pena por los hijos que dexaban allí.

El Adelantado dió muchas cosas al cacique é á su gente, é le invió muy contento, diciéndole el cacique que dentro de 3 meses le tendría allí otros 2 cristianos é una cristiana, que estaban en la tierra adentro, é que le rogaba fuese por la mañana, antes que se partiese á su pueblo, para que sus mujeres lo viesen. El Adelantado dixo que ansí lo haría. A la mañana invió el cacique muchas canoas por él: estando el Adelantado sospechoso de su ida, llegó en una canoa el cristiano que había salido en la canoa á la mar con la cruz, que se había ido con el cacique, á visitar á sus mujeres, de parte del Adelantado, é llevarles un presente, é dixo este cristiano al Adelantado que no fuese al pueblo, porque tenían concertado de le matar, y los indios con las canoas, que sabían la traición, sospecharon que aquel cristiano lo descubría, é fuéronse huyendo: el Adelantado, porque el cacique é indios entendiesen que él no sabia la traición, levó las áncoras de los bergantines é con la boga fué á surgir junto del pueblo, é allí, tocando 2 clarines, campeando las banderas, hizo señal que viniesen las canoas por él, porque los bergantines no podían pasar

más adelante, y como ninguna canoa quiso venir, el Adelantado salió del puerto para buscar sus 5 navíos, y como no parecían, los cristianos le dixeron que 50 leguas de allí más adelante, había un muy buen puerto, é que había otros 3 cristianos cabtivos, en poder de los indios. Al Adelantado le pareció que sus navíos habían corrido allá, y tuvo deseo de rescatar aquellos 3 cristianos, é fué allá, é no halló los navíos, ni los cristianos, y á la vuelta que volvió, halló los 5 navíos surtos sobre este puerto de Cárlos y que Estébano de las Alas había ido al pueblo con cient soldados, que como los indios vieron tantos navíos é gente, que fueron á reconocer con las canoas, temieron é hicieron buen recibimiento á Estébano de las Alas: rescataron los soldados allí más de 2.000 ducados de oro é plata con los indios, á trueco de bujerías.

El Adelantado acordó de inviar el cristiano á Cárlos, para que le diese á entender que el Adelantado no sabía nada de la traición que le armaba para matarle. El Cárlos lo creyó, é con cobdicia que tuvo de que le diese otras cosas, é de tomar por amigo al Adelantado, le vino á ver, con solos 5 ó 6 indios no más, é le dixo que le quería tomar por su hermano mayor, para hacer todo lo que le mandase, é que le quería dar por mujer una hermana que tenía, mayor que él, á quien quería mucho, para que la lle-

vase á tierra de cristianos y se la volviese á inviar, que cuando volviese, él iría también y se haría cristiano, con todos sus indios, que le parecía que era mejor que no ser indio, é que le rogaba fuese por ella, ó fuese á ver á sus mujeres é pueblo.

El Adelantado dixo que otro día iría, é le regaló mucho é invió. Quisieran los capitanes é soldados que el Adelantado no soltara este cacique, porque decían que tenía mucho dinero, é que todo se lo daría por soltarlo. El Adelantado, pareciéndole por la confianza que el cacique del hacía, que era bellaquería, é que nunca serían cristianos, no lo quiso hacer.

Todos los capitanes, soldados é marineros que allí estábamos, quedamos admirados de la respuesta que el Adelantado diera, porque sabíamos lo mucho que había gastado en esta empresa, é la poca ayuda que S. M. le había dado, é que quedaba en España endeudado, é lo mismo dexaba á sus deudos é amigos, é lo estaba en la Habana, é había enviado á tomar dineros prestados á la Nueva España, y lo tuvimos por hombre mal aconsejado, que por lo poco sacara de aquel cacique cient mill ducados, que aunque no los tuviera, sus indios é caciques amigos, en cuyo poder estaba algún oro é plata de naos perdidas, que no lo conoscían, ni sabían qué cosa era, pudiera con ellos desempeñarse, y á los que lo estaban por amor dél, é hallarse

más esforzados para una tan santa é buena conquista como esta, para procurar, como procuraba, según la grande inclinación que todos veíamos tenía, de plantar en ella el Santo Evangelio; porque los indios no sabían qué cosa era oro ni plata, y por un naipe, que era as de oros, hubo indio que dió un pedazo de oro que valía 70 ducados, é por unas tixeras, media barra de plata, que valía cient ducados. Rescataron de aquella vez, todos los soldados que primero habían llegado con Estébano de las Alas, y los que llegaron con el Adelantado en los dos bergantines, hasta 3.500 ducados en todo, de que andaban ya regocijados é contentos y empezaban á jugar, teniendo el dinero en poco: no les quitó ni negó cosa el Adelantado de lo que cada uno rescató, ni él rescató ninguna cosa, porque no entendiesen los indios que él iba á buscar aquello. E luego otro día siguiente que el cacique Cárlos se salió de los bergantines, fué á comer con él el Adelantado, llevando 200 arcabuceros consigo é una bandera, 2 pífanos é atambores, 3 trompetas, una arpa é vihuela de arco é un salterio, é un enano pequeño, gran cantador é danzador, que traía consigo. Había como 2 tiros de arcabuz, donde desembarcó, á la casa del cacique, que coxieran dentro della dos mill hombres, aunque no estuvieran muy apretados: fué su gente en ordenanza hasta esta casa, que no consintió el Adelantado entrasen

dentro, sino que fuera della estuviesen á punto, con sus mechas encendidas.

Sólo se metió dentro al aposento del cacique, con hasta 20 gentiles hombres, donde había unas ventanas grandes, por donde veía su gente: estaba el cacique en un buen aposento, sentado sólo con grande autoridad, y una india también sentada, apartada un poco dél, en un alto medio estado del suelo. y hasta 500 indios prencipales é otras 500 indias: los indios cerca dél, y las indias cerca de la india, en lo baxo.

Como el Adelantado subió á aquel aposento, el cacique le dexó el lugar que tenía, y se apartaba mucho dél.

El Adelantado le puso cabe sí, é luego se levantó el cacique, é según costumbre dellos, fuese para el Adelantado á tomarle las manos, haciendo cierta cerimonia, que es cuando acá besan la mano al Rey, que no se puede hacer más cortesía entre ellos, é la que los indios vasallos suelen hacer á sus caciques: luego vino la india, é hizo lo mesmo, é luego todos aquellos, é indias prencipales que allí estaban, é pusiéronse más de 500 indias, de 10 años hasta 15, sentadas de la banda de fuera de la ventana, á cantar, é otros indios á saltar é voltear: cantaron los indios é indias prencipales que cabe el cacique estaban, que decían, según después se supo, que este era el mayor regocijo, respeto obediencia que aquel cacique, ni otro ninguno

de aquella tierra, pudo hacer al Adelantado, porque danzaron los hermanos del cacique é sus tíos é tías, que había indias, entre estas prencipales, de 90 é 100 años, que danzaron: todos mostraron estar muy contentos é tener mucha alegría.

Después que hubieron acabado sus prencipales de danzar é cantar, aunque las indias que estaban fuera nunca lo dejaron de hacer, hasta que el Adelantado se fué, é cantaban por mucha orden: estaban asentadas de 100 en 100, é las 50 cantaban un poco é callaban, é volvían á cantar las otras 50; el cacique dixo al Adelantado, después que sus prencipales danzaron, que si quería que trajesen la comida para él é sus cristianos.

El Adelantado le dixo que no tan presto; é llevaba escritos muchos vocablos en lenguaje de indios, los cuales eran de mucho comedimiento é amor para hablar á la mujer prencipal de Carlos é á su hermana, é pensando que aquella que estaba allí era la mujer prencipal del cacique, le dixo las palabras que pensaba decirle, en su propia lengua: quedaron admirados el cacique é los indios: pensaron que hablaba el papel é lo que en él estaba escrito, y entendió el cacique que pensaba el Adelantado que aquella era su mujer prencipal, é díxole con la lengua que allí tenían para entenderse, que era de los cristianos cautivos, que aquella no era su mujer,

que era su hermana, la que le había dado por mujer al Adelantado.

Entonces se levantó el Adelantado é la tomó por la mano, é la sentó cabe sí, en el medio dél é del cacique, é por lo que llevaba escrito le dixo en su lengua, leyendo por el papel, muchas cosas, de que ellos é todos los indios é indias que allí estaban, se alegraron. Era esta india de hasta 35 años, no nada hermosa, aunque muy grave, tanto que andando el tiempo, admiró esto á todos nosotros, porque parecía que desde su nacimiento la habían criado á saber tener gravedad.

Pidió el Adelantado al cacique truxese allí á su mujer prencipal, el cual lo hizo: era de 20 años, muy bien dispuesta y hermosa, de muy buenas feyciones: tenía muy buenas manos é ojos, é miraba con mucha gravedad á una parte é á otra, con toda honestidad: tenía muy buena mesura, que aunque entre las muchas indias que allí se vió hermosas, ninguna lo era tanto como ésta: traía las cejas muy bien hechas, é á la garganta un muy hermoso collar de perlas é piedras é una gargantilla de cuentas de oro: estaba desnuda como la otra hermana del cacique, con sólo sus vergüenzas cubiertas.

El Adelantado la tomó por la mano, é la puso entre la india y el cacique, é habló con ella, en su lengua, muchas palabras, que las llevaba escritas en el papel, de que ella se rego-

cijó mucho; en especial, que como habían dicho al Adelantado que era muy hermosa, llevaba escrito en su lengua palabras para decírselo, de que ella mostró no le pesar, é púsosele en el rostro muy buena color, mirando á su marido con honestidad: el cacique mostró pesarle por haber traído á su mujer, é mandaba que se fuese, pensando que se la querían tomar: el Adelantado le dixo con la lengua no la inviase é que comiese allí con él, porque tenía muchas cosas que le dar; é luego hizo traer el presente que llevaba, é hizo vestir á la hermana del cacique una camisa é otra á la mujer del cacique, é sendas ropas verdes, con que la mujer del cacique estaba harto hermosa: dióles cuentas, tixeras é cuchillos, cascabeles y espexos, con que se holgaron mucho, en especial con los espexos, cuando se miraban, y desto reían mucho los indios y las indias que allí estaban, é dió al cacique otro vestido, sin otro que antes le había dado, é otras menudencias de rescates, é dos hachas é dos machetes, é también dió á los indios é indias prencipales que allí estaban, algunos rescates, sin que por esto diesen al Adelantado ningún género de interés, ni él lo pidiese: mandó traer la comida, la cual fué muchos géneros de pescado muy bueno, asado é cocido, é ostriones crudos, cocidos é asados, sin otra cosa. El Adelantado había hecho desembarcar un quintal de bizcochos muy buenos é una bo-

tixa de vino é otra de miel de azúcar, é repartió por todos aquellos prencipales, é con la lengua les mandó truxesen escudillas para echarles de aquel miel: dióles algunas confituras é carne de membrillo, y en un plato de por sí comió el Adelantado, y la hermana del cacique en otro, y el cacique é su mujer en otro, pero en mesa, manteles y pañizuelos que el Adelantado había hecho llevar: bien entendieron ser nuestra comida muy mejor que la suya.

Cuando la comida se traía, tocaron las trompetas que estaban de la parte de fuera, y en cuanto comió el Adelantado, tocaron los instrumentos muy bien é bailaba el enano: empezaron á cantar 4 ó 6 gentiles hombres que allí estaban, que tenían muy buenas voces, con muy buena orden, que por ser el Adelantado muy amigo de música, siempre procura de traer consigo lo mejor que puede; alegrándose los indios extrañamente de oir aquello. Dixo el cacique á las mozas que no cantasen, porque sabían poco, y los cristianos sabían mucho: cesó la música: rogó el cacique que hasta que él se fuese, siempre tocasen los instrumentos é cantasen: el Adelantado lo mandó ansí. Acabaron é alzóse la mesa: entonces dixo que se quería ir.

El cacique le dixo que se fuese á reposar á un aposento que estaba allí, con su hermana, pues se la había dado por mujer, é si no lo hacía, que sus indios se escandalizarían, diciendo

que se reía dellos é della é la tenía en poco; é había en el pueblo más de 4.000 indios é indias.

El Adelantado mostró una poca de turbación é díxole por la lengua que los cristianos no podían dormir con mujeres que no fuesen cristianas.

El cacique le respondió que ya su hermana y él y su gente lo eran, pues le había tomado por hermano mayor.

El Adelantado le respondió que antes que fuesen cristianos, habían de saber é creer muchas cosas, é díxoles quién era Dios é su saber, poder é bondad, é que á este sólo han de adorar todas las criaturas que nascen en la tierra, é hacer lo que él manda, é que los cristianos que lo hacemos, cuando morimos acá en la tierra, nos vamos para el cielo, y que allí estamos siempre sin morir y vemos á nuestra mujer, hijos, hermanos é amigos, é siempre estamos alegres, cantando é riendo, y que ellos, porque no conocen esto, no sirven ni adoran á Dios, antes sirven á un cacique muy bellaco é mentiroso, que se llama el diablo, é cuando mueren, se van para él, é perpétuamente están llorando, porque unas veces tienen mucho frío é otras veces mucho calor, y ninguna cosa les dá contento (⋆). Dixo otras razones muy eficaces, y

(⋆) Suplido todo lo que sigue hasta esta señal *, porque en el manuscrito original falta un pliego, al llegar aquí.

Cárlos respondió que por que había conocido en el modo de los españoles, en su música y en sus manjares, ser mejor su ley, la quería abrazar, y le había dado á su hermana, y se la volvía á dar para que se la llevase; por lo cual el Adelantado hubo de llevarla al puerto con algunos indios é indias que la acompañasen, y después de consultar el caso con sus capitanes, indicóles que * parecíale podría venir en rompimiento con los indios, y esto no convenía, por el desinio del Adelantado, que todo lo mostraba, dende que había partido de España, su interés particular era que los indios se volviesen cristianos; y los capitanes le respondieron que convenía hacerle mucha fiesta á ella y á los indios é indias que con ella estaban, y que hubiese aquella noche muchos regocijos é música, é la bautizasen é pusiesen nombre, é que el Adelantado durmiese con ella, porque sería este gran prencipio para que se confiasen dél é de los demás cristianos, é que todos aquellos indios é los caciques, sus vecinos, serían cristianos, é que por ninguna manera convenía hacer otra cosa.

El Adelantado mostró mucho... procurar otro remedio, é como no se pudo tomar, ni se halló, acordó que se hiciese ansí.

Luego las cristianas que allí estaban, la hicieron lavar, tocar é vestir, que pareció harto mexor que primero, cuando estaba desnuda; é los capitanes, con industria, la alababan de muy

hermosa é mesurada: pusiéronle nombre Doña Antonia, é aquel puerto Sant Antón, por la devoción que el Adelantado había tomado al señor Sant Antón, para que le encontrase aquellos cristianos é cristianas que iba á buscar: duró la cena é música é regocijo en tierra, en unas tiendas que el Adelantado tenía armadas, junto de sus navíos, hasta las dos después de media noche, que el Adelantado la tenía cabe sí, é con la lengua le decía muchas cosas que la alegraban, é respondía tan discretamente y en tan pocas palabras, que á todos nos admiraba: danzaron sus indias é las mujeres cristianas é otros soldados, é acabado esto, la llevaron á acostar á una cama que el Adelantado mandó hacer, y él se fué para ella, y á la mañana, ella se levantó alegre, é las mujeres cristianas que le hablaron, dixeron que estaba muy contenta; é luego invió con una canoa que allí estaba, á 2 indios é 2 indias, á su hermano, el cual vino á verla, y el Adelantado le recibió muy bien, é dixo que deseaba que tuviese una cruz grande, puesta cabe su casa, é que todos los días, á las mañanas, los hombres é mujeres é los niños, la fuesen á besar y adorar, é la tuviesen por su ídolo mayor, é le dixo las causas para ello, é que quitase los demás ídolos que tenía.

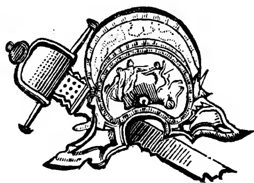
El cacique dixo que sí haría, mas que sus ídolos no los podía quitar tan presto, hasta que su hermana volviese, é los indios que con ella

iban, é les dixesen lo que habían de hacer.

Este cacique se llamaba Cárlos, porque se llamaba ansí su padre, é su padre se puso aquel nombre, porque los cristianos cautivos que tenía le dixeron que el Emperador Cárlos era el mayor Rey de los cristianos.

Hízose la cruz é hízola el Adelantado hincar allí, é con grande música é devoción se hincó de rodillas é la besó é lo mesmo todos los españoles que allí estábamos: luego hizo lo mesmo la india Doña Antonia é las más mujeres é indios que consigo tenía: luego la besó é adoró Cárlos é sus indios: tenía este Cárlos un Capitán, muy buen indio, que era casado con hermana del Cárlos y desta Doña Antonia, y el cacique con hermana del Capitán, y los indios, al parecer, según los cristianos decían, más temían á este Capitán que al cacique, é dixo á su cacique que él había de ser Capitán de aquella cruz, para que todos hiciesen lo que el Adelantado mandaba, irla á besar é adorar á la mañana; y ansí, se la entregó el Adelantado, é con gran reverencia, la llevó á cuestas á las canoas; é fué el Adelantado luego á embarcar, llevando consigo á doña Antonia é á los 3 indios é 4 indias é 7 cristianos é cristianas que estaban cautivos, porque otras 2 mujeres se habían ya ido á los indios é con el deseo que tenían de los hijos que dejaban; é dió orden á Estébano de las Alas se fuese á la Habana con

esta india é su gente, é la entregasen al tesorero Juan de Ynistrosa, que era lugarteniente del Adelantado en aquella isla para las cosas de la Florida, é le escribió diese orden como fuese dotrinada la india é los que con ella iban, é les hiciesen todo buen tratamiento, é cuando fuese tiempo, los hiciesen cristianos, que él volvería á la Habana, dentro de 3 ó 4 meses para la llevar á su tierra; é que diese el más bastimento que pudiese, aves y ganados, á Estébano de las Alas, é le despachase luego, para que con los 5 navíos que llevaba se fuese al fuerte de Sant Agustín, á donde el Adelantado le aguardaría, para ir sobre los franceses, que decían estaban en Guale y en Santa Elena; porque él se iba con 2 bergantines, descubriendo toda aquella costa de los Mártires, á ver si hallaba algún puerto bueno en la canal de Bahama, é procurando de ir á hacer amistades con los caciques é pueblos que topase; é ansí se partieron con próspero viento, el Estébano de las Alas, con 5 navíos, á la Habana, y el Adelantado, con 2 bergantines, al luengo de los Mártires, á San Agustín.





CAPITULO XV

Eá 8 días que partió del puerto de Santo Anton, que es donde el cacique Cárlos vive, entró en un puerto que halló en la canal de Bahama, é saliendo otro día, vió un navío, fué á reconoscerlo, é conosció ser una carabela que habían inviado dende la Habana á Campeche, á cargar de maíz, y llegóse allá, y entró dentro, y halló más de 130 personas dentro, é toda ella cargada de maíz, é fué desta manera: que esta carabela, por cartas del Adelantado, é á ruego suyo, fray... de Toral, Obispo de Yucatan, é D. Luis de Céspedes, Gobernador de aquella isla, se la habían cargado de maíz é de gallinas, miel é alpargatas é otras cosas, é cuando iba á la Florida, entró en la Habana, é Juan de Ynistrosa, como lugarteniente del Adelantado para las cosas de la Florida, la despachó luego é le mandó fuese por la tierra de Ays é puerto de Santa Lucía, donde había quedado el Capitán Juan Velez de Medrano, cuando le dexó allí el Adelantado con los 13 españoles é franceses é se fué con los 2 bajeles

á la Habana, á buscar bastimento, é ya le había socorrido el Adelantado con un patax cargado, é les dexase ciertas hanegas de maíz, é gallinas é carne, é pasase con lo demás á Sant Agustín, é haciéndolo ansí el maestre de la carabela, que como llegó á Santa Lucía é quiso descargar el maíz, é los soldados prendieron al maestre, é se alzaron con la carabela, é porque el Capitán Juan Vélez de Medrano quiso defenderlo, quisieron matar é hirieron á... de Ayala, su alférez, que también defendía no se alzasen con la carabela, y embarcados todos en ella se iban para la Habana y habían navegado ya más de 15 leguas.

El Adelantado embarcó en ella algunos gentiles hombres de los suyos, y se fué á Sant Agustín, donde entró con ella á 20 de Marzo de 66, y halló al Maestre de Campo muy enfermo, é sin bastimento, é había habido allí muy grandes motines, y en el fuerte de San Mateo, é fueron tan acordados entre algunos capitanes é los más soldados, que no lo pudiendo remediar el Maestre de Campo, que estaba en Sant Agustín, ni Gonzalo de Villarroel, á cuyo cargo estaba el fuerte de San Mateo, porque no los matasen, pasaban por algunas cosas mal proveídas é ordenadas, é siendo llegado el capitán Diego de Maya por fin de Deciembre, con un navío de 80 toneles, cargado de cazabe, carne é ganado, aunque todo era poco, dexando parte en

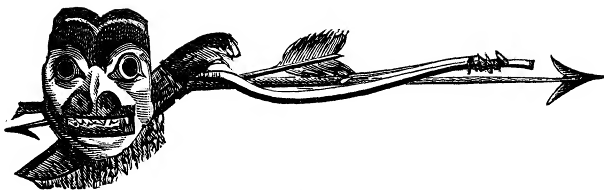
el fuerte de Sant Agustín, se fué con lo restante á San Mateo, y á la entrada de la barra, se perdió el navío y el bastimento: escapó la gente: fué luego avisado el Adelantado, é por prencipio de Hebrero les invió una fragata de 70 toneles, cargada de maíz, vino é aceite, paños é lienzos, alguna járcia y estopa, de valor todo ello de más de seis mill ducados: á un solo mercader compró los cuatro mill ducados desta ropa é bastimentos, fiados por un año; é como la fragata llegó á Sant Agustín, antes de descargarla, una noche amotinóse la gente é prendieron al Maestre de Campo, justicia é regimiento que allí había, é al tenedor de bastimentos: clavaron la artillería: nombraron eletto é Sargento mayor que los gobernase, que eran obedecidos é respetados: estuvieron desta manera 6 días, á cabo de los cuales se embarcaron con 130 hombres en la fragata, é porque no cabian todos los amotinados dentro, andaba el Sargento mayor que los amotinados habían nombrado, señalando á los que se habían de embarcar, que habían de ser de los que habían sido más rebeldes é traidores á S. M. en este motín: traía este Sargento, para la guarda de su persona, 12 arcabuceros é 6 alabarderos, é queriéndose él embarcar con esta gente que le hacía guarda, tuvo lugar el Maestre de Campo de soltarse, é soltó á otros 8 del regimiento é oficiales de S. M., é toman sus arcabuces é vánse, sin ser sentidos, sobre

ellos: desampararon la barca, é tomósela el Maestre de Campo: como se vieron perdidos, rendiéronsele é diéronle las armas: él los hizo prender á buen recaudo: hízoles cargo, había alteración entre otros amigos que allí tenían estos presos, que no habían podido caber en la fragata, é habiéndoles tomado la confesión la noche venida, antes del día hizo ahorcar el Maestre de Campo al Sargento: hubo lástimas del eleto, que tambien lo prendió, por que era un simple, é muy contra su voluntad había aceptado aquel oficio: luego á la mañana los soltó é á los demás que tenía presos, dándoles una reprehensión, é porque la fragata no podría salir, armó el Maestre de Campo un patax que allí tenía, para ir sobre ella, é habiéndolo hecho, llevando consigo dentro del patax la gente de más confianza que tenía, y en empezándola á bombardear para la echar al fondo, cortaron el cabo á la fragata, con que estaba surta, é guindó las velas é fuese huyendo: el Maestre de Campo volvió al fuerte, desarmó el patax, puso su gente en gobierno é desceplina, como de antes.

Hubo gran lástima el Adelantado al Maestre de Campo de verle tan flaco del sentimiento que había hecho por habérsele desacatado: fué á 20 de Marzo cuando el Adelantado allí llegó: tambien estaba Bartolomé Menéndez, Gobernador é Alcaide de aquel fuerte é distrito, hermano del

Adelantado, en la cama muy enfermo; é cuando fué el motín, había ido con unos soldados á los indios enemigos, á buscar algun maíz; que si allí estuviera cuando el motin, segun era mal quisto, le matáran: todos estaban tristes é afligidos, que era gran lástima, é con la venida del Adelantado, luego se alegraron y estuvieron buenos los enfermos, porque la carabela traía mucho maíz, miel, gallinas é alpargatas; y el mesmo día entró Estébano de las Alas, de vuelta de la Habana, donde había dexado á doña Antonia é á los demás indios, que tambien traía bastimento, carne é ganado, que fué gran regocijo, contento é alegría para todos.





CAPITULO XVI

En el tiempo que hubo este motín en Sant Agustín, lo hubo también en San Mateo, porque se averiguó que fuera caso pensado é trato doble entre algunos capitanes, oficiales é soldados de un fuerte é de otro, que ordenaron de pedir con toda instancia al Maestre de Campo que se acabase de hacer un navío que los franceses tenían en el estellero, á manera de galera, en Sant Mateo, é se aderezase un patax que estaba en Sant Agustín, é se alzasen con el primero navío de bastimentos que viniese, é con los 3 navíos saldrían de la tierra, prendiendo los soldados á los capitanes que se quisiesen ir, para que se entendiese que los llevaban por fuerza, é si algun capitán se quedase destos del motin, parecíales que en cualquier otro navío que viniese había de ser forzosa la salida, porque con tan poca gente no se podían defender de los indios, si fuesen enemigos, é que desta manera les tendría S. M. en servicio la quedada, al tiempo que hubiese el motín, é después la salida de la tierra, porque todos no pe-

reciesen; é para poderlo efectuar con todo secreto, porque temían al Maestre de Campo é no atraer á sus voluntades á los gobernadores é alcaides de los fuertes, que eran Bartolomé Menéndez, hermano del Adelantado, en Sant Agustín, é Gonzalo de Villarroel en Sant Mateo; y el Maestre de Campo, aunque vió que aderezar los navíos era malo, no se atrevió á hacer otra cosa, porque andaban ya alterados: díxoles que ordenasen ellos la carta para en Sant Mateo, que él la firmaría, é ansí se hizo: él escribió otra á Gonzalo de Villarroel, é cosióla en las espaldas al mensajero, porque no se la hallasen, y decía por ella al Villarroel que impidiese cuanto pudiese que aquel navío no se acabase, porque él no pudiera hacer otra cosa sino dar la carta que pedían, por estar la gente alterada, é que él se gobernase con la gente de San Mateo, si se quería amotinar, lo mejor que pudiese, é conforme al tiempo é de manera que no lo matasen. Y estos motines se empezaron á tratar 5 días después que el Adelantado partió de Sant Agustín, la vuelta del cabo del Cañaveral, á buscar á los franceses que se estaban fortificando allí, como está dicho, que partió de San Agustín á esto á 26 de Octubre de 65; é halláronse cartas escritas de un fuerte á otro, de 1.º de Noviembre, en que prencipiaban á buscar el remedio de salir de la tierra, no teniendo razón ni fundamento para ello, más de parecerles que

no tenían nueva de oro ni plata en aquella tierra, é que los más dellos tenían por imposible la vitoria que Dios Nuestro Señor había dado al Adelantado con los luteranos, é que de Santo Domingo é isla de Cuba se pudieran pasar al Perú é á Nueva España, que era tierra rica é fértil, y eran estos sus prencipales desinios con que habían salido de España; é como no aportaron á aquellas islas, é dió Dios la vitoria contra los luteranos, en acabar de echarles de la tierra, é no querían ser conquistadores é pobladores en ella, parecióles que era buena ocasión decir que lo hacían por falta de comida, y esto, si la quisieran reglar á los prencipios; por haber sacado el Adelantado los 300 hombres para el segundo fuerte, que después dexó con el Capitán Juan Vélez de Medrano é la gente de mar que llevó los navíos que invió por bastimento, y el que invió á España de aviso; lo tenían hasta todo Marzo, con la gran cantidad de pescado, é muy bueno, é de ostriones é cangrexos, é palmitos, é cantidad de aceite que el Adelantado desembarcó; é sin haber ganado el fuerte á los enemigos, trató el Adelantado se diese á libra de bizcocho por ración, que era muy buena en conquista; é algunas veces carne; otras garbanzos cocidos con aceite é vinagre, é otras pescado; y en nombre de todos, replicó Juan de San Vicente, que era un soldado de Medina del Campo, que al tiempo que el Adelantado quiso

partir para la Florida, llegó á Sevilla, que venía de Italia, por cierta cuestión que allí había tenido, é llevó una carta de favor al Adelantado, de Luis de Quintanilla, en que le decía que era muy buen soldado, pareciéndole que respondería al esfuerzo é valor del Capitán San Vicente, su hermano, que le pidía le honrase é favoreciese en lo que hubiese lugar: el Adelantado era grande amigo de Luis de Quintanilla, y era la primera cosa que le había pedido: tenía noticia del Capitán San Vicente, que estaba en Italia, hermano deste soldado, ser buen capitán: parecióle que éste fuera lo mesmo, é nombróle por capitán, é un compañero que consigo llevaba, que habían sido camaradas en Italia, que se llamaba Fernán Pérez, también de Medina del Campo, le nombró por su alférez.

E dixo este capitán é su alférez al Adelantado: una libra de bizcocho á cada soldado por ración, es poco.

E aunque el Adelantado justificó con razones bastantes que era razonable, é conforme al tiempo é necesidad no se debía de dar mayor, porfió él, é acudieron algunos de sus soldados á decir que no se sufría dar á libra de bizcocho por ración; é por esto acordó fuese á libra é cuarterón, é quedóle mala sospecha deste capitán é alférez.

E después de ganado el fuerte á los franceses, que se quemó con el bastimento, todavía

quedaron más de cient pipas de harina: alargáronse á comer muchos de los soldados, sin orden é sin querer que se les acortase la ración: faltóles á mediado de Hebrero, y ellos desearan se les acabara muy primero, según después se vió; pues vino una fragata de 70 toneles, cargada de bastimento, é se alzaron é se fueron con él; é luego vinieron otros navíos de bastimento que el Adelantado truxo de Sant Agustín, y los de San Mateo, que estaban amotinados, no se habían partido: avisólos luego del bastante recaudo de bastimento que traía, é que había nueva que franceses venían sobre ellos; que él les perdonaba la alteración, é si con ellos estuviera, se hubiera antes salido de la tierra, por no perecer de hambre, é que ninguna culpa les daba en haberse amotinado para se salir de la tierra, cuando no tenían comida; mas entonces que había harta, que era gran traición la que harían á S. M., desamparándole sus dos fuertes que en aquella tierra tenía; en especial que como los cristianos quedasen pocos, serían luego los indios enemigos, é andaban algunos franceses entre ellos, que les adestrarían para hacer la guerra á los que quedasen en los fuertes, que por hacer servicio á S. M. é serles leales vasallos, algunos no los querrían desamparar: recibieron este recado, que el Adelantado invió con un Escribano público, que se lo notificó de parte de S. M., que so pena de ser dados por

traidores, se volviesen al fuerte, é aquello guardasen é cumpliesen: respondieron que ellos no sabían arar ni labrar, é que aquella tierra no era buena para otra cosa; que se querían ir á las Indias á vivir como cristianos, é no estar en aquella tierra hechos bestias.

Estaban en aquel navío alzados ciento é veinte é tantos soldados: los 35 dellos, gente noble, respondieron que ellos se querían ir al fuerte, por servir á su Rey é obedescer á su General; que los echasen en tierra, que estarían como dos leguas del fuerte: respondiéronles los demás que no querían: replicáronles estos 35, diciendo que se echaban á perder en llevarlos, porque á cualquier tierra de cristianos que llegasen, habían de decir á la justicia el trato del motín é cómo salían de la tierra dexando el fuerte desamparado, con solo el alcaide Gonzalo de Villarroel, é su alférez Rodrigo Troche, é don Hernando de Gamboa, é Rodrigo Montes, primo hermano (*) del maese de campo y cuatro deudos suyos, Martín de Ochoa, su alférez y sargento, con otros amigos, y el capitan Francisco de Recalde y un criado suyo, que en todos eran 21 personas.

El alférez y sargento de Francisco de Recalde, que eran los más principales cabezas del motín, habían hecho muchos males y dado

(*) Desde aquí va suplido lo que sigue, por faltar un pliego del manuscrito.

muerte á algunos indios, especialmente á tres principales, haciendo á los demás poner de guerra, aunque hasta allí habían sido tan amigos de Saturiba y sus vasallos, que estaban muchos en venirse á poblar junto al fuerte. Conocieron los rebeldes que si dejaban á los 35 en tierra, como pretendían, habían de darles muerte los indios, y para que esto fuese más presto, los desnudaron los amotinados, y robándoles cuanto tenían, los llevaron en un batel á la costa; y empezando á caminar hacia el fuerte, salieron á ellos muy feroces los indios y los flecharon á todos.

Gonzalo de Villarroel ignoraba todo lo referido, y como estaba sin gente, envió á Rodrigo Troche, su alférez, con un soldado á pedir socorro á San Agustín, teniendo por muy seguro, como hasta entonces, el camino; pero apenas se alargaron del fuerte, cuando les salieron al encuentro los indios, diciéndoles: Cristianos, hermanos y amigos; no se recataron los dos de ellos y los cogieron descuidados, llevándolos presos á Saturiba, que conocía bien á Rodrigo, al cual mandó luego abrir el pecho y sacarle el corazón, y lo mismo mandó hacer con el otro, para aterrorizar á los demás con estas crueldades, á que dejasen la tierra como los amotinados.

Estaba el Adelantado entonces en San Agustín, disponiendo su viaje para ir á Guale, ó á la

provincia de S.ta Elena, teniendo señalados ya 300 soldados con sus capitanes, y entre ellos Juan de San Vicente; y antes despachó á la Habana los dos pataches de Juan de Llerena y Diego de Miranda y aprestó una carabela para traer de S.to Domingo bastimentos y municiones; pero sabiendo el atrevimiento de los amotinados y que su piedad y disimulo los había hecho peores, mandó aprestar un navío para ir á combatirlos: al tiempo de embarcarse, salió Juan de San Vicente pidiendo licencia de irse en la carabela con su alférez.

Negósela el Adelantado, para evitar el mal ejemplo, diciéndole que lo que convenía era acabar de echar á los franceses de Guale y fortificarse, por ser buena tierra, lo cual no podía hacer con menos de 300 hombres, y 100 había menester enviárselos á Gonzalo de Villarroel, y dejar otros 100 en San Agustín con el maese de campo; que luego que viniese la gente que esperaba de España, le daría licencia. Replicó el capitán que él y su alférez tenían poca salud, é insistió en que se la otorgase.

El Adelantado mandó diesen petición, y sin detenerse, la presentaron, y otras más de 100 soldados, firmando cada una 12 ó 15: viendo el Adelantado el alboroto, decretó á todas que no había lugar; pero temiendo mayor motín en aquel fuerte, si se ausentaba á Santa Elena, y que corrían riesgo las vidas del maese de campo

y los demás oficiales, requirió al capitán San Vicente y á otros, sobre que no convenía al servicio real salir de la tierra, y que durante su ausencia á S.ta Elena, no moviesen alborotos ni motines, antes cada uno acudiese á su obligación, que en viniendo gente de España, daría licencia á cuantos la pidiesen, y si quisiesen nombrar personas que fuesen á S.to Domingo en la carabela, para que de allí pasasen á España á sus diligencias, que las nombrasen luego; pero que si después de haberse ido se habían de amotinar, dejando los fuertes desamparados, que se lo dijesen, que menos mal era dejar los fuertes solos que con tan ruín gente, y que tuviesen entendido habían de ir presos á Sevilla, á la orden de los oficiales reales de la Casa de la Contratación, y si no querían pasar por esta vergüenza, sino quedarse en el fuerte como buenos soldados, se lo agradecería mucho; mas si se alborotaban, tendrían pena de muerte y confiscación de bienes y serían declarados por traidores.

Respondieron que como se les diese licencia, fuese como S. S.a quisiese; y viendo que de nada podía servir, sino de echar á perder á los demás, en confianza de que en la carabela sólo cabrían 50 ó 60 hombres, les dió licencia de que se embarcasen, y ellos se acomodaron de suerte que cupieron más de 100. Dióse orden al piloto los llevase á Puerto-Rico y volviese á San Agustín con bastimentos: á los que estaban embar-

cados les intimaron las penas antecedentes, en que consintieron; pero apenas se alargaron de tierra, cuando se alzaron con la carabela y mandaron al piloto navegase á la Habana, donde creían lograr mejores ocasiones de ir á Nueva España, Perú, Honduras ó Campeche. Fuéles el viento contrario, y no queriendo aportar á Puerto-Rico, se encaminaron á Santo Domingo y á Puerto de Plata, habiendo hecho antes informaciones de que venían con licencia, jurando falso unos por otros.

Avisó el piloto á Francisco de Ceballos, que gobernaba allí, la verdad del suceso; mas no hizo caso, antes él y los demás vecinos é regimiento recibieron muy bien á los amotinados, constándoles haber cédulas reales en aquella villa y las demás partes de las Indias para prender á todos los soldados que se viniesen de la Florida y volver á enviarlos á ella; mas no las querían cumplir los jueces y gobernadores, pareciéndoles era mucho rigor, y si prendían á alguno, le soltaban luego, dejándole pasar al Perú ó Nueva España, como hicieron algunos de estos conjurados; pero los más murieron sin pasar adelante, porque en la carabela venían (*) hartos más de los que ella podía traer: venían muy apretados, é la calor era mucha, y era navegación de 10 ó 12 días é tardaron treinta é

(*) Sigue el manuscrito original.

tantos, é faltóles el bastimento y el agua; fué milagro quedar ninguno vivo.

Fué avisado el Adelantado de todo esto, é que los otros 120 soldados que se habían alzado con la fragata cargada de bastimento en San Agustín, habían aportado allí y se les había hecho mucha cortesía é honra: dió noticia á la Real Audiencia de aquella isla, que conforme á la cédula de S. M., pues no le inviaban estos soldados á la Florida, los inviasen á España, porque sería S. M. muy deservido que se pasasen á las Indias, que se pasaron los más dellos á las partes de las Indias que quisieron, y otros se presentaron en la Audiencia, diciendo que habían servido muy bien é no tenían culpa, é los dieron por libres, en especial al capitán San Vicente é su alférez, cosa que admiró é fué muy mal ejemplo para los más soldados que quedaban en servicio de S. M. en la Florida, porque S. M. por sus reales provisiones, que estaban presentadas en aquella Audiencia, no mandaba conocer de pleitos é cosas de la Florida, sino expresamente que cualquier persona que della saliese sin licencia del Adelantado, se lo volviesen preso á buen recaudo; é aunque estas provisiones se presentaron é notificaron en todas las Indias á las justicias, de 500 soldados que salieron de la Florida amotinados, é otros 500 que iban para aquella tierra é se quedaron en las Indias, los cuales todos mill llevó el Ade-

lantado, de España, á sus expensas, é hasta dándoles pasaxe é matalotaxe, hasta hoy no le han inviado diez dellos á la Florida. Dió de todo aviso á S. M. para que inviase sus provisiones á todas las Indias, para que presos los inviasen á estos Reinos, para que no haya tanta gente alterada en aquellas partes: los más destos, por donde quiera que iban, é los que vinieron á estos Reinos, para justificar sus flaquezas, decían é publicaban mal de la tierra é de la empresa é del Adelantado é sus menistros, parientes é amigos que en ella quedaban, á las hambres, trabaxos é peligros que subcediesen; y esto fué causa que muchas personas que al prencipio, cuando el Adelantado fué, querían ir á poblar, é por estos cuentos que decían, por las cartas que el capitán San Vicente é Fernando Pérez, su alférez, é otros, escribían, destos que habían hecho flaqueza, tan perjudiciales contra el Adelantado, que sus menistros é oficiales, y en decir mal de la tierra, siendo contra toda razón é verdad, que dieron é fué causa que no se halla hombre que quiera venir á vivir, poblar ni conquistar: dió tanto crédito estas cartas é nuevas en todas las Indias y en España, que se decía que condenaban muchos al Adelantado en porfiar querer poblar esta tierra, de tal manera que se dixo que algunos menistros de S. M. le daban culpa, é no advertían de que todos los que esto decían, lo que habían andado era al luengo

de la marina, por arenales é ciénagas, guardando los fuertes, é haciendo la guerra á los luteranos, é no había ninguno que hubiese andado una legua por la tierra adentro de la Florida.





INDIOS DE LA FLORIDA ADORANDO AL SOL Y SACRIFICÁNDOLE UN CIERVO (Cop.ª de un grab.º del año 1591)



CAPITULO XVII

Por haberse ido el capitán Juan de San Vicente é su alférez, con las ciento é tantas personas del fuerte de San Agustín en la carabela, como está dicho, á Puerto de Plata, mudó consejo el Adelantado, porque de los 300 hombres que había de llevar á Guale é S.[ta] Elena, dexó los 150 en los dos fuertes de S.[n] Agustín é S.[n] Mateo, con la más gente que primero había, é fuese con los otros 150 en dos bergantines é un navío de 100 toneles, derecho á Guale, é de camino entró en S.[n] Mateo, dexó la gente y el bastimento, vesitó aquel fuerte: alegró mucho su llegada á Gonzalo de Villarroel é á los que con él estaban: condenaban en San Agustin y en S.[n] Mateo al capitán Franc.[co] de Recalde, sobre que le daban mucha culpa por los motines que hubo, y la información general que se hizo de los que habían sido culpados resultaba contra él más que contra otro ninguno.

El Adelantado no quiso castigar á ninguno: invió el proceso á S. M. y envió preso á Francisco de Recalde á la Contratación de Sevilla:

vino el proeeso, hallóse sacado dél la culpa de Recalde, é como él llegó á Sevilla, no se presentó en esta corte: como vió que no había culpa contra él en el proceso, pidió mercedes á S. M.: suspendierónselas hasta la llegada del Adelantado á España.

Túvose por cierto que el Adelantado mandaría justiciar al capitán F.co de Recalde, por la culpa que contra él resultaba en el proceso, é porque le halló en el cofre ciertas cartas recebidas de un clérigo de Sevilla, que estaba en el fuerte de San Agustín, que se llamaba el Lic.do Rueda, que fué una de las cabezas de los amotinadores que por información que hizo en la ciudad de S.to Domingo ante la justicia, tomando por testimonio á otros soldados amotinados, sirve agora de cura en aquella ciudad, é le hacen mucha cortesía.

Dexando el Adelantado reparados los 2 fuertes de San Agustín é San Mateo lo mexor que pudo, conforme al tiempo é bastimento que tenía, partió de San Mateo para Guale á prencipio de Abril de dicho año de 66, é habiendo navegado 3 días, descubrió un puerto; é metióse en los 2 bergantines con hasta 50 personas; dexó á Estébano de las Alas, con las otras 100, en el navío de 100 toneles: á lo largo fué el Adelantado á reconoscer un puerto que vió, é desembarcó en él, cerca del pueblo, como un cuarto de legua: acudieron muchos indios flecheros allí,

y un cristiano entre ellos, también desnudo, con sus arcos é flechas, é habló en español é dixo:

—¿Qué gente, dónde sois, hermanos?

El Adelantado respondió:—Somos españoles; y pregúntole:—Hermano, ¿quién sóis vos y qué hacéis aquí?

El hombre le respondió:—Soy francés, aunque nascí y me crié en Córdoba: habrá 15 años que me solté del castillo de Triana, que me tenían allí preso, y fuíme huyendo á Francia: allí me casé en Abra de Gracia: después acá, siempre ando por la mar: estuve 6 años en el Brasil, á aprender la lengua de los indios en un puerto y tierra del Brasil, que estuvo allí el capitán Villagañón, Capitán General de aquella tierra, é fué á Francia á pedir socorros, y acudió allí una armada portuguesa, é ganóle el fuerte que tenía: unos murieron é otros quedaron vivos: yo escapéme entre los indios, que sé muy bien la lengua: fué allí después un navío francés y fuíme en él para Francia: después hizo una armada el Almirante de Francia: invióme en ella á esta tierra para lengua, é por Virrey de toda la Florida venía Juan Ribao, que era General de la armada: yo vine con él y estoy aquí por lengua.

Entonces el Adelantado le dixo que cómo se llamaba aquella tierra y el cacique della.

Dixo que se llamaba la Florida, é que el señor de aquella tierra é pueblo que parecía cer-

ca se llamaba Guale, é que le inviaba á saber qué gente era, y para que, si eran españoles, no les dexasen desembarcar los indios, porque aquel cacique é su gente eran amigos de los franceses. El Adelantado le dixo:—Nosotros no hacemos mal á los indios, antes les hacemos bien, é contra su voluntad no queremos ir á su tierra: llegáos acá, hermano, que me pesa veros andar desa manera; é dióle una camisa nueva, é unos zaragüelles é un sombrero, é de comer, é dixo que si los indios querían comer, que se llegasen allí.

Él llamó á los indios, é luego vinieron: sentáronse en la arena, é diéronles bizcocho, que comían muy bien, é unos higos pasados: podían ser los indios hasta 40: á todos les dió el Adelanto algún rescate, con que se holgaron mucho, é alababan al Adelantado por señas, diciendo que fuese á su tierra.

El Adelantado preguntó á la lengua, qué decían. La lengua dixo que se alegraban mucho con el Adelantado, é que le decían fuese á su pueblo á ver á su cacique.

El Adelantado dixo á la lengua que les dixese que ansí lo quería hacer; é luego tomó consigo 30 arcabuceros é 4 ballesteros, é saltó en tierra, dexando los 16 hombres en guarda de los bergantines; é los indios no tuvieron ningún miedo. E yendo caminando al pueblo, iba el Adelantado hablando con la lengua, é preguntóle quién le había dexado allí: dixo que había

6 meses que se perdiera Juan Ribao, con parte de su armada, andando en busca del General Pero Menéndez, que iba á aquella tierra á hacer los indios cristianos, y el Juan Ribao, capitanes é gente que con él venían, eran de la nueva religión, é querían todos franceses que en aquella armada venían, y el Almirante de Francia, que todos los indios fuesen luteranos de la nueva religión, como ellos, é sujetarlos para que viniesen á obediencia del Rey de Francia, é tener allí galeras para las flotas é naos de Indias que por allí pasasen, tomarlas; é que con una tormenta se perdiera su General y escapara la gente: inviara en un batel un yerno suyo y otros 2 capitanes y 12 marineros, y él entre ellos, para que fuesen á un fuerte que tenían, á decir que fuesen 2 ó 3 navíos por la gente, porque estaban estos navíos en el puerto donde estaba el fuerte; y entrando en el puerto donde el fuerte estaba, los indios amigos les dixeron que otros cristianos como ellos les habían tomado sus casas é haciendas, y el fuerte, é les habían degollado los hombres que dentro estaban: acudió luego á la marina un francés que andaba huído entre los indios, que les contó todo lo que había pasado, y entonces acordó esta gente del batel que se fuesen á S.ta Elena, porque los indios de allí eran sus amigos, é sabían la lengua é tierra, porque había 6 años que tuvieron allí un castillo 3 ó 4 años, é porque el capitán

no se quería ir á Francia, le mataron sus soldados, é hicieron un navío, é se fueran con él á Inglaterra: un criado deste capitán francés muerto, porque no le matasen, á causa que diría en Francia lo que había pasado, huyó al monte entre los indios, é quedóse con ellos: casáronle con una hija del cacique (*). También le dijo este intérprete al Adelantado el estado de Guale, y que su cacique tenía guerra con Orista y 2 indios principales presos, á los cuales brevemente daría muerte, como á los demás enemigos que prendía; y que en la tierra había poco bastimento, porque hacía 8 meses que no llovía. Otras muchas cosas dijo el francés, hasta que llegaron al pueblo; salió á recibirlos el cacique, que era hombre ya viejo, y dos hijos suyos y algunos indios principales, de paz. Hizo el Adelantado con él las mismas ceremonias que con los demás, y el cacique se alegró mucho de verle, porque el francés le persuadió fácilmente á que eran gente buena y que no hacían mal, sino mucho bien, á los indios. Hablaron algunas cosas, en que sirvió bien el francés intérprete; y entre otras, preguntó el cacique al Adelantado que cómo tenía guerra con los otros cristianos y les daba muerte, siendo todos de una tierra. Respondióles que eran cristianos de mentira y enemigos suyos, por ser rebeldes á Dios, á la

(*) Suplido.

Iglesia y á su Rey, el cual era cristiano de verdad, y otros tan malos como ellos querían que fuese cristiano de mentira, por fuerza de armas, y que si el Rey de España, su señor, no le hubiera ayudado para castigarlos, le hubieran quitado el Reino, para dárselo á uno de su falsa secta, y que aquellos á quien él daba muerte, la merecían más cruel, porque venían huyendo de su tierra, á engañar á los caciques y sus indios, como engañaban á los otros buenos cristianos, para que el diablo se los llevase, y eran tan malvados y perjudiciales, que ninguno podía averiguarse con ellos, hasta que los sosegaban ajusticiándolos, y que este era el motivo de hacerles guerra, hasta acabar con tan mala y pestilente secta; pero que él no le tenía para la cruel guerra que hacía á Orista, pues todos eran de un mismo país, y las ofensas que se habían hecho, apenas eran dignas de azotar un vasallo. Guillermo el intérprete explicó al cacique muy bien todo lo referido, y (*) el cacique respondió al Adelantado que quería ser cristiano de verdad é no de mentira, como los otros cristianos que allí estaban. El Adelantado le dixo el poder é bondad de Dios, é lo más que á los otros caciques, y que mandase á su gente que fuesen á oir los cantares que los niños decían, que era la dotrina cristiana, é á besar la cruz,

(*) Sigue el manuscrito.

que después le dirían lo que aquellos cantares querían decir: dixo que ansí lo haría, é hizo el Adelantado hincar allí una cruz grande, y habiéndose juntado todos é cantado las letanías, hincados de rodillas, fueron á adorar é besar la cruz: el cacique é todos los indios é indias hicieron lo mesmo: rogó el Adelantado á la lengua, pues era español, se volviese católico é á la fé de Jesucristo; que él le querría mucho é daría muchas cosas, é si se quisiese ir á Francia, lo inviaría á España, porque desde allí se fuese, é si se quisiese estar allí, también lo podría hacer: respondió que allí se quería quedar y estar, y que él quería ser cristiano é católico, é trabaxaría que lo fuesen los indios.

El Adelantado se lo agradeció mucho é le dixo que para otro día por la mañana tratasen con aquel cacique las paces con el cacique de Santa Elena, é que fuese él buen medianero para ello é para que no matasen aquellos dos indios prencipales de Orista: la lengua le prometió que haría en ello lo que pudiese; é otro día por la mañana, el cacique é todos los indios é indias é muchachos é muchachas, cuando vieron que se estaba diciendo la doctrina cristiana, acudieron allí é se hincaron de rodillas: después de acabado, que los soldados fueron á adorar é besar la cruz, hincados de rodillas, el cacique é todos los indios hicieron lo mesmo: luego tomó el Adelantado al cacique por la

mano, é le llevó á su casa é le rogó que hiciese llamar á sus indios prencipales, porque les quería hablar, é ansí vinieron como 10 ó 12.

El Adelantado dixo con la lengua que había sabido que tenían guerra con los indios de Santa Elena, que les rogaba fuesen amigos, que él iría á tratar las paces, é les diesen los dos indios que tenían, para se los llevar, é que cuando el cacique de Santa Elena no quisiese ser su amigo, se los volvería. Guale habló con sus indios, é respondió que no quería, porque le tomaría los indios Orista, é no querría ser su amigo.

Había 8 meses que no llovía en aquella tierra, é tenían sus maizales é labranzas, secas, de que estaban todos tristes, por la poca comida que tenían. El Adelantado les dixo que estaba Dios enojado contra él, porque tenía guerra con Orista é con otros dos caciques, é porque mataba la gente que les tomaba, é que por esto no le quería dar Dios agua; que le dejaría 2 cristianos en prendas de los 2 indios, é que cuando no hiciese las paces con Orista é no le trujese los dos indios, que matase aquellos 2 cristianos.

El cacique Guale habló con sus indios un rato, é respondió que era contento, é díxole el Adelantado que otro día se había de partir: mostraron tener gran placer todos los indios, grandes é pequeños, destas paces que el Adelantado quería tratar, porque los indios de Santa Elena eran más poderosos, é mataban muchos indios

á este cacique Guale. Luego fué á almorzar el Adelantado con sus soldados, é llevó á este cacique consigo é á 2 hijos suyos, muy buenos, que tenía, é fuese 2 leguas de allí, á ver la isla é disposición de la tierra.

El cacique, por ser viexo, se volvió, habiendo andado media legua: hallóse la tierra toda muy buena é apacible para pan é vino: á la vuelta que el Adelantado vino al pueblo, el cacique le pidió le mostrase los 2 cristianos que con él habían de quedar: luego se los mostró, porque los tenía señalados para consigo: los dos soldados callaron, sin responder nada, mostrándose muy tristes: el cacique dixo que no quería aquellos dos cristianos, que él había de tomar los dos que quisiese: el Adelantado dixo que era contento, que los señalase luego: el cacique señaló á un sobrino del Adelantado, llamado Alonso Menéndez Marqués, é á Vasco Zabal, alférez del estandarte real, que vió que comían á su mesa, é tambien se creyó se lo dixera la lengua que eran aquellos 2 de los más prencipales.

El Adelantado le dixo que era contento que quedasen aquellos, que eran entrambos sus capitanes, de los que él más quería, é les dexaría á cada uno un cristiano, para que los sirviese, é los niños que enseñasen la doctrina cristiana.

El cacique se mostró muy alegre por esto é los fué abrazar á su modo é darles gracias, á

manera de respetarlos. Ellos se entristecieron mucho, diciendo que no era bien quedarse con aquellos salvajes.

El Adelantado les respondió que de buena gana se quedara él, que no tenían de qué temer, que les rogaba mucho que procurasen con aquella lengua darles á entender cuán bestialmente vivían é cómo era bueno ser cristianos: dixo luego al cacique que tratase bien á sus cristianos, é que si les hacía mal, que á él é á toda su gente los mandaría cortar la cabeza, porque haría las paces é traería indios prencipales de S.ta Elena para efectuarlas, é se volvería lo más presto que pudiese.

El cacique se atemorizó, é si el Adelantado le apretara, de buena gana le diera los cristianos con los indios, para que se fuera de su tierra, porque tenían gran temor los indios al Adelantado, porque ya tenían noticia de las vitorias que había tenido contra los luteranos franceses, porque en aquella tierra corren mucho las nuevas de las cosas que subceden, de cacique en cacique: respondió este cacique al Adelantado que trataría bien su gente, é que él, ni sus indios, no la matarían, si el cacique del cielo no la mataba. Ansí se partió el Adelantado otro día por la mañana para S.ta Elena, dejando allí estos 6 cristianos en prendas é para que doctrinasen los indios: embarcóse en sus bergantines, salió á la mar á medio día, descubrió un

navío, fué sobre él, reconosció que era el suyo, que estaba surto: entró dentro: fué grandísima la alegría que Esteban de las Alas é su gente recibió con el Adelantado, porque temieron mucho que era perdido, que había 4 días que se apartara á reconoscer el puerto, que era dilación de 2 ó 3 horas, é aquella noche hubo mucha tormenta: tocaron de placer las trompetas é hicieron salva con la artillería: los dos indios que el Adelantado llevaba de S.ta Elena é otro prencipal de Guale, que iba para hallarse presente á las paces, hubieron mucho miedo á la artillería, diciendo que les hacía mucho mal para la cabeza é para el corazón; que tañesen las trompetas, que era buena cosa, no tirasen más.

El Adelantado lo mandó ansí, é dixo á Guillermo, lengua, que tuviese cuenta de los indios, pues los entendía, é los alegrase é regocijase todo lo que pudiese, y encargó á todos los soldados los tratasen muy bien.

Hizo el Adelantado levantar la áncora al navío, é navegó para Santa Elena con él é sus 2 bergantines: contó luego á Estébano de las Alas, é á la más gente, lo que le había acontecido, de que todos se holgaron, aunque les pesó mucho de la quedada de Alonso Menéndez Marqués, porque era muy bien quisto de todos. Llegaron otro día á la tarde á S.ta Elena, que los 3 indios que llevaban, conoscieron muy bien el puerto: entró dentro, por donde los indios le

guiaban, que eran diestros pilotos, porque solían andar por allí pescando con sus canoas. Habiendo entrado y andado por la ría adentro una legua, los indios mandaron surgir con el navío grande, porque adelante no podría pasar, é que se embarcasen en los bergantines é fuesen al pueblo: el Adelantado lo hizo ansí, é se embarcó en los bergantines, é llevó consigo á Estébano de las Alas é hasta cient personas. Llegó al pueblo de los indios, que estaba de allí á 2 leguas, é halláronle quemado, é volvían á hacer de nuevo algunas casas: parecieron algunos indios muy alterados, con sus arcos é flechas é puestos de guerra: los dos indios que el Adelantado llevaba le dixeron que pensaban aquellos indios que él y su gente eran de los cristianos de mentira, que los habían cautivado en la guerra, sirviendo á Guale; que ellos saltarían en tierra é los dirian cómo éramos muy buenos y enemigos de aquellos, é á lo que veniámos: el Adelantado les dexó ir, é dentro de media hora desembarcó con toda la gente, dexando en guarda de los bergantines en cada uno 10 personas; é luego los indios se vinieron al Adelantado, sin arcos é flechas, con grande humildad é haciendo grandes demostraciones de respetarle, é fueron corriendo muchos, unos por unos caminos, é otros por otros: esto era que inviaban á dar aviso á los pueblos, caciques é capitanes, que viniesen á ver al Adelantado: hicieron luego

grande fuego, trajeron mucho marisco, é cenó el Adelantado é su gente: acudieron muchos indios: todos le iban á hablar é respetar, que era cosa de ver el amor é alegría que mostraron estos indios con el Adelantado: vinieron aquella noche 3 caciques, sujetos al Orista, é le dixeron que se fuese á un pueblo, que estaba de allí una legua, que el Orista é otros capitanes é caciques suyos vendrían allí á comer: hízolo el Adelantado ansí, en siendo de día: vino el Orista é otros 2 caciques é capitanes: fué grande la alegría que todos tuvieron con Guillermo, la lengua, á quien este Orista había dado una hija por mujer, en el tiempo que allí estuvo: mandóle el Adelantado que dixese á Orista se juntase con sus prencipales, porque le quería hablar: ansí lo hicieron: el Adelantado mandó á Guillermo, que era lengua, les dixese, estando presentes los 3 indios que el Adelantado consigo había llevado, todo lo que había pasado en Guale, cerca de las amistades. El Orista dixo que luego respondería, é habló con sus indios más de media hora, dando é tomando, sin que quisiesen que el Guillermo allí estuviese, porque no entendiese lo que trataban; é luego llamaron á la lengua, al cual le hablaron muy gran rato, é dixo luego la lengua al Adelantado, de parte del Orista, que holgaba mucho de hacer las paces, como el Adelantado se lo mandaba, é holgaría mucho más de ser cristianos de verdad él é su

gente, como lo querían ser los de Guale, que aquellos no habían de ser mejores que ellos; que sus indios, que el Adelantado trajo de Guale, les habían dicho quién era Dios é cómo era bueno ser cristianos, é que querían mucho que el Adelantado viviese en aquella tierra é tomarle por hermano mayor, para hacer lo que él les mandase, é que tendrían á los cristianos de mentira por enemigos, pues lo eran del Adelantado, el cual les respondió con grande alegría que mostraba tener en su corazón, que los quería mucho, é que no pensaba vivir en aquella tierra, porque era mala, é la suya era mejor, é que sus indios matarían á sus cristianos, porque los cristianos que traía no hacían mal á los indios, é que si hacían algun mal, luego el Adelantado mataba á quien lo hacía; que desearía vivir allí solo para que supiesen ser cristianos, para que cuando se muriesen se fuesen al cielo: díjoles el poder é bondad de Dios, é lo más que decía á los otros caciques, para que fuesen cristianos: mostraron gran contento de oirlo, é volvieron á decir (*) querían ser cristianos, rogándole dejase alguno que los doctrinase: pedían esto con tanto ahinco, que el Adelantado ofreció dejarlo; pero que si él ó su gente le mataban, volvería de guerra, y á todos les cortaría la cabeza.

Llegaron luego muchas indias cargadas de

(*) Suplido.

maiz, pescado cocido y asado, ostras y muchas bellotas, y el Adelantado mandó traer bizcocho, vino y miel, y repartió con los indios, que bebieron el vino bien, y comieron el bizcocho, mojado en agua-miel, mejor, porque son muy amigos de dulce. Acabada la comida, en que hubo gran regocijo y alegría, sentaron al Adelantado en el asiento del cacique, y con varias ceremonias se llegó á él Orista y le tomó las manos: después los demás caciques é indios hicieron lo mismo: la madre y parientes de los dos esclavos que había traido de Guale, le acariciaron mucho y lloraban de placer: después empezaron á cantar y bailar, quedándose los caciques y algunos indios principales con el Adelantado, y duró la fiesta y regocijo hasta la media noche, que se fueron á recojer. Al otro día, echaron los indios muchos pregones en el pueblo, para que ninguno hiciese mal á los cristianos, y el Adelantado dijo al cacique iba á buscar un buen sitio donde fabricar un pueblo á sus españoles, porque no era bien habitasen entre los indios, y que riñesen después. El cacique le dió noticia de uno, cerca de donde estaba la nave surta, y se embarcó, sin recelo alguno, con su mujer y 12 indios, en los bergantines del Adelantado, y fueron todos muy alegres hasta el paraje donde habían de desembarcar; allí dió de merendar á los indios, y saltaron en tierra para ir al pueblo de Orista, donde los hospedaron

muy bien aquella noche. Por la mañana llevó el cacique al Adelantado á una casa muy grande, y le sentó en su asiento, haciendo con él la misma ceremonia que en el pueblo antecedente, y mandando echar los mismos pregones: pasaron al día siguiente á reconocer el sitio para edificar el pueblo, y les pareció á todos muy bueno y apacible, y sin perder tiempo, el Adelantado, Estéban de las Alas y otros capitanes trazaron el fuerte, y se encomendó su fábrica á Antonio Gómez, el cual, con 50 soldados y otros marineros, había sacado de la nave de flota que estaba en la Habana, para que hasta fin de Mayo anduviesen con él en la Florida, y sirvieron muy bien.





CAPITULO XVIII

Hízose un fuerte de estacas, tierra y fagina, y en él se pusieron 6 piezas de bronce, y le llamó el Adelantado San Felipe. Nombró por Gobernador de él y de aquella tierra á Estéban de las Alas, y le dejó 110 hombres: luego envió el navío con 20 á Santo Domingo á cargar de bastimentos para proveerle, porque le dejaba pocos. También despachó un bergantín á San Agustín y San Mateo, á dar aviso de todo.

Envió algunos indios, la tierra adentro, á decir á los caciques que había allí cristianos muy buenos, que no hacían males ni daños á los naturales, sino mucho bien, regalándolos, y que á él habían tomado por hermano mayor Orista y otros, para que los defendiese de sus enemigos, de que estaban muy contentos todos los indios y deseaban ser cristianos; que si querían hacer ellos lo mismo y verle, estaba esperándolos para darles algunas cosas de las que traía. Dentro de 15 días, que fueron los que allí se detuvo, vi-

nieron muchos caciques á visitarle, y les hizo muchos agasajos, por lo cual le tomaron por hermano mayor, para que los mandase á su voluntad: dijéronle querían ser cristianos y que les diese una cruz y algunos de los suyos, para que los enseñasen en su tierra.

El Adelantado lo hizo así, dando á cada cacique 1 ó 2 cristianos, y herramientas para hacer una cruz en cada lugar, amonestándoles que todos los días, por mañana y tarde, dijesen la doctrina cristiana y adorasen la Santa cruz, para que los indios fuesen aprendiéndola é imitándoles. A todos los caciques dió rescates y una hacha á cada uno, con que fueron muy contentos, y le regalaron con gamuzas bien curtidas y algunas perlas, de que hay muchas en aquella tierra, aunque de poco valor, por estar quemadas.

Despedido del cacique Orista, que quedó muy gozoso de tener españoles, partió el Adelantado á Guale, llevando 20 soldados, 2 indios principales de Orista para ajustar la paz, y á Guillermo el intérprete. En Santa Elena (*) quedó Estébano de las Alas é la gente que con él estaba, contentos por parecer se llevaba muy buen prencipio para volver los indios cristianos, que después de echados los luteranos de la tierra, era todo lo que deseaban; mas tenían gran

(*) Sigue desde aquí el manuscrito.

temor á la falta de comida, que les quedaba muy poca, é al trabaxo mucho de acabar su fuerte, porque cada día esperaban franceses luteranos, que como habían tenido nueva de los buenos subcesos que el Adelantado había tenido con ellos, ansí por mar como por tierra, en acabarlos é desarraigarlos de aquella tierra, porque no enseñasen su mala secta á los indios; que para vengarse del daño que habían recebido del Adelantado é su gente, é volver á poblar aquella tierra, hacían gruesa armada, é sabidos cómo el Adelantado los aguardaba, no se atrevieron irle á buscar é fuéronse á la isla de la Madera, que es del Rey de Portugal, é la tomaron, saquearon é robaron, é se volvieron á Francia. A querer dar los indios comida á Estébano de las Alas é á su gente, no la tenían, que había muchos meses que no llovía. Llegó el Adelantado á Guale, con 20 personas, á 8 de Mayo: desembarcó primero Guillermo: contó al cacique las paces que quedaban hechas, é á Alonso Menéndez é Vasco Zabal é los otros 4 cristianos que con él quedaron, todo lo que les había acontecido, de que se alegraron mucho: desembarcó el Adelantado: fué muy bien recebido de Guale é de todos sus indios: luego dixeron los dos indios de Orista á Guale su embajada, estando junto con sus prencipales, de que se holgaron mucho él é toda su gente, grandes é pequeños, é le pesó de las amistades que el Adelantado había tomado con

los de Santa Elena, é que le hubiesen tomado aquellos caciques por hermano mayor, é luego dixo con la lengua al Adelantado que él estaba contento de las paces é que le quería tomar por su hermano mayor, para hacer lo que les mandase, é que querían ser cristianos de verdad, é no de mentira, como los franceses que allí estaban; que le dejase gente que viviese en su tierra, pues la había dejado á Orista.

El Adelantado le dixo que no la tenía, que se la inviaría presto.

El cacique respondió que dexase la que allí había quedado, que era buena, para que los enseñasen á ser cristianos y que después le inviaría más.

El Adelantado dixo que él le respondería otro día por la mañana.

Luego el cacique dixo al Adelantado que pues ya era cristiano, é que por no enojar á Dios había hecho las paces con Orista, que le pidiese le diese agua para sus maizales y sementeras, que había 9 meses que no llovía.

El Adelantado le dixo que Dios estaba muy enojado con él, porque le había mandado muchas cosas é no las había hecho, é por eso, aunque le suplicase le diese agua, no lo querría hacer.

El cacique se volvió muy triste y se fué á su casa: los niños de la doctrina, que esto supieron, fuéronse al cacique con la lengua y le

dixeron que no estuviese triste, que ellos suplicarían á Dios que lloviese.

El cacique les dió muchas gamuzas, que son cueros de venado adobados, é maíz é pescado, los cuales lo tomaron todo é se fueron con ello.

El Adelantado, cuando esto supo, mandó que se lo quitasen todo, é los desnudasen, para los azotar. El cacique lo supo, é vino al Adelantado muy triste, diciendo que le traía engañado, pues no quería pedir al cacique del cielo agua, é quería azotar á los niños porque se la pedían; que no los azotase, é no quería ya que pidiesen á Dios agua, que lloviese cuando Dios quisiese.

El Adelantado dixo al cacique que aquellos niños eran bellacos, que por que les diese aquella comida é cueros de venados, le engañaban é decían aquellas mentiras, é que Dios estaba enojado con ellos, porque eran bellacos; é mandó que no azotasen los niños, é dixo que si el cacique quería ser cristiano de verdad, que mejor daría Dios agua á él, que no al Adelantado é á los niños, que le habían dicho mentiras en muchas cosas.

El cacique dixo con tristeza que era cristiano de verdad dende el primero día; é fuese derecho á la cruz que estaba allí cerca, é hincóse de rodillas é besóla, é volvióse al Adelantado é díxole por la lengua:

—Mira cómo soy cristiano de verdad.

Esto pudo ser á las 2 horas después de medio día: no pasó media hora, cuando vinieron truenos é relámpagos, y empezó á llover mucha agua, é cayó un rayo junto al pueblo, en un árbol, que hizo muchas rajas: todos los indios é indias acudieron á tomar las rajas é llevarlas para casa, guardándolas: fueron todos los indios é indias con el cacique, y algunos llorando, á casa del Adelantado, echándose á sus pies algunos, é otros pidiéndole las manos, rogándole que dejase allí cristianos.





CAPITULO XIX

Habian dicho al Adelantado Alonso Menéndez, su sobrino, é Vasco Zabal, que la lengua que allí estaba, francesa, era luterano é gran somético (sodomita), é que partido de allí el Adelantado para S.ta Elena, anduvo con los indios, que los matasen, é que con Guillermo se podría informar de lo que en esto pasaba, para que hablase con 2 indios con quien él se echaba, que el uno decían era el hijo mayor del cacique.

Con gran secreto hizo el Adelantado la diligencia, é sabiendo ser verdad, é que le vieron escupir la cruz muchas veces delante de los indios, haciendo burla de los cristianos, habló con Alonso Menéndez, su sobrino, é con Vasco Zabal, alférez del estandarte real, que lo sabían é lo habían visto, é díxoles que no era bueno dejar desconsolados aquel cacique é su gente, pues querían ser cristianos, que holgaría mucho se quedasen allí, como antes estaban.

El Vasco Zabal respondió que antes aguar-

daría que el Adelantado le cortase la cabeza, que quedarse allí.

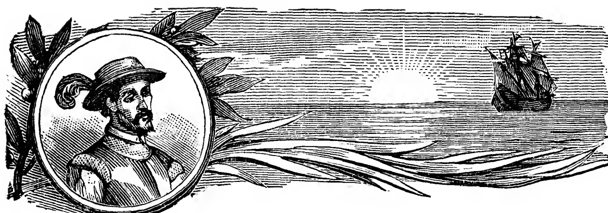
Alonso Menéndez dijo que mucho le pesaría de quedar; mas como se lo mandase S. S.ª, que lo haría, con que se matase aquel francés, ó lo llevase consigo, porque de otra manera, no se haría nada é le matarían á él é á los que con él quedasen, y que el hijo del cacique mandaba más que su padre, é quería mucho aquella lengua; que si le mataban, que se escandalizarían los indios é volverían de guerra: pareció muy bien esta razón al Adelantado, é por que se confiaba de Guillermo, é le tenía por católico, llamóle: díjole que tratase con aquella lengua que se fuese con él á S.ta Elena, que en canoa, sin salir á la mar, por un río, van allí en 2 ó 3 días, é que Estébano de las Alas, que era muy buen capitán é liberal, le daría muchas cosas, é que traería á su cacique un presente que el cacique de S.ta Elena le inviaba á decir inviase por él: la lengua holgó desto, y sin entender que lo sabía el Adelantado, le vino á rogar le diese una carta para Estébano de las Alas, que le conosciese, é le diese una hacha, porque él quería ir por el presente que había de inviar el cacique de S.ta Elena á su cacique Guale. El Adelantado dixo que le diese papel é tinta, que luego la quería escrebir, é ansí la escrebió, muy favorable, é se la dió.

El cacique Guale despachó luego esta len-

gua, con otros 2 indios suyos, en una canoa, para que fuesen é volviesen luego. El hijo del cacique mostró pesarle mucho porque la lengua se iba, é llorando le rogó se volviese luego. El Adelantado invió un soldado con una carta, á Estébano de las Alas, para que con gran secreto hiciese matar esta lengua, porque era somético é luterano, é si volvía vivo, no serían cristianos tan presto los de Guale que deseaban serlo; é regalase mucho los dos indios de Guale que iban con él, é que Orista hiciese lo mesmo, dándoles buen presente, é que él inviase otro á Guale, é ofreciéndole su amistad, é que fingidamente mostrase pesarle mucho, porque la lengua no parecía, que como era cristiano de mentira, se habría escondido por los montes por no volver á Guale, para si algun navío de su tierra viniese, irse con él. É ansí Estébano de las Alas le hizo dar garrote con gran secreto, é los dos indios volvieron á Guale; é ya era partido el Adelantado para San Mateo é San Agustín, dejando en Guale á Alonso Menéndez, su sobrino, é á los 4 cristianos que con él estaban: llevó consigo á Vasco Zabal.

Aquella agua que llovió en Guale, duró 24 horas, y alcanzó en toda la isla, que tendrá 4 ó 5 leguas.





CAPITULO XX

El Adelantado iba para San Mateo, navegando en el bergantín, por la parte de dentro, sin salir á la mar. Salían indios en canoas, é decían: España, amigos, hermanos, queremos ser cristianos; porque estos indios habían sabido lo que había pasado en S.ta Elena y en Guale, y el agua que había llovido en esta última isla.

El Adelantado saltó en tierra é dióles algunos rescates, é hizo hacer muchas cruces pequeñas, é para cada pueblo una; y de este modo anduvo hasta que llegó á San Mateo á 15 de Mayo, donde halló la gente de aquel fuerte buena é con grande necesidad de bastimento, é los indios todos muy de guerra; é supo que habían flechado de noche 2 veces las centinelas de San Agustín, é que habían muerto 2 soldados, é puesto fuego á la casa de munición, que estaba cubierta con hojas de palmito, por donde se quemó el fuerte; é de noche pusieron en las flechas fuego artificial, é con los arcos, las tiraron á la

casa, é ansí se pegó el fuego, é porque hacía aire, se pegó de tal manera, que no fué posible remediarse, é la pólvora é municiones, paño é lienzo, é las banderas y estandartes, ansí del Adelantado, como de lo ganado á los luteranos, se quemó todo, sin escapar nada; é que estaban el Maestre de Campo é todos los demás con grandísimo aprieto é necesidad de comida, é peligro de los indios, que andaban emboscados en cuadrillas, para que, en saliendo algún cristiano á buscar palmitos é mariscos, lo flechaban; que como estos indios de la Florida son tan ligeros, y están ciertos que no los han de alcanzar, son muy atrevidos en llegar cerca de los cristianos, é otras veces en aguardarlos, é al retirarse los cristianos, corren con ellos mucho peligro, porque tiran tan recio con los arcos, que pasa una flecha la ropa, é la cota que el soldado trae vestida, é son muy prestos en tirar: al disparar el arcabuz el soldado, primero que lo vuelva á cargar, por la ligereza que el indio tiene, júntase con él, y tírale 4 ó 5 flechas, primero que el soldado acabe de atacar el arcabuz, y en cuanto echa el polvorín para cebarlo, el indio se retira entre yerbas é bosques, que es muy buena tierra aquella, é mira cuando el polvorín hace fuego, é abájase, é como está desnudo, se muda por entre las yerbas, y en disparando el arcabuz, sale el indio á diferente parte de donde se abajó cuando le querían hacer la puntería, é son

en esto tan diestros, que es cosa de admiración; é todos pelean escaramuzando: saltan por cima de las matas como venados: no son los españoles, con mucho, tan ligeros como ellos; é si los cristianos los siguen, y ellos tienen miedo, caminan á la parte donde hay rios ó ciénegas de agua, que hay muchas en la costa de la mar, é como andan desnudos, pásanse á nado, porque nadan como peces, é llevan los arcos é flechas altos del agua, con la una mano, porque no se les mojen, é puestos de la otra parte, empiezan á dar grita á los cristianos é reirse dellos, é cuando los cristianos se retiran, vuelven á pasar el río é seguirlos, hasta meterlos en el fuerte, saliendo por entre las matas, é flechando los cristianos, que cuando ven la ocasión, no la pierden; é por esto se les puede hacer muy mala guerra, si no es yéndolos á buscar á sus pueblos, cortalles las sementeras é quemarles las casas é tomarles las canoas é derrocarles las pesquerías, que es toda su hacienda, para que dejen la tierra, ó cumplan sus palabras con los cristianos, porque se hacen amigos con ellos los caciques é los indios: haciéndoles buen tratamiento, cuando van á los fuertes de San Agustín é San Mateo, si no les dan de comer, vestidos, hachas de hierro é rescates, vánse muy enojados; rompen la guerra, matando los cristianos que hallan: son indios muy traidores, é que desta manera, á traición, debaxo de amistad, han muerto más de

cient soldados los indios destos 2 fuertes de San Mateo é San Agustín, donde los franceses residían: son estos más traidores.

Pesóle mucho al Adelantado de la quema de la casa de munición é fuerte, bastimento é municiones, é de la gran necesidad é peligro con que estába el Maestre de Campo é Bartolomé Menéndez, su hermano, é toda la más gente.

Fuése con diligencia á San Agustín, llevando alguna gente, é municiones é bastimento, de lo poco que había en San Mateo: llevó consigo á Gonzalo de Villarroel, que estaba muy enfermo de los trabaxos pasados, para le inviar á la Habana á curar: dexó á Vasco Zabal, alférez del estandarte real, en su lugar.

Llegó á San Agustín á 18 de Mayo: fué mucha la alegría de los que allí estaban: lloraban de placer, por la merced que Nuestro Señor les hacía en socorrerles en tal tiempo con la llegada del Adelantado, el cual les contó los buenos subcesos que había tenido en Guale y en Santa Elena, y el buen prencipio que había para que los indios fuesen cristianos, de que todos se alegraron mucho: hizo descargar el bastimento é municiones que traía, é que se les diesen raciones.

Entró en consejo con el Maestre de Campo é capitanes: salió acordado que se mudasen de allí é hiciesen un fuerte á la entrada de la barra, donde agora está el fuerte de Sant Agus-

tín, porque allí los indios no les podrían hacer tanto mal; é plantasen en él la artillería, porque de allí podrían defender mejor de cualesquier navíos de enemigos que quisiesen entrar en el puerto, é que hecho esto, si el bastimento no fuese venido dentro de 15 días, que se partiese el Adelantado á buscarlo en tres bergantines que allí tenía, porque los navíos que inviaba con otras personas, nunca había vuelto ninguno: publicóse esta determinación: dió gran contento á todos, aunque les pesaba mucho de que el Adelantado se fuese de con ellos, porque entendieron que el Maestre de Campo se había de ir á San Mateo, por la ausencia de Villarroel, que ansí lo pidieron los soldados que allí quedaron, y el Adelantado se lo prometió.

Luego aquel día y el siguiente se pasaron sobre la barra: empezaron á trazar su fuerte y hacerlo con grandísima deligencia, y trabaxaban dende las 3 de la mañana, antes del día, hasta las 9, é dende las 2 de la tarde hasta las 6: repartieron la gente en 4 partes y el trabaxo en otras tantas, y echaron el dado, la parte que cabía á cada una parte destas: fué tanta la orden que se tenía en hacer este fuerte con brevedad, de temor que los indios no cargasen sobre ellos, que era contento verlo: trabajaban en él como 170 personas: á los 10 días estaba en razonable defensa é plantada la artillería. No venía ningún navío con bastimento: corrían pe-

ligro de perecer todos de hambre: fué acordado, de conformidad de todos, que el Adelantado se partiese luego á la Habana con los 3 bergantines, é que llevase las 100 personas, que las más eran de la nao capitana de la flota de la Nueva España, y estaba obligado el Adelantado á llevarlos á la Habana en todo Mayo, é que quedando 70 raciones no más, podrían sustentarse algunos días, en el entretanto que venía algún navío. Y ansí se embarcó el Adelantado con los cient hombres en los 3 bergantines, á prencipio de Junio, y el día que partió, encontró con un navío suyo de 60 toneles, cargado de bastimento, que traía Francisco Cepero, y en él venía el capitán Diego de Maya, muy malo, é si en aquel momento el Adelantado no le topara, iban navegando por riba del bajo, y estaba ya en parte que si no echaran la áncora, se perdía, porque pensaban que entraban por la barra, y era plemar, y estaban en 2 brazas de agua, y á la bajamar no quedaba ninguna, y andaba mucha mar, é cuando largó el navío el cable, tocó, y el Adelantado entró dentro dél, é se dió tan buena maña, que los sacó á salvamento, é de otra manera todo pereciera é se ahogan todos los que en él venían: escrebió al Maestre de Campo repartiese aquel bastimento por aquellos fuertes, y él se fué luego á Sant Mateo, é no saliese de aquel fuerte, hasta su vuelta, que sería luego, con toda brevedad,

é que un bergantín que les quedaba en el puerto, le cargasen de maíz é lo inviasen á Estébano de las Alas, lo cual se hizo ansí; é que estando aquel navío descargado, lo echase al fondo, porque se quedasen en el fuerte 20 hombres más que traía, que era muy buena gente, é porque no se amotinasen los soldados, no teniendo navío para salir de la tierra: ansí lo hizo el Maestre de Campo.

Fué una gran ventura é suerte la que el Adelantado tuvo en encontrar con este navío, porque de otra manera, todos los que en el fuerte quedaban, perecieran de hambre.

E hizo vela luego el Adelantado é llegó á la Habana con los dos bergantines, dentro de 8 días, porque el otro no pudo aproejar, porque el viento y la mar era mucha, é arribó á la isla de S.to Domingo.

Era allegada á la Habana la flota de Nueva España había 2 días, y el Lic.do Valderrama, del Real Consejo de Indias, en ella, que había ido por Visitador de la Nueva España por mandado de S. M., y habiéndolo hecho, se volvía á España.

En desembarcando el Adelantado en la Habana, fuése á la Iglesia con sus soldados á hacer oración, y antes de entrar en su posada, fué á visitar al Valderrama, pareciéndole que con hallarle allí, podría presto socorrer los fuertes de gente é bastimento, porque había más de

300 soldados de la Florida que se habían huído allí: posaba el Valderrama en casa del Gobernador, y ansí en pie, sin sentarse, se hablaron el Adelantado y Valderrama, saludándose y abrazándose muy cortésmente. El Adelantado le dijo que tenía á muy buena ventura hallarle allí, porque dentro de 4 ó 5 días se había de volver; que le pedía por merced le señalase hora para le poder hablar é darle particular cuenta del estado de las cosas de la Florida, é la gran necesidad con que quedaban aquellos fuertes, é que S. M. tenía en ellos, á su despensa, 500 hombres, é aunque había traido bastantes provisiones é recandos para el Gobernador de aquella isla, no le había socorrido con ninguna cosa.

El Valderrama le respondió que todas las veces que el Adelantado quisiese que se juntasen, holgaría él dello.

E otro día siguiente, el Adelantado tuvo cuenta cuando el Valderrama se iba á la iglesia, se fué también él, é acabada de oir misa, le dixo que él estaba empeñado en aquella tierra, por el bastimento que había comprado para la Florida, é que había 8 meses que proveía á los soldados que S. M. allá tenía, los cuales quedaban con extrema necesidad é peligro, ansí de bastimento como con los indios, y que los de la tierra donde estaban los fuertes de San Agustín é San Mateo, todos estaban de guerra, é había pocos soldados en los fuertes, é los más dellos

enfermos é maltratados é muy descontentos, por los grandes trabaxos é peligros que habían tenido y tenían cada día; é que había habido motines é tratos dobles entre algunos capitanes, por donde se habían salido de aquellos 2 fuertes más de 400 soldados, é que en aquella isla de Cuba estaban más de 500, ansí de los que se salieron amotinados de los fuertes, como de los que venían de España para la Florida, que con tormenta, se habían apartado del Adelantado, é habían aportado á aquella isla, é se habían quedado en ella, sin querer ir á la Florida, y que aunque había acudido al Gobernador muchas veces, le socorriese con algún bastimento, por cuenta de S. M., é hiciese recojer aquella gente é se la mandase entregar, no lo había querido hacer; que pues él estaba allí, para que constase á S. M. de todo, le suplicaba hiciese información, y para se poder volver luego, le socorriese con 2 ó 3 mill ducados de los que S. M. llevaba en aquella armada, que se obligaría de cuando S. M. no fuese dello servido, volvérselos; é que encargase al Gobernador que de los soldados de la Florida que andaban en aquella villa é isla, le diese 200 para fortificar los 2 fuertes de San Mateo é San Agustín; é contóle lo que había acontecido en Guale y en Santa Elena, é cómo los indios de aquella tierra eran todos sus amigos é querían ser cristianos, é cómo había hecho un fuerte é dejado

en él á Estébano de las Alas, con 110 soldados, con título de Gobernador de aquel distrito; é que él quería partirse otro día por la mañana á tierra del cacique Cárlos, y llevarle á su hermana, que estaba allí en la Habana, á causa de que se le habían muerto los indios é indias prencipales que consigo había traído, que no le habían quedado más que dos, é si aquellos y ella se morían, pensaría que los había hecho matar el Adelantado, y aquel cacique era señor de mucha tierra y de los Mártires y canal de Bahama, donde las naos de las Indias tienen el mayor peligro de aquella navegación; que convenía mucho tenerle por amigo, procurando se volviesen él é sus indios cristianos; é que dentro de 10 ó 12 días volvería, en el cual tiempo estarían recogidos allí los 200 soldados y el bastimento que hubiese de llevar.

El Valderrama le respondió secamente que el dinero no lo podía dar, é que en lo de los soldados, él lo hablaría con el Gobernador, é se lo encargaría, é que la información que decía hiciese sobre lo mal que el Gobernador con él lo había hecho, para que constase á S. M. de la verdad, él no tenía comisión para hacerla.

Al parecer de los que estábamos presentes, vimos al Adelantado mudársele la color de aflegido, é dixo á Valderrama:

—Señor, en tanto que yo vuelva de Cárlos, vuesa merced verá en lo que podrá servir á S. M.

en esto, é á mí me hará la merced que hubiere lugar, que para que no se pierda la Florida y salven las ánimas y naturales della, y el desinio de S. M. vaya adelante, que es impedir no pongan pié luteranos en aquella tierra, é procurar el plantar el Evangelio en ella, está en mano de vuesa merced hacer lo que le suplico.

El Valderrama no le respondió; é luego el Adelantado se despidió é fuése á su posada, harto aflegido: trató con Juan de Ynistrosa, tesorero de aquella isla é su lugarteniente en las cosas de la Florida, el poco remedio que había hallado en Valderrama, é todo lo que con él había pasado: el Juan de Ynistrosa le consoló mucho, diciendo:

—Señor, yo he hecho por V. S.ª todo lo que he podido con mi hacienda é persona, é agora procuraré hacerlo con la de mis amigos: no tenga V. S.ª pena: váyase mañana á Cárlos, como lo tiene acordado, é yo haré buscar algún maíz, cazave é carne que lleve para comer la gente, y en el entretanto solecitaré al Licenciado Valderrama que, pues es del Consejo de S. M. é vé lo que importa hacer este socorro, de que S. M. se tendrá por muy servido, tengo por cierto lo hará.

El Adelantado se lo agradeció y le encargó ansí lo hiciese.

Díjole también que era muy discreta la india Doña Antonia, hermana de Cárlos, é de tan-

ta gravedad que espantaba á los del pueblo, é que en pocos días ella y una criada suya, á quien quería mucho, habían deprendido con gran facilidad todas las cosas de oraciones é dotrina cristiana para ser bautizada, é ansí lo era ya, é que estaba muy triste por ausencia de S. S.ª é por la muerte de sus indios é indias, é que despues que le habían dicho que S. S.ª era venido, era grande su gozo y alegría, é que lloraba de placer; que era menester regalarla é hacer mucha cuenta della, que pues la quería llevar, convenía fuese diciendo mucho bien, porque él é los de la Habana habían tenido gran cuenta con ella de regalarla é que tuviese contento.

El Adelantado le dixo que el día antes, cuando desembarcaran, la inviara á vesitar, é que para hoy la iría á ver, é que ansí lo haría en acabando de comer, é ansí lo hizo, inviándole primero de lo que comía y ciertas camisas y ropa, que encomendó al tesorero le comprase, para que la india estuviese contenta é viese que él traía alguna cosa; é llevó consigo, cuando la fué á ver, muchas personas bien tratadas que la acompañaron, é la música, que nunca el Adelantado andaba sin ella: halló la india triste, y aunque el Adelantado le hacía muchos regalos, no se quería alegrar: rogóle muchas veces con la lengua que le dixese por qué estaba triste: díxole que ella quería que Dios la matase, por que cuando desembarcaron, no inviara por ella

é la llevara á su casa, para comer con el Adelantado é dormir con él.

Entendido el Adelantado ser mujer tan prencipal, de tan buen entendimiento, é que no le faltaba razón, le dijo que los cristianos que traían aquella cruz,—que es el Adelantado Caballero de la Orden de Santiago,—cuando desembarcaban de hacer jornada contra sus enemigos, no podían dormir con su mujer hasta pasar 8 días, é que él quisiera que éstos fueran pasados, porque la quería mucho.

La india se rió medio llorando, é dixo que si ella supiese que él decía verdad, que estaría alegre.

El Adelantado le rogó que lo estuviese, por que él la decía; é dixo, empezando á contar por los dedos, que ya eran pasados 2 días, é señaló los 6; que pasados aquéllos, ella se iría para su casa: el Adelantado le dijo que ansí lo hiciese, é se levantó el Adelantado, é lo abrazó con gran regocijo, é le pidió las manos, é mandó que tañesen los instrumentos, porque aquellos no los había visto en aquella tierra é que le parecían muy bien: estuvo el Adelantado allí más de una hora, regocijándola.

Tenía á su cargo esta india un regidor de aquella villa, que se llama Alonso de Rojas, que tiene una mujer prencipal, la cual fué madrina desta india cuando se bautizó, é la quería mucho é dotrinaba, que contó al Adelantado mu-

chas cosas del buen entendimiento della, con que el Adelantado se holgó mucho. É dixo á la india que si tenía deseo de irse á su tierra: ella dixo que sí, é muy grande: el Adelantado le dixo si quería que se fuesen otro día: ella dijo que sí, é que le rogaba mucho que se fuesen: el Adelantado le dijo que ansí lo harían, é se despidió della é se fué á su posada, que era cerca de allí.

Aquella noche aconteció que, siendo pasada la media noche, estando el Adelantado durmiendo en su aposento, con una vela encendida, la india dijo á una mujer, su amiga, á quien quería mucho, de las que el Adelantado había traído de la Florida, que tenía por esclava Cárlos, su hermano, que se fuese con ella á casa del Adelantado, porque le había mandado ir allá; la mujer lo creyó, é se fué con ella, é con la india su criada, y llamó á la puerta de la posada del Adelantado: abrieron á saber quién era: conosciéronla: dijo que el Adelantado le había mandado que fuese allá con la india, y el mozo que abrió la puerta, creyendo decían verdad, las dejó entrar é metió en el aposento del Adelantado, donde estaba una vela encendida, é la india la tomó en la mano, é miró si estaba en la cama alguna mujer con el Adelantado, é después miró al derredor de la cama, é por bajo.

El Adelantado, aunque muy cansado é quebrantado, despertó, y como la vió con la can-

dela en la mano, turbóse, é dixo contra la mujer que venía con ella:

—¿Qué es esto, hermana?

D.ª Antonia se sentó encima de la cama con la candela, para ver lo que el Adelantado decía: la mujer respondió al Adelantado que Doña Antonia la había dicho que mandaba S. S.ª que se la trajesen á aquella hora, é que ella, creyéndolo, lo había hecho ansí.

El Adelantado, con alegre rostro é regocijado, riéndose mucho desto, le dijo que le dijese que holgara mucho que fueran pasados los 8 días, para que se acostara allí con él.

Doña Antonia dijo por la lengua que le rogaba la acostase consigo en un canto de la cáma, é que no se llegaría á él, para que su hermano Cárlos supiese que habían dormido juntos, porque de otra manera pensaría que se reía della, é no querría ser amigo de verdad de los cristianos, ni ser cristiano como ella, de que le pesaría mucho.

El Adelantado le pareció que no le faltaba razón; mas que Dios le mataría; que si ella quería que él se muriese, que se desnudase é acostase con él: ella empezó entonces á echar los brazos al Adelantado, é díxole que porque no se muriese, no se quería con él acostar.

Llamó el Adelantado á un criado suyo, que sacase de un cofre algunas cosas, que fueron 3 camisas é sendos espejos é gargantillas de cuen-

ta é vídrio, que eran rescates que el Adelantado había hecho recojer aquel día, para llevar á su hermano Cárlos; é dixo á la mujer cristiana que con ella fué, que si el Adelantado no despertara, ella quería matar la candela é acostarse con él; é con esto se fueron contentas.

Luego á la mañana el Adelantado se fué á embarcar, é llevó la india consigo, é á su criada, é á 2 mujeres cristianas de las que habían sido allá cautivas: fué en un patax é una chalupeta, con hasta 30 soldados é marineros: hizo vela con próspero viento: llegó al pueblo de Cárlos á tercero día: surgió á la entrada del puerto, porque, como llevaba poca gente, no se atrevió llegarse al pueblo: entonces dijo la india al Adelantado que se desembarcase con ella é fuese al pueblo.

El Adelantado le dijo que en ninguna manera lo podía hacer, porque le convenía partirse luego á buscar cristianos, para que viviesen allí y enseñasen á ser cristianos á su hermano é á los indios de aquella tierra, si lo quisiesen ser, é que él le prometía entonces hacerle una casa en aquella tierra, en que viviese, en el pueblo de los cristianos; é que los parientes de los indios é indias que se murieran en la Habana, pensarían que el Adelantado los había muerto, é le querrían hacer algún mal á él é á sus soldados, de que se podría romper la guerra con su hermano, y desto le pesaría mucho, porque

lo quería bien, por amor della, é lo tenía por hermano; é que luego se quería volver: la india le respondió que le pesaba mucho, porque el Adelantado no desembarcaba, é que estuviera algunos días en tierra, hasta ser pasados los 8 días, para que durmiese con él; mas que también tenía miedo que los indios fuesen bellacos é le hiciesen algún mal; que le rogaba viniese lo más presto que pudiese, é trujese cristianos, para que viviesen allí, é volviesen á su hermano é á los demás indios cristianos.

Luego vinieron muchas canoas, y la Doña Antonia invió á decir á su hermano cómo estaba allí, que viniese por ella: era cosa de ver la alegría que los indios tenían con ella, é otros lloraban de pesar, de los indios é indias que se murieron, que habían ido con ella. Dentro de 2 horas, con hasta 12 canoas, é las dos dellas amarradas una con otra é cubiertas y entoldadas con sus arcos y esteras, muy bien, é primeramente metióse él y el Capitán, su cuñado, é otros 6 prencipales, en el patax con el Adelantado: fué cosa de ver cómo se recibieron la Doña Antonia y su hermano, é las cerimonias que se hicieron: mandó el Adelantado traer de comer é tañer los instrumentos, é dar á los indios de las canoas algún maíz é cazave, é algunos cuchillos é tixeras, espexos é cascabeles, y acabando de comer, dió un presente á Cárlos para él é su mujer, é dió otro al Capitán para él é su

*

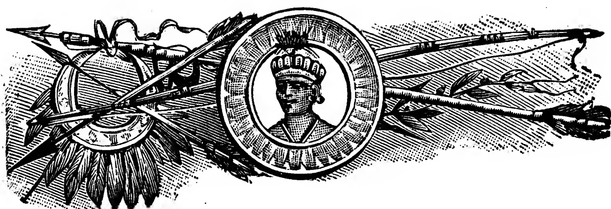
mujer, que era hermana de Doña Antonia, y dió á los indios prencipales que allí estaban, é á la Doña Antonia le dió algunas cosas que llevaba para ella: dixo el Adelantado á Cárlos si quería ser cristiano é trasquilarse, y si quería ir á tierra de cristianos, como se lo había prometido, é que le trujese los cristianos que dijo le daría cuando allí volviese.

El Cárlos le respondió que le dejasen hablar con su Capitán aparte, é que luego le daría la respuesta; é ansí se apartaron más de un cuarto de hora, é dixeron al Adelantado que por aquellos 9 meses, no podía en ninguna manera ir á tierra de cristianos, ni volverse cristiano por entonces, porque sus indios no se levantasen contra él é le matasen; que pasado aquel tiempo, volviese el Adelantado; é justificó con razones bastantes (*).

Encargóle á Doña Antonia el Adelantado y se volvió á la Habana, donde halló comprado algún cazabe y carne por diligencia de Juan de Hinestrosa; pero no halló gente, ni otras cosas que necesitaba; con que le fué forzoso valerse de D. Cristóbal de Eraso y D. Bernardino de Córdoba, que estaban allí y venían de tierra firme y Nueva España (**), é representóles su estrecha necesidad, é que deseaba volverse á la Florida, con algún bastimento, que no lo tenía,

(*) Suplido desde aquí.
(**) Sigue el manuscrito.

ni dineros para comprarlo, pensando, entendido su estrecha necesidad, hablaran al Gobernador ó á Valderrama, que de las flotas é armada, que había más de 30 naos, le dieran de cada una un quintal de bizcocho é una botija de vino, é con algún maíz ó cazabe que entre sus amigos pidió en la Habana, á cada uno su carga por limosna, se pudiera volver á la Florida con 50 ó 60 marineros é soldados que allí tenía. No le socorrieron con ninguna cosa: visto esto el Adelantado, é la poca gente que había dejado en los fuertes, tomó una fragata é un bergantín é una chalupeta, é metió en ella como 65 personas: las 5 le entregó el Gobernador; é sobre un hábito de oro é vestidos é otros ajuares, halló 500 ducados, que compró de maíz, carne é cazave. Partió á 1.º de Julio de la Habana, con las flotas de Nueva España é tierra firme, que iban para España, é luego aquel día se apartó dellas: llegó á la Florida, al fuerte de San Mateo, dentro de 8 días, donde halló estar un navío surto fuera de la barra: llegó á reconoscerlo: supo que venía de España con bastimento: dixo la gente dél que en el puerto de S.n Agustín estaban otros 14 navíos, y en el de S.ta Elena otros 2, é que todos venían cargados de bastimentos, é que traían 1.500 infantes para socorrer aquellos fuertes é las Indias, porque se tenía noticia que franceses luteranos hacían gruesa armada para aquellas partes.



CAPITULO XXI

El contento que el Adelantado é su gente desto recibió, fué muy grande, porque venía muy sentido del poco favor é ayuda que había hallado en la Habana, estando allí tantos criados del Rey, en oficios tan preminentes, é todos muy buenos caballeros, no le hacer ningún socorro, limosna ni caridad; en especial, sabiendo las provisiones é cédulas bastantes de S. M., para que de su real hacienda le diese García Osorio, Gobernador de aquella isla, lo que le pidiese y hubiese menester. Entró el Adelantado en la barra de S.n Mateo: fué al fuerte: halló al capitán Aguirre, que venía de España por soldado é por ausencia de Juan de Oruña, que iba por Coronel desta gente y se había quedado en Sanlúcar, habiéndoselo S. M. mandado, pareciéndole que no era necesario en la Florida, por los buenos capitanes que el Adelantado traía consigo, y el día que llegaron á Sant Agustín, Sancho de Arciniega, que iba por General desta armada é socorro, dió la compa-

ñía del Coronel, que eran 250 soldados, á este Aguirre, para que fuese á socorrer el fuerte de San Mateo, porque el Maestre de Campo luego se vino de San Mateo á San Agustín, como supo que el socorro era venido, dejando encomendado aquel fuerte á Vasco Zabal; y halló al Vasco Zabal con los soldados viejos, dentro del fuerte, y el Aguirre alojado fuera, é diferentes el uno con el otro, porque el Vasco Zabal pedía que este capitán Aguirre se metiese dentro del fuerte con los soldados, el cual decía que sí haría, mas que había de poner las centinelas é dar el nombre: el Vasco Zabal decía que la guarda é defensa del fuerte estaba á su cargo, é que no lo había de consentir: mandó el Adelantado que el capitán Aguirre metiese en el fuerte cada noche 50 soldados, é que el Vasco Zabal pusiese las centinelas é diese el nombre; é dejándolos muy conformes, se partió á Sant Agustín: halló en el camino, yendo navegando, al Maese de Campo, en un bergantín, que venía á San Mateo para concordar la diferencia del capitán Aguirre é Vasco Zabal: holgóse extrañamente el Adelantado con él: contóle las miserias, trabaxos é peligros que habían padecido antes de la llegada del socorro, é cómo los indios, junto del fuerte de San Mateo, habían muerto á traición al capitán Martín Ochoa, é á otros soldados, é que en el de San Agustín habían muerto de la mesma manera al capitán

Diego de Hevia, pariente del Adelantado; é que como no tenían ninguna comida, les era forzado salir á buscar ostriones, cangrexos é palmitos: era menester la más gente del fuerte salir á esto; de otra manera, el que iba, no volvía: pesóle mucho al Adelantado de la muerte destos dos capitanes, porque los quería mucho, y el Martín Ochoa habíase señalado mucho en la ganada del fuerte, y en todo lo demás de su cargo sirvió con mucha fidelidad; de tal manera, que los que se amotinaron, le quisieron muchas veces matar, por él volver con grande espíritu por el servicio de S. M., afeándoles la flaqueza que hacían.

También habían flechado los indios á traición otros 5 soldados é una lengua dellos, muy queridos del Adelantado, é que habían sido de los primeros cuando el fuerte se ganó, que habían asestido á los trabaxos é peligros, obedeciendo en todo al Gobernador, sin querer desamparar el fuerte é irse con los amotinados: el uno dellos era Don Fernando de Gamboa, hijo natural de Don Prudencio de Bendaña: el otro, Juan de Valdés, primo hermano del Maestre de Campo: el otro era Juan Menéndez, hijo de primo del Adelantado. Sintió mucho esto el Adelantado, é como entendió lo mucho que el Maestre de Campo lo debió de sentir, disimuló é dixo:

—En semejantes empresas no se pueden excusar estas muertes, trabaxos é peligros: Nues-

tro Señor los perdone, que cierto mucho lo siento.

Luego le contó particularmente el Maestre de Campo el socorro que había venido, é los nombres de los capitanes, é lo mal con que se gobernaban para con él, porque como llegaron é desembarcaron en tierra, se alojaron por sus cuarteles al derredor del fuerte, y las primeras dos noches, cuando el Maestre de Campo llegó, hizo poner las centinetas en las partes que convenía, é les dió el nombre, estando satisfechos que el Maestre de Campo, con poderes bastantes que el Adelantado le había dado, era su lugarteniente; y entendieron después los capitanes que habiéndose quemado la casa de munición é fuerte de San Agustín, donde primero estaban, con todo cuanto dentro había, con todas las escrituras é provisiones, y entre ellas, los poderes que el Maestre de Campo tenía del Adelantado, acordaron de poner en él sus centinelas, é dar su nombre, é querer nombrar Maestre de Campo é Sargento mayor: algunos había que les parecía bien, otros mal, y entre sí tenían alguna discordia: en efecto, ellos iban adelante con este uso: desta novedad se admiró el Maestre de Campo, porque nunca le habían dicho palabra, ni pedido los poderes, antes ni después: inviòles á decir que se juntasen todos que les quería hablar, y estándolo, les dixo:

—Señores, el Adelantado me ha dejado en estas provincias por su lugarteniente, por comisión que de S. M. tuvo para ello, é dello me dió bastantes poderes, los cuales se me han quemado, y está aquí el Escribano ante quien pasaron y la notoriedad que todos tienen dello y que me respetan y obedecen como á tal lugarteniente: de los capitanes é soldados que están en esta provincia, se podrán vuesas mercedes informar desto, que los dellos están aquí, é son Bartolomé Menéndez, Capitán ordinario de S. M., hermano del Adelantado, Alcaide deste fuerte de Sant Agustín é Gobernador de la tierra, y el otro Gonzalo de Villarroel, Alcaide é Gobernador del fuerte de San Mateo é su tierra, y el otro Estébano de las Alas, Alcaide é Gobernador del fuerte de San Felipe é su tierra, que es en Santa Elena, todos tres personas de valer, hijosdalgos é muy buenos soldados, de los cuales se podrán vuesas mercedes satisfacer desto; é siendo ansí como lo digo, S. M. será servido me obedezcan en mi oficio, é demos orden de proveer las cosas que convengan, como al servicio de S. M. conviene, enviando gente é bastimento á S.ta Elena, á Estébano de las Alas, que está con gran necesidad, y dar orden de fortificarnos, porque si los enemigos vienen sobre nos, como se dice vienen pujantes, no estamos como soldados; é que Sancho de Archiniega, que era General de la armada, é

á quien todos tienen por cabeza, le respondió que no podía entregarle la gente, hasta que el Adelantado viniese, porque ansí lo habían acordado él y los capitanes que consigo traía, y que decían que S. S.ª era ahogado, porque cuando saliera de Sant Agustín para la Habana, á buscar socorro, con los tres bergantines, que uno dellos no pudo aproejar é arribó á la Española, hubo 2 días mucho viento é marea, que le tenían por perdido, é ansí estaban determinados de ser ellos las cabezas é nombrar los oficiales que conviniesen y estarse en aquella tierra, hasta dar aviso á S. M.; é que él había respondido á Sancho de Archinega, que le pesaba mucho oir aquellas cosas, porque entendía no sería S. M. servido dellas é su real servicio cesaría en aquellas provincias; é pues estaban determinados de lo hacer ansí, que él é los alcaides de los fuertes, con los soldados que dentro estaban, los tendrían, como tenían, en nombre de S. M., é los defenderían á los amigos y enemigos, hasta perder las vidas, é que ellos estarían alojados en las campañas, no haciendo efecto para ninguna cosa, gastando la real hacienda é bastimentos, é que si esto había de pasar adelante fuesen buenos amigos: respondióse al Maestre de Campo que ansí se hiciese é questa amistad se la tendrían; é que él había pasado por aquellas cosas, visto no poder hacer otra cosa y que convenía al servicio de S. M. disimularlas; é que

de aquella manera estaban gobernándose, sin fortificarse, ni hacer otro efecto, había 12 días, desde que esta armada é socorro había entrado. El Adelantado agradeció mucho al Maestre de Campo lo bien con que se había gobernado é que lo había hecho como muy buen capitán, por que en poblaciones é conquistas de tierras nuevas es pasar los que gobiernan por semejantes desobediencias, en tiempo que no pueden hacer otra cosa, é que aquel era el verdadero servir á S. M. é hacer lo que convenía. Llegó el Adelantado aquel día á San Agustín: fué muy bien recebido de todos.

El General Sancho de Archinega estaba en las naos, é por ser tarde, no vino á tierra.

Otro día de mañana, habiendo el Adelantado oído misa, invió á decir á los capitanes que se viniesen al fuerte, porque les quería hablar y entrar con ellos en consejo: ansí se hizo, é vino el Sancho de Archinega, que era General de la armada é de la gente que iba en este socorro, que llevaba de S. M. cédula para que todo lo entregase al Adelantado, é hiciese lo que él ordenase é mandase: llevaba consigo al Capitán Juan de Ubila, Almirante de la armada: el Adelantado le recibió muy bien, porque era grande su amigo el Sancho de Archinega, de muchos años atrás.

Entrególe el General Sancho de Archinega los despachos de S. M. y la armada é la gente:

habiendo el Adelantado leído los despachos, dióse por recebido de todo, é dixo al General que había traído consigo algunos malos consejeros, pues no había hecho aquella diligencia, el día que llegára, con el Maestre de Campo, como su lugarteniente en aquellas provincias, por comisión de S. M., y que mal podía él estar en la Florida en todas partes, siendo tierra tan grande; que si él supiera las cosas de la guerra en tierra, como las de la mar, que no creyera á sus consejeros, ni se dejaría engañar dellos; que no le daba á él tanta culpa como á algunos capitanes que, por querer gobernar é serles su interés particular, no le aconsejaron el servicio de S. M., ni lo que le convenía; mas que aquello hecho, é remediado con su venida, que no pensaba hablar más en ello, é que les pedía por merced que le tuvieran por hermano é amigo é le aconsejasen todas las cosas que les pareciese que S. M, podría ser más servido, é que al que bien sirviese, á su tiempo suplicaría á S. M. (⋆) le hiciese merced; añadiendo otras razones con que, sin disimular el exceso, ni consentirle, los dejó muy contentos. ⋆

Todos respondieron que ansí lo harían, é recibieron gran contento de las buenas palabras que el Adelantado les dixo.

(⋆) Suplido desde esta llamada hasta esta otra señal ⋆, por faltar aquí una hoja del manuscrito.

Luego fué el Adelantado á visitar todas las mujeres que habían ido en aquella armada, que eran 14, las cuales invió á mandar se juntasen en una casa, é les dió la norabuena de su llegada, de que ellas se alegraron mucho con la vesita é favor que el Adelantado les hizo: habló á los clérigos que con aquella gente estaban, que eran 5: encomendóles las cosas de su cargo las hiciesen con toda cristiandad: dióles el Vicario á quien habían de obedecer, que era el capellán Mendoza, de Jerez de la Frontera, muy buen religioso é soldado, que había ido con el Adelantado de España, é le hizo Vicario de aquel fuerte é del de San Mateo, é ansí respondieron lo harían, é dieron la obediencia al Vicario: fuese el Adelantado, con todos los capitanes que á esto le acompañaban, é con acuerdo é parecer de todos, dando é tomando en ello, para acertar mexor, señalaron el sitio, lugar é compás donde se habían de fortificar, que era en el mesmo lugar que el Adelantado estaba fortificado; mas porque la mar le iba comiendo el fuerte, retiráronse más á tierra, tomando él un caballero del fuerte que estaba hecho, para el que se había de hacer: repartióse la gente por compañías y escuadras, é lo mesmo el trabaxo: echáronse los dados, para que por suerte saliese á cada uno la parte que había de trabajar, y esto quedó asentado desta manera, á contento de todos, para otro día por la mañana en-

tender cada capitán, gente y escuadras en hacer del fuerte la parte que les había cabido.

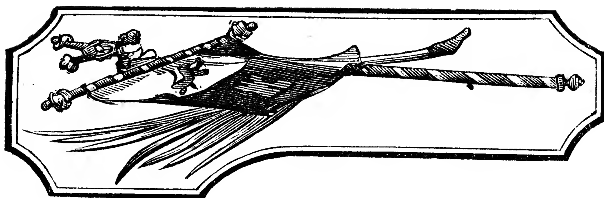
Otro día por la mañana, al alborear, repicaron las campanas, que era señal para que todos se levantasen; tocan las caxas, recogiendo su gente; acuden todos á la obra, que era contento verlos.





EJÉRCITO DE INDIOS EN MARCHA

(Cop.ª de un grab.º del año 1591)



CAPITULO XXII

Al tercero día, que el Adelantado vió que esto iba encaminado como convenía, llamó á consejo á los capitanes é díxoles que era bien tratar el socorro que S. M. mandó hacer, é cómo se había de hacer, é dando é tomando en ello, fué acordado que la mitad de los 1.500 soldados se quedasen en aquellas partes, en los 3 fuertes de Sant Agustín é San Mateo é San Felipe, é que con los demás se fuese el Adelantado con 6 navíos é una fragata é un patax, é con la gente de mar dellos, que serían todos mill personas, á recorrer las islas de Puerto Rico, Santo Domingo é Cuba, para castigar los cosarios que hubiese, é fortificar aquellas plazas, é que las más naos se despidiesen con brevedad é se fuesen á España, é las llevase Sancho de Archinega é Juan de Ubila, que, como está dicho, habían ido por General é Almirante de aquel socorro, y que en el entretanto que se descargaban y aparejaban estas 6 naos, que el Adelantado había de llevar de

armada, fragata é patax, él quería ir á vesitar el fuerte de San Mateo y dejar en él á Gonzalo de Villarroel, que allí estaba, que había vuelto de la Habana, con cargo de toda la gente, y pasar á Guale y á Santa Elena, á vesitar el fuerte de S.n Felipe é ponerlo en toda buena defensa, porque habían ido allá 2 naos, la capitana y otras 2 mayores, con 300 soldados y el capitán Juan Pardo con cargo dellos, y no se sabía que hubiesen llegado, ni el estado de las cosas de aquellas partes.

Con acuerdo é parecer de todos los capitanes, nombró al capitán Juan de Zorita para el socorro de Puerto Rico, é al capitán Rodrigo Troche, que era de los primeros que habían ido á la Florida con el Adelantado, para el socorro de Santo Domingo, é al alférez Baltasar de Barreda para el socorro de la Habana, y se partió á Sant Mateo, donde dejó á Gonzalo de Villarroel en aquel fuerte, con la compañía del capitán Aguirre é los más soldados viexos que allí estaban.

Subió con cient soldados y algunos marineros por la ribera de San Mateo arriba más de 50 leguas, con 3 bergantines que hasta entonces no lo habían hecho, para tomar amistad con los caciques, é saber el secreto, si aquel río pasaba á la parte de Nueva España.

Otro día que partió de San Mateo, por este río arriba, habiendo andado 20 leguas, desem-

barcó, é con una guía que llevaba, caminó 5 leguas por tierra de muy buenas zabalas, de un cacique que llamaban Hotina, y estando una legua de su pueblo, invióle 6 soldados con esta guía, que era lengua, y llegando á él, le dieron un presente que el Adelantado le inviaba y le dixeron que el Adelantado le venía á ver porque le tenía por amigo: él recibió muy bien á los 6 soldados y respondióles que él tenía miedo al Adelantado, y que si quería ir á su pueblo, no llevase más de 20 hombres, é pidiese á Dios que lloviese para sus maizales, que los tenía secos, como lo había hecho con el cacique Guale.

El Adelantado iba marchando tras los 6 soldados, y cuando le volvió la respuesta, estaba como un cuarto de legua del pueblo: hizo alto é mandó quedar allí los 80 soldados, é fuése con los 20, riéndose de lo que el cacique pedía del agua, y llegando al pueblo, habiendo más de 6 meses que no llovía, empezó á llover mucho: llegó á la casa del cacique, é no le halló: dixo á 5 ó 6 indios que allí estaban que le fuesen á buscar é le dijesen que él iba con los 20 hombres y la agua: uno de los indios fué y volvió con la respuesta, diciendo que el cacique estaba en el monte escondido, é que le inviaba á decir que hombre que podía tanto con Dios, que le tenía gran miedo, que se fuese con Dios, que él era su amigo. Pesóle desto al Adelantado,

porque deseaba mucho ver este cacique, que decían era de muy buen entendimiento é muy poderoso en aquella ribera de San Mateo; é volvióle inviar á decir que le rogaba mucho le viniese á ver, que no tuviese miedo, pues no tenía más de 20 hombres, y él tenía más de mill indios, todos con arcos é flechas: respondióle que si su cacique le ayudaba, que era Dios, el Adelantado tenía mucha gente en aquellos 20 soldados; que le rogaba que se fuese, que desde entonces le tomaba por su hermano mayor y que era su amigo, estando el cacique en su tierra y el Adelantado en la suya, y que no quería pelear con el Adelantado ni con su gente, mas que sus indios lo querían hacer, y que le hacía mucho pesar porque no se iba.

El Adelantado le invió á decir que se iba por hacerle placer y que á su gente ni á él no les tenía miedo; que subía por el río arriba de San Mateo; que inviase á decir á sus pueblos, por donde el Adelantado había de pasar, que se estuviesen quedos los hombres é mujeres, que no tuviesen miedo, é que si se huían, les haría la guerra, quemándoles sus pueblos, canoas é pesqueras; y ansí se volvió el Adelantado donde estaban los 80 soldados hecho alto, é llevándolos consigo, se volvió á los bergantines al anochecer: fué cosa que á todos espantó su caminar, porque era una hora de día cuando partió de los bergantines para Otina y estuvo allá dos

horas y volvió de día, que son muy grandes 10 leguas, aunque muchos echaban 12: tuvo aquella muy mala noche, por no se poder embarcar é llover mucha agua, que como alojaron en una sabana húmeda, todos lo pasaron mal.

Otro día por la mañana invió el Adelantado el mayor bergantín con los 50 hombres á San Mateo, y él se subió con los otros 50 en los 2 bergantines por la ribera adentro, é con algunos bastimentos, por tener bastimento para 10 ó 12 días, é yendo toda la gente, no pudiera durar tanto, y él no pudiera saber el secreto de aquella ribera.

De los pueblos que hallaba á la ribera del río, era muy bien recibido, porque decían que su cacique Hotina se lo había inviado á mandar.

Procuró mucho el Adelantado de llevar consigo alguna guía, para saber el secreto del río, é por dádivas que daba é bien que á los indios hacía, ninguno quiso ir con él. Caminó por la ribera adentro todo lo que los franceses habían navegado, llevando dos que les guiaban: llegaba la marea á inchir é vaciar, bien 40 leguas, cosa que espantó mucho al Adelantado: subió como 50 leguas por esta ribera adentro, dos leguas más adelante de lo que los franceses habían subido, hasta un cacique que llaman Macoya, amigo de Saturiba, cacique poderoso de la tierra é costa donde están los fuertes de San Mateo é Sant Agustín, el cual Macoya se retiró

con sus indios, dejando el pueblo desamparado.

El Adelantado saltó en tierra, entró en las casas, no consintió hacer daño, volvióse á recojer: invió la lengua, á ver si parecía algún indio: salieron á él, que le conoscían: holgáronse mucho con esta lengua: dijo cómo estaban allí los cristianos y el capitán dellos, que inviasen á decir á su cacique Macoya que viniese al pueblo con su gente é no tuviese miedo: algunos indios fueron á buscarlo para se lo decir; otros vinieron á sus casas é llevaron al Adelantado mucho pescado: dióles algún rescate é recibióles muy bien, é rogóles fuesen llamar al cacique, que le quería dar muchas cosas que traía para él é sus mujeres: fueron, é los primeros que habían ido y éstos volvieron é dijeron al Adelantado que el su cacique le tenía gran miedo é no quería venir, é que y sus indios eran sus amigos, porque sabían que no hacía mal á ningún cacique, é que se volviese sin pasar adelante por el río, que sus indios estaban enojados porque había ido á su tierra sin su licencia.

El Adelantado le invió á decir que quería pasar por aquel río adelante, á ver unos cristianos, que le rogaba le diesen 2 ó 3 indios para ser pilotos.

El cacique le invió á responder que no quería.

Mandó echar la boga el Adelantado, y empezó á ir por el río adentro, andando como una legua: era ya tarde: vió muchos indios alterados

con arcos é flechas, é llegando á una estrechura, halló cerrado el río con estacas: rompió la entrada y entró por ella adentro: estrechósele el río como dos picas no más é muy fondable: allí venía la corriente contra él, muy recio, porque hasta entonces no había tenido ninguna, sino sus inchentes é vaciantes: temió el Adelantado no flechasen los remadores.

Abaxaron 2 ó 3 indios á la orilla é dixéronle de parte del cacique Macoya que no pasase adelante é se volviese; si no, que le empezarían á hacer la guerra.

Respondióles el Adelantado que él no iba á hacerles mal, é que viniesen á hacer la guerra cuando quisiesen; que tenía necesidad de pasar por aquel río adelante, é por ser noche, quería quedar allí hasta la mañana, é ansí lo hizo. La guía é lengua que el Adelantado llevaba había sido esclavo de un cacique de Ays, que llamaban Perucho, que estaba 20 leguas por el río arriba, é conoscía á este Macoya, é dixo al Adelantado que se volviese, porque había muchos indios é muy guerreros por aquella tierra, y que le decían que el río iba muy estrecho por allí adentro más de 30 leguas, hasta salir á una laguna grande que llaman Maymi, que dicen tiene más de 30 leguas en cercuito é que recoge dentro de sí muchos ríos de la sierra, é que desaguaba esta laguna á la parte del cacique Cárlos, que está en la costa de la nueva España, é

que otro brazo desaguaba á Tequesta, que es en los Mártires.

Deseaba mucho el Adelantado descubrir este secreto, por la amistad que tenía tomado con Cárlos é por saber si aquello era navegable, que fuera cosa muy provechosa para la población é conquista de la Florida, é por otra parte temía que si acudían canoas de indios de guerra en aquella estrechura, y estando dentro de la estacada, podría recebir daño; en especial, por haber llovido mucho, traían los soldados la pólvora é cuerda húmeda; se retiró una legua atrás con sus dos bergantines, é por la mañana acordó de volverse, y en el camino á 7 ú ocho leguas de vuelta, saltó en un pueblo, donde algunos indios le aguardaron: dióles rescates é díxoles que le llamasen á su cacique, el cual vino, que llaman Calabay: díxole por la lengua que Macoya le había inviado á decir que no pasase por aquel rio, é que sus soldados se habían enojado mucho contra él y querían saltar en tierra á quemarle su pueblo é las canoas é derrocarle las pesqueras, é porque no lo hiciesen, se volvía.

El Calabay le respondió que él quería ser su amigo é tomarle por hermano mayor, para hacer lo que le mandase; que le rogaba le diese una cruz, como á Guale, é otros 6 cristianos, que él y sus indios querian ser cristianos; que les mostraría aquel río hasta la laguna de Maymi á

los 6 cristianos que con él quedasen, porque á pocos cristianos, los indios no tenían miedo, é á muchos sí, é que no les haría mal ninguno.

Temía el Adelantado á este cacique, porque siendo subjeto á Hotina, se alzara contra él, y era muy amigo del cacique Saturiba, é por que no había dende allí por tierra á San Agustin más de 12 leguas, acordó de se los dexar é darle la cruz, y le dijo que si alguno le mataba, que él vendria hacerle la guerra, de manera que le quemaría las casas y las canoas y derrocaría las pesqueras é cortaría la cabeza á él é su gente, mujeres é niños, porque él era amigo de sus amigos de verdad y enemigo de sus enemigos. El cacique dixo que era contento, y luego hubo muchos soldados que pidieron los dexase allí.

El Adelantado dexó los que le pareció tenían más voluntad é parecía mejor podrían dotrinar los indios: dió un presente á este cacique para sí é otro para Macoya, que le rogaba se lo llevase con tres cristianos de aquellos, que viviesen con él é dotrinasen á él é sus indios.

El Calabay dixo que ansí lo haría; é fué ansí, que llevó el presente é los cristianos: Macoya no los quiso recibir é tomó el presente. Invió á decir al Adelantado que él era su amigo é lo tenía por su hermano mayor, que es toda la obediencia que los caciques de la Florida pueden dar; mas que si iba á tierra, le tuviese por su enemigo.

Saturiba, como supo que Calabay tenía los cristianos, invió 2 hijos suyos é á otros indios para que los matasen. El Calabay no lo consintió: invióle á decir Saturiba que los matase, ó se los inviase, é si no, que lo tuviese por enemigo.

El Calabay, de temor de Saturiba, los invió á San Mateo. Cuando el Adelantado se volvió á San Mateo, en 3 ó 4 pueblos de Hotina por donde había ido, le aguardaron toda la gente, grandes é pequeños, con mucho regocijo: dábales algun rescate, tocaba los instrumentos, regocijábanse todos: pesábales porque se partía tan presto.

Llegó á donde desembarcó cuando fué á ver á Hotina por tierra: invióle á decir que como le había ido á ver á su pueblo, viniese Hotina á ver al Adelantado allí, y si esto no hacía, que lo tuviese por enemigo. Hubo miedo Hotina de enojar al Adelantado, y entendió la mucha amistad que había hecho en sus pueblos donde llegaba, que en todos le querían bien, é vino á ver al Adelantado, con 300 hombres de guerra, é á un cuarto de legua de los bergantines hizo alto, é invió á decir al Adelantado que fuese allá con 20 cristianos, el cual lo hizo ansí, llevando 20 arcabuceros diestros é bien en orden: llegando á cerca el Hotina, le tuvo miedo, y envióle á decir que llegase á él con 2 personas no más; é como á medio tiro de arcabuz, hizo alto con los 20 soldados, é con solos dos é la lengua, se llegó

el Adelantado á Hotina, que estaba arrodeado con sus 300 flecheros sentados.

El Hotina se le humilló mucho, haciendo al Adelantado la más reverencia que entre ellos se usa, é luego vinieron sus prencipales de uno en uno, haciendo lo mesmo, é todos los más indios que allí estaban hicieron aquello.

El Adelantado vistió una camisa al Hotina, que estaba en carnes, sólo cubiertas sus vergüenzas, é lo mesmo todos sus indios, y vistióle unos zaragüelles é ropeta de tafetán verde: púsole un sombrero: este indio era muy gentil hombre en disposición y feyciones, de hasta 25 años, muy discreto: dixo al Adelantado que le tomaba por su hermano mayor, para hacer lo que le mandase; que le dejase una cruz, como á Guale, é cristianos que le dotrinasen á él é á su gente, é que le dexase una trompeta, pues que era su hermano de verdad.

El Adelantado lo hizo ansí, que le dexó la cruz é 6 cristianos, y el trompeta entre ellos: dióle algún rescate para su mujer, é dió á los indios prencipales que allí estaban: partieron muy amigos. Embarcóse el Adelantado é se fué á San Mateo, dentro de 12 días del día que había partido: halló todo aquello muy bueno, é contento á Gonzalo de Villarroel con la gente, aunque algunos, sin orden suya, se habían ido de allí á dos leguas para robar ciertas casas de Saturiba: salieron los indios á ellos, é de 12 arcabuceros

que iban, murieron los 8, é los 4 llegaron muy mal heridos, dentro de tres días, al fuerte...., escondidos por los montes: estuvo el Adelantado allí dos días: partióse á S.ta Elena: despachó aviso á S. M. de cómo el socorro era llegado y del estado de aquellas cosas: invió un capitán con 30 soldados é 2 frailes dominicos á la bahía de S.ta María, que está en 37 grados, con un indio hermano del cacique de aquella tierra, que había 6 años que el Adelantado le traía consigo: era muy ladino é de muy buen entendimiento é buen cristiano, llamado Don Luis de Velasco; para que con su favor, poblasen en aquella tierra é procurasen hacer los indios cristianos.

Los frailes eran del Perú é Nueva España, tierra muy viciosa: habían pasado alguna hambre en la Florida é trabaxo é peligro; pareciéndoles que no podrían sufrir tan mala vida, en secreto alteraron algunos soldados, que había menester hacer poca diligencia para ello, y alteraron al piloto, y de conformidad, tomando testimonios que con tormenta no habían podido ir allí, se vinieron á Sevilla, disfamando la tierra é diciendo mal del Rey é del Adelantado, porque la querían poblar é conquistar.

Llegó el Adelantado á S.ta Elena: halló á Estébano de las Alas metido en su fuerte con los soldados viejos, y á Juan Pardo alojado de fuera, haciendo casas para alojar la gente, por-

que llevaba orden del General Sancho de Archinega que una noche diese él el nombre, y otra noche le diese Estébano de las Alas, y ansí le mostró la orden que llevaba. Estébano de las Alas dixo á Juan Pardo que se holgaba mucho con su llegada, y que él tenía orden del Adelantado Pero Menéndez, su Capitán General, para guardar é defender aquel fuerte en nombre de S. M., é que él había de poner los centinelas é dar el nombre, é no otro ninguno, é que con esta condición se podía meter dentro del fuerte, con su gente, ó con la parte della que quisiese, ó alojarse en la campaña, como le pareciese.

El Juan Pardo es buen soldado, celoso del servicio de S. M.: parecióle tenía razón el Estébano de las Alas é que no la había tenido Sancho de Archinega, é que él, en llegando á la Florida, estaba obligado á cumplir y obedecer los mandamientos del Adelantado, é no otros: dió la obediencia para defensa del fuerte á Estébano de las Alas, dándole una escuadra de soldados para guarda de las centinelas, é que cuando fuese necesario, él acudiría con los demás, y alojóse con ellos en la campaña, y empezaban todos á trabaxar para poner el fuerte en buena defensa.

Fué grande el gozo y alegría que todos recibieron con la llegada del Adelantado: supo que los indios estaban muy amigos, é la nece-

sidad con que Estébano de las Alas estaba de gente é comida cuando el capitán Juan Pardo llegó con 2 naos cargadas de bastimento é con 300 soldados, porque había un mes que inviando el Adelantado un bajel cargado de bastimento, otro día que allí llegó, antes de descargar nada, se amotinaron los soldados é se alzaron con él, dejando preso á Estébano de las Alas é á sus oficiales que vinieron con él á la Habana, con hasta 60 hombres, y en la canal de Bahama les dió una tormenta que les forzó entrar en la Florida, en un puerto que allí estaba, que es en la cabeza de los Mártires: hallaron un pueblo, que el cacique dél llaman Tequesta, pariente cercano del cacique Cárlos y de la india Doña Antonia, porque 2 cristianos que allí estaban cautivos hacía muchos años, que en una canoa llegaron, se lo dijeron, é que aquellos indios solían matar todos los cristianos de las naos que se perdían, é que agora los querían mucho, porque sabían que el más prencipal dellos tenía por mujer una parienta suya, hermana de Cárlos, é que no tuviesen miedo, que el cacique los inviaba á saber si eran ellos de aquellos cristianos, los cuales dixeron que sí, é que cerca de allí, en un pueblo de la costa estaban muchos cristianos de aquellos, y era ansí la verdad, que los soldados que se amotinaron en Sant Mateo cuando iban á la Habana, saltaron allí como 20 dellos: entró mucho viento

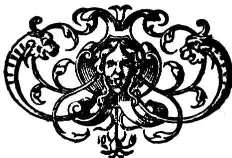
al navío, hízose á la vela, dexólos en aquella tierra, y los indios los trataban muy bien, dándoles de lo que tenían, por amor de la india Doña Antonia. También se le habían ido á Estébano de las Alas como hasta 20 soldados la tierra adentro: tenía en el fuerte como hasta 25 cuando Juan Pardo llegó, é ninguna comida más que aquella que los indios le inviaban.

Había el capitán Juan Pardo ahorcado 2 soldados, después que allí llegó, por amotinadores: tenía presos otros 3: habiánsele ido 6. Estaba la gente medio alterada, pareciéndoles que había división entre él y Estébano de las Alas, la cual no había, sino mucha conformidad y no menos de lo que está dicho.

Entró en consejo el Adelantado: acordó de la manera que se había de proceder: estuvo allí 8 días, en los cuales le vinieron á ver los caciques sus amigos, é le rogaron aguardase allí un mes, porque muchos caciques de la tierra adentro le querían volver á ver é tomar por hermano mayor: no lo pudo hacer, por la necesidad que tenía de volverse con brevedad á San Agustín, para hacer los socorros en las condiciones que S. M. mandara. Soltó á los 3 soldados que Juan Pardo tenía presos, dándoles una reprehensión y hablóles á todos, animándoles é rogándoles estuviesen fuertes en el servicio de S. M. Nombró á Estébano de las Alas por su lugarteniente en aquellas provincias, por

que quería llevar consigo los socorros, como llevó; al Maestre de Campo por su lugarteniente é Almirante de la armada; é dió orden á Juan Pardo se fuese con 150 soldados la tierra adentro, á visitar los caciques que querían venir á ver al Adelantado, é con toda la amistad posible, en la parte más cómoda que le pareciese para la conservación dellos, é que fuesen cristianos, se fortificase en la parte que le pareciese, caminando la vuelta de Nueva España.

E ansí se partió el Adelantado de Santa Elena en fin de Agosto, dejando confirmada la paz con los caciques y encargando á Estébano de las Alas la conservase.





CAPITULO XXIII

Llegó á Guale en 2 días: halló á los indios muy tristes por la muerte de Alonso Menéndez Marqués, sobrino del Adelantado, á quien ellos querían mucho, y que era cabeza de los cristianos que allí estaban.

Adoraban la cruz con gran devoción: todos los más de los niños é niñas iban á la dotrina cristiana é la sabían de cabeza.

Muchos caciques de aquel distrito venían allí, con deseo de ver al Adelantado: detúvose allí 8 días, en los cuales vinieron 14 ó 15: pidiéronle cruces é cristianos para que les enseñasen á ser cristianos: acordó el Adelantado dejar allí un capitán con 30 soldados, los más dellos gente prencipal, que pidieron los dejasen allí, porque les parecía podían mejor servir á Dios é al Rey.

Fuése el Adelantado: llegó á San Mateo en otros 2 días, donde halló toda la gente buena:

llevó consigo á Gonzalo de Villarroel á San Agustín, donde halló que muchos soldados se querían amotinar é irse de la tierra.

Había ahorcado el Maestre de Campo 3 dellos: tenía presos á otros é al capitán Pero de Rodrabrán, que era uno de los capitanes que S. M. había inviado con aquel socorro, porque se había desacatado contra el Maestre de Campo, é le daban culpa ser el prencipal que daba orden y ocasión para que se amotinasen, é aunque el Adelantado halló por donde poder les hacer justicia, habló con el Maestre de Campo é díxole que, pues no conoscían aquellos capitanes ni soldados, é que muchos dellos venían desobedientes, que era menester pasar por cosas, é hacer lo que pudiesen, é no lo que quisiesen; que convenía para sosiego dar una reprehensión el Adelantado á este capitán é soltarle, dejando el proceso de su culpa en el estado en que estaba: al Maestre de Campo le pareció bien: ansí se hizo.

Fué muy alegremente recibido el Adelantado de todos los capitanes, gente de mar é guerra que allí había: invió las naos á España: salió con la armada á buscar los cosarios é hacer los socorros á las islas Puerto Rico, Española é Cuba, como estaba acordado: hizo vela á 20 de Octubre, aunque estuvo presto para salir en fin de Septiembre, é con vientos contrarios, no pudo: llegó á 5 de Noviembre, con la mitad de

la armada, á la Mona, y el Maestre de Campo, con la otra mitad, á S.n Germán, por ser aquellos lugares donde los cosarios ladrones suelen andar, para los tomar de repente, é no hallaron ninguno.





CAPITULO XXIV

Eran capitanes de las 6 naos de armada, el Adelantado, General de su nao; el Maestre de Campo, Capitán y Almirante de la suya; Juan Vélez de Medrano, de otra; el alférez Cristóbal de Herrera, que fué el primero que metió bandera en el fuerte de San Mateo cuando se ganó á los franceses, siendo alférez del capitán Diego de Maya, de otra; el capitán Pero de Rodrabrán, de otra; Baltasar de Barreda, de otra: de la fragata, García Martínez de Cos, y del bergantín Rodrigo Montes, primo hermano del Maestre de Campo, que también fué de los primeros que entraron en el fuerte.

Luego que surgió en Sant Germán el Maestre de Campo con sus navíos, tuvo aviso de los de la tierra, cómo estaba en Guadinilla, 15 leguas de allí, un patax de aviso que iba para S.to Domingo, é que decía la gente dél que á 25 de Septiembre de aquel año de 66 habían partido 27 naos de armada de Francia, é que

se habían hecho 3 partes, que la una parte destas tomara á 6 de Octubre la isla de la Madera, é que las otras 2 partes de armada no sabían dónde fueran, é que toda la armada traía 6.000 hombres de mar é guerra: invió luego el Maestre de Campo á Hernando de Miranda, fattor por S. M. en la Florida, á enterarse é saber más particularmente esto, el cual fué y habló en Guadinilla con el maestre é piloto del patax, que eran sus amigos, é le dixeron lo mesmo, é dieron un traslado de lo que en esto pasaba, firmado de un Regidor de la Palma, que se hallaba en la isla de la Madera cuando los franceses la tomaron, que estuvieron en ella 17 días; é venían en los navíos algunos portugueses, conoscidos de este Regidor, que le contaron todo lo que pasaba: al tercero día volvió Hernando de Miranda á San Germán y dió relación de todo al Maestre de Campo, el cual, pareciéndole lo debía de saber el Adelantado, para que su armada se juntase é tomase determinación de lo que debía de hacer, le invió aviso á la isla de la Mona, donde estaba con 3 naos, que era 20 leguas de allí: recibido el Adelantado el despacho, invió la armada á San Germán, y orden al Maestre de Campo para que luego diese lado é sebo á las naos é las pusiese muy á punto, y él se fué á la ciudad de S.to Domingo, que era de allí á 50 leguas: fué muy bien recebido de la Audiencia de aquella ciudad, por

que tenían ya las nuevas de la armada francesa, había 2 días, y temían mucho no viniese allí: fuése el Adelantado á la Audiencia, estando juntos Presidente y Oidores: mostróles la cédula que de S. M. tenía para hacer aquellos socorros, é les dixo que traía mill hombres de mar é guerra, toda muy buena gente é buenos pilotos é marineros, porque había sacado para este efeto la gente de mar que tenía en la Florida, que era muy buena, y que venía con determinación de acosar é seguir todos los cosarios que en aquellas partes hubiese, para los castigar, porque en tiempo de paces no anduviesen haciendo tantas estorsiones, robos é daños á los vasallos de S. M.; é por las nuevas que tenía de que la armada francesa iba á aquellas partes, les iba á pedir consejo é parecer de lo que debía de hacer, que les pidía por merced le diesen su parecer en ello; é dando é tomando sobre el negocio, la Audiencia se resumió con él, diciéndole que el parecer que le daban era que fortificase aquella ciudad y fortaleza é la de Puerto-Rico é la de la Habana é puertos comarcanos, como S. M. se lo mandaba, é se volviese con brevedad á la Florida.

Mucho le pesó al Adelantado con este parecer, porque deseaba encontrarse con alguna parte destas tres de la armada francesa é con otros cosarios que en aquellas partes andaban divididos é muy ricos de los robos que habían hecho; mas parecióle que S. M. le mandaba por

su cédula hiciese lo que la Audiencia le dió por parecer, é ansí lo determinó de hacer: pidióles se desocupasen aquella tarde é otro día para ver la mexor orden que se había de tener para la fortificación de aquella ciudad é fortaleza, é ver y entender las partes por donde los enemigos podrían desembarcar, para poner las centinelas é para que se hiciesen las caxas é ruedas de la artillería, porque las que había estaban podridas, para la encabalgar é ponerla lista en las partes más necesarias, lo cual se hizo todo con gran diligencia é cuidado.

Dejó el Adelantado en aquella ciudad al capitán Rodrigo Troche, con 150 soldados, las dos partes arcabuceros é la una piqueros: dexó al capitán Antonio Gómez por capitán de la artillería, por que era desto muy diestro é gran polvorista; é dentro de 6 días se volvió el Adelantado á San Germán: llegó en 3 días: invió al capitán Cristóbal de Herrera, con su urca, con bastimentos é municiones y veinte quintales de pólvora de cañón y arcabuz, para defensa de la fortaleza é ciudad.

Estaban en aquella ciudad 10 naos cargando de cueros é azúcar para España: nombró la Audiencia á esta urca por capitana y al Cristóbal de Herrera por General, por ser buen soldado de mar é tierra (é partióse el Adelantado de aquella ciudad dentro de 6 días), y llegó con todas ellas á Sevilla en salvamento.

Luego que el Adelantado llegó á San Germán, halló las naos muy á punto de guerra: entró en consejo con el Maestre de Campo é capitanes: díxoles la determinación que había tomado, con parecer del Presidente é Oidores de la Real Audiencia de S.to Domingo, é que aquella había de guardar é cumplir: despachó luego al capitán Juan de Zurita, con su nao de armada, con 100 soldados arcabuceros é 4 piezas de artillería, con recado de pólvora, y el Adelantado se fué por tierra de San Germán á Puerto-Rico, donde fué muy bien recebido del Gobernador é vecinos, porque estaban con gran temor si la armada francesa llegase: díxoles lo que S. M. le mandaba: mostró la cédula al Gobernador y Regimiento, y que 100 soldados é 4 piezas de artillería é municiones serían luego allí en una nao de armada, porque ya los había dexado en Sant Germán despachados: vesitó la fortaleza y la entrada del puerto, donde se dió orden fortificar un torreón que allí estaba, por otra mejor traza que tenía, é vesitó otros lugares peligrosos para poder desembarcar enemigos: con acuerdo é parecer del Gobernador é del Alcaide de la fortaleza, Juan Ponce de León, é más regidores, se determinó de la manera que se habían de fortificar é guardar, en caso que la armada francesa, ó parte della, allí fuese: estaban los más de los vecinos huídos en el monte, con sus mujeres, hijos é hacienda, de temor que la ar-

mada francesa allí viniese: no podía el Gobernador traerlos al pueblo: con la llegada del Adelantado, todos vinieron, hicieron alegrías é procesiones, suplicando á Nuestro Señor les diese vitoria contra sus enemigos, porque todos los vecinos estaban determinados, si los enemigos allí venían, morir antes que rendirse.

Al cuarto día se partió el Adelantado para Sant Germán, é al tercero que allí llegó se hizo á la vela para Puerto de Plata, donde con parecer, acuerdo é favor de la justicia é regimiento de Puerto de Plata é vecinos della, trazó un torreón (⋆) y pasó á Monte Cristo, la Xaguana y Puerto Real á ofrecer soldados; pero no los quisieron recibir, con diferentes pretestos; cuya incertidumbre experimentaron en los estragos que la armada francesa hizo en ellos. * En todos estos 3 pueblos había ido el Adelantado, é no quisieron recebir soldados. Otros 2 navíos vinieron en aquellos días sobre Santiago de Cuba: el Adelantado había dejado allí 50 soldados arcabuceros, é por capitán dellos... de Godoy, buen soldado, é 4 piezas de artillería de bronce, con su pólvora é municiones, que les impidieron la entrada: fuéronse estos navíos á cabo de Cruz é á Manzanilla, puerto del Bayán: tomaron 5 navíos muy ricos, con mucho dinero é cueros. Socorrió el Adelantado á la

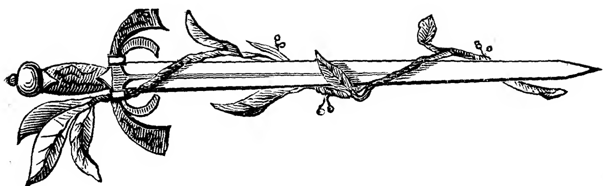
(⋆) Suplido desde aquí hasta la señal *.

Habana con 200 soldados é 6 piezas de artillería, é por capitán dellos, como de antes lo tenía acordado é proveído, á Baltasar de Barreda: llevó este socorro á la Habana á... de Enero, cosa que parece encantamiento, que en tan pocos días hubiese el Adelantado hecho tantos socorros, en navegaciones tan dificultosas, porque á 20 de Octubre partió de la Florida y estuvo en San Germán, isla Mona, S.to Domingo é Puerto Rico: corrió con la armada que le quedaba á Puerto de Plata: hecho aquel socorro, invió al Maestre de Campo, con las 3 naos, por la canal viexa, á socorrer á la Habana, el cual tuvo muy gran tormenta de Norte en el camino, que estuvo muchas veces á punto de perderse: el Adelantado, con la otra nao, fué á Monte Cristo, Puerto Real y á la Yaguana, é les ofreció soldados para defenderse de los cosarios, é no los quisieron: á Santiago de Cuba, cabo de Cruz y Macaca, pueblo del Bayán: allí dejó la nao cargando de bastimentos para la Habana, y de allí á la Florida, y él se metió en una zabra, é por entre los cayos, llegó á un puerto que está al Sur de la Habana, que se llama... é por tierra fué á la Habana é llegó á tantos de...: hizo este camino del Bayamo á la Habana, por mar é por tierra, en 8 días, que fué cosa que admiraron las gentes, siendo, por lo menos, camino de un mes. Fué grande el regocijo que el Maestre de Campo é capitanes, gente de mar é gue-

rra, recibieron con el Adelantado: luego dió orden en fortificar aquella plaza é puerto, como S. M. se lo mandaba: en una de las naos de las 3 que allí estaban, recogió todas las municiones: las otras dos despidió é invió á España, é dejando allí al capitán Baltasar de Barreda, con los 200 soldados, para defensa de la fortaleza é puerto, como S. M. se lo mandaba por su Real cédula, que socorriese aquella plaza con la gente que le pareciese, invió al Maestre de Campo á la Florida con las municiones que habían sobrado y el bastimento que había traído la nao que dejara el Adelantado en Macaca, cargando de bastimento del Bayán, é despidió también esta nao del sueldo de S. M., como las demás: también hizo luego despedir la de Puerto Rico é la urca que llegó á S.to Domingo, por no hacer costa á S. M., é si S. M. hubiera de hacer el costo de esta armada, sin bastimentos é gente, sólo de fortificaciones é otras cosas necesarias que las naos de armada han menester, por cuenta de S. M., gastara más de veinte mill ducados, y en las Indias gastara más de 40 mill, y el Adelantado no gastó un ducado, porque con los oficiales que tenía en la Florida, que había llevado consigo á su costa, y otros materiales, lo hizo todo con parte de los navíos, bastimentos é gente que habían ido para socorro de la Florida é de las islas, é con otros 150 marineros, pilotos é gente que tenía, é la fragata é

bergantín eran del Adelantado, y la gente que en él andaba, sin que á S. M. se hiciese costa ninguna. Y dió orden al Maestre de Campo, cuando se fué á la Florida, que fué á... que llegado á San Agustín, visitado aquello y lo de S.ⁿ Mateo, con 3 bergantines que el Adelantado tenía en la Florida, suyos, para descubrimientos, subiese por el río de San Mateo arriba con 150 hombres, hasta llegar al cacique Macoya, donde el Adelantado había llegado cuando se volvió; y el Adelantado partió aquel mesmo día de la Habana, cuando el Maestre de Campo, para tierra de Cárlos, con 6 pataxes é bergantines, é dixo al Maestre de Campo que procuraría él saber si en Cárlos había río para llegar á Macoya, é descubriría aquella costa.





CAPITULO XXV

Antes que el Adelantado partiese de la Florida á hacer los socorros, acordó de inviar á Fran.co de Reinoso, hombre de armas de S. M., muy buen soldado, con 30 soldados, al cacique Cárlos, y enviarle á su primo, que era heredero suyo, que pusieron nombre Don Pedro cuando se bautizó, y á otro indio su criado, porque le pareció ser este indio heredero de Cárlos, de muy buen entendimiento é grande su amigo, é no quería el Adelantado que se le muriese, é mostraba tener muestra de buen cristiano y pretendía casarle con Doña Antonia, la india, pues habían de ser herederos del estado de Cárlos y procurarían que los indios fuesen cristianos; y nombró por capitán de aquellos 30 soldados al Fran.co de Reinoso, é dióle instrucción hiciese una casa fuerte en el pueblo de Cárlos, é procurasen todos, con gran devoción, á las mañanas é á las tardes, adorar la cruz, diciendo la dotrina cristiana, para que los indios hiciesen lo mesmo, é trabaxasen de

los dotrinar lo mexor que pudiesen, y que con la amistad de los indios procurasen de saber si un río que estaba 2 leguas de allí iba á dar á la laguna de Maymi, y cuántas leguas había, porque ya el Adelantado sabía las que había desta laguna á Macoya, é que había pasaje; porque iría dentro de 3 ó 4 meses á Cárlos, con bajeles suficientes, para ver si podría pasar por aquel río á S.n Mateo é San Agustín, que era lo que el Adelantado mucho deseaba, por el gran servicio que entendía hacía á S. M. y á los tratantes en las Indias y al bien general de los que andaban en la población é conquista de la Florida; é dióle un presente para Cárlos y otro para su mujer y otro para Doña Antonia la india.

Y llegado el Fran.co de Reinoso, en el bergantín, á Cárlos, con sus 30 soldados é con D. Pedro el indio, heredero de Cárlos, é con el otro indio, echaron en tierra los dos indios, para que hablasen á Cárlos é á Doña Antonia, de que fué grande el contentamiento que todos los indios recibieron con ellos, é luego vino Cárlos al patax, ofreciendo su amistad al capitán Fran.co de Reinoso é soldados, que pues el Adelantado era su hermano mayor é le inviaba á mandar que los recibiese é hiciese buen tratamiento, que él lo había de hacer, y que él ni ningún indio de los suyos le habían de hacer mal: ansí se desembarcaron con gran regocijo é contento, é los llevó á su pueblo, y le dió el Fran.co

de Reinoso el presente que llevaba y dió una carta, la cual él aclaró con la lengua lo que en ella decía, que era encargándole mucho fuesen bien tratados los cristianos dél y de sus indios, y ansí lo prometió Cárlos al capitán Reinoso, é le hizo hacer una casa, en que se recogieron; los cuales, arbolando cerca della una cruz, la iban á adorar á la mañana é tardes, diciendo su dotrina cristiana, y á ella acudían los indios é indias con gran devoción.

Partióse el bergantín para la Habana, con 5 ó 6 marineros, como lo había ordenado el Adelantado: llevó consigo á la india Doña Antonia, con 5 ó 6 indios prencipales, porque ansí lo había ordenado el Adelantado, por la seguridad del capitán Fran.co de Reinoso é 30 soldados que con él quedaban, porque era muy poca la confianza que el Adelantado hacía del Cárlos, porque cuando le trató, le vió tener muchas muestras de traidor.

Llegada la india en el bergantín á la Habana, dentro de 6 días que partió de Cárlos, fué luego á la marina Alonso de Rojas, Regidor de aquella villa, y llevó á Doña Antonia é á sus indios á su casa, como de antes los tenía, é su mujer, que era madrina de Doña Antonia, la recibió muy bien, haciéndole mucho regalo é buen tratamiento; é luego el bergantín é otro patax cargaron de ganados vivos é algún bastimento, é fueron con ellos á Cárlos.

Escribió el capitán Fran.co de Reinoso el trabajo é peligro con que vivían, é que por 2 ó 3 veces, á traición, los había querido matar Cárlos, é que inviaba á pedir á su hermana Doña Antonia é los demás indios, que tenía muy gran deseo de verlos, que luego se volverían, á fin que teniéndolos consigo, poder matar al Fran.co de Reinoso é los soldados que con él estaban, porque estaba muy encarnizado este cacique y su padre, de matar cristianos, que en 20 años que había que aquellos hombres é mujeres que el Adelantado allí halló cautivos, decían que habían muerto padre é hijo más de 200 cristianos, sacrificándolos al demonio, é haciendo sus fiestas é bailes con ellos, é que eran todas gentes de naos perdidas de la carrera de las Indias, porque aunque se perdiesen 100 leguas de allí, se los llevaban á él, como era cacique de mucha costa de mar en los Mártires é canal de Bahama, que es donde las naos que van de Indias á España corren el mayor peligro; é por esto hacía grandes diligencias el Adelantado de poblar aquella costa y querer atraer los caciques de indios á su amistad. Y ansí en los 6 bergantines que sacó de la Habana con 150 hombres, el día que el Maestre de Campo partió para San Agustín con la nao cargada de bastimento é municiones que habían sobrado de la armada, que fué á... y le había dado orden subiese por la ribera de San Mateo arriba, hasta

Macoya, que él iba á saber si por la parte de Cárlos podía ir á Macoya, para de allí ir á San Agustín é San Mateo; é llevaba consigo á Doña Antonia, indios é indias que consigo tenía; é fué con próspero viento en 2 días naturales.

Llevaba consigo al Padre Rogel, de la Compañía de Jesús, muy docto é gran religioso, y al Padre Fran.co (de Villarreal), de la mesma Compañía: llevaba indios prencipales de Tequesta, que era donde dejó el navío que venía de San Mateo, con la gente amotinada, los 20 soldados, que acertando á pasar un bergantín que el Adelantado inviaba de la Florida á la Habana á buscar bastimento, y llegando sobre aquel puerto, dióle el viento contrario, y entróse en él y halló los cristianos que allí habían quedado destos amotinados, todos muy buenos, que les dixeron el buen tratamiento que el cacique é sus indios les habían hecho, por tener por mujer el Adelantado á Doña Antonia, é que 5 ó 6 dellos andaban en la tierra adentro, é la gente del bergantín tomó hasta 15 soldados destos, y el cacique invió un hermano suyo con 3 indios é 3 indias en este bergantín, á decir al Adelantado que él é sus indios querían ser cristianos, que le fuese á ver, porque le quería tomar por su hermano mayor, para hacer lo que les mandase; y este cacique é Cárlos tenían gran guerra, é sabido por qué era, que el cacique Tequesta solia ser subjeto á Cárlos, é como Cár-

los supo que tenía aquellos cristianos, invió por ellos, é no se los quiso dar, é después invió para que los matasen á traición: súpolo el Tequesta, defendiólos y mató dos indios suyos que andaban tratando de matar los cristianos.

Y el Adelantado llevaba consigo esta tercera vez estos mensaxeros de Tequesta, con la Doña Antonia, todos juntos, para tratar paces y amistades entre el Cárlos é Tequesta; é como entró el Adelantado en el puerto de Cárlos, 2 días desque partió de la Habana, como está dicho, fué descubierto por el Capitán Fran.co de Reinoso é sus soldados, é por el cacique Cárlos é su gente; luego acudieron con las canoas á los bergantines: saltó el Adelantado en tierra: fué muy bien recebido de los cristianos é indios: hizo hacer junto de la casa de los cristianos, una casa á la Doña Antonia, é una capilla, donde el Padre Rogel decía misa: pedricó otro día siguiente á los soldados, que tenían harta necesidad de ser dotrinados, é por los buenos exemplos que les dió, pidieron al Adelantado que los dexase con ellos, porque de otra manera, presto serían salvajes, como los mesmos indios; y esto era que las indias los querian mucho, de tal manera, que si el Adelantado entonces allí no llegara, el Cárlos é sus indios, aunque perdieran á Doña Antonia, su hermana, é á los seis indios é indias que consigo tenía, estaban determinados de matar al Fran.co de Reinoso é á

todos los cristianos que con él estaban, aunque con el aviso que las indias daban á los cristianos, que Cárlos é sus indios los querían matar, vivian con gran recatamiento.

Informó el Fran.co de Reinoso capitularmente al Adelantado de las costumbres é condiciones de Cárlos é de sus indios, é de las muchas veces que los habían querido matar, é que era grande la devoción que iban tomando á la cruz, aunque el Cárlos estaba muy aperreado é se reía de nuestras cerimonias. El Adelantado regocijó mucho al Cárlos é á toda su gente: llevóle á comer consigo dos veces, é á su mujer, indios é indias prencipales.

Supo el Adelantado que el pasaje que él buscaba no le había por allí, é que 50 leguas adelante, en un pueblo que llamaban Tocobaga, hallaría pasajes.

El cacique de aquella tierra era grande enemigo de Cárlos é le hacía mucha guerra.

Había pedido el Cárlos al Adelantado é al Fran.co de Reinoso fuesen con él é su gente á hacer la guerra á Tocobaga.

El Fran.co de Reinoso dijo al Cárlos que sin orden del Adelantado no lo había de hacer, por que si lo hacía, le mandaría cortar la cabeza.

Y el Adelantado respondió al Cárlos que el Rey de España, su Señor, no le inviaba á aquella tierra á hacer la guerra con los caciques indios, é que si estaban reñidos, procurar de ha-

cerlos amigos, é decirles si querían ser cristianos, é los que lo quisieren ser, enseñarles la dotrina de la manera que lo han de ser, para que cuando se muriesen en la tierra, fuesen con Dios, Señor de todo el mundo, al cielo; que ansí él quería ser amigo de Tocobaga; que él iría á tratar las paces con él.

Pesóle mucho á Cárlos de que el Adelantado no fuese á hacer la guerra á Tocobaga, é díjole que él quería ir con él en sus bergantines á Tocobaga, con hasta 20 indios prencipales de los suyos, é que allá trataría el Adelantado de las paces.

El Adelantado holgó dello, é trató luego con el Cárlos las paces é amistades entre él y el cacique Tequesta, con su hermano, que allí tenía, é otros 2 indios é 3 indias: efectúaronse muy bien: dejó el Adelantado confirmada mucha amistad entre los indios é soldados: dejó allí hasta que volviese de Tocobaga los indios de Tequesta con los cristianos, é á los dos padres de la Compañía.

El Padre Rogel dábase prisa á deprender con vocabulario la lengua de Cárlos é Tocobaga, para empezar á predicar á los indios.

El Padre Fran.co deprendía la lengua de Tequesta, porque pretendió el Adelantado, vuelto de Tocobaga, dejar allí al Padre Rogel, é llevar á Tequesta el Padre Fran.co

Dentro de 3 días que estuvo en Cárlos, se

partió con todos los 6 bergantines, la vuelta de Tocobaga: llevó consigo al Cárlos é á otros 20 prencipales suyos: llegó el 2.º día á la noche por el puerto, é vivía el cacique 20 leguas por la tierra adentro, é se iba hasta el borde de su casa por un brazo de agua salada: un indio de los que iban con Cárlos, aunque era de noche é no hacía luna, por el Norte, guió de tal manera, que llevando viento próspero, una hora antes del día, llegó el Adelantado junto de la casa de Tocobaga, sin ser descubierto, y mandó con gran secreto surgir los bergantines.

El Cárlos rogó al Adelantado que saltasen en tierra, é quemasen el pueblo, é matasen los indios.

El Adelantado no lo quiso hacer, diciéndole que el Rey de España, su señor, le mandaría cortar la cabeza, porque Tocobaga, ni sus indios, nunca le habían hecho mal, é que si se lo hubieran hecho, que él hiciera lo que Cárlos decía: quedó desto muy triste Cárlos, é dijo al Adelantado que le echasen en tierra á él, é á su gente, que él iría á dar fuego á la casa del cacique é se volvería á nado á los bergantines.

El Adelantado le dijo que no lo hiciese, ni se lo había de consentir, pues iba con él para tratar las paces é amistades: enojóse mucho dello el Cárlos, é lloraba de pesar.

El Adelantado le consoló lo mexor que pudo é le dijo que él procuraría hiciese paces muy

honrosas con Tocobaga, é que le diese 10 ó 12 indios é indias que le tenía cautivos. Con esto se alegró mucho Cárlos, porque había entre ellos una hermana suya é de Doña Antonia, é dixo al Adelantado que con aquello estaba contento. Mandó el Adelantado que á junto de la casa del cacique se llegase una chalupeta con 8 bogadores é un cristiano de aquellos que habían estado cautivos en Cárlos, que sabían la lengua de Tocobaga, y mandó que junto de la casa del cacique, le dijese con altas voces, en su lengua, que no hubiese miedo, que los navíos que allí estaban, toda la gente que traían eran cristianos de verdad, sus amigos; é habiéndolo hecho ansí, los indios despertaron, é vieron los navíos junto de las casas, y echaron á huir, con sus mujeres é hijos.

El cacique se estuvo quedo con 5 ó 6 indios é una mujer, y en siendo de día, invió un cristiano que tenía al Adelantado á decirle que le agradecía mucho en que no le hubiese muerto á él ni su gente, ni quemado su pueblo, é que aquel cristiano tenía é no más, que lo inviaba, que su gente había huído, é que él se había quedado con su casa de su oración é sus dioses, que primero quería morir que desampararlos; que si quería que fuese á sus navíos, iría, y si el Adelantado quería ir á tierra, á darle la vida ó la muerte, que lo podía hacer, porque él lo estaba aguardando.

El Adelantado se holgó mucho con el recaudo é con el cristiano que le llevaba, el cual era portugués, de Tavila, que es en el Algarbe: dixo que había 6 años que estaba allí cautivo, que iban en una barca con maíz é gallinas, mantas é miel, dende Campeche á Nueva España, é que la tormenta los había echado allí al través, é que los indios los mataron á todos dentro de una hora; que este se escondiera al monte, que no le pudieron hallar, y anduviera por él un mes escondido, comiendo palmitos, bellotas é algún marisco, é que acaso unos indios pescadores le vieron é le prendieron é llevaron á este cacique; que les servía de traer agua é leña é hacerles de comer, é que del día que se perdieron hasta entonces, cada día suplicaba á Nuestro Señor lo sacase de cautivo, y ocho días había que estaba aguardando á cristianos, que soñaba cada noche destos 8 días que cristianos iban allí á vivir, de que estaba muy contento: contó al Adelantado las cosas de aquella tierra, aunque sabía muy poco, que nunca había salido 20 leguas fuera de aquel pueblo; é no quiso el Adelantado decir á este cristiano que Cárlos venía allí, ni que viniese Tocobaga al navío, por amor de Cárlos: invióle á decir que él iría en tierra á hablarle é que no tuviese miedo, y encargó al cristiano que le esforzase, que ningún mal le haría, é que inviase á decir á sus indios é indias que se volviesen al pueblo; é ansí se

fué el cristiano con esta respuesta, y á las 8 de la mañana fué el Adelantado á tierra: habló al cacique, el cual recibió al Adelantado muy bien, é lo sentó cabe sí, en un lugar más alto é preminente: tenía consigo 6 indios y una india: dixo al Adelantado con la lengua que no pensaba que los cristianos eran tan buenos; que bien conoscía que le pudieran matar á él é á su gente y quemar sus ídolos é pueblo; que había muchos días que sabía que cristianos andaban en aquella tierra y habían inviado á decir á caciques, sus amigos, que les diesen maíz, si no, que los matarían, é por que no se lo daban, mataban muchos, y que él les tenía mucho miedo, y que después vinieron otros cristianos é matáran á estos, y que decían que á estos postreros que los caciques é los indios los querían mucho; que de cuáles eran ellos.

El Adelantado le respondió que él y su gente eran de los cristianos postreros que vinieran á matar aquellos cristianos primeros que venían á hacer los caciques é indios esclavos, é que eran cristianos de mentira, é que por esto los matara; que él y su gente eran cristianos de verdad, é que no los venían á matar, ni hacer esclavos, ni á tomarles su maíz; que sólo iban á decirles si querían ser cristianos y enseñarles cómo lo habían de ser y tenerlos por amigos y hermanos, y que no iba á hacer la guerra, ni matar á ningún cacique ni indio, ecepto á los

que le quisieran hacer mal é matar algún cristiano; é que si él é su gente querían ser cristianos, que holgaría dello.

El cacique se holgó mucho de lo que el Adelantado le dixo, é levantóse: él é sus 6 indios, hicieron al Adelantado grande humildad y obediencia, é le besaron las manos, é luego se volvieron á sentar. Entonces dixo el Adelantado al cacique que él era amigo de Cárlos é tenía cristianos en su tierra, é que no por eso había de ser enemigo del Tocobaga; que tenía consigo á Cárlos en los bergantines, que le llevaba para tratar paz é amistad con él é le volviese las 12 personas que tenía cautivas, y que si él y sus indios quisiesen ser cristianos, que holgaría mucho dello é que le dejaría allí cristianos, como en Cárlos, para que los defendiesen de sus enemigos y los enseñasen á ser cristianos.

Contestó que él tenía su gente é los prencipales é caciques, sus subjetos é amigos, lejos de allí, y que sin que viniesen é les hablase, no podría responderle; que aguardase el Adelantado 3 ó 4 días, é los inviaría á llamar.

El Adelantado dixo que era contento, y ansí invió el cacique á llamar sus indios prencipales é caciques, é rogó al Adelantado mandase á sus soldados no llegasen á la casa de sus dioses, á quien este cacique tenía gran veneración.

Fuese aquella noche el Adelantado con su gente á dormir á los bergantines; y otro día por

la mañana, el cacique Tocobaga le fué á ver: habláronse él y Cárlos y tuvieron algunos dares é tomares: quisiera el Cárlos desembarcar con Tocobaga é con sus indios, é por tener el Adelantado á Cárlos por muy traidor, no se atrevió, pensando le diría mal dél é de sus cristianos, é se conformarían los 2 caciques para que el Cárlos matase á los cristianos que allí tenía, y el Tocobaga los que allí dexase. Por otra parte, no se atrevía el Adelantado enojar al Cárlos, é por esto le dejó saltar en tierra, con 2 lenguas que siempre anduviesen cabo él, porque no hablase al cacique é á los indios mal de los cristianos.

Acudieron en aquellos 3 días más de 1.500 indios, toda gente de muy buena disposición, con sus arcos é flechas.

El Adelantado, como vido tanta gente, dijo al cacique que sus soldados estaban alegres, porque pensaban que sus indios querían ser bellacos, é pelear con ellos; que dejase los prencipales consigo, para tratar de las paces, é inviase los otros. El cacique lo hizo ansí.

Al cuarto día, estando juntos 29 caciques é como otros 100 indios prencipales que consigo dejaron, invió el cacique llamar al Adelantado, que fuese á tratar las paces; é ansí fué, llevando consigo al Cárlos, y estando juntos, el Adelantado, sentado en el lugar más preminente, el cacique Tocobaga le dijo que él había dicho á

aquellos caciques é indios que allí estaban, todo lo que el Adelantado había dicho, é que si él decía aquellas cosas de verdad, que todos holgaban de tomarle por hermano mayor é volverse cristianos, é hacer las paces con Cárlos, é darle su gente; con que si Cárlos volviese hacer la guerra con él, que el Adelantado le ayudase, é que si él la rompiese con Cárlos, ayudase el Adelantado á Cárlos; por que él quería hacer las paces con los cristianos de verdad, é no de mentira, é que le dexase otro capitán con 30 cristianos, para que enseñasen á él é á sus caciques á ser cristianos: todo se hizo desta manera, quedando las paces hechas con Cárlos, é vuéltole su gente; que el Adelantado dexó allí 30 soldados, é con cargo dellos é por Capitán á García Martínez de Cos, el cual quedó harto contra su voluntad, y el Adelantado lo dexó por que estaba contra él desabrido, por cierta desobediencia que había tenido; mas por que era de buen entendimiento é buen cristiano, le dejó, y por que Tocobaga dijo al Adelantado que no podía ir á Macoya con tan poca gente, por que eran muchos é bellacos.

Luego se partió de allí con sus bergantines, dentro de 4 días que llegó, é dentro de 8 volvió á Cárlos á su pueblo, y en el camino fué grandísima la soberbia y enojo que conosció tenía Cárlos, por la amistad tan buena que el Adelantado dexaba hecha en Tocobaga, y procura-

ba mucho el Adelantado alegrarle: no podía. Pasando un marinero por delante de Cárlos, acertó á caerle un cabo de cuerda delgada sobre la cabeza de Cárlos, y pensando que el marinero lo hiciera adrede, dale un gran bofetón en la cara y cerró con él á brazos para le querer echar á la mar: acude el Adelantado, é quítalo: era el marinero de los más prencipales que allí iban: sintióse mucho desto, é mucho más lo sintió el Adelantado, é como le llevaba en su bergantin, é lo había sacado de su tierra, parecióle que era obligado á volverle á ella, que de otra manera, túvose entendido que lo mandaría ahorcar por el bofetón y tambien por que había entendido de las lenguas que amenazaba al Adelantado é á sus cristianos, que daría orden que ninguno se le escapase.

Dejóle el Adelantado en su pueblo: hizo fortificarse los cristianos mexor de lo que estaban: dejóles á complemento de 50 soldados sobre los que allí estaban, é ciertos bersos, é al Padre Rogel, de la Compañía de Jesús, para que dotrinase los indios: partióse con el Padre Fran.co, su compañero, é con los indios de Tequesta, para los llevar á su cacique y decirles las paces que entre él é Cárlos quedaban hechas: dejó el Adelantado allí á Doña Antonia, con los cristianos: no traía della buen concepto, y estaba mucho de la parte de su hermano Cárlos, é muy triste por las paces que había hecho en Toco-

baga: dixo palabras muy sentidas al Adelantado, porque no habían quemado é muerto á Tocobaga é sus indios é quemádoles el pueblo é casa de sus ídolos, é que tenía dos corazones, uno para sí, otro para Tocobaga, é que para ella, ni su hermano, no tenía ninguno.

El Adelantado la satisfizo lo mexor que pudo, y la dexó, y se fué á embarcar para ir á Tequesta, y estando en los navíos para hacer vela é irse á Tequesta, á llevar los indios que allí tenía, á confirmar las paces, é de allí á los fuertes de San Agustín é San Mateo, vió entrar por el puerto un navío, de que se espantó, no sabiendo qué podía ser, y llegando á surgir, conosció ser un patax suyo, que había dejado en el puerto de San Agustín, cuando salió de armada contra los cosarios, el cual habían despachado los capitanes de los fuertes de San Agustín, San Mateo é Sant Felipe, á la Habana, dando aviso al Adelantado socorriese de bastimento, y llegado este bergantín á la Habana, el tesorero Juan de Ynistrosa, teniente del Adelantado en aquella villa é isla, para las cosas de la Florida, le inviaba con aviso al Adelantado, y también llevaba cartas de todos los regidores de la Habana; y era el caso que al tiempo que el Adelantado partió de la Habana este postrero viaxe, un capitán que se llama P.° de Rodabán, de los que S. M. había inviado al Adelantado con socorro, al tiempo que el Adelantado quiso par-

tir, se alzó al monte con la bandera, con desinio de pasarse á la Nueva España, la cual estaba en este tiempo alterada.

Temió el Adelantado de su ida: detúvose algunos días, pensando poderle recojer, é hizo cabeza de proceso contra él, llamándole por los pregones, sentenciándole en rebeldía, noteficando la sentencia al Gobernador García Osorio, para que, si este capitán se pudiese prender, le inviasen á España, á S. M., con su proceso; y le escribieron en aquel bergantín que otro día que el Adelantado partiera de aquella villa de la Habana, el capitán Rodabán se paseaba por aquella villa públicamente, é acompañaba al Gobernador, é comía con él, acompañado de muchos soldados de los amotinados, que se habían venido huídos de la Florida, y que dentro de 6 días que el Adelantado partiera, el Gobernador había inviado á decir al capitán Baltasar de Barreda, á quien el Adelantado había dejado con 200 soldados en aquella villa para defensa de la fortaleza é puerto della, según S. M. se lo mandaba; el cual fué, y halló al Gobernador acompañado de los oficiales de S. M. de aquella isla é de los regidores de la villa, é hizo sentar cabe sí en una silla al capitán, é á su alférez é otros gentiles hombres que con él iban, les mandó salir, é dixo al capitán que quería ver la instrucción que tenía de S. M. para defender aquella fortaleza é puerto.

El capitán le dixo que con un Escribano se lo había inviado el Adelantado oreginalmente, como S. M. se lo mandaba, y que el traslado dello, autorizado, con la orden que el Adelantado le había dexado, tenía allí; y echó mano á la faltriquera é sacóle, é le daba al Gobernador, el cual le dixo que si no era el original, que él no lo quería ver.

El capitán le respondió que el Escribano de quien estaba signado, era uno que estaba allí presente.

El Gobernador no lo quiso tomar, y mandó á un Escribano que allí estaba que mandase al atambor de la villa echar bando que, so pena de la vida, todos los soldados de la compañía del capitán Baltasar de Barreda se recogiesen á sus alojamientos é ninguno saliese dellos sin su licencia é mandato.

El capitán Barreda se admiró desto y estúvose sosegado, sin responder nada, y pasado un poco, se quitó la gorra, diciendo contra el Gobernador é los más que allí estaban, que les besaba las manos; é se levantó é se iba.

El Gobernador se levantó é se abrazó con él, diciendo:—Preso por el Rey.—Luego salieron dos aguaciles con 7 ú 8 porquerones, enjarrafaron al capitán, é no pudiendo quitarle la espada de la mano, andaban á las vueltas. Su alférez, que se llamaba..., caballero de Trujillo, buen soldado, que estaba fuera, entendió el

ruido: entró para dentro, é visto cuán maltratado tenían á su capitán, echó mano á la espada, é como un león arremete á los que le tenían: desamparáronle é retiráronse á un aposento, y el Gobernador con ellos: cerraron la puerta por dentro.

Salióse el capitán y el alférez fuera de casa: hallaron venir muchos soldados alterados: mandóles el capitán que, so pena de la vida, se recogiesen al cuerpo de guardia; y el capitán Rodabán tenía amotinados muchos soldados de los del capitán Baltasar de Barreda, y tenía recogidos otros muchos de los amotinados, y decían estaban dentro de casa del Gobernador, para en prendiendo al capitán Baltasar de Barreda, entregarle la bandera é compañía al capitán Rodabán; y de todo esto fué testimonio autorizado al Adelantado en aquel bergantín y carta que todos los regidores le escribían, suplicándole se viniese luego á la Habana á remediar aquellas cosas, porque de otra manera podría subceder gran mal.

El Adelantado, como vió estos despachos, invió los indios á Tequesta, y él se vino á la Habana, y llegó dentro de 3 días: luego se ausentó al monte el capitán Rodabán.

Averiguó lo que pasaba, y fuéle forzado detenerse allí un mes, para ver si podía prender á este capitán Rodabán, que andaba al monte con 15 ó 20 soldados arcabuceros; é halló espías é

maña, que lo prendió, oyéndole en justicia: sentencióle á cortar la cabeza: queríalo ejecutar: acudieron muchos sobre el Adelantado, pidiéndole le otorgase la apelación y aconsejándole que para más justificar la causa con S. M., lo debía de hacer, el cual se la otorgó, y dejando en el mejor recaudo que pudo lo de allí, con algún bastimento que se cogió é otros navíos que invió á Campeche á cargar de maíz, se fué á la Florida, al Tequesta, donde fué muy bien recebido de aquel cacique é indios: hizo con ellos grandes paces: tomáronle por hermano mayor: dejó allí 30 soldados, é por capitán dellos..., y dejóles una sierra é carpinteros que hiciesen una casa fuerte: arboló una cruz con gran devoción: los indios la adoraron: dejó allí al Padre Fran.co, de la Compañía de Jesús: estuvo 4 días en aquel pueblo: fué grande su contento de ver que á las mañanas é á las tardes, todos los indios é indias, grandes é pequeños, acudían á adorar la cruz é besarla con gran devoción: dió el cacique al Adelantado un hermano suyo é dos indios prencipales, que el uno era capitán de un pueblo de Cárlos, para que los trujese á España, é partióse con ellos el Adelantado, con buen tiempo, é al tercero día llegó á San Mateo, donde halló á Gonzalo de Villarroel é á su gente, todos muy buenos, é que Saturiba hacía gran número de gente, é que le habían muerto algunos caciques é indios, sus sujetos, todos los

ganados: tenía preso, encadenado, al cacique Emoloa é un su hijo, é á otros dos, herederos de dos caciques, é otros dos indios prencipales de Saturiba, que en todos eran 16 indios, los cuales tenía todos en prisión de cadenas; y supo el Adelantado cómo el Maestre de Campo había subido 50 leguas por aquella ribera de San Mateo arriba, con 3 bergantines, hasta Macoya, é que por hallar número de indios, y el río estrecho é cerrado de bosque á la orilla, de una parte é de otra, se había vuelto, por no tener nueva del Adelantado, que le había dicho había de entrar por la parte de Cárlos, é aunque en Tocobaga habían dicho al Adelantado, cuando allí estuvo con los bergantines é dexó los cristianos, que había por allí un río que pasaba á Macoya, que llevaba poca gente para ir por allí, porque había muchos indios é muy guerreros todos, que eran enemigos del Tocobaga; que cuando el Adelantado volviese allí otra vez, con sus indios de guerra, iría con él.

Con acuerdo de Gonzalo de Villarroel, acordó el Adelantado, al segundo día que á San Mateo llegó, soltar un indio de aquellos que Villarroel tenía presos en cadenas, y envióle á Saturiba que le dijese que otro día por la mañana estuviese á la punta de la barra, que es dos leguas de allí, porque el Adelantado se quería ir á San Agustín y deseaba verse con él y hablarle, porque nunca el Adelantado había visto este

cacique y deseaba mucho hablar con él, y decían que el cacique quería mucho al Adelantado, mas teníale gran temor.

Recibió el recado Saturiba, que estaba 2 leguas del fuerte de San Mateo: respondió al Adelantado que él iría á la barra, como se lo inviaba á mandar, y le rogaba llevase consigo los indios, porque los quería ver.

Otro día por la mañana, partióse el Adelantado del fuerte, dejando animados los soldados lo más que pudo, rogándoles é animándoles estuviesen fuertes en el servicio de S. M., porque él se había de partir luego á España, como todos se lo rogaban, para que S. M. los socorriese de bastimento é pagas, para se vestir, porque ya andaban poco menos que indios, desnudos: llevó consigo á Gonzalo de Villarroel: hallaron á la barra á Saturiba, muy desviado de la marina, é con muchos indios: llevaba el Adelantado allí á Emoloa y á otros 6 indios prencipales: soltó el Adelantado el uno y envió á decir á Saturiba, que se llegase allí á la marina, debaxo de su palabra.

El Saturiba respondió que pusiese el Adelantado en tierra á Emoloa é á los indios que consigo traía, porque quería primero hablar con ellos.

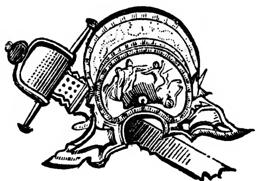
El Adelantado lo hizo ansí, con sus grillos, que tenían á los pies, y púsolos frontero de un bergantín, teniendo diestros 20 arcabuceros é

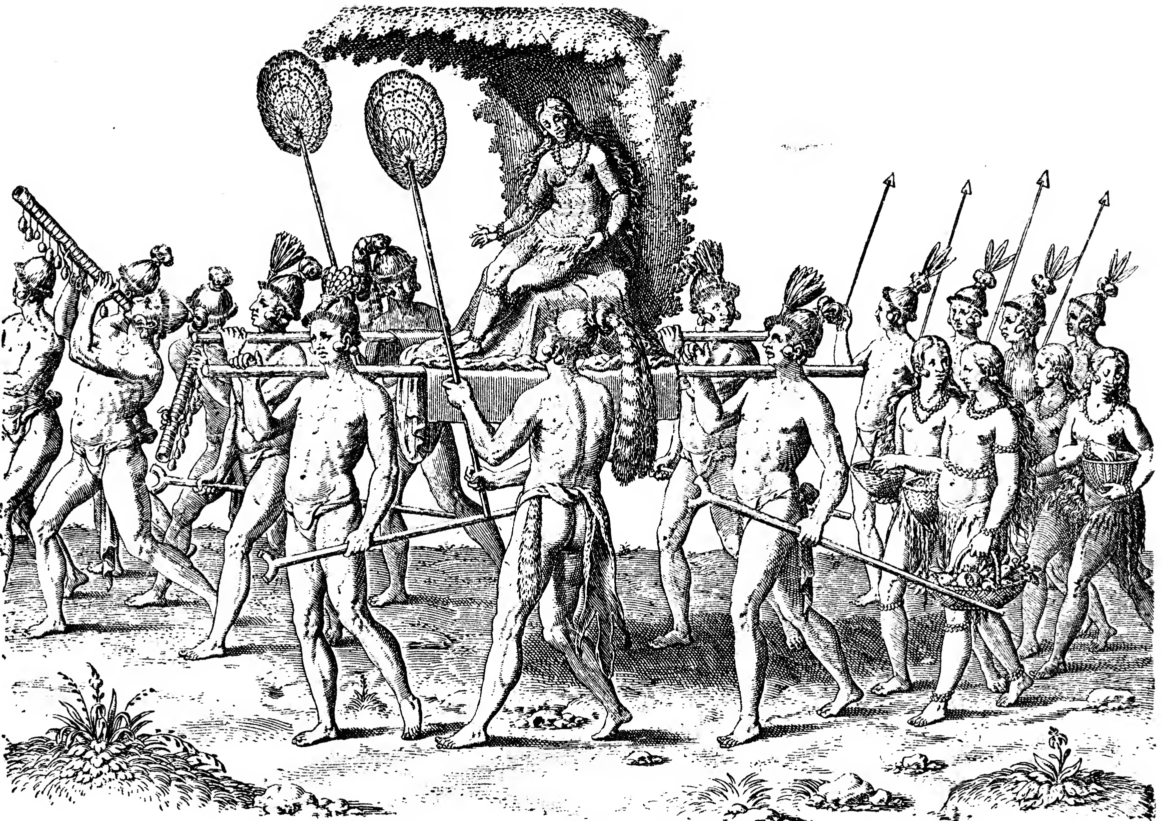
dos bersos con perdigones, para que, si algunos indios se los quisiesen llevar á cuestas, poderlos matar.

Saturiba no quiso venir á hablar á Emoloa: invió dos prencipales suyos, que hablaron con él: estos iban é venían al Saturiba y Emoloa, por espacio de más de dos horas: hallóse al cabo que sus tratos eran para soltar los indios y querer que el Adelantado saltase en tierra, para flecharle á él é á los soldados que consigo llevaba, porque eran muchos los indios que Saturiba tenía emboscados: entendió la trama el Adelantado por un soldado, grande amigo de Emoloa, que tenía cuidado de darle de comer á él é á sus indios, y entendía la lengua de los indios, aunque ellos no lo sabían: recogió el Adelantado en sus bergantines á Emoloa y á los más indios prisioneros que tenía en tierra: metiólos en los bergantines: invió á decir á Saturiba que siempre había deseado ser su amigo, y entonces lo deseaba también, é que le pesaba mucho porque él no lo quería ser, é que, dende entonces en adelante, le tuviese por su enemigo, é que por los cristianos que á traición le había muerto, él le mandaría cortar la cabeza, ó echar de su tierra.

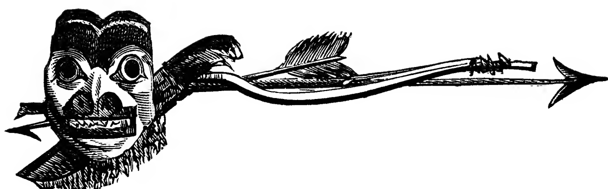
El cacique le invió á hacer muchos fieros, diciendo que aunque muchas veces había dicho á los capitanes del Adelantado que era su amigo, no lo decía de buen corazón, porque á to-

doslos cristianos tenía por enemigos, é que el Adelantado é sus soldados eran gallinas, cobardes; que saltasen en tierra á pelear con él é con sus indios.





INDIA ELEGIDA PARA MUJER DE UN CACIQUE (Cop. de un grab. del año 1591.)



CAPITULO XXVI

El Adelantado le dejó, sin quererle responder: salió por la barra é se fué á San Agustín, donde halló al Maestre de Campo é más capitanes, todos buenos, aunque estaba muy descontenta la gente de aquel fuerte, por el mal tratamiento que les hacía el capitán Miguel Enríquez, uno de los capitanes que S. M. había inviado con el socorro, y de la gran desobediencia é poco respeto que por ausencia del Adelantado había tenido á su Gobernador é Alcaide del fuerte, á quien respetaban é pedían el nombre, por que, entre otras cosas que se le desacató, fué mudar las centinelas que el Adelantado había mandado tener, contra la voluntad del Gobernador: mandar traer armas contra la voluntad del Gobernador, á soldados que estaban privados dellas, por delitos que habían cometido, é nombrándoles para las centinelas: queriendo estropear el Gobernador un soldado, por que se le había desacatado, salió con mano armada el capitán á quitárselo, é dentro de 8 días, no pudiendo el capitán, estando allí el

Gobernador, como estaba, castigar ningún soldado de los suyos, criminalmente, estropeó dos sin hacer cabeza de proceso; dió de palos á un alguacil; hizo otras disoluciones, feas é graves todas, en desacato de su Gobernador, á quien había obedescido por tal. Hizo el Adelantado cabeza de proceso contra él: fulminóle, haciéndole cargo é recibiendo su descargo: dejó de justiciarle, porque el Gobernador era el capitán Bartolomé Menéndez, hermano del Adelantado.

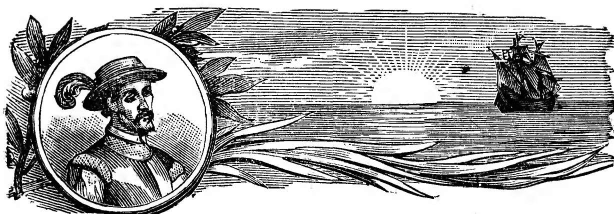
Dejó el Adelantado la compañía deste capitán á Fran.co Muñoz, é á su sargento é oficiales: remitió la persona del capitán á S. M. é á los señores del Real Consejo de Indias, con su proceso.

Nombró el Adelantado por su lugarteniente de aquellas provincias, como de antes estaba nombrado, á Estébano de las Alas, que allí estaba: trató en consejo, y acordóse, de la manera que la guerra se había de hacer á Saturiba: dejó instrucción dello, y antes de su partida se la dió por 4 partes, é fué él en persona á la que se tenía entendido estaba Saturiba, con 70 soldados, é por no ser sentido, marchó aquella noche hasta el alba, diez leguas; ni él ni los demás pudieron hallar á Saturiba: morirían como 30 indios: mataron un marinero los indios é 2 soldados, é hirieron otros dos, aunque de los que el Adelantado llevaba, no le mataron ni hirieron ninguno.

Recogiéronse al fuerte de San Agustín: habló á los capitanes é soldados que allí quedaban, animándoles é rogándoles estuviesen muy fuertes en el servicio de S. M. Embarcóse para S.ta Elena, donde está el fuerte de S.n Felipe, en un bergantín, y el Maestre de Campo en una fragata: traía consigo presos el Adelantado á los dos capitanes Miguel Enríquez é P.o de Rodabán, para los llevar á España, é 3 indios prencipales, el uno dellos hijo de Emoloa, é soltó al Emoloa é todos los demás indios, diciéndoles que él trataría bien los 3 indios que llevaba á España, con los otros 3 de Tequesta, y los volvería á traer, é que si Saturiba hacía la guerra á los cristianos y Emoloa é sus indios le ayudaban, y los otros prencipales que el Adelantado soltaba, que cortaría la cabeza á aquellos 3 indios que llevaba; é con viento próspero, llegó al tercero día á S.ta Elena é fuerte de San Felipe, donde halló al capitán Juan Pardo muy bueno é á todos los soldados muy contentos de la buena tierra que habían visto, cuando fueron por la tierra adentro, hasta 150 leguas, é habían dejado hecho el fuerte al pié de la sierra, en tierra del cacique Joada; y por tener aviso el Adelantado de S. M. que había salido de Francia una gruesa armada de cosarios luteranos, que decían iban á aquellas partes, que estuviese muy á punto de guerra, por lo que había inviado á mandar el Adelantado al capitán

Juan Pardo que, dejando en aquel fuerte de la tierra adentro algunos soldados, para la conservación de los indios é caciques amigos, é para que los dotrinasen, se viniese luego á la marina é se metiese en el fuerte de San Felipe, para que si armada francesa allí fuese, se lo pudiesen defender





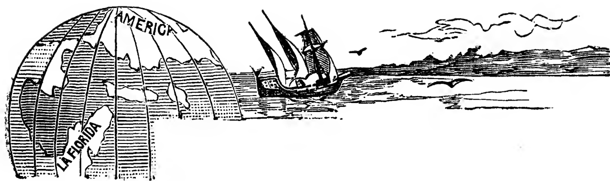
CAPITULO XXVII

CONTÓ el capitán Juan Pardo al Adelantado la mucha amistad que los caciques é indios de la tierra adentro le habían hecho, y el deseo que tenían de ser cristianos como él y tomarle por hermano mayor, para hacer lo que les mandase, é que ni más ni menos estaban muy amigos los caciques de la marina é sus indios de aquel destrito, é que todos deseaban mucho de verle y volverse cristianos.

Bien quisiera el Adelantado detenerse allí un mes, para la confirmación é amistad destos caciques é indios; mas era muy poco el bastimento que dexaba en los fuertes, é muy corta la ración que los soldados comían, é había 10 meses que había escrito á S. M. que sería en España, é tenía aviso que Flandes se rebelaba contra el servicio de S. M. é que S. M. pasaba allá; y ansí, para el remedio de los soldados que estaban en la Florida á su cargo, como los que estaban en las islas de Puerto Rico, Española é

Cuba, que fuesen bastecidos é pagados, por que padecían grandes necesidades de comida é vestidos, é poder dar cuenta particular á S. M. del estado de las cosas de la Florida é de todas las islas é Indias, é los robos que cosarios hacían, por que si no lo remediaba, cuánto se perdería, é cómo lo podía remediar é sustentar los fuertes de la Florida, á mucho menos costa de su real hacienda, é para le poder servir en la jornada de Flandes, se embarcó en la fragata, que era hechiza, muy ligera de remo é vela, de porte de hasta 20 toneles, por que el bergantín, que había sacado de San Agustín, junto con esta fragata, no era de buen sustén, y cargó en él 50 quintales de bizcocho y envióloss á San Agustín é San Mateo, por que como algunos soldados de aquel fuerte habían ido la tierra adentro, habiánse ahorrado este bizcocho.





CAPITULO XXVIII

E metió consigo en la fragata al Maestre de Campo y á Fran.co de Castañeda, capitán de la guarda del Adelantado, y al capitán Juan Velez de Medrano, á quien el Adelantado había dado licencia, por su poca salud, se viniese á España, é á Fran.co de Copero é Diego de Miranda, Alonso de Valdés é Juan de Valdés, é á... de Ayala, alférez del capitán Medrano, é... de Salcedo, é Juan de Aguiniga, é A.o de Cabra, é al licenc.do ..., que era clérigo, y al capitán Blas de Melro y otros hidalgos, en número de 25, todos con sus arcabuces é buenas armas, personas que solían acompañar al Adelatado é comer los más dellos á su tabla, é otros 5 marineros, por que los demás destos soldados lo eran é sabían bien bogar, é los 6 indios é los 2 capitanes que el Adelantado traía presos, Pero de Rodabán é Miguel Enríquez, que en todos eran 38 hombres; y tuvo tan próspero viento, y la fragata era tan ligera, que en 17 días vió las islas de los Azores, que un día por otro

caminó 72 leguas, como se verá en la carta de marear; de que el Adelantado recibió gran contento, cuando vió las islas en tan pocos días, por reconoscer la gran ligereza de su fragata: entró en la isla de la Tercera: tuvo aviso que S. M. se venía á embarcar á la Coruña, para ir á Flandes, y pareciéndole que, tomando aquella derrota, le pudiera alcanzar, antes de su partida de la Coruña, y que los cosarios de alto bordo que por allí encontrase, les podría huir á remo é vela, y que yendo la vuelta del cabo de San Vicente de Sevilla, topando fustas de moros, le podrian alcanzar al remo: tuvo algunos vientos contrarios dende la tierra hasta la Coruña, y llegó á entrar en aquel puerto, día de San Pedro: encontró cerca del puerto, como 3 leguas, dos naos francesas y una inglesa, que le dieron caza: echó á huir y al segundo día entró en Vivero, 20 leguas de la Coruña, donde supo que S. M. estaba en la Corte, que no era partido aún para la Coruña: invió de allí los dos capitanes presos, Rodabán é Miguel Enríquez y entrególos al alférez Ayala, para que presos y á buen recaudo, los entregase en la cárcel de corte é diese el proceso en el Real Consejo de Indias.

Escribió á S. M. su llegada á aquel puerto y que con brevedad le iría á besar las manos; y otro día siguiente que el Adelantado allí llegó, se partió á medio día para Avilés, donde tenía su mujer é casa, que era 28 leguas de Vivero:

tuvo el viento tan próspero, que en aquel mesmo día anduvo las 25 y entróse en una bahía que llaman Artedo, donde estaban surtos 10 navíos, los cuales, como vieron aquella fragata de nueva invención, é tan equipada de remos, que parecía de turcos en la mar de Levante, temiéronla, desampararon sus navíos y echaron á huir á tierra, con los bateles, é uno de ellos, que estaba cargado de hierro, encalló en la arena, desfondó el navío por abajo, para que si el Adelantado fuera cosario, no lo pudiese llevar: surgió el Adelantado, con su fragata, entre estos navíos: no había hombre ninguno en ellos, ni batel: tenía muy gran pena dello, que el uno daba al través: hizo grandes deligencias, mandando á un marinero de la fragata dar voces que algún batel viniese á ella: traía 3 piezas de artillería de bronce, pequeñas, y dos marineros de los 5 eran muy buenos clarines: no quiso el Adelantado que los tocasen, ni tirasen pieza de artillería, por no alborotar: reposó la gente de la fragata, siendo ya las 10 de la noche, é no había venido batel á reconoscer la fragata: á la media noche vino un batel muy equipado de remos, y de lo largo llamó á la gente de la fragata, preguntando qué navío era é dónde venía: de la fragata le respondieron que era el Adelantado Pero Menéndez, que venía de la Florida, é que llegasen á bordo: temieron los del batel, pensando que los engañaban, que muchos de los marineros que

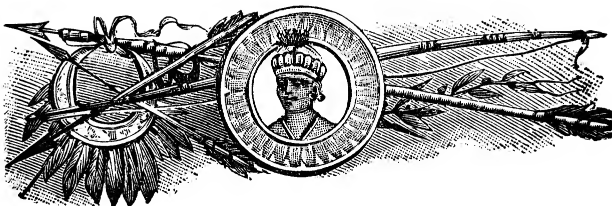
allí iban, bien conoscían al Adelantado, y dijeron que tenían miedo que los engañaban, que si el Adelantado les hablaba, que bien le conoscerían.

El Adelantado, que los estaba oyendo, les dijo:—Hermanos míos, hacedme placer que vais á aquel navío que está en tierra perdiéndose, á decirle cómo soy yo el Adelantado Pero Menéndez, que vengo de la Florida, para que procure el remedio de su navío, y decí lo mesmo á la gente destos otros, que me parece que son huídos al monte, é que sus bateles los habrán dejado por ahí perdidos, é que hecho esto, os volváis aquí, por que os querría hablar; é que lo mesmo dijesen á los maestres de los otros navíos, que fuesen al borde de la fragata, con sus bateles. Respondieron del batel que S. S.ª fuese bien venido, é que ellos iban á hacer lo que les mandaba; é ansí lo hicieron luego: detúvose esta gente con el batel hasta el alba, á dar aviso á la gente que había huído de los bateles, é ayudar á salvar este navío de hierro, y veniánse con sus bateles á bordo de la fragata, al amanecer, donde el Adelantado hizo desplegar un guión de damasco carmesí, como estandarte, y una bandera de campo, é tocar los clarines y tirar las 3 piezas de artillería: alteráronse la gente de los bateles, pensando que era cosario, y dieron la vuelta, huyendo: sólo llegó á bordo el batel que había hablado la gente dél con el Adelantado, é le habían conoscido.

Eran 5 carabelas de portugueses, cargadas de sal, é otros 3 navíos de pescadores, é los otros dos, uno de hierro y otro de madera.

Volvió luego este batel á asegurar á los demás, y vinieron á bordo de la fragata á hablar con el Adelantado: todos se holgaban mucho de verle y se admiraban... navegar tanta mar en tan pequeño bajel; é cierto es una de las cosas... que hasta hoy en la mar se han visto.





CAPITULO XXIX

Hizo vela, y dentro de 2 horas entró en su pueblo, que ya sabían que iba, por que un hombre del batel que fué á tierra, á avisar quién él era, fué por tierra aquella noche, á pedir las albricias á su mujer y deudos.

Fué tanta la alegría que en aquel pueblo hubo con su llegada, de su mujer, deudos é vecinos, que no se puede encarecer, porque allende que el Adelantado é sus deudos son de los prencipales de aquella tierra, es tan bien quisto é amado de todos, que se hincaban muchos de rodillas, puestas las manos al cielo, alabando á Nuestro Señor, que le había traído á salvamento, é miraban la fragata, que los tenía admirados, é ver en tan pequeño bajel tanta bandera é gallardete, é piezas de artillería de bronce, que tiraron, é arcabucería, é tocar los clarines, é los soldados bizarros é bien traídos, que todos estaban como encantados, mirándose los unos á los otros: fuese el Adelantado derecho á la Iglesia, á dar gracias á Nuestro Señor é su preciosa

Madre, por la merced que le había hecho en traerle á salvamento: fué acompañado de los del pueblo, hasta su casa, y entonces fué recebido de su mujer é hijas, hermanas é sobrinas que con ellas estaban acompañándolas, aguardando al Adelantado, como se podrá juzgar. Había 18 años que el Adelantado andaba en el servicio de S. M., con los cargos de Capitán General de armadas en las costas de Asturias é Vizcaya, Flandes é carrera de las Indias, en el cual tiempo nunca había estado en su casa, si no 4 veces, y en ellas........................
estuvo desta venida......................
que S. M. no estaba.....................
se fué el ma.............................
villa de.................................
echo.....................................
....

fuese á la Florida, se iría en él: pesóle al Adelantado de su determinación, y contra su voluntad é secretamente, se embarcó para la xornada, como está dicho. Vino el Adelantado á Madrid á besar á S. M. las manos, á 20 de Julio, trayendo consigo los 6 indios, desnudos, é con sus arcos é flechas, según é como andan en la Florida: fué recebido de S. M. muy favorablemente, teniéndole en gran servicio la jornada, que le haría mercedes; y habiéndole dado cuenta del estado de las cosas de la Florida y la necesidad con que quedaban de bastimento

y el gran daño que los cosarios hacían.......
..............y el peligro que las flotas que
.......................lo uno y lo otro era
.....................proveyó luego fuesen
..........................el memorial
..........................para castigar
..............................á robar
...........................sus vasallos
................................y que
....

Refirió el Adelantado por estenso el destrozo de Ribao y los demás herejes, y que en el término de 300 leguas de costa, descubrió 4 puertos, el que menos de 4 brazas de agua en la pleamar, y otros 20 de dos brazas y media de fondo, los cuales había andado y entrado en todos, á reconocerlos por su persona con 4 ó 5 bergantines, descubriéndolos, sondeándolos y marcando las entradas, y que ajustó paz y amistad con los caciques de estas 300 leguas, excepto con Saturiba, que no la quiso, y pobló en 7 partes 3 fuertes y 4 pueblos, dando cuenta de las fortificaciones de Sn Agustín, San Mateo, San Felipe y de otras 5 casas fuertes que dejaba en Ays, Tequesta, Cárlos, Tocobaga, y la que en la tierra adentro edificó Juan Pardo, con gente y munición.

El Rey se alegró mucho de ver los indios, y quedó tan satisfecho, y los del Consejo, que pidieron al Adelantado diese por escrito lo que se

le ofrecía en las cosas de las Indias y (*) particularmente en las de la Florida, el cual lo hizo; pidiéronle memorial de muchas cosas para las proveer: ansí lo hizo.

Entre las cosas que dixo, fué una que muchos capitanes é soldados de los amotinados en la Florida, habiendo hecho informaciones ante el Gobernador de la Habana y ante otras justicias donde llegaban, jurando unos en favor de los otros que habían servido muy bien y más señaladamente que los que allá quedaban en servicio de S. M., los cuales se habían señalado en su real servicio, ansí en la tomada de los fuertes á los luteranos, como en asistir á los trabajos, hambres é peligros que en aquella tierra hubo, é guerra con los indios; y con estas informaciones que los amotinados hicieron tan favorables para sí, hallábanse tan lozanos, que como se estendieron todos ellos, ansí capitanes como soldados, á todas las Indias é á España, para justificar sus flaquezas del tiempo que se amotinaron, y haber preso al Maestre de Campo é á la justicia é regimiento, y enclavado la artillería, é tomarles el bastimento, dexándoles sin ninguno, y siendo los indios amigos, mataron tres dellos, prencipales, para que los caciques é indios de aquella tierra se juntasen, como lo hicieron, é matasen al Maestre de Campo é sol-

(*) Sigue la última hoja del manuscrito.

dados, que quedaban en los fuertes sin ningún bastimento, porque desta manera perecerían todos los que quedaban en la Florida, é S. M. les haría á ellos mucha merced, por virtud de sus informaciones.

Donde quiera que estos amotinados se hallaban, decían mal del Adelantado y de cuantos con él quedaban, y esto lo fundaban en muchas mentiras é falsedades, por las mejores razones que ellos podían, para ser creídos.

Algunos pidieron á S. M. que les hiciese merced por sus buenos servicios, á los cuales S. M. remitió á la venida del Adelantado; é como informó de algunas cosas destas, se ausentaron.

Vió el Adelantado que algunos señores del Real Consejo de Indias tenían concebido en su perjuicio que era verdad lo que estos amotinados les decían. Algunos otros menistros de S. M., que estaban cerca de su real persona, tenían creído que el Adelantado escedía, en algunas cosas, de lo que era razón, y les parecía que el Adelantado había tomado aquella jornada y empresa más por su interes particular que por el servicio de Dios, Nuestro Señor, é de S. M.; lo cual fué muy al contrario, según se vió y entendió, y lo mesmo había sido todo el tiempo que había servido á S. M., según es notorio por experiencia en 18 años que fué Capitán General en cargos é armadas tan preminentes, de tanta confianza, honra é aprovechamiento, que si él

lo quisiera tener, fuera muy rico; mas sin ser distraído, ni hacer gastos excesivos, antes de ser General de la armada de S. M., tenía dos muy buenos galeones y treinta mill ducados en dineros, y después acá ha hecho prósperos subcesos é viaxes con muchos galeones, naos é navíos suyos, zabras é pataxes, con que ha ganado gran suma de nombre en los viaxes prósperos é breves que ha hecho, y ha tenido sus granjerías, muy en servicio de S. M. é sin perjuicio de su oficio, en que ha ganado más de dozientos mill ducados: todos los ha gastado, como buen capitán, en servicio de S. M., en cosas necesarias, para que tuviesen buenos subcesos las cosas de su cargo, por no querer S. M. ni sus menistros proveerlas, y en traer muy buenos capitanes é soldados, gente prencipal é de confianza, ansí de mar como de guerra, en todas las armadas de su cargo, á quien hacía muchas ventaxas, por S. M. ni sus menistros no las querer hacer, é por nunca tirar gajes de S. M., ni sueldo, más de cuando sirvía, y este era ménos del que se daba á otros Generales, y hecho el viaxe le despidía S. M., é hasta que le ofrecía otro, quedaba á cargo de capitanes, oficiales é gente noble que le seguían é servian á S. M. en su compañía, á los cuales entretenía como.................





CAPÍTULO XXX (*)



IENTRAS el Adelantado estaba en la Corte, dando cuenta de sus viajes y gestionando un memorial que presentó al Consejo de Indias, pidiendo se le hiciese merced correspondiente á sus servicios y se le diese una ayuda de costa para pagar sus deudas, satisfaciéndole lo que había gastado de más sobre la obligación de su asiento, y el flete del galeón *San Pelayo*, hasta que se perdió, sobre lo cual se le hizo seguir pleito, que no terminó hasta Abril del año siguiente 1568; deseosos los luteranos de vengarse de la muerte de Juan Ribao y sus compañeros, y viendo desatendidas sus quejas en la Corte de Francia, consiguieron que Domingo Gurgio ó Gourgues, de Monte Marsano (hereje terrible, hermano de otro que era presidente de la generalidad de Guiena), que los españoles habían echado á galeras en la guerra de Florencia, se determinase á ir á la Flo-

(*) Suplido.

rida, echando voz de que volvía al Brasil, donde había navegado otras veces.

Armó 3 navíos con 200 soldados y 80 marineros, y por Agosto de 1567 se hizo á la vela, y habiendo persuadido á su gente en el camino, cuando, por la ruta que seguía, advirtieron el engaño, llegó al río Mayo ó de San Mateo, sin que los españoles, que los vieron, sospecharan que fuesen enemigos, y trabando amistad con Saturiba y otros caciques, ayudado por su compatriota Pedro Bren, que desde el año de 1565 estaba con Saturiba, infundiéndole odio contra los españoles, industriándole y á los demás caciques, por si llegaba en algún tiempo esta ocasión, concertó la manera de llevar adelante su venganza.

En tanto que esta traición se tramaba en la Florida, intentóse en la Corte hacer novedad en los oficiales reales que había nombrado el Adelantado y aprobado el Rey, proveyendo estos empleos en los que no habían servido en aquella jornada, lo cual le hizo acudir á S. M. representándole los motivos que aconsejaban no se hiciese novedad en esto, y en efecto, nada se hizo.

En el mes de Abril de 1568 empezaron los franceses, mandados por Gurgio y ayudados por Saturiba, otros caciques y sus indios de guerra, á poner en práctica su venganza contra los españoles, tomó á éstos, á pesar de su desespera-

da resistencia, por sorpresa, un fuerte que tenían en la ribera derecha y en la boca del río Sarrabahía, y después el de San Mateo, donde los franceses habían tenido antes el fuerte de Charlefort, que les tomó el Adelantado, matando á muchos defensores, de los que sólo pudieron salvarse unos pocos, y entre ellos el Gobernador de San Mateo, Gonzalo de Villarroel. Gurgio saqueó este último fuerte con el mayor rigor, é hizo ahorcar de los árboles cercanos á todos los españoles prisioneros, poniendo un letrero que decía: «No por españoles, sino por traidores y homicidas»; por que fingen que Pedro Menéndez, cuando hizo ajusticiar á los hugonotes, puso otro que decía: «No por franceses, sino por luteranos»; y después de estas hazañas y de robar toda la artillería que pudo, temiendo Gurgio que los españoles volviesen sobre él, se embarcó á 3 de Mayo del mismo año 1568, y el 6 de Junio llegó á la Rochela, sin que pudiesen alcanzarle unos navíos españoles que en el camino le siguieron. Desde allí pasó á Burdeos la artillería robada, habiendo perdido, además de los que perecieron en los asaltos, 8 hombres y un navío; pero lejos de hallar en la Corte el aplauso y premio que esperaba, fué perseguido para entregarle al Embajador de España y debió su salvación á la protección que los herejes le dispensaban.

El Adelantado continuaba en España, ha-

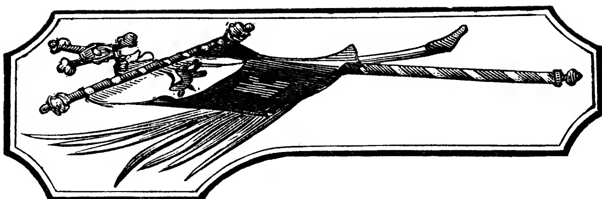
ciendo grandes diligencias para que fuesen á la Florida predicadores apostólicos, y siguiendo su pleito con el Fiscal del Consejo de Indias, que dejó concluso á 13 de Marzo de 1568, después de cuya fecha partió á Sanlúcar, habiéndole nombrado S. M. por Gobernador de Cuba y socorrido con doscientos mil ducados de ayuda de costas (como dice Illescas), á prevenir su viaje á la Florida, llevando todo lo que necesitaba y 10 misioneros nombrados por el Santo Duque Don Francisco de Borja.

Con buen tiempo llegaron á la Florida, donde hallaron los estragos hechos por Gurgio, la infantería española hambrienta y desnuda y la pacificación de los indios en peor estado que nunca; y habiendo prevenido en aquella costa lo que le pareció para el mejor efecto de la misión, se volvió el Adelantado á la Habana, á esperar mejor ocasión de conducirlos á la Florida. Fundó en la Habana un Seminario, en que fuesen enseñados é instruídos los muchachos indios que se enviasen de la Florida, y dejó por superior de él al Padre Rogel, y en su compañía el hermano Villarreal, muy querido de los isleños.

En 25 de Abril de 1569 envió el Adelantado á Estéban de las Alas á la Florida, con 273 personas, de las cuales puso 193 en la ciudad de Sn Felipe, en el cabo de Sta Elena, y las demás en Sn Agustín, disponiendo á la vez el or-

den de las misiones, en las cuales trabajaron el Padre Rogel y otros religiosos, con más celo que buena fortuna, pues cuando más cierto consideraban el fruto de sus predicaciones entre los indios, los abandonaban estos para atender á la recolección de la bellota y otros frutos de la tierra, sin que bastara para atraerlos y contenerlos que los misioneros les facilitasen maíz y les ayudasen á hacer plantaciones y poblar en sitios determinados, pues á breve tiempo, todos los moradores de las casas que se construyeron, excepto los que habían sembrado, huyeron sin otro motivo que su natural flaqueza y veleidad.





CAPITULO XXXI (*)

Estando el Padre Rogel en S.ta Elena, con grande estimación de los españoles, tuvo orden el Padre Segura, Vice-provincial, de pasar á la Habana, recogiendo en el camino los muchachos indios que habían ofrecido enviar de las provincias de Saturiba y Tacatacuru, para educarlos en el Seminario, cosa que no pudo hacerse por estar los fuertes en mala disposición y los indios con señales de guerra; por lo que pasó sin ellos á la Habana, llevando consigo al Padre Sedeño y hallando allí al Adelantado, que por 3.ª vez había llegado de España, con socorros para la Florida, y traía cartas del santo duque Don Fran.co de Borja, para que el Padre Sedeño prosiguiese en su misión, aunque hiciese poco fruto en ella. Volvióse á embarcar con el Adelantado, que llevaba socorros á los presidios, ejecutando lo que se le mandaba; y antes de llegar á S.ta Elena, tuvo bien que ejercitar su caridad en la mar, asistiendo á los soldados enfermos, entre los que se declaró, á

(*) Suplido.

poco de llegar á la Habana, una especie de contagio que inficcionó, aunque con muerte de pocos, á gran parte de los que estaban en la ciudad, sin librarse de este riesgo el Padre Sedeño y el hermano Villarreal.

Había llevado de España el Adelantado al indio D. Luis de Velasco, porque había ofrecido con muchas veras ayudar á la conversión de la provincia de Axacán y del cacique su hermano, y con varios religiosos y algunos soldados, se embarcó en la Habana y llegó á S.ta Elena por Noviembre de 1570, caminando juntos con grandes trabajos hasta entrar en la provincia de Axacán, y disimulando el indio D. Luis la traición que llevaba imaginada, hasta el punto de borrar con su astucia todo motivo que pudiese hacer dudar de su fidelidad.

Sabiendo la llegada del Padre Segura á Axacán, volvió el Adelantado á España, bien ageno del triste fin que á aquel religioso y demás compañeros de misión les esperaba por las traiciones y malas artes del indio D. Luis, pues todos ellos sufrieron glorioso martirio en el mes de Febrero de 1571, librándose sólo uno de los mancebos, llamado Alonso, pues aunque Don Luis quería matarle también, un hermano suyo le escondió y le pasó á tierra de otro cacique.





CAPITULO XXXII (*)

En el siguiente año de 1572 se hizo á la vela en Sevilla el Adelantado con la flota de Tierra Firme. En el golfo de las Yeguas se abrasó el galeón *San Felipe*, sin que pudiese salvarse ninguno de los que en él iban.

Llegó el Adelantado á la Habana: pasó á la Florida y halló en la ciudad de S.[n] Agustín 8 vecinos casados, y en S.[ta] Elena 48. Socorrió ambos presidios abundantemente, quedando con buenas esperanzas de que se adelantaría su población; é informado después del rumor de que los indios de Axacán habían muerto al Padre Segura y sus compañeros, pasó á castigarlos y consiguió prender algunos indios que le confesaron la muerte de los misioneros, echando la culpa al indio D. Luis, pero sin que pudieran dar con este en ninguna parte, á pesar de cuantas diligencias se hicieron para ello, hasta por los mismos indios.

(*) Suplido.

El que había salvado la vida al mozo Alonso, vino á traérsele al Adelantado, que lo recibió muy bien, y habiendo referido aquel el caso tal como sucedió y los cómplices de la crueldad, mandó el Adelantado ahorcar en las entenas del navío 8 indios de los más culpados, los cuales, convertidos por el Padre Rogel, pidieron el bautismo y fueron en efecto bautizados antes de ejecutarse la sentencia.

Embarcóse luego el Adelantado y se volvió á S.ta Elena, desde donde envió á la Habana al Padre Rogel y sus compañeros, que llevaron también á Alonso, y poco después los siguió el Adelantado, dejando el gobierno de la Florida á cargo de su sobrino Pedro Menéndez Marqués, el cual redujo muchos indios á la obediencia y fué tomando posesión particularmente de las provincias en nombre del Rey, ante Rodrigo de Carrión, Escribano de la gobernación de S.ta Elena, y después pasó á reconocer la costa de orden del Adelantado, empezando desde el cabo de los Mártires y península de Tequesta, donde principia la costa Norte Sur, para desembocar en la canal de Bahama, al largo de la costa, y llegó más adelante del puerto y bahía de S.ta María, que tiene 3 leguas de ancho, en que se entra al Nord Noroeste. Faltóle á Pedro Menéndez Marqués cosmógrafo, por lo que no pudo hacer mapa ó carta de marear, y hubo de limitarse á ir escribiendo cuanto podía conducir al

mejor conocimiento de la costa oriental de la Florida hácia el Norte, para enviarlo al Consejo.

Al mismo tiempo que iba haciendo este reconocimiento de la costa con 4 navíos y en ellos 150 hombres de mar y guerra, consiguió rescatar de los caciques de las costas algunos cristianos que tenían en su poder, con los cuales se volvió á S.ta Elena á repararse, y encontró allí nuevos religiosos que había enviado á la Florida el Adelantado Pedro Menéndez, á quien había dado orden el Rey en San Lorenzo del Escorial, á 3 de Septiembre de 1573, para que luego se partiese con la armada á perseguir los corsarios franceses, ingleses y negros cimarrones que infestaban las costas de Tierra Firme; y cumpliendo el Adelantado otra nueva orden, volvió á España en el año siguiente de 1574, mandándole el Rey quedar en ella para las cosas de su servicio. Dió cuenta del estado en que dejaba la Florida y la carrera de las Indias: pretendió se le pagasen grandes sumas que se le debían, libradas y no libradas, y en 16 de Febrero se le mandaron satisfacer 1.591.200 maravedís con que había socorrido á 312 soldados que S. M. envió á la Florida en los años de 1565 y 66, y posteriormente consiguió también el abono de seis mil ducados.





CAPITULO XXXIII (*)

Encargó el Rey al Adelantado el avío de la armada que se decía destinarse á Flandes é Inglaterra, con entera confianza en su celo y ofreciendo premiar sus grandes servicios, como otras veces. Nombró por sucesor en el generalato de la armada de la carrera de Indias á Diego Florez de Valdés, deudo del Adelantado.

Dió comisión á Domingo Gamarra, contador de la armada, para que tomase cuenta al Adelantado de lo que había tenido á su cargo, en el tiempo que había sido General de ella. No pudieron acabarse las cuentas antes que la armada partiese, y se mandó á Diego Florez de Valdés que del situado de ella le pagase 6.000 ducados, gastados de su hacienda en bastacer el galeón *San Tadeo* y 4 fragatas, y aunque Diego Florez quiso ejecutarlo, no tuvo entonces efecto; pero logró el Adelantado todo el favor del Rey, que por tener delante siempre varón

(*) Suplido.

tan valiente y amante de la gloria real, mandó retratarle como á uno de los más insignes hombres de su tiempo y poner su retrato en la galería de Palacio, y le despachó título de General de la armada gruesa que se hacía en Santander.

Con este honor abandonó más sus intereses, dedicándose con empeño al nuevo y difícil encargo y solicitando por cuantos medios pudo, aunque sin despilfarro, el mayor lucimiento de la Magestad.

Tuvo correspondencia reservada con el Rey y sus Consejos de Guerra, Estado é Indias, que tenían tan alto concepto de su experiencia, prudencia y religiosa verdad, que pocas cosas de importancia resolvían sin consultar su parecer: á este grado le condujo su bondad y su valor y la singularidad de ser el más entendido hombre de mar que se conocía, pues facilitó la navegación del Occéano, que antes era tan arriesgada y difícil, con más de 50 viajes que hizo á las Indias.

Estando la Corte en Vizcaya, propuso al Consejo de Guerra se negase la licencia de ir á la pesquería de Terranova, á los navíos que habían ido por sal á Portugal, porque la multitud de los piratas hacía evidente su riesgo. Y sobre el avío de la armada de que se le había nombrado General, expuso la dificultad en juntar gente, marineros y dinero para contentarlos,

y expedidas las órdenes convenientes para vencer aquella dificultad y tomar las prevenciones necesarias, pusieron estas en tanto cuidado á los ingleses, que con gran presteza empezaron á formar otra armada, para saber el designio de la que juntaba Pedro Menéndez; pero nunca lo pudieron averiguar, porque sólo conocían el secreto el Rey, el Adelantado y algunos consejeros de gran confianza.

Dióle el Rey cuantas facultades y poderes pidió, y el día 8 de Septiembre le entregaron, como á Capitán General, los ministros reales la armada, que se componía de 300 velas y 20.000 hombres, celebrándose con grandes alegrías, salvas y ceremonias; pero aquel mismo día le acometió un tabardillo tan violento, que le desahuciaron: recibió todos los Sacramentos, hizo testamento, y el día 17 murió, convirtiendo en llanto la alegría de todos; y el asombro general fué tan grande, que la armada no pudo conservarse, ni el Rey tuvo de quién confiarla.

Falleció tan pobre, que no hubo para cumplir su testamento, dejando á su fama más motivos de engrandecerle su pobreza, y para mayor honor suyo, no sólo apuró su hacienda, que pudiera ser la más opulenta de aquel siglo, sino la de sus amigos y parientes, exponiendo las vidas de todos por la tutela del Reino y perdiendo en sus empresas y conquistas un hijo, dos hermanos y muchos deudos y amigos.

Cumpliendo lo que dispuso en su testamento cerrado, otorgado en Santander á 15 de Septiembre de 1574, fué trasladado su cadáver á la parroquia de S.n Nicolás de la villa de Avilés, en una arca barreteada de hierro, con sus aldabas y cerraduras, la cual pusieron sobre el mismo sepulcro que está en la referida Iglesia, al lado del Evangelio, empotrado en la pared y elevado 6 pies del pavimento: encima del nicho que ocupa el arca y el sepulcro, están las armas que el Santo Rey Don Fernando dió á esta familia, que es un navío con una sierra en la proa, que va á embestir una cadena asida de dos castillos en la una parte del escudo, que está partido; en la otra, 5 flores de lís. Debajo del arca está escrito el epitafio siguiente:

AQVI IAZE SEPVLTADO EL MVI YLVSTRE CAVALLERO PEDRO MENE^Z DE AVILES NATVRAL DESTA VILLA ADELANTADO DE LAS PROVINCIAS DE LA FLORIDA COMENDADOR DE SANTA CRVZ DE LA ÇARÇA DE LA ORDEN DE SANTIAGO Y C^N GEN^AL DEL MAR OCCEANO Y DE LA ARMADA CATOLICA QUE EL SEÑOR FELIPE 2° JVNTO EN SANTANDER CONTRA YNGLATER^A EN EL AÑO 1574 DONDE FALLECIO A LOS 17 DE SETIEMBRE DEL DICHO AÑO SIENDO DE EDAD DE 55 AÑOS.





SEPULCRO DEL ADELANTADO DE LA FLORIDA
en la iglesia de San Nicolás, de Avilés.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN LOS CAPÍTULOS

DEL «MEMORIAL» DE SOLÍS



Páginas.

Páginas.

Páginas.



REPERTORIO ALFABÉTICO

REPERTORIO ALFABÉTICO





Abra de Gracia.—Nombre con que en algunos pasajes de este libro se denomina á la actual ciudad francesa Havre, plaza fuerte que dista 90 kilómetros de Rouen y 228 de París. Hállase situada en la desembocadura del Sena, en el Canal de la Mancha, y tiene una población de 75.000 habitantes.

Acevedo (Diego de). Coronel.—Va á Flandes, con 6.000 infantes, en la Armada de D. Diego de Mendoza; tomo I, pág. XVIII.

Acuña (Diego de). Caballero de la Orden de Santiago. En 1558 le encargó Felipe II, que, en unión de Francisco de Torres, practicase una información para conceder á Pedro Menéndez el Hábito de dicha Orden; tomo II, pág. 739.

Adán de Igarça (Rodrigo). General de la flota de seis galeones formada por Pedro Menéndez de Avilés; tomo II, *Ap.* 1.°, pág. 230.

B

ciques enemigos de Menéndez, la venganza de Domingo Gourgues; tomo I, págs. CLXVIII y 322.

Bretendona (El Capitán).—Conferencia con Pedro Menéndez de Avilés sobre la manera de socorrer á la Zelanda; tomo II, *Ap.* 1.°, pág. 238.

Bueso de Solís.—Testigo en la información hecha en 1558 para conceder á Pedro Menéndez el Hábito de Santiago; tomo II, pág. 761.

C

Corsarios:

Juan Alfonso y su hijo *Antonio.*—Persecución y muerte de estos corsarios; tomo I, págs. CXXI y XXII, 4 y 5.

Pie de Palo.—En 9 de Junio de 1557, Pedro Menéndez pone en fuga á ocho navíos de su escuadra, y echa uno á fondo; pág. 12; tomo II, *Ap.* 1.º, páginas 8, 13 y 203.

Jaques Soria.—Sus asesinatos en la Habana; tomo I, pág. CLXV, y tomo II, *Ap.* 1.º, pág. 203.—Mata á 39 jesuítas; pág. CLXVI.

Domingo Gourgues.—Sorprende y degüella á los pobladores del fuerte de San Mateo; tomo I, páginas CLXVI, VII y VIII, y 321 á 323.

Contratación de Sevilla (Casa de la).—Su historia y organización.—Proceso formado por los Oficiales de la misma contra Pedro Menéndez de Avilés; tomo I, págs. CXXIX y 41; tomo II, *Ap.* 1.º, págs. 34 y 59 (*Cartas* 11 á 15), 3, 38, 43, 48, 51, 60, 66, 180, 185, 193, 222; *Ap.* 3.º, págs. 311, 317; *Ap.* 9.º, pág. 568.

Cronau (Rodolfo).—Historiador alemán; tomo I, páginas LXXXII, LXXXIII, LXXXVIII, LXXXIX, XCI, XCV, C, CII.

Curral (El Licenciado). Oidor de Honduras.—Su muerte en la Habana; tomo II, *Ap.* 1.º, pág. 235.

CH

Charlefort (Fuerte de).—Proyecta Menéndez de Avilés sorprender esta fortaleza; tomo I, pág. CL.—Vista del fuerte; pág. CLII.—Su fundación por los calvinistas franceses; pág. CLIV.—Cae en poder de los españoles, quienes cambian su nombre por el de *San Mateo;* págs. CLIII, 94 y siguientes.

Chicasas.—Territorio de los indios de este nombre.—Su conquista por Hernando de Soto; tomo I, pág. C.

Chicoria (Isla).—Es descubierta por el Licenciado Ayllón, y en sus inmediaciones mataron los indios á la mayor parte de los soldados españoles que componían la expedición; tomo I, pág. LXIV.

Chiebra.—Provincia de la Florida; tomo I, pág. LXXXVI. Véase el derrotero de Hernando de Soto en el mapa de Elixio de la Puente.

Chirihigua (Provincia de).—Descubierta por Hernando de Soto en 1539; tomo I, pág. LXXXVII.—Véase el derrotero de id.

D

Duarte (Francisco). Factor de la Casa de Contratación. Sin orden del Rey, trata de visitar é inspeccionar la Armada, contra la voluntad de Pedro Menéndez; tomo I, págs. 59 á 61.—Requerido por el Capitán Luna y 90 hombres que le acompañaban para que les facilitase un navío en que pudiesen ir á la Florida, se excusa; pág. 62.—Recibe información sobre la venida de Esteban de las Alas á Sevilla; tomo II, *Ap.* 9.°, pág. 569.

E

Elixio de la Puente (Juan Josef).—Es autor de una Carta geográfica de la Florida del año 1765; tomo I, pág. XLIV.

Enríquez (Alonso). Contador de la Armada de Pánfilo de Narváez.—Embárcase en la bahía de Caballos con 49 hombres; tomo I, pág. LXVII.

Enríquez (Capitán Miguel).—Criminal conducta de este soldado en el fuerte de San Agustín; tomo I, página 303.—Procésale el Adelantado y entrega el mando de su compañía al Capitán Francisco Muñoz; pág. 204.—Condúcele preso á España; págs. 305 y 309.

Eraso (Francisco de). Secretario de S. M.—De acuerdo con Menéndez de Avilés, aconseja al Rey la conveniencia de la expedición á la Florida.—Escribe á la Casa de la Contratación, para que facilite al Adelantado gente, municiones, artillería, etc., etc.; tomo I, pág. 58.

Ercilla (El Licenciado).—Véanse las *Cartas de Pedro Menéndez*; tomo II, *Ap.* 1.º

Escalante (Hernando de).—Salva la vida de Pedro Menéndez en la Florida; tomo I, pág. CLII.

F

G

García de Yboya (Ruy).—Testigo en la información hecha para otorgar el Hábito de Santiago al Adelantado; tomo II, pág. 768.

Gilmay Shea (Dr. John).—Incertidumbre de Ribault; tomo I, pág. CXLIX.—Imparcialidad con que relata los hechos de los españoles en la Florida, páginas CLXIV, CLXV y CLXIX.

Godoy (El Capitán).—Por orden del Adelantado, queda en la Yaguana con 50 arcabuceros; tomo II, *Ap.* 1.º, pág. 165.

Gómez (Antonio).—Capitán que Pedro Menéndez dejó en Santo Domingo al frente de la artillería; tomo I, pág. 270.

González (Tomás). Académico de la Historia.—Proyectos de Isabel de Inglaterra sobre los Estados españoles de Flandes; tomo I, págs. CCVII, CCVIII.

González Llana (Manuel).—Justifica la conducta del Adelantado Pedro Menéndez en la Florida; tomo I, pág. CLXXIV.

González de Inclán (Álvaro).—Testigo en la información que se hizo en 1558 para otorgar el Hábito de Santiago á Pero Menéndez; tomo II, pág. 766.

González de Vango (Suero).—Idem id., pág. 756.

Gottfried. Cronista del siglo XVI.—Descripción de una caza de *aligátores* por los floridanos; tomo I, página XXXVII.

Gourgues (Domingo).—Véase *Corsarios.*

Grado (Alonso y Álvaro de). Hijos del Regente de la Audiencia de Canarias, Hernán Pérez de Grado.—Presentan á Felipe II el astrolabio inventado por

H

I

J

L

M

ginas 337 á 350.—Sepulcro de Menéndez; pág. 337. *Cartas* de Pedro Menéndez; tomo II, págs. 1 á 292. *Cartas* al mismo, págs. 295 á 308.—Sus *Memoriales;* págs. 311 á 343.—*Cédulas* y *Cartas Reales* dirigidas á Pedro Menéndez; págs. 347 á 376.—Sus *Títulos;* págs. 379 á 398. — *Instrucciones*, *Capitulación* y *Asiento* para la conquista y población de la Florida; págs. 401 á 427.—*Relación* para saber lo que se camina por la longitud de Este Oeste; págs. 490 á 494.—Enfermedad de Pedro Menéndez; págs. 513 á 501.—Sus *Testamentos;* págs. 516 á 528.—*Acta* de traslación de su cadáver; págs. 530 á 531.—*Información* hecha en México sobre sus méritos y servicios; págs. 590 á 624.—Documentos relativos á Pedro Menéndez de Avilés existentes en varios Archivos; págs. 667 á 723.— *Información* hecha en 1558 para concederle el Hábito de Santiago, páginas 739 á 801.

Menéndez de Avilés y Arango (Pedro). Cuarto Adelantado de la Florida, hijo de Pedro Menéndez Marqués.—Su biografía; tomo II, *Ap.* 10, pág. 635.

Menéndez de Avilés y Bañuelos (Catalina). Octavo Adelantado de la Florida.—Su biografía; tomo II, *Ap.* 10, pág. 644.

Menéndez de Avilés y Porres (Gabriel). Sexto Adelantado de la Florida.—Su biografía; tomo II, *Ap.* 10, pág. 641.

Menéndez de Avilés y Porres (Pedro). Séptimo Adelantado de la Florida.—Su biografía; tomo II, *Ap.* 10, pág. 643.

Menéndez Marqués (Alonso). Sobrino del Adelantado. Queda en Guale, con Vasco Zabal, para enseñar á los indios, á ruego del cacique, la doctrina cristia-

dez; tomo I, pág. CXVIII.—Inscripción del sepulcro de Pedro Menéndez, pág. CCXXV.—El cuarto Adelantado de la Florida agrega bienes al vínculo de sus antepasados; tomo II, *Ap.* 10, pág. 638.—Acuerdo del Ayuntamiento de Oviedo, relacionado con el segundo matrimonio del sexto Adelantado de la Florida D. Gabriel Menéndez de Avilés y Porres, *Ap.* 10, pág. 643.—Copia del epitafio de la caja que guarda los restos de Doña Carlota María de Luján y Silva, pág. 653.

Miranda (Diego de). Capitán de un patache; tomo I, pág. 182.—Acompaña á Asturias al Adelantado, pág. 309.—Nómbrale éste Escribano Mayor de la Florida y Secretario de su Gobierno; tomo II, *Ap.* 1.º, pág. 123.

Miranda (Hernando de). Esposo de Doña Catalina Menéndez de Avilés; tomo I, pág. CCXXVI.—Es nombrado Factor de la Florida, pág. 57; tomo II, página 124.—Por orden de D. Pedro de Valdés confirma en Guadinillas algunas noticias referentes á los corsarios franceses, pág. 268.

Miruelo.—Llega este piloto á la Florida; tomo I, página LX.—Vuelve á la Florida en 1524 con el Oidor Lucas Vázquez de Ayllón, y no logrando reconocer las costas por él descubiertas muere loco, pág. LXI.

Miruelo (Diego).—Piloto en la expedición de Pánfilo de Narváez á la Florida, y sobrino del anterior; tomo I, pág. LVI.

Mississipi (Río).—Llamado por los indígenas Chukagua. Es descubierto en 1519 por Álvarez de Pineda y le pone el nombre de Espíritu Santo; tomo I, página LXXXI.—En Mayo de 1541 llega á sus orillas Hernando de Soto; tomo I, págs. C y CI.—Muerto este

N

O

P

R

S

San Agustín (Ciudad de).—Su descripción é historia; tomo I, págs. XXIII á XXVIII.—Llegada de Pedro Menéndez en 28 de Agosto de 1565; págs. CXLVII, 69 y 72.—Su fundación; págs. 79 y 80; tomo II, pág. 77. El Adelantado manda construir un fuerte cerca de la barra, para impedir que los indios molesten á la guarnición; págs. 220 y 21.—En 1569, Esteban de las Alas dejó en esta ciudad 80 colonos; pág. 324.—Importancia de este fuerte y guarnición que había de tener; tomo II, *Ap.* 9.º, pág. 567.

San Antón (Puerto y fuerte de).—Situado en la Cabeza de los Mártires, frente á las islas Tortugas.—Visita esta bahía el Adelantado Pedro Menendez en el año 1566, y estrecha alianza con el cacique Carlos; tomo I, págs. CLXXXV y LXXXVI.—Este y los suyos reconocen al año siguiente la soberanía de España, y abrazan la religión católica; tomo I, pág. 166. Guarnición que había de haber en esta fortaleza; tomo II, *Ap.* 9.º, pág. 566.—Véase la letra *E* del mapa de Elixio de la Puente.

Santa Catalina (Isla de).—Pertenecía á la provincia de Orista, y estuvo poblada de españoles hasta el año 1686, que se retiraron á San Simón.—Véase la letra *X* del mapa de Elixio de la Puente.

San Pío V.—Escribe á Pedro Menéndez de Avilés, felicitándole por su nombramiento de Adelantado de la Florida y dándole consejos para la conversión de los indios; tomo II, *Ap.* 1.°, pág. 299.

San Quintín (Batalla de).—El oportuno socorro de Menéndez contribuyó á que se ganase esta célebre batalla; tomo I, pág. CXXXVII; tomo II; *Ap.* 9.°, páginas 601 y 602.

San Simón (Isla de).—Formaba parte principal de la provincia de Guale, y perteneció á los españoles hasta 1718 que la tomaron los ingleses.—En Julio de 1765 fué recuperada la fortaleza por el Capitán General de Cuba. — Véase la letra *Q* del mapa de Elixio de la Puente.

San Vicente (El Capitán Juan de).—Acompaña á Pedro Menéndez á la Florida, en calidad de Capitán, por recomendación de su amigo Luis de Quintanilla; tomo I, pág. 59.—Fortifica á San Agustín; tomo II, *Ap.* 1.°, pág. 81.—Quiere abandonar esta empresa y quedarse en la Española, pág. 66.—Proceder sospechoso de este Capitán, pág. 178.—Aconseja á Pedro Menéndez que desista de atacar á los franceses, pág. 86.—Fíngese enfermo para no acompañarle y quédase en San Agustín murmurando de la expedición á Charlefort, págs. 90 y 91.—Pide licencia para regresar á la Península, y sale de San Agustín, con otros cien descontentos, en dirección á Puerto Plata, págs. 182 á 187.

Sánchez de Avilés (Alvaro). Hermano de Pedro Menéndez y su Lugarteniente en la Armada de la carrera de Indias.—Nómbrale aquél General de la flota que iba á Nombre de Dios; tomo I, pág. 10.—En 1557, desempeña, como Almirante, una comisión en Ga-

licia, pág. 11.—Va á Flandes de Almirante en la escuadra de D. Diego de Mendoza; pág. 18.—Es nombrado Capitán General de la carrera de Indias, págs. 27 y 28.—Su muerte, pág. 38.

Sánchez ó Sáenz (Pero).—Recibe Cédula de S. M. para hacerse cargo de la Armada de D. Juan Menéndez, hijo de Pedro Menéndez de Avilés; tomo II, *Ap.* 1.°, pág. 40.

Santa Cruz (Bahía de).—Su descubrimiento por Pánfilo de Narváez, en 4 de Abril de 1528; tomo I, página LXVI.

Santa Cruz (El Licenciado).—Opinión de este médico acerca de la enfermedad de Pedro Menéndez de Avilés; tomo II, *Ap.* 8.°, pág. 515.

Santa Elena (Cabo y fuerte de).—Su descubrimiento por Lucas Vázquez de Ayllón; tomo I, pág. LXII.—Llega el Adelantado y entabla relaciones con el cacique Orista, pág. 200 y siguientes.—Manda construir el fuerte, pág. 207.—Vuelve á Guale, y queda en Santa Elena, Esteban de las Alas, custodiándole, pág. 208.—Guarnición que debe haber en el castillo de San Felipe, situado en Santa Elena; tomo II, *Ap.* 9.°, pág. 567.—Véase la letra *Z* núm. 3 del mapa de Elixio de la Puente.

Santa Lucía (Puerto de). Situado en el territorio del Cacique Ays, y descubierto por Pedro Menéndez en 1565; tomo I, págs. 169, 170.—Véase la letra *G* del mapa de Elixio de la Puente.

Santa María (Bahía de). Pertenecía á la provincia de Axacán; tomo I, pág. 258.—Reconócela Pedro Menéndez Marqués en 1573.—Por orden de este General, hace un nuevo reconocimiento el Capitán

pág. LXXXVI.—Su muerte en 21 de Mayo de 1542; pág. CII.

Suárez (Fr. Juan). Obispo de la Florida, que acompañó á Narváez en 1527; tomo I, pág. LXV.

Suárez de Góngora (Ana Antonia). Noveno Adelantado de la Florida.—Su biografía; tomo II, *Ap.* 10, página 646.

T

U



Z

ÍNDICE DEL TOMO I